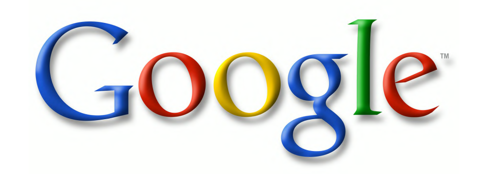


BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO XXVIII

LAS VIDAS PARALELAS

DE

PLUTARCO

TRADUCIDAS DEL GRIEGO AL CASTELLANO

POR

D. ANTONIO RANZ ROMANILLOS

TOMO V.

MADRID
IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ
CALLE DE LA COLEGIATA, NÚM. 6
1880

DEMETRIO.

Los primeros á quienes ocurrió la idea de comparar las artes á los sentidos, me parece que á lo que principalmente atendieron fué á la facultad de formar juicio; con la que nos es dado discernir igualmente los contrarios en uno y otro género: porque en esto es en lo que convienen; mas diferéncianse en el referir á un fin lo juzgado y discernido. Porque el sentido no es más bien facultad de percibir lo blanco que lo negro, lo dulce que lo amargo, lo blando y que cede, que lo duro y que resiste; sino que su ministerio es, tropezando con cada cosa, ser de todas movido y moverlas á todas, para trasladarlas á la inteligencia segun la impresion que le han hecho; pero las artes, dirigidas por la razon á la eleccion y consecucion de su objeto propio, y á la repulsion y fuga de su contrario, lo primero lo examinan por su misma institucion y de propósito, y lo segundo por accidente; porque si la medicina atiende á la enfermedad y la música á la disonancia, es para conseguir mejor la ejecucion de los contrarios. Las más perfectas de todas las artes, á saber, la templanza, la justicia y la prudencia, no solamente juzgan de lo honesto, de lo justo y de lo útil, sino tambien de lo perjudicial, de lo torpe y de lo injusto;

y no celebran la simplicidad que se complace en no tener experiencia de los vicios, sino que la tienen por necedad y por ignorancia de aquellas cosas que importa sobre todo sean conocidas de los que se proponen vivir bien. Los antiguos Esparciatas hacian á los ilotas en sus festividades beber vino destempladamente, y despues los introducian en sus banquetes, para que los jóvenes vieran por sus ojos la deformidad de la embriaguez; mas nosotros no tenemos por muy humano ni por muy político el procurar la correccion de unos por medio del desórden y la destemplanza de otros. Creemos, sí, que de los que más se abandonaron, y en un gran poder y grandes negocios manifestaron una insigne maldad, puede quizá convenir que introduzcamos una ó dos parejas para que tambien sus vidas sirvan de ejemplo; no á fe por el placer y diversion de variar nuestro cuadro, sino á la manera de lo que ejecutaba Ismenias de Tebas, que haciéndoles á sus discípulos oir á los que tañian bien la flauta y á los que la tañian mal, les decia despues: «así se ha de tocar;» y á la inversa, «así no se ha de tocar.» Antigenidas creia que los jóvenes oirian con más gusto á los buenos flautistas despues de haber oido á alguno malo; pues del mismo modo me parece á mí que nos dedicaremos con más ardor á observar é imitar las vidas ordenadas y buenas, si no carecemos del conocimiento de las viciosas y vituperadas. Contendrá, pues, este libro las vidas de Demetrio Poliorcetes y de Antonio el Triunviro, muy propios ambos para confirmar la máxima de Platon, de que los caracteres extraordinarios así llevan los grandes vicios como las grandes virtudes. Siendo ambos igualmente dados al amor, bebedores, belicosos, dadivosos, magníficos é insolentes, fueron tambien semejantes en los sucesos de fortuna: pues no sólo en vida consiguieron grandes victorias y tuvieron grandes descalabros, hicieron dilatadas conquistas, y las perdieron, y habiendo caido de un modo inesperado, por otro inesperado se le-

vantaron; sino que perecieron tambien, el uno hecho cautivo por sus enemigos, y el otro, estando muy próximo á que le sucediera lo mismo.

Habiendo tenido Antígono dos hijos de Estratonice, hija de Correo, al uno por el hermano le puso el nombre de Demetrio, y al otro por el padre el de Filipo. Esta es la opinion más comun; pero otros dicen que Demetrio no era hijo, sino sobrino de Antígono; porque habiendo muerto su padre siendo todavía muy niño, y casádose inmediatamente con Antígono su madre, fué tenido por hijo de éste; y que Filipo, que era más jóven que Demetrio, murió de allí á pocos años. Era Demetrio en estatura más bajo que su padre, sin embargo de ser alto; pero de una figura y belleza extraordinaria y admirable: tanto, que ni escultor ni pintor alguno pudo sacarle semejante; porque reunia á un tiempo lo festivo y lo grave, lo fiero y lo bello, y con lo juvenil y osado se veia mezclada una inimitable apacibilidad y majestad heroica y régia. Pues por el mismo término sus costumbres reunian tambien lo terrible y lo gracioso; porque siendo muy amable y el más jovial y voluptuoso de los reyes miéntras estaba dado al regalo, á la bebida y á las francachelas, tenía por el contrario, cuando los negocios lo requerian, la mayor actividad, suma vehemencia é infatigable constancia. Así, entre los Dioses, al que más se preciaba de imitar era á Baco, diestro en la guerra y en alimentar con ella la paz, y al mismo tiempo dispuesto para la alegría y el regocijo.

Era sumamente amante de su padre, y con la atencion y cuidado que prestaba á la madre daba seguras pruebas de que honraba al padre más bien por verdadero amor que por lisonjear á su poder. Estaba un dia Antígono ocupado en dar audiencia á unos embajadores, y llegando á este tiempo Demetrio de la caza, se acercó al padre y le besó armado como estaba, sentándose á su lado. Antígono entónces, saludando en voz alta á los embajadores, á quienes

ya habia respondido: «Tambien podreis, les dijo, anunciar lo que en nosotros habeis visto en órden á la union en que vivimos:» queriendo significar que la concordia y confianza entre él y el hijo daba gran fuerza á su reinado y era una demostracion de su poder. Porque estando generalmente el imperio reñido con la comunicacion, y lleno de desconfianza y discordia, tenía á gran dicha el mayor y más anciano de los sucesores de Alejandro estar tan distante de temer á su hijo, que éste armado de lanza se llegaba muy cerca de su persona. Mas tambien puede asegurarse que sola esta casa se conservó por muchas generaciones exenta de estos males; ó por mejor decir, que solo uno de los descendientes de Antígono, que fué Filipo, dió muerte á su hijo; pero casi todas las demas familias cuentan muchas muertes de hijos, de madres y de mujeres; porque lo que es matar á los hermanos, á la manera de los axiomas de geometría, pasaba tambien por axioma recibido en las familias reales para la seguridad.

De que Demetrio era tambien al principio por carácter humano, y nacido para la amistad, se puede dar esta prueba. Mitrídates, el hijo de Ariobarzanes, era por la edad su amigo y compañero, y prestaba á Antígono los respetos debidos, porque ni era malo ni lo parecia; mas por un ensueño se le hizo á Antígono sospechoso. Pareciόle á éste que recorriendo un grande y hermoso campo, lo sembraba de polvos de oro; que al principio habia nacido una miés de oro, y que volviendo de allí á poco ya no vió más que la caña cortada. Afligido y apesadumbrado con el suceso, pareciόle asimismo oir una voz que le decia que Mitrídates marchaba al Ponto Euxino, despues de haber segado la miés de oro. Dióle mucho en qué pensar esta vision, y recibiendo juramento al hijo de que callaria, se la manifestó, y tambien la decidida resolucion en que estaba de deshacerse de Mitrídates, dándole muerte. Al oirlo recibió gran pesar Demetrio, y yéndose á buscar aquel jóven para usar

de recreacion, como lo tenía de costumbre, no se atrevió á hablarle palabra, ni dar indicio ninguno con la voz á causa del juramento; pero apartándole un poco de los otros amigos, luégo que estuvieron solos, escribió en la tierra, viéndolo él, con la punta de la lanza: «Huye, Mitrídates.» Entendiólo éste, y habiendo partido en aquella misma noche para la Capadocia, el hado dió en breve cumplida á Antígono la vision que habia tenido acerca de él, porque se apoderó de una hermosa y dilatada region, y dió orígen á una nueva línea de reyes del Ponto, extinguida á la octava generacion por los Romanos. Estas son las pruebas que hay de la excelente disposicion de Demetrio á la humanidad y á la justicia.

Como en los elementos de Empedocles por la pugna y amistad hay contienda y guerra de unos con otros, y más entre los que están más cerca y que más se tocan; de la misma manera la contínua guerra que habia entre los sucesores de Alejandro, la proximidad de intereses y la vecindad de los lugares la hacía más manifiesta, y la acaloraba más en cuanto á algunos de ellos, como le sucedió en esta ocasion á Antígono con Tolomeo. Hallábase Antígono en la Frigia, y habiendo oido que Tolomeo, pasando desde Chipre talaba la Siria é iba atrayendo ó sujetando las ciudades, envió contra él á su hijo Demetrio, de edad de veintidos años, que entónces por la primera vez se puso á mandar un ejército para una grande y peligrosa empresa. Sucedió lo que era natural, habiéndolas un jóven inexperto con un atleta de los ejercitados en la palestra de Alejandro, vencedor en muchos y muy grandes combates: porque fué vencido junto á la ciudad de Gaza, teniendo ocho mil cautivos y cinco mil muertos. Perdió además la tienda, los caudales, y, en fin, hasta la servidumbre toda que cuidaba de su persona. Mas esto se lo devolvió Tolomeo juntamente con sus amigos, enviándole este humano mensaje: que la guerra entre ellos no habia de ser po-

cuanto tenian, sino por la gloria y el mando. Recibiólo Demetrio; mas pidió á los Dioses no permitieran que fuese por largo tiempo deudor á Tolomeo de este beneficio, sino que le dieran poderlo pagar cuanto ántes; y conduciéndose más bien como un general firme y constante, acostumbrado á esperar la mudanza de la suerte, que como un jóven humillado al primer encuentro, se dedicó á reclutar gente y prevenir armas, manteniendo en la fe á las ciudades y ejercitando las tropas.

Antigono, cuando tuvo noticia de esta batalla, dijo que Tolomeo habia vencido á unos mozos imberbes, pero que pronto combatiria con hombres; y no queriendo contener, ó quizá extinguir el ardor del hijo, no se le opuso cuando le pidió permiso para continuar la guerra solo, sino que se le concedió. Al cabo de poco tiempo se presentó con un grande ejército Quiles, general de Tolomeo, con ánimo de arrojar de toda la Siria á Demetrio, á quien por la anterior derrota miraba con desden; pero éste, cayendo de repente sobre él cuando ménos lo esperaba, y llenándolo de pavor, le tomó el campamento con el general, le hizo siete mil cautivos, y se apoderó de inmenso botin. Alegróse con la victoria; no por lo que iba á adquirir, sino por lo que iba á retornar; y no se complació tanto en la riqueza y gloria que de ser vencedor le resultaba, como con ver que iba á pagar el beneficio recibido, y á corresponder á la humanidad con que habia sido tratado. Sin embargo, no lo ejecutó por sí, sino que escribió al padre; y permitiéndoselo éste, y áun exhortándole á que dispusiera de todo como le pareciese, haciendo grandes presentes á Quiles, y entregándole sus amigos, los remitió á todos colmados de riquezas. Este descalabro arrojó á Tolomeo de la Siria, é hizo venir á Antigono de Celainas, alegre con la victoria y deseoso de ver al hijo.

Enviado despues de esto Demetrio á sujetar los Arabes llamados Nabateos, estuvo en peligro, por haber ido á

parar á terrenos faltos de agua; pero habiendo asombrado á los bárbaros con no haberse turbado ni asustado él mismo, recogiendo de ellos gran botin y setecientos camellos, dió término á aquella expedicion. Habia sido Seleuco arrojado primero de Babilonia por Antígono; pero despues la habia recobrado; y posesionado de ella, subia con un ejército á conquistar los pueblos confinantes con la India y las provincias del Cáucaso; por lo que, esperando Demetrio encontrar desierta la Mesopotamia, y pasando súbitamente el Eufrates, se apresuró á caer sobre Babilonia; y lanzó de una de las ciudades, porque eran dos, la guarnicion de Seleuco, y apoderado de ella, puso allí siete mil hombres de los suyos; y mandando á los demas soldados que tomaran del país y recogieran todo cuanto pudiesen traer consigo, regresó al mar: dejándole á Seleuco más afianzado su poder; porque con tratar tan mal la tierra daba á entender que se desistia de ella por no pertenecerle. Sitiaba Tolomeo á Halicarnaso, y yendo en auxilio de esta ciudad, se la quitó de entre las manos.

Habiendo adquirido fama con estos hechos, concibieron el maravilloso proyecto de libertar la Grecia toda, esclavizada por Casandro y Tolomeo, haciendo una guerra la más honesta y justa que jamás hiciera rey alguno: porque cuantas riquezas habian recogido quebrantando á los bárbaros, venian á consumirlas en bien de los Griegos, por sólo el deseo de gloria. Resolvieron dar principio por dirigirse con su armada á Atenas; y diciendo uno de sus amigos á Antígono que si tomaban esta ciudad debian guardarla, porque era la escala de la Grecia, desechó Antígono la proposicion, respondiéndole que la mejor escala y más segura era el amor de los pueblos, y que siendo Atenas la atalaya de toda la tierra, al punto haria ilustres sus hechos ante todos los hombres. Movió, pues, Demetrio para Atenas llevando en dinero cinco mil talentos y una armada de doscientas cincuenta naves, á tiempo que por Casandro ocu-

paba el cuerpo de la ciudad Demetrio Falereo, teniendo guarnicion en Muniquia; y valiéndole á un tiempo su dicha y su prevision, se apareció en el Pireo el dia 25 del mes Targelion, sin haber sido sentido de nadie. Cuando se vió cerca la escuadra, entendieron todos que eran naves de Tolomeo, y se disponian á recibirlas; pero volviendo tarde de su engaño, aunque acudieron los generales, fué grande el desórden en que todo se puso, como era preciso, cuando habia que rechazar á los enemigos que ya saltaban en tierra. Porque hallando Demetrio abierta la boca del puerto, se introdujo en él: así, dándose ya á conocer á todos, pidió por señas tranquilidad y silencio. Hecho esto, mandó á un heraldo les significase que el padre le habia enviado (en buena hora fuese dicho) á libertar á los Atenienses, á echar fuera la guarnicion, y á restituirles sus leyes y su gobierno patrio.

Hecho este anuncio, los más arrojaron á los piés los escudos, y empezando á aplaudir y clamar, decian que Demetrio bajase á tierra, apellidándole su salvador y bienhechor. Falereo y los suyos eran todos de sentir que debia recibirse al vencedor, áun cuando nada cumpliera de lo que prometia; y al punto le enviaron mensajeros que intercediesen por su suerte. Recibiólos Demetrio con la mayor humanidad, y envió con ellos de su parte á Aristodemo de Mileto, uno de los amigos de su padre. El temor de Falereo más era de los Atenienses por la mudanza de gobierno que de los enemigos, y á esto ocurrió tambien Demetrio por consideracion á la gloria y á la virtud de Falereo, haciéndole acompañar con seguridad hasta Tebas, como lo deseaba; y por lo que hace á él mismo, dijo que no veria la ciudad á pesar del ánsia que por ello tenía hasta que del todo quedara libre, despedida la guarnicion. Corrió, pues, por entónces un muro y un foso por delante de Muniquia, é hizo vela para Megara, guarnecida por Casandro. T. vo allí noticia de que Cratesipolis, mujer de Ale-

jandro el hijo de Poliperconte, que residia en Patras, mujer celebrada por su belleza, tendria placer en verse en sus brazos, y dejando el ejército en las tierras de Megara, marchó allá, llevando consigo unos cuantos de los más esforzados; de los cuales áun se apartó despues, poniendo separado su pabellon para que no notaran que aquella mujer iba en su busca. Llegáronlo á entender algunos de los enemigos, que sin detenerse corrieron adonde estaba; y teniéndoles miedo, disfrazado con una ropa vil pudo escaparse á carrera, habiendo estado en muy poco el que no cayese en una vergonzosa cautividad. Los enemigos áun cogieron la tienda y cuanto en ella habia, y se retiraron. Tomó á Megara; y como los soldados se inclinasen al saqueo, intercedieron los Atenienses por aquellos ciudadanos; con lo que Demetrio, expeliendo la guarnicion, dió tambien á aquel pueblo la libertad. Cuando en esto estaba entendiendo, se acordó del filósofo Estilpon, de quien se decia haber preferido á la accion una vida sosegada y tranquila. Enviándole, pues, á llamar, le preguntó si alguno le habia quitado algo, á lo que Estilpon respondió: «Ninguno, porque no he visto á ninguno que se llevara la ciencia.» Habian robado á los Megarenses puede decirse que todos los esclavos; y haciéndole en otra ocasion caricias Demetrio, le dijo al despedirse: «Os dejo, oh Estilpon, libre la ciudad;» á lo que él contestó: «Dices muy bien, porque no nos has dejado ningun esclavo.»

Habiendo vuelto contra Muniquia, puso ante ella su campamento, destrozó la guarnicion, y demolió el fuerte; y con esto, llamándole y haciéndole un gran recibimiento los Atenienses, entró ya en la ciudad, y congregando el pueblo, dijo que les restituia su antiguo gobierno, ofreciéndoles en nombre de su padre que se les enviarian ciento cincuenta mil fanegas de trigo y toda la madera de construccion necesaria para cien galeras. Recobraron los Atenienses la democracia al cabo de quince años; habiendo sido entre-

tanto su gobierno, desde los sucesos de Lamia y la batalla de Cranon (1), oligárquico en el nombre; pero en la realidad monárquico por el poder de Falereo; y habiendo sido Demetrio un bienhechor grande y magnífico, ellos los hicieron molesto y odioso con los desmedidos honores que le decretaron. Porque en primer lugar dieron el nombre de reyes á Demetrio y Antígono, nombre que hasta entónces habian repugnado, siendo de las insignias reales lo único que reservaban para los sucesores de Alejandro y Filipo, sin permitirlo ni comunicarlo á ningun otro. Ellos solos los llamaron *Dioses salvadores*; y haciendo que cesara el Arconte patrio, que daba nombre al año, crearon un sacerdote de los salvadores anuo; y el nombre de éste era el que habia de servir para fijar la data de todos los decretos y escrituras. Decretaron que en el gran peplo ó velo se tejieran sus retratos con los de los Dioses; y consagrando el lugar donde primero echó pié á tierra, erigieron un altar que habia de llamarse de *Demetrio* Catabata (2). Añadieron á las tribus otras dos, la *Demetriade* y la *Antigonide*; y el consejo, que ántes era de quinientos, lo hicieron de seiscientos, por cuanto cada tribu daba cincuenta.

El que más salió de tino en estas invenciones fué Estratocles: porque á él deben principalmente atribuirse tan exquisitos y excesivos modos de adular. Propuso que los que fuesen enviados por la república en virtud de decreto á Antígono y Demetrio, en lugar de llamarse embajadores, se llamaran Teoros, como los que por las ciudades conducen las víctimas á Delfos y Olimpia en las fiestas de la Grecia. Era en todo insolente este Estratocles; teniendo una vida disipada, é imitando en su desvergüenza é impudencia la falta de respeto al pueblo del antiguo Cleon. Habia tomado una amiga llamada Filacio; y habiéndole ésta comprado un

(1) De estos sucesos se habla con bastante extension en la Vida de Focion, cerca del fin.

(2) *Catabata* es el que baja, el que echa pié á tierra.

dia en la plaza sesos y cuellos: «¡Calla, le dijo, me has comprado para comer aquellas cosas con que nosotros los que gobernamos al pueblo jugamos á la pelota!» Cuando los Atenienses sufrieron aquella derrota en el combate naval de Amorgo, adelantándose á los que traian la noticia, pasó coronado por el Cerámico, y anunciando que habian vencido, propuso que se hiciera el sacrificio acostumbrado por la buena nueva, y distribucion de carnes por tribus. A poco llegaron los que volvian con el resto de las naves que quedó de la batalla; é increpándole el pueblo con enfado, calmó con la mayor insolencia el tumulto, diciendo: «¿Y qué ha habido de malo en que hayais tenido dos dias alegres?» ¡Tal era la desvergüenza de Estratocles!

Pues áun hubo otros decretos más calientes que el fuego, para valerme de la expresion de Aristófanes. Porque escribió otro adulador, excediendo en impudencia á Estratocles, que se recibiese á Demetrio cuantas veces fuese á Atenas con las mismas ceremonias que á Céres y Baco; y al que se aventajara en brillantez y esplendor en este recibimiento se le diera dinero del Erario público para una ofrenda. Finalmente, que el mes Muniquion se llamara Demetrion; el último dia del mismo mes Demetridi, y que á las fiestas llamadas Bacanales se les mudara el nombre en el de Demetrias. Contra las más de estas cosas hubo portentos de parte de los Dioses; porque el peplo en que, conforme al decreto, con Júpiter y Minerva habian sido tejidos Demetrio y Antígono, siendo llevado en procesion por el Cerámico, se rasgó por medio con una lluvia borrascosa que cayó. Junto á sus aras nació en derredor mucha cicuta, siendo así que por lo comun no la lleva aquel sitio. En el dia en que se celebraban los Bacanales tuvieron que suspender la pompa por haber sobrevenido grandes hielos fuera de tiempo; y habiendo caido una grande escarcha, no sólo quemó el frio todas las vides y las higueras, sino que hizo mucho daño en los trigos, que estaban aún en hierba; con

ocasion de lo cual Filípides, que era enemigo de Estratocles, dijo en una comedia que él era

Por quien las viñas abrasó la escarcha,
Y por cuya impiedad se rasgó el peplo,
Dados á hombres los divinos cultos:
Esto y no la comedia arruina al pueblo.

Era Filípides amigo de Lisimaco, y por él recibió el pueblo algunos beneficios de este monarca; para quien parece que era de buen agüero el que se le presentase Filípides, ó él le viese cuando habia de emprender alguna cosa de importancia en paz ó en guerra. Por otra parte, era hombre bien visto, nada entremetido, y que nada tenía de la oficiosidad palaciega. Hacíale un dia agasajos Lisimaco; y preguntándole: «¿Cuál de mis cosas te entregaré, oh Filipo?—Lo que quieras, oh Rey, le respondió, como no sea un secreto.» De intento, pues, hemos contrapuesto éste á aquél; al demagogo, y que lo lucía en la tribuna, este otro cómico y de la escena.

Pues áun se le decretó otro honor más desmedido y disonante, escrito por Dromoclides Esfecio, sobre que para la consagracion de los escudos en Delfos se tomará oráculo de Demetrio; pero será mejor copiar el tenor del decreto, que es como sigue: «A la buena hora: le ha pere»cido al pueblo nombrar un ciudadano de Atenas, que »constituyéndose cerca del Salvador, y haciendo las debi»das libaciones, pregunte á Demetrio Salvador, cómo con »más piedad, con más decoro y con mayor prontitud ha de »hacer el pueblo la dedicacion de las ofrendas; y que »lo que respondiere, aquello haga el pueblo.» Con tales desatinos embaucaron á un hombre que ya de suyo no era de los más cuerdos.

Miéntras reposaba entónces en Atenas, tomó por mujer á la viuda Euridice, que era descendiente del antiguo Mil-

ciades; y habiendo estado casada con Ofeltas, príncipe de Cirene, despues de su muerte se habia restituido á Atenas; y los Atenienses miraron este casamiento como una merced y un honor dispensados á su ciudad. Era naturalmente Demetrio muy fácil en concertar matrimonios, estando enlazado á un tiempo con muchas mujeres; entre las que tenía el primer lugar y dignidad File, ya por su padre Antipatro, y ya tambien por haber estado ántes casada con Cratero, que de los sucesores de Alejandro era el que mayor deseo de sí habia dejado á los Macedonios. Parece que siendo todavia Demetrio muy jóven, le persuadió el padre que tomara á esta en matrimonio, aunque le excedia en edad; y como no se mostrase muy dispuesto á ejecutarlo, se dice haberle recitado al oido esta máxima de Eurípides:

Allí do está el provecho es de casarse,
Aunque haya de ceder naturaleza.

Sustituyendo de repente una voz de la misma terminacion á aquella con que concluia el verso. A pesar de lo dicho, el honor y estimacion en que Demetrio tenía á File y á sus demas mujeres era de tal calidad, que con el mayor descaro trataba con rameras y con mujeres libres, siendo entre los reyes el que peor opinion tenía en punto á esta clase de placeres.

Llamóle el padre para hacer la guerra á Tolomeo por la isla de Chipre, y era preciso obedecer; pero incomodado de haber de dejar la guerra por la libertad de la Grecia, que era más ilustre y gloriosa, envió ántes mensajeros á Cleonides, general de Tolomeo, que tenía presidio en Sicione y Corinto, ofreciéndole grandes sumas porque dejase libres estas ciudades. No admitió éste la proposicion; por lo que tuvo que darse á la vela sin dilacion, y con su ejército se dirigió á Chipre; donde trabando ba-

talla con Menelao, hermano de Tolomeo, al punto le venció; pero sobreviniendo el mismo Tolomeo con grandes fuerzas de tierra y de mar, se amenazaron y hablaron mutuamente con arrogancia, intimando Tolomeo á Demetrio que se retirara ántes que reunidas todas sus fuerzas fuera hollado de ellas, y diciendo Demetrio que le dejaria ir en paz si convenia en retirar la guarnicion de Sicione y Corinto. No sólo para ellos era de grande expectacion esta contienda, sino que la duda é incertidumbre tenía pendientes á todos los príncipes; porque la victoria iba á dar al que quedara superior, no Chipre y la Siria, sino el ser inmediatamente el de mayor poder entre todos.

Tolomeo traia consigo ciento cincuenta naves, y habia dado órden á Menelao de que pasando de Salamina con otras sesenta, acometiera en lo más recio del combate para cortar las de Demetrio por la espalda y desordenar su línea. Demetrio á estas sesenta sólo opuso diez, porque eran las que bastaban para impedirles la salida del puerto, siendo la boca muy estrecha; y él, habiendo ordenado el ejército, distribuyéndole por los promontorios que dominaban el mar, movió con ciento ochenta naves. Fué la acometida con tal violencia é ímpetu, que de poder á poder destrozó á Tolomeo, haciéndole huir con solas ocho naves, que fueron las que de toda la armada se salvaron; pues de las demas, parte perecieron en el combate, y setenta fueron tomadas con sus tripulaciones. De la muchedumbre de esclavos, amigos y mujeres que navegaban en trasportes, y de armas, caudales y máquinas, nada absolutamente dejó de caer en manos de Demetrio, sino que se apoderó de todo y lo condujo al campamento. Era entre las mujeres muy celebrada Lamia, tenida al principio en precio por su arte, pues parece que tañia la flauta con primor, y famosa despues por sus ramerías. Estaba ya entónces en la declinacion de su belleza; y habiendo enredado á Demetrio, mucho más jóven que ella, de tal manera le atrajo y

dominó con sus gracias, que de ella sola era amante, de las demas amado. Despues del combate naval ni Menelao hizo resistencia, sino que entregó á Demetrio la isla de Salamina, las naves y el ejército, compuesto de mil doscientos caballos y doce mil infantes.

Habiendo sido tan gloriosa y brillante esta victoria, para darle Demetrio mayor realce con su benignidad y mansedumbre, dió honrosa sepultura á los cadáveres de los enemigos y libertad á los cautivos; y á los Atenienes les hizo el presente de mil doscientas armaduras de las tomadas en el botin. Envió al padre de mensajeros de esta victoria á Aristodemo de Mileto, adulador el más consumado de todos los cortesanos, y que entónces se propuso llevar la adulacion hasta el último punto. Porque llegado al término de la navegacion desde Chipre, no dejó que el barco se aproximara á tierra, sino que mandó echar áncoras y que toda la gente permaneciera embarcada. Él solo saltó en la lancha y se encaminó al palacio de Antígono, que con la expectacion de la batalla tenía el alma pendiente de un hilo, y estaba en la agitacion en que no pueden ménos de estar los que tan grandes intereses aventuran. Entónces, oyendo que él llegaba, todavía se turbó más que ántes, y haciéndose violencia para no salir de palacio, envió á encontrarle algunos de sus ministros y amigos, que tomaran de Aristodemo noticia de lo sucedido. Mas él, sin responder nada á nadie, con pasos muy mesurados y con un semblante muy grave seguia su camino; con lo que asustado enteramente Antígono, y no siendo ya dueño de contenerse, se encaminó á las puertas á tiempo que Aristodemo llegaba ya acompañado de gran tropel de gentes, hallándose no léjos del palacio. Cuando estuvo á conveniente distancia alargando la diestra, clamó en voz alta: «Salve, rey Antígono: hemos vencido en combate naval al rey Tolomeo: Chipre está en nuestro poder, con diez y seis mil ochocientos soldados que hemos

hecho cautivos;» á lo que respondió Antígono: «Salve, tú tambien, que por Dios nos has atormentado cruelmente; mas tú la pagarás, porque has de tardar en recibir las albricias.»

En seguida la muchedumbre aclamó por reyes á Antígono y Demetrio; y á Antígono al punto le ciñeron sus amigos la diadema. A Demetrio se la envió el padre con una carta, en que le daba el dictado de rey. Los Egipcios, luégo que llegó allá esta voz, proclamaron tambien rey á Tolomeo, porque no pareciese que se tenian en ménos á causa de la derrota. Así fué como lo ejecutado con Antígono y Demetrio excitó la emulacion de todos los sucesores de Alejandro; porque Lisimaco empezó asimismo á usar de diadema, y Seleuco áun en sus audiencias á los Griegos; pues ya ántes las habia dado con autoridad de rey á los bárbaros. Casandro, aunque todos de palabra y por escrito le llamaban rey, continuó escribiendo sus cartas como ántes. No se crea que terminó esto en la añadidura de un dictado y la mudanza de traje, sino que influyó en los ánimos, y los llenó de orgullo y altanería para el trato y para toda su conducta; mudando, como los representantes de tragedias, juntamente con las ropas el aire y continente del cuerpo, la voz y el modo de sentarse y saludar. Así es que desde este punto se hicieron más violentos en la administracion de la justicia; dando de mano al disimulo hipócrita que los hacía un poco más benignos y afables para con los súbditos. ¡Tanto pudo una sola palabra de un adulador, y tal mudanza produjo puede decirse que en toda la tierra!

Antígono, engreido con los sucesos de Demetrio en Chipre, al punto partió contra Tolomeo, conduciendo por sí mismo el ejército de tierra, y haciendo que Demetrio le siguiera con una poderosa armada; pero acerca del modo de terminarse aquella expedicion, tuvo Medio, amigo de Antígono, una vision entre sueños: porque le pareció que

el mismo Antígono contendia con su ejército en la carrera de ida y vuelta, llamada *Diaulo*, excelentemente y con mucha prontitud al principio, pero que despues poco á poco fué cediendo aquella fuerza; y al fin cansado hubo de aflojar, y falto de respiracion con dificultad hizo la vuelta. Fatigado, pues, por tierra con escaseces de toda especie, como Demetrio hubiese corrido una gran borrasca, habiendo estado expuesto á estrellarse en playas abiertas y difíciles y perdido muchas naves, tuvo que volverse sin haber hecho cosa alguna. Hallábase entónces en los ochenta años de edad ó poco ménos, y no estando en disposicion de conducir por sí los ejércitos, más por la gran mole y pesadez de su cuerpo, que por la vejez, se valia del hijo, que por su buena suerte y por su pericia administraba perfectamente los mayores negocios; no incomodándole su lujo, su profusion y sus festines: porque si bien en tiempo de paz se excedia en estos desahogos, entregándose en el ocio á los placeres sin cuenta ni reparo, en la guerra estaba tan vigilante y despierto como los más sobrios por carácter. Dícese que dominándole ya del todo Lamia, de vuelta de un viaje saludó Demetrio á Antígono besándole; y éste le dijo sonriéndose: «Parece, hijo, que besas á Lamia.» En otra ocasion habia pasado muchos dias en francachelas, y dando por excusa que una fluxion era la que le habia impedido verle: «Lo sé, respondió Antígono; ¿pero esa fluxion era del de Taso, ó del de Quio?» Habiendo sabido otra vez que se hallaba enfermo, fué á verle, y en la puerta se encontró con un jovencito muy lindo. Entró, y sentándose junto á él, le tomó la mano, y diciéndole Demetrio: «Ahora mismo se ha ido la calentura. —Cierto, le contestó, hijo mio, en la puerta la he encontrado yo cuando entraba.» ¡Con tanta indulgencia llevaba estos extravíos del hijo por su conducta en lo demas! Porque los Escitas, miéntras beben y se embriagan, tiran las cuerdas de los arcos, como para despertar el valor relajado por

el placer; pero Demetrio entregándose del todo, ora al placer, y ora al cuidado, sin mezclar nunca estas cosas entre sí, no era por eso ménos activo en los preparativos de la guerra.

Con todo, áun parecia mejor general para preparar y disponer un ejército que para usar de él, queriendo que todo estuviera de sobra para el caso oportuno; y en las grandes obras de la construccion de naves y máquinas, su esmero llegaba hasta el extremo, teniendo un placer insaciable en su ejecucion, y en inventarlas y trazarlas: porque estando adornado de ingenio y comprension, no empleó su aficion á las artes en niñerías ó en diversiones inútiles, como otros reyes, que tañian la flauta, pintaban ó torneaban. Eropo de Macedonia se entretenia cuando estaba de vagar en hacer mesas y lamparillas. Atalo, llamado Filometor, cultivaba hierbas venenosas, no sólo el beleño y el eléboro, sino tambien la cicuta, el acónito y el doriemo ó solano mánico, sembrándolos ó plantándolos en los jardines reales, y poniendo cuidado en conocer sus jugos y su fruto, y cogerlos cuando era tiempo. Los reyes de los Partos hacian vanidad de su destreza en sacar y aguzar las puntas de los dardos. Mas en Demetrio áun lo mecánico era regio, y el uso de las artes tenía grandeza, presentando sus obras juntamente con lo esmerado y artístico cierta elevacion de ingenio y de ánimo, y pareciendo dignas de un rey, no solamente en la invencion y opulencia, sino hasta en la mano: porque con su grandeza pasmaban á los amigos, y con su belleza hasta á los enemigos agradaban. Y esta relacion más tiene de verdadera que de exagerada; pues sus galeras de diez y seis y de quince remos; fueron vistas en el mar con admiracion por los enemigos que las miraban desde tierra, y sus *helepolis* eran un espectáculo para los mismos sitiados, como los hechos lo confirman. Porque Lisimaco, que era entre los reyes el mayor enemigo de Demetrio, y que fué á combatirle cuando sitiaba á

Solos de Cilicia, le envió á rogar que le mostrara sus máquinas y sus naves en acto de bogar; y habiéndoselas mostrado, quedó admirado de ellas, y se retiró. Los Rodios, sitiados por él largo tiempo, cuando se hizo la paz le pidieron algunas de sus máquinas para tener una memoria de su habilidad y del propio valor de ellos.

Hacía guerra á los Rodios por ser aliados de Tolomeo, y arrimó á los muros la mayor de sus *helepolis* (1), cuya base era cuadrada, y cada lado tenía de latitud cuarenta y ocho codos; siendo toda su altura de sesenta y seis, y viniendo los lados á parar en un techado más angosto que la base. Por adentro estaba asegurada con diferentes enmaderados y repartida en divisiones. El frente que miraba á los enemigos estaba abierto, habiendo en cada piso sus ventanas, por las que se lanzaban armas arrojadizas de toda especie: porque estaba llena de hombres ejercitados en toda suerte de combates; y con no bambalearse ni inclinarse con los sacudimientos, sino ser llevada siempre derecha y en equilibrio con gran ruido é ímpetu, en los espíritus causaba miedo, y al mismo tiempo hacía cierta gracia á los ojos de los que la miraban. Trajéronle de Chipre para esta misma guerra dos corazas de hierro de peso cada una de cuarenta libras; y queriendo su artífice Zoilo hacer ver la impenetrabilidad y resistencia de ellas, propuso que con una catapulta le lanzaran un dardo á veintiseis pasos; y hecho así, no fué pasado el hierro, y sólo recibió una ligera impresion como si se hubiera hecho con un punzon. Esta era la que él llevaba, y la otra Alcimo, natural del Epiro, varon el más belicoso y de mayores fuerzas de cuantos tenía consigo: como que él solo usaba de una armadura de dos talentos de peso, cuando las de

(1) Esta voz significa máquina de tomar ciudades, y ya se ve que era una de las muchas especies de torres de que habla Lipsio en sus libros de las máquinas de guerra de los antiguos.

los demas eran de uno, y peleando en Rodas murió junto al teatro.

Defendiéronse con gran valor los Rodios, y aunque no ejecutó Demetrio cosa digna de referirse, les hacía, sin embargo, obstinadamente la guerra, porque enviándole File su mujer cartas, alfombras y ropas, apresaron el barco como estaba, y lo enviaron á Tolomeo, no imitando la humanidad en caso igual de los Atenienses; los cuales, estando en guerra con Filipo, cogieron á unos portadores de cartas, y leyendo las demas, solamente no abrieron la de Olimpiada, sino que sellada como estaba la remitieron á Filipo. Mas áun á pesar de estar tan vivamente ofendido Demetrio de los Rodios, cuando tuvo ocasion oportuna no le sufrió el corazon vengarse de ellos. Porque hizo la casualidad que Protogenes de Cauno estaba pintando su cuadro de Ialiso; y cuando estaba ya casi para concluirse, lo ocupó Demetrio en uno de los arrabales. Enviáronle los Rodios un heraldo para pedirle que tuviera consideracion y no destruyera aquella obra; á lo que él respondió que ántes quemaria los retratos de su padre que un trabajo del arte como aquel: porque se dice que gastó Protogenes siete años en acabar aquella pintura. Dícese asimismo que al ver Apeles aquella obra se quedó tan pasmado, que le faltó la voz, y al cabo de rato expresó: «¡Gran trabajo! ¡admirable obra! pero no tiene aquellas gracias por las que mis pinturas tocan al cielo.» Colocado más adelante este cuadro con otros muchos en Roma, fué abrasado en un incendio. Resistian fuertemente los Rodios en aquella guerra; y deseando Demetrio algun decente pretexto, los Atenienses que allá acudieron le proporcionaron hacer la paz, sin otra condicion que la de haber de dar los Rodios auxilios á Antígono y Demetrio, como no fuera contra Tolomeo.

Llamaròn á Demetrio los Atenienses con motivo de tenerles sitiada Casandro la ciudad; y acudiendo aquél con

trescientas treinta naves y numerosa infantería, no sólo arrojó á Casandro del Atica, sino que persiguiéndole en su fuga hasta las Termópilas, consiguió de él una señalada victoria, y tomó á Heraclea, que voluntariamente se le entregó; habiéndosele asimismo pasado seis mil Macedonios. A la vuelta dió libertad á los Griegos de la parte acá de las Termópilas; hizo alianza con los Beocios, y tomó á Cencris; y habiendo reducido á File y á Panacto, presidios del Atica, guarnecidos entónces por Casandro, las restituyó á los Atenienses, los cuales aunque habian estado ántes excesivos con él, y parecia haber agotado todos los medios de obsequiarle y honrarle, todavía encontraron como parecer nuevos y recientes en sus adulaciones. Porque le señalaron para alojamiento el edificio que está á espaldas del templo de Minerva, llamado Partenon, y allí estuvo habitando: diciéndose que era la Diosa la que daba hospedaje á un huésped, á fe no muy modesto, ni de una conducta muy propia para que lo alojara una vírgen; siendo así que su padre, habiendo sabido que Filipo el hermano del mismo Demetrio estaba en una ocasion alojado en una casa en que habia tres mocitas, á él no le habló palabra; pero habiendo llamado al aposentador, le dijo en su presencia: «Oyes, ¿no sacarás á mi hijo de tan estrecho alojamiento?»

Correspondíale en verdad á Demetrio respetar á Minerva, á lo ménos por ser su hermana mayor, segun él decia; y sin embargo, fueron tales las indecencias y abominaciones con que manchó el alcázar, violentando á jóvenes libres y ciudadanas honestas, que parecia estar aquel lugar sumamente acatado y limpio cuando sólo se divertia con las rameras Crísis, Lamia, Damo y Anticira. No conviene por honor á la ciudad referir menudamente tales insolencias; pero al mismo tiempo es justo no pasar en silencio la virtud y modestia de Democles. Era éste todavía muchachito, y tuvo de él noticia Demetrio, siendo su sobrenombre el que le acusaba, porque le llamaban Democles el Hermoso. Hicié-

ronsele muchos presentes, se le solicitó, se le hizo miedo, y á nadie cedió nunca. Por fin, retirándose de las palestras y del gimnasio, se iba á bañar á un baño privado; y habiendo espiado Demetrio la ocasion, se entró en él cuando aquél estaba solo; mas el muchacho cuando se vió en aquel desamparo y en aquel estrecho, quitando la tapa á la caldera en que estaba el agua hirviendo, se arrojó en ella y pereció, sufriendo lo que él no merecia, pero pensando de un modo digno de su patria y de la hermosura, y no como Cleaineto, hijo de Cleomedonte, que habiendo dado pasos para librar al padre de la multa de cincuenta talentos, y presentando al efecto al pueblo cartas de Demetrio, no sólo se cubrió á sí mismo de oprobio, sino que fué causa de turbaciones en la ciudad. Porque á Cleomedonte le perdonó la multa; pero hizo un decreto para que nadie presentara cartas de Demetrio; mas como habiéndolo éste entendido, léjos de tolerarlo se hubiese mostrado muy ofendido, intimidados nuevamente, no sólo anularon el decreto, sino que de los que lo propusieron y apoyaron, á unos les quitaron la vida y á otros los desterraron. Hicieron además otro decreto por el que declararon que todo cuanto el rey Demetrio mandara, habia de ser santo ante los Dioses y justo ante los hombres; y diciendo uno de los ciudadanos más prudentes que Estratocles no podia ménos de estar loco para proponer tales cosas, Democares Leuconeo le replicó: «estaríalo si no lo estuviese;» porque realmente Estratocles sirvió mucho á la ciudad con estas adulaciones; y sin embargo, delatado Democares con tan leve motivo, fué desterrado. ¡Por estas humillaciones pasaban los Atenienses miéntras se daban por aliviados de la guarnicion, y creian que estaban en el pleno goce de su libertad!

Pasó Demetrio al Peloponeso, y no haciéndole frente ninguno de los enemigos, porque todos huian y abandonaban las ciudades, puso á su obediencia la region llamada Acte y la Arcadia, á excepcion de Mantinea y Argos, y res-

cató á Sicione y Corinto, dando cien talentos á los que las tenian en custodia. Celebrándose en Argos las fiestas de Juno, presidió á los combates y á toda la solemnidad, y se casó con Deidamia, hija de Eacida, rey de los Molosos, y hermana de Pirro. Decia que los Sicionios habitaban fuera de la ciudad, y les persuadió á que la trasladaran al sitio que ahora ocupa; y ellos con el sitio le mudaron tambien el nombre, llamándola Demetriada en vez de Sicione. Habiéndose tenido en el Istmo una junta general, que fué sumamente concurrida, se le nombró generalísimo de la Grecia, como ántes se habia hecho con Filipo y Alejandro, á quienes él pensaba hacer grandes ventajas, deslumbrado con la presente fortuna, y con el gran poder á que por ella habia llegado. Y Alejandro á ninguno de los otros reyes los rebajó de este dictado, ni á sí mismo se dió el título de rey de reyes, sin embargo de que muchos le debian la dignidad y el nombre; pero Demetrio hacía mofa y escarnio de los que llamaban rey á cualquiera otro fuera de él y su padre; y en los banquetes oia con gusto á los que brindaban por el rey Demetrio, por el jefe de los elefantes Seleuco, por el general de la armada Tolomeo, por el tesorero Lisimaco, por el siciliano Agatocles, gobernador de las islas. Instruidos aquellos reyes de estas puerilidades, todos las tomaron á risa, á excepcion de Lisimaco que se mostró muy enfadado, diciendo: «¿Si me habrá tenido por castrado Demetrio?» porque comunmente para tesorero se echa mano de los eunucos. Era siempre Lisimaco el que más le odiaba, y para motejarle por sus amores con Lamia, dijo: «Ahora por la primera vez, se ha visto una ramera salida de la escena trágica:» á lo que replicó Demetrio, ser más honesta y recatada esta ramera que su Penélope.

Pasando entónces otra vez á Atenas, escribió anticipadamente que queria al punto de su llegada iniciarse en los misterios, y hacer de una vez toda la ceremonia, desde la primera iniciacion hasta la inspeccion íntima. Mas esto no

era legítimo ni se habia hecho nunca, porque los pequeños misterios se celebraban en el mes Antigerion, y los grandes en el Boedromion; y á la inspeccion no se pasaba sino mediando un año cuando ménos desde los grandes misterios. Leida la carta, sólo se atrevió á oponerse el porta-antorcha Pitodoro; pero no adelantó nada, porque abrió Estratocles dictámen para que se decretara que el mes Muniquion se entendiera y llamara Antisterion; y admitieron á Demetrio á la iniciacion que se hacía en Agra. Despues de esto, el mes Muniquion de Antisterion se hizo Boedromion, y se perfeccionó lo que restaba de la iniciacion, recibiendo Demetrio el último grado de la inspeccion íntima; por lo que satirizando Filipides á Estratocles hizo este verso:

El que á un mes sólo ha reducido el año;

así como dijo en cuanto á su alojamiento en el Partenon:

El que por un meson tuvo al alcázar,
Y de una vírgen al sagrado templo
Introdujo á las torpes ramerillas.

Siendo así que entónces en la ciudad se cometieron mil excesos é injusticias, se dice que lo que más mortificó á los Atenienses fué que habiéndoseles mandado pagar y entregar sin dilacion doscientos cincuenta talentos, cuya exaccion se hizo de una sola vez y sin excusa, cuando Demetrió vió todo el dinero junto, dió órden de que para jabon se entregara á Lamia y á las otras mozuelas que tenía consigo; porque sintieron más la vergüenza que la multa, y la expresion de desprecio más que la violencia de hecho. Algunos dicen que no fué con los Atenienses con quienes esto se ejecutó, sino con los Tesalianos. Fuera de esto, queriendo Lamia dar un banquete al Rey, exigió por su

propia autoridad dinero á muchos; y fué tan celebrado por su suntuosidad este convite, que Linceo de Samos escribió una historia de él. Con este motivo hubo un poeta cómico que llamó á Lamia con tanto donaire como verdad *Helepolis* (1). Democares de Solos llamaba á Demetrio cuento, porque decia que tenía como los cuentos su Lamia ó Hada. Daba esta mujer celos y envidia, con ser tan querida y obsequiada, no sólo á las mujeres legítimas de Demetrio, sino áun á sus amigos. Fueron en una ocasion embajadores de parte de Demetrio á Lisimaco, á quienes éste en un momento de ocio mostró en los muslos y en los brazos cicatrices profundas de las uñas de un leon, y les refirió la lucha que habia tenido con aquella fiera por haberle encerrado con ella el rey Alejandro; y ellos echándose á reir, le dijeron que tambien su Rey llevaba en el cuello mordiscos de otra fiera cruel, que era Lamia. Era cosa de admirar que habiendo andado con reparos al principio para casarse con File por razon de la edad, se hubiera dejado vencer de Lamia, y la hubiera amado por tanto tiempo, pasada ya y muy pasada su flor. Así es que Demo, llamada tambien Mania, habiendo tañido la flauta Lamia sobre cena, como le preguntase Demetrio: «¿Qué te parece?—Vieja, señor,» le respondió. Y en otra ocasion, habiéndose puesto en la mesa grande abundancia de postres, y diciéndole el mismo Demetrio: «¿Ves qué de cosas me envia Lamia?—Muchas más te enviaria mi madre, le respondió, si quisieras dormir con ella.» Consérvase finalmente en memoria la objecion de Lamia contra la sentencia llamada de Bocoris. Se habia enamorado uno en Egipto de la cortesana Tonis, á la que habia ofrecido una gran suma; pero habiéndole parecido despues entre sueños que yacía con ella, se resfrió en su deseo; y ella le puso pleito

(1) Se deja dicho en esta misma Vida que la Helepolis era una máquina de sitio, y su nombre mismo significaba tomadora de ciudades.

sobre el precio convenido. Dióse cuenta á Bocoris, y mandó que el amador trajera á su presencia en un talego todo el dinero prometido, y que con la mano lo sacudiera á uno y otro lado, y la cortesana se contentara con la sombra; teniendo á la opinion por sombra de la verdad; pero Lamia repuso que esta sentencia no era justa, porque la sombra no satisfizo en la cortesana la codicia del dinero, como el sueño habia borrado el amor en el mancebo. Mas baste lo dicho acerca de Lamia.

La fortuna y los sucesos de este Rey, de quien escribimos, exigen que la narracion se convierta ahora de la escena cómica á la trágica. Porque todos los otros reyes se coligaron contra Antígono; y como hubiesen reunido en un punto todas sus fuerzas, tuvo Demetrio que acudir desde la Grecia; y como hubiese juntado asimismo sus tropas con las del padre, más codicioso de gloria militar que lo que su edad llevaba, él tambien adquirió más osadía y cobró más ánimo. Y en verdad parece que si Antígono hubiera cedido en cosas bien pequeñas, y hubiera rebajado algo de su desmedida ambicion y deseo de mando, habria conservado para sí y dejado al hijo la preeminencia de ser el primero entre todos ellos; pero siendo altivo y orgulloso por carácter, y tan insolente como en las obras en las palabras, habia ofendido é irritado á muchos de los jóvenes y de los poderosos. Entónces mismo decia de aquella liga y confederacion que como una bandada de pájaros la dispersaria con tirar una piedra y hacer un poco de ruido. Tenía para esta guerra más de setenta mil infantes, diez mil caballos y setenta y cinco elefantes: siendo las fuerzas de los contrarios sesenta y cuatro mil infantes, quinientos caballos más que aquél, cuatrocientos elefantes y ciento veinte carros. Cuando ya estos se acercaron, hubo variacion en su ánimo, más bien en cuanto á las esperanzas que en cuanto á la determinacion. Porque siendo así que en los momentos de los combates solia ser altanero y jac-

tancioso, hablando en voz alta y usando de expresiones arrogantes, hasta emplear los chistes en el momento de acometer y cuando se habia venido á las manos con los enemigos para mostrar gran serenidad y desprecio de éstos, en aquella ocasion se le vió casi siempre pensativo y taciturno; y ante el pueblo designó y les presentó al hijo por su sucesor. Pero lo que más admiraron todos fué que en su tienda habló con éste á solas, cuando no acostumbraba á tener ni áun con él estas confianzas; sino que despues de haber resuelto por sí, le daba públicamente las órdenes para la ejecucion de sus planes. Dícese que siendo todavía mocito Demetrio, le preguntó en una ocasion cuándo se tocaria á retirada; y que le respondió enfadado: «¿Pues qué has de ser tú solo quien no oiga la trompeta?»

Agregósele entónces haber tambien señales contrarias, que cortaron los vuelos á su espíritu, porque á Demetrio le pareció que entre sueños le preguntaba Alejandro, magníficamente armado, qué señal era la que iban á dar para aquella batalla; y que habiéndole él respondido que Júpiter y la victoria, le habia contestado: «Pues voyme ahora á los enemigos porque ellos me recibirán;» y Antígono al salir, cuando ya estaba ordenada la hueste, tropezó y cayó de bruces, habiéndose hecho bastante daño; y levantándose, tendidas las palmas al cielo, pidió á los Dioses la victoria ó una muerte imprevista ántes de la derrota. En el acto de embestir, Demetrio, que mandaba la mayor y mejor parte de la caballería, vino á caer al frente de Antioco, hijo de Seleuco, y habiendo peleado valerosamente hasta haber rechazado á los enemigos, en el alcance, que fué seguido con más calor y arrojo del que la oportunidad sufria, malogró la victoria: porque al retirarse, no le fué dado volver á incorporarse con la infantería á causa de haberse interpuesto los elefantes; y viendo Seleuco el cuerpo del ejército privado de la proteccion de la caballería, con hacer como que cargaba para envolverlo, se

propuso dar ocasion á que los soldados mudaran de ánimo y se le pasasen, lo que así sucedió: porque un grandísimo número, que estaba cortado, al punto fué á incorporarse en sus filas, y los demas huyeron. Corrian muchos hácia Antígono, y diciéndole uno: «Contra tí vienen éstos, oh Rey.—¿Pues contra quién han de venir sino contra mí? respondió; mas ya volverá Demetrio en mi auxilio;» y miéntras estaba con esta esperanza mirando si vendria el hijo, siendo muchos á tirarle saetas á un tiempo, cayó muerto. Todos los demas sirvientes y amigos al punto le abandonaron, quedando solamente en custodia del cadáver Torax de Larisa.

Terminada de este modo la batalla, repartiéndose los reyes vencedores, como si fuera un cuerpo muerto, todo el imperio de Antígono y Demetrio, tomaron cada uno su parte, y se repusieron de las provincias de éstos en las que cada uno habia tenido ántes. Demetrio huyó con cinco mil infantes y cuatro mil caballos, dirigiéndose con precipitacion á Efeso, y cuando todos creian que falto de recursos no se abstendria del templo, temeroso de que lo ejecutasen los soldados, dió al punto la vela, haciendo rumbo á la Grecia, por tener en los Atenienses sus principales esperanzas: porque hacía tambien la casualidad que allí habia dejado naves, fondos y á su mujer Deidamia, y pensaba que no podia encontrar refugio más seguro en el estado en que se veia que el amor de los Atenienses. Por tanto, cuando navegando la vuelta de las Cicladas le salieron al encuentro embajadores de Atenas, intimándole que no tocase en aquella ciudad, porque habia decretado el pueblo que no se diera entrada á ninguno de los reyes, y á Deidamia la condujeron á Megara con el honor y acompañamiento conveniente, no fué dueño de sí mismo de cólera, sin embargo de que habia llevado hasta allí resignadamente su desgracia, y no se habia mostrado en semejante mudanza abatido ó humillado; pero el verse frustrado

de las esperanzas que sobre el amor de los Atenienses habia fundado, y que éste le habia salido vano y falaz, esto era lo que sobre todo le desconsolaba: y es que para los reyes y poderosos el ménos cierto indicio de amor de parte de la muchedumbre es el exceso en las sumisiones y los honores; pues consistiendo el precio de éstos en la voluntad y la eleccion, el miedo les quita el crédito y la fe, porque unos mismos son los decretos de los que temen y de los que aman. Así, los hombres prudentes y de juicio, no mirando á las estatuas, ni á las pinturas, ni á las apoteosis, sino más bien á sus propios hechos y sus propias obras, segun son éstas, ó los tienen por verdaderos honores, ó por resoluciones de la necesidad; como que los pueblos muchas veces cuantos más honores decretan, más aborrecen á los que los reciben sin medida, y con desden y ceño, de los que los decretan muy de mala gana.

Teniéndose Demetrio por malhadado en aquella situacion, y no pudiendo tomar venganza de los Atenienses, no hizo más que darles quejas con cierta moderacion, al mismo tiempo que trataba de recobrar sus naves, entre las que habia una de trece órdenes de remos. Habiéndolas recibido, navegó al Istmo, y hallando que sus cosas no estaban allí en mejor estado, porque las guarniciones de una en una se le habian ido separando y pasando á los enemigos, dejó á Pirro en observacion de la Grecia, y haciéndose á la vela, se dirigió al Quersoneso; desde donde empezó á talar las tierras de Lisimaco para fomentar y mantener su ejército, que ya iba reponiéndose y siendo de no pequeña entidad. Por lo que hace á Lisimaco, se veia abandonado de los demas reyes, por no parecerles ser de mejor intencion que aquél, y ántes sí más temible, por lo mismo que tenía mayor poder. De allí á poco Seleuco envió á pedir en casamiento á Estratonice, hija de Demetrio y File, sin embargo de tener ya un hijo llamado Antioco de Apama, natural de Persia: creyendo por una parte que, se-

gun la extension de su mando, tenía para muchos sucesores; y por otra que necesitaba enlazarse con aquél, por cuanto habia visto que de las hijas de Tolomeo Lisimaco habia tomado una para sí y otra para su hijo Agatocles. Era para Demetrio una felicidad inesperada ser suegro de Seleuco; y dando la vela con aquella doncella, marchó con todas las naves á la Siria, arribando por necesidad á diferentes puntos, y tocando en la Cilicia, donde dominaba Plistarco despues de la batalla con Antígono, por haberle sido entregada por los reyes esta provincia como un don especial. Era Plistarco hermano de Casandro; y juzgando violado injustamente su territorio por Demetrio en las arribadas, con ánimo de quejarse á Seleuco de que habia hecho la paz con el enemigo comun sin el consentimiento de los otros reyes, se embarcó para ir en su busca.

Habiéndolo entendido Demetrio, se encaminó desde el mar á Cuindos, donde encontró que áun habian quedado mil doscientos talentos; los que recogió: y dándose priesa á embarcarse, se hizo sin detencion al mar. Reuniósele á este tiempo su mujer File, y en Roso le salió á recibir Seleuco. Fué esta primera entrevista sencilla, franca y régia, habiendo tenido primero Seleuco convidado en su tienda en el campamento á Demetrio, y recibido despues Demetrio á aquél en su galera. Habia entre ellos fiestas, conferencias y pasatiempos, sin guardias y sin armas, hasta que, desposándose con grande aparato Seleuco con Estratonice, se restituyó á Antioquía. Demetrio recobró la Cilicia, y envió á su mujer File á la corte de Casandro su hermano, con el objeto de desvanecer las acusaciones de Plistarco. En esto Deidamia, que habia venido de la Grecia á reunirse con él, al cabo de poco tiempo murió de una enfermedad. Hizo amistad con Tolomeo por medio de Seleuco, entrando en el tratado que tomaria á Tolemaida, hija de Tolomeo, por mujer. Hasta aquí la conducta de Seleuco habia sido muy urbana y civil; pero habiendo pre-

tendido que Demetrio le entregara la Cilicia por cierta suma, porque éste no se prestó á ello, le pidió con grande enojo la restitucion de Sidon y de Tiro, dando muestras de obrar con la mayor violencia y propasarse á los mayores excesos: porque habiendo hecho suyo cuanto hay desde el mar de la India hasta la Siria, todavía era tan menesteroso y pobre, que por solas dos ciudades le era preciso no dejar vivir á un hombre que, sobre ser su suegro, habia experimentado tales mudanzas de fortuna: dando en esto el más relevante testimonio á la sentencia de Platon, que exhorta al que quiera ser verdaderamente rico á que en lugar de aumentar la riqueza disminuya el deseo insaciable de tener; pues el que no sabe acallar la avaricia, jamás se verá libre ni de pobreza ni de miseria.

Mas no se acobardó Demetrio, sino que, diciendo que aunque en otras diez mil batallas fuese vencido no sufriria el que Seleuco comprara de él por precio el ser su yerno, aseguró con guarniciones aquellas ciudades; y con noticia que tuvo de que estando alterada Atenas, trataba Lacares de tiranizarla, se prometió que con aparecerse tomaria fácilmente la ciudad; y lo que es la travesía, la hizo en toda seguridad con una grande armada; pero costeando el Atica, sufrió una fuerte tormenta, en la que perdió la mayor parte de las naves, y tuvo un no pequeño número de muertos. Habiendo él salido á salvo, áun hizo alguna guerra á los Atenienses; pero viendo que nada adelantaba, envió comisionados que juntaran nueva escuadra; y pasando al Peloponeso, puso sitio á Mesena, donde combatiendo los muros, estuvo en grande peligro, habiendo sido herido de un dardo lanzado con catapulta, que le lastimó la cara y la boca, pasándole la mejilla. Luégo que se hubo recobrado, y que redujo á su obediencia algunas ciudades sublevadas, volvió de nuevo á invadir el Atica. Apoderóse de Eleusine y Ramnunte, taló el país, y habiendo apresado una nave con trigo que se dirigia á

proveer á los Atenienses, ahorcó al comerciante y al piloto: de manera que ahuyentados de miedo todos los demas, se padeció en la ciudad una terrible hambre, y con ella una absoluta escasez de todos los demas objetos. Así, la fanega de sal les costaba treinta dracmas, y un modio de trigo trescientas (1). Proporcionaron algun respiro á los Atenienses ciento cincuenta naves que se aparecieron por la parte de Egina, enviadas en su socorro por Tolomeo; pero habiéndole llegado á Demetrio muchas del Peloponeso y muchas de Chipre, hasta componer trescientas entre todas, levaron anclas las de Tolomeo y huyeron; y el tirano Lacares dió tambien á huir, abandonando la ciudad.

Los Atenienses, aunque habian impuesto pena de muerte al que hablara de paz ó de reconciliacion con Demetrio, al punto le abrieron las puertas que estaban inmediatas, y le enviaron embajadores: no con esperanza de alcanzar de él nada favorable, sino estrechados del hambre, en la que sucedieron cosas muy lastimosas, contándose entre otras la siguiente. Estaban retirados en una habitacion desesperados de todo socorro padre é hijo, y habiendo caido del techo un raton muerto, luégo que le vieron, corrieron los dos á cogerle, y se le disputaron á golpes. Refiérese tambien que el filósofo Epicuro mantuvo en aquella ocasion á sus discípulos, repartiendo con ellos cierta porcion de habas por cuenta. Siendo esta la situacion de la ciudad, entró en ella Demetrio, y dando órden de que se juntaran todos en el teatro, guarneció con hombres armados la escena, cercó de lanceros el lugar de la representacion, y bajando, como los actores trágicos, de los corredores altos, fué todavía mayor el susto de los Atenienses; pero

(1) El modio griego era de cabida de dos celemines, y como la dracma, segun se ha dicho otras veces, venía á valer dos reales de nuestra moneda, los dos celemines de trigo les costaban seiscientos reales.

con el principio de su discurso tuvo fin el miedo de éstos: porque quitando del tono de la voz y de las expresiones toda acrimonia, se quejó de ellos blanda y amistosamente, y se dió por desenojado, haciéndoles entregar cien mil fanegas de trigo y restableciendo los magistrados que les eran más agradables. Observó el orador Dromoclides que el pueblo con el gozo prorumpia en diferentes aclamaciones, tratando de sobrepujar las alabanzas que los demagogos pronunciaban desde la tribuna, y propuso ley para que al rey Demetrio se le entregara el Pireo y Muniquia. Decretóse así; pero Demetrio puso por sí mismo guarnicion en el Museo, no fuera que sacudiendo otra vez el freno el pueblo, le diera causa á iguales detenciones.

Reducida Atenas, asestó sus tiros contra Lacedemonia, y venciendo y rechazando en batalla al rey Arquidamo que le salió al encuentro junto á Mantinea, invadió la Laconia. Hizo en otro encuentro quinientos cautivos, y le mató doscientos á la vista de la misma ciudad de Esparta; y casi nada faltaba para hacerse dueño de ella, no habiendo sido nunca tomada hasta entónces; pero la fortuna parece que no usó jamas con rey ninguno de tan grandes y súbitas mudanzas, ni con nadie fué tantas veces pequeña y grande; humilde de ensalzada, y poderosa otra vez de pobre y abatida: así se dice que el mismo Demetrio en una de las más notables entre estas vicisitudes empleó, exclamando contra la fortuna, este verso de Esquilo:

Tú me alentaste, y tú quieres perderme.

Porque entónces, yendo con tanta prosperidad sus negocios hácia el imperio y el poder, se le dió aviso primero de que Lisimaco le habia tomado las ciudades del Asia; y en seguida de que Tolomeo se habia apoderado de toda Chipre, á excepcion de sola la ciudad de Salamina, y esta la tenía sitiada, hallándose envueltos en el sitio sus hijos y

su madre. Mas al mismo tiempo la fortuna, que como aquella mujer de los versos de Arquíloco,

Engañosa y falaz, en la una mano
Agua llevaba, y en la otra fuego,

habiéndole apartado con tan desagradables y terribles nuevas de Lacedemonia, le presentó otras esperanzas de nuevos y grandes sucesos con la ocasion siguiente.

Muerto Casandro, su hijo mayor llamado Filipo falleció asimismo, habiendo sido muy poco el tiempo que reinó sobre los Macedonios; y los otros dos se pusieron entre sí en discordia y en abierta disension. El uno de éstos, Antipatro, dió muerte á Tesalónica su madre; por lo que el otro llamó en su auxilio del Epiro á Pirro y del Peloponeso á Demetrio. Adelantóse Pirro, y tomándose una gran parte de la Macedonia como premio del socorro, era ya un vecino temible para Alejandro. Demetrio luégo que recibió la carta se habia puesto en movimiento con su ejército; y como aquel jóven temiese todavía más á éste por su grande dignidad y fama, bien le salió al encuentro en Dion, y lo saludó y recibió con las mayores muestras de aprecio; pero ya nada le dijo sobre tener necesidad de su presencia. Levantáronse, pues, sospechas de uno á otro; y yendo Demetrio á un banquete para el que aquel jóven le habia convidado, hubo quien le advirtió en el camino de que se le armaban asechanzas, teniendo dispuesto darle muerte entre los bríndis. Nada se inmutó con esta denuncia, y sólo se detuvo un poco para dar órden á sus caudillos de que la tropa estuviese sobre las armas; y á los criados y demas personas de su comitiva, que eran muchos más que los de Alejandro les mandó que entraran al comedor y permanecieran allí hasta que se levantase de la mesa. Temieron con esto los que Alejandro tenía prevenidos, y no se atrevieron á poner por obra su designio.

Demetrio, excusándose con que no se sentia bien dispuesto para beber, se retiró cuanto ántes; y al dia siguiente ordenó la partida, diciendo que le habian ocurrido nuevos negocios, y que Alejandro le disculpara de que se retirase tan pronto; pues se detendria más con él en otra ocasion en que estuviese desocupado. Alegróse, pues, Alejandro, creyendo que aquella retirada no nacia de enemistad, sino que era voluntaria, y le acompañó hasta la Tesalia. Llegados á Larisa, volvieron á hacerse mutuos convites, con intencion uno y otro de armarse celadas; y cabalmente esto fué lo que más contribuyó á que Alejandro se pusiera en manos de Demetrio; porque rehusando tener guardias para no enseñar á éste á precaverse, sufrió con antelacion lo mismo que pensaba ejecutar, que era no dar lugar á que Demetrio se le huyese. Convidado, pues, por éste, pasó á su hospedaje, y habiéndose levantado Demetrio en medio de la cena, como concibiese temor Alejandro, se levantó tambien, y á su mismo paso lo siguió hasta la puerta. Incorporado en ella Demetrio con sus guardias, no les dijo sino estas solas palabras: «Acabad con el que me sigue;» y saliéndose á la parte afuera, dieron éstos muerte á Alejandro y á aquellos de sus amigos que acudieron en su socorro; refiriéndose haber dicho uno de ellos cuando le herian que un solo dia se les habia anticipado Demetrio.

La noche, como era natural, se pasó en inquietud; pero á la mañana, aunque los Macedonios estaban alborotados y recelaban del poder de Demetrio, como nadie se presentase que les inspirara temor, y Demetrio les enviase á decir que queria hablarles y sincerarse de lo sucedido, ya esto les inspiró confianza, y le recibieron apaciblemente. Luégo que se presentó, no necesitó de largos discursos; sino que como aborreciesen á Antipatro por matador de su madre, y no tuviesen cosa mejor de que hechar mano, le proclamaron rey; y tomándole por caudillo, le condujeron á Ma-

cedonia. A los naturales que habian quedado en el país no les era tampoco sensible esta mudanza, porque tenian en memoria y detestaban lo mal que Casandro se habia portado con Alejandro despues de su muerte; y si áun quedaba algun recuerdo del antiguo Antipatro, disfrutábale Demetrio por estar casado con File, y tener de esta un hijo sucesor del reino, que ya era mocito y militaba con el padre.

Habiéndole sido tan favorable la fortuna, supo que los hijos y la madre habian logrado caer libres, recibiendo todavía dones y honores de parte de Tolomeo; y supo asimismo de su hija casada con Seleuco, que lo estaba con Antioco, hijo de éste, y que habia sido proclamada reina de las provincias altas. Porque sucedió, segun es fama, que Antioco se enamoró de Estratónica, que era jóven; mas tenía ya un hijo de Seleuco, por lo que vivia en la mayor afliccion y congoja, luchando con el mayor esfuerzo contra esta pasion; tanto, que considerando lo desordenado de sus deseos y lo insufrible de su mal, andaba meditando el modo de librarse de la vida; y pensó salir de ella poco á poco con no cuidarse de remedios, y con acortar la comida, fingiendo en tanto que se hallaba enfermo. El médico Erasistrato comprendió sin dificultad que estaba enamorado; pero deseando descubrir de quién, lo que no era tan fácil, se quedó á habitar en su propia cámara; y si entraba algun mancebo ó alguna jóven de agraciada figura, miraba á Antioco al rostro, y observaba los miembros y movimientos del cuerpo que naturalmente son afectados cuando el ánimo sufre una vehemente impresion. Viendo, pues, que cuando entraban los demas ninguna novedad tenía, y que cuando entraba Estratónica, que iba muchas veces, ó sola ó acompañada de Seleuco, se notaban en él todas aquellas señales de Safo: apocamiento de la voz, encendimiento del color, caimiento de los ojos, repentinos sudores, alteracion é intercadencia del pulso, y finalmente

que tenía desmayos, dudas, temores, y poco á poco se iba quedando pálido, conjeturó Erasistrato por todos estos indicios que el hijo del Rey no estaba enamorado de otra sino de ésta, y que habia hecho ánimo de callarlo hasta morir.

Miraba por tanto como muy expuesto el manifestar y referir estas observaciones; mas fiado sin embargo en el grande amor de Seleuco á su hijo, áun se resolvió un dia á decirle que aquel jóven estaba enfermo de amores, pero de amores imposibles é insanables. Admirado al oirlo: «¿Cómo insanables? repuso.—Porque está enamorado de mi mujer», le respondió entónces Erasistrato; á lo que continuó Seleuco: «¿Pues cómo, no cederias, oh Erasistrato, á mi hijo este casamiento siendo tan su amigo, mayormente viendo hasta qué punto nos tiene á todos sin sosiego?—Porque ni tú con ser su padre, le replicó Erasistrato, tendrias semejante condescendencia, si sus deseos se dirigieran á Estratónica;» y entónces Seleuco: «¡Ojalá entre los Dioses ó los hombres hubiera, amigo mio, quien pudiera hacer repentinamente esta mudanza en la enfermedad! que yo tendria á dicha hasta ceder el reino por ver recobrado á mi hijo.» Pronunció Seleuco estas palabras con grande agitacion y derramando lágrimas; y Erasistrato, tomándole la diestra: «Todo está remediado, le dijo, porque siendo padre, marido y rey, serás tambien el mejor médico de tu casa.» En consecuencia de esto, convocando Seleuco el pueblo á junta general, le dijo ser su voluntad y tener determinado declarar rey de todas las provincias altas á Antioco, y reina á Estratónica; enlazándose ambos en matrimonio; que en cuanto á su hijo, creia que habiéndole sido siempre sumiso y obediente, no se opondria á este casamiento; mas que si la esposa tuviese alguna dificultad por ser cosa desusada, se llamase á las personas más de su confianza para que la instruyesen y persuadiesen que debia reputar por bueno y justo lo que el Rey resolvia para el

bien comun. Tal se dice haber sido la ocasion y el motivo del matrimonio de Antioco y Estratónica.

Habiendo tomado Demetrio la Macedonia y la Tesalia, y siendo dueño de la mayor parte del Peloponeso, y fuera del Istmo de Megara y de Atenas, se dirigió contra los Beocios. Hicieron éstos desde luégo la paz con condiciones tolerables; pero pasando despues á Tebas con ejército el esparciata Cleonumo, volvieron á ensoberbecerse; y como al mismo tiempo Pisis de Tespias, que en gloria y en poder era el primero, concurriese tambien á inflamarlos, se le rebelaron. Mas apénas acudiendo Demetrio con sus máquinas de guerra puso sitio á Tebas, y por temor salió de ella Cleonumo, asustados los Beocios se rindieron á discrecion. Puso Demetrio guarnicion en las ciudades, exigió crecidas contribuciones, y dejándoles por procurador y presidente á Jerónimo el historiador pareció haber andado demasiado benigno, especialmente en cuanto á Pisis; porque habiéndose apoderado de su persona, no le hizo ningun mal, sino que le saludó y trató afablemente y le nombró comandante de la armada de Tespias. Fué de allí á poco cautivado Lisimaco por Dromicaites, y marchando inmediatamente Demetrio con esta nueva á la Tracia, con esperanza de ocuparla como país desierto, se rebelaron de nuevo los Beocios, y le llegó aviso de que Lisimaco se hallaba libre. Retrocediendo, pues, sin dilacion lleno de cólera, se encontró con que ya los Beocios habian sido vencidos en batalla por su hijo Antígono, y puso de nuevo sitio á Tebas.

Talaba en tanto Pirro la Tesalia, hallándose ya en las Termópilas; por lo que, encargando á Antígono la prosecucion del sitio, marchó contra aquél, que se retiró precipitadamente. Dejando, pues, en la Tesalia diez mil infantes y mil caballos, volvió sobre Tebas, habiendo traer la máquina llamada helépolis, de tanta mole y peso que era preciso conducirla muy poco á poco; así en dos meses apé-

nas se hizo con ella el camino de dos estadios. Defendíanse esforzadamente los Beocios; y como Demetrio por obstinacion y empeño pusiese muchas veces á los soldados en precision de pelear y exponerse, viendo Antígono que eran muchos los que morian, y doliéndose de ello: «¿por qué dejamos, padre mio, le dijo, que estos perezcan sin necesidad?» á lo que irritado: «y tú, le contestó, por qué te incomodas de eso? ¿acaso has de pagar su haber á los que mueren?» Mas con todo, queriendo no dar ocasion á que se dijera que sólo sus amigos no le dolian, sino correr la misma suerte que los que peleaban, en uno de estos encuentros una veloz saeta le atravesó el cuello. Estuvo bien malo de la herida; mas con todo, léjos de aflojar tomó segunda vez á Tebas. Al entrar, su aspecto fué para inspirar el mayor terror y sobresalto, como si hubiera de cometer atrocidades; pero con haber dado muerte á trece, y desterrado á algunos, perdonó á los demas. Así sucedió que no haciendo diez años que Tebas habia sido reedificada, dos veces fué tomada en este corto tiempo. Llegaba el de celebrar los juegos Píticos, y Demetrio hizo una cosa enteramente nueva: porque teniendo los Etolios ocupadas las gargantas, celebró en Atenas los juegos y toda la festividad; dando por razon que allí correspondia fuese principalmente venerado un Dios que era tenido por patricio, y se decia ser el primer autor de aquel pueblo.

Volvió de allí á la Macedonia; y como de suyo fuese poco inclinado al sosiego, y viese que los súbditos le tenian más consideracion en el ejército, siendo en casa turbulentos é inquietos, marchó contra los Etolios. Talóles el país, y dejando en él á Pantauco con no pequeña parte del ejército, se dirigió contra Pirro y Pirro contra él; pero habiendo errado ambos el camino, el uno talaba el Epiro, y el otro dando sobre Pantauco, y trabando batalla, como hubiesen venido á las manos hasta darse y recibir mutuamente heridas, al fin le rechazó con muerte de mucha gen-

te, y tomándole cinco mil cautivos; y esto fué lo que sobre todo perjudicó á Demetrio: porque no tanto se concilió odio Pirro por el mal que les causó, como admiracion por ser hombre que las más cosas las acababa por su propia mano, habiendo adquirido gran renombre y fama en aquella batalla; y áun entre muchos de los Macedonios corria la voz de que de todos los reyes, en este solo veian una semejanza del ardimiento de Alejandro, cuando los demas, y especialmente Demetrio, sólo remedaban como en un teatro su gravedad y su lujo. Y por lo que hace á Demetrio, estaba en verdad hecho un representante de tragedia, pues no sólo llevaba cubierta la cabeza con un sombrerillo ceñido de dobles diademas, é iba vestido de una tela rica de oro y púrpura, sino que usaba además por calzado unos coturnos dorados, cuyas suelas eran de púrpura puesta en muchos dobles. Estábanle tejiendo largo tiempo habia un manto, obra soberbia, remedo del mundo y de los astros del cielo; el cual quedó á medio acabar cuando ocurrió el trastorno de sus cosas; y ninguno despues se atrevió á usarlo, sin embargo de que de allí á bien poco hubo en Macedonia reyes sobrado orgullosos.

Ni sólo con este aparato disgustaba á unos hombres que no estaban hechos á él; sino que los incomodaba además con su lujo y con toda su conducta; y principalmente con no dejarse ver ni hablar; porque ó absolutamente no habia tiempo para que diera audiencia, ó si la daba, era desabrido y usaba de malos modos con los que se le llegaban. De los Atenienses, á los que distinguia entre los demas Griegos, detuvo dos años una embajada; y habiendo llegado de Lacedemonia un embajador, se inquietó sobremanera, pareciéndole que aquello era desprecio; pero el embajador se condujo con gracia y propiamente á la espartana: porque diciéndole Demetrio: «¿Qué quieres? ¿conque los Lacedemonios no me envian más que un embajador? —Cierto, oh Rey, le respondió, porque es á uno solo.» Pa-

reció que un dia se presentaba más popular y recibia sin ceño; por lo que acudieron algunos y le entregaron memoriales. Como los recibiese todos y los recogiese en el manto, se alegraron los interesados é iban siguiéndole; pero cuando llegó al puente del Axio, sacudió el manto y los arrojó todos al rio. Esto mortificó con extremo á los Macedonios, pareciéndoles que aquello más era escarnecerlos que reinar; mayormente acordándose ellos mismos, ó habiendo oido á los que se acordaban, de cuánta era en este punto la bondad y afabilidad de Filipo. Sucedióle una vez que una pobre anciana le salió al encuentro, y le rogó é instó várias veces que la oyese: respondióle que no estaba de vagar; y como ella le dijese en voz alta: «pues no reines,» le hizo esto tanta impresion, que parándose á meditar sobre ello, se volvió á casa, y dando de mano á todos los demas negocios, se dedicó, empezando por aquella anciana, á dar audiencia á cuantos quisieron muchos dias seguidos: pues nada es tan propio de un rey como el cuidar de la administracion de justicia. Porque Marte es tirano, como decia Timoteo; y la ley reina de todos, segun expresion de Píndaro; y á los reyes no les da Júpiter en depósito, dice Homero, máquinas de guerra ó naves bronceadas, sino leyes para que las tengan en custodia y las guarden: llamando alumno y discípulo del mismo Júpiter, no al más belicoso de los reyes, ni al más violento, ni al más matador, sino al más justo; pero Demetrio se complacia en un sobrenombre muy desemejante de los que se dan al Rey de los Dioses; porque éste se denomina protector y conservador de ciudades; y Demetrio tomó para sí el título de Poliorcetes, que es expugnador de ellas. ¡Hasta tal punto confundió un poder necio los términos de lo honesto y de lo torpe, y quiso hacer habitar en uno la gloria y la injusticia!

Habiendo estado Demetrio enfermo de peligro en Pela, faltó muy poco para que perdiese la Macedonia, acudiendo

al punto Pirro y llegando hasta Edesa; pero apénas estuvo aliviado cuando le rechazó fácilmente, é hizo con él un tratado, no queriendo que por haber de lidiar cada dia en esta guerra de conquistar y reconquistar pueblos le sirviera de estorbo, y le quitara ponerse en el pié conveniente para lo que meditaba; y esto no era nada ménos que recobrar todo el imperio que habia tenido su padre. A esta esperanza y á este proyecto correspondian los preparativos; pues tenía ya reunido un ejército de noventa y ocho mil infantes, y además pocos ménos de doce mil caballos. Trataba tambien de juntar una armada de quinientas naves, habiendo hecho poner para unas las quillas en el Pireo, y para otras en Corinto, en Calcis y en Pela, y yendo él mismo de una parte á otra previniendo lo que convenia, y áun poniendo mano en la obra; con lo que excitaba la admiracion de todos, que veian con asombro el número y la grandeza de tales trabajos. Porque hasta entónces nadie habia visto galeras de quince y diez y seis órdenes de remos; pero más adelante Tolomeo Filopator construyó una de cuarenta órdenes, que tenía de largo doscientos ochenta codos, y de alto hasta el remate de la popa cuarenta y ocho. Acomodábanse en ella, fuera de los remeros, cuatrocientos hombres de tripulacion, remeros cuatro mil; y cabia además de estos en los entrepuentes y sobrecubierta poco ménos de otros tres mil; pero esta no sirvió más que de espectáculo, pudiendo ser mirada como un edificio fijo destinado á la vista y no al uso, por ser muy difícil de mover, y áun esto no sin peligro. No así las naves de Demetrio, pues ni su belleza les quitaba el servir para el combate, ni el esmero en la construccion las hacía inútiles; sino que más bien que por su grandor eran admirables por su buen movimiento y su buen servicio.

Miéntras se disponian contra el Asia tantas fuerzas cuantas no reunió nunca ninguno despues de Alejandro, se con-

federaron contra Demetrio Seleuco, Tolomeo y Lisimaco; y despues escribieron juntos una carta á Pirro, excitándole á invadir la Macedonia, sin tener consideracion á una paz que Demetrio no le habia dado á él para estarse en quietud, sino que la habia tomado para sí con el objeto de hacer la guerra á aquellos á quienes ya tenía intencion de hacerla. Habiendo admitido Pirro la invitacion, tuvo sobre sí Demetrio una formidable guerra, cuando todavía estaba tomando disposiciones: porque á un tiempo Tolomeo hizo que se le separara la Grecia, navegando á ella con una grande armada; é invadian la Macedonia, Lisimaco partiendo de la Tracia, y Pirro entrando en ella por donde confinaba con su reino. Dejó Demetrio al hijo para que sostuviera la Grecia, y corriendo él en socorro de la Macedonia, primero se dirigió contra Lisimaco; pero dándosele aviso de que Pirro habia tomado la ciudad de Beroe, y extendiéndose la noticia entre los Macedonios, ya todo fué confusion en su campo con lamentos y lloros, y áun con quejas é imprecaciones contra él; no queriendo éstos permanecer en el ejército, sino marcharse, segun decian, á sus casas; pero en realidad al campo de Lisimaco. Resolvió, pues, Demetrio apartarse de éste lo más léjos que pudiera, y volver sus armas contra Pirro; porque Lisimaco era compatriota de ellos, y áun amigo de muchos por Alejandro; cuando Pirro era extranjero, y no era regular que le tuvieran más inclinacion que á él los Macedonios. Mas saliéronle muy fallidos estos discursos: pues luégo que se aproximó y puso su campo cerca del de Pirro, como hubiesen admirado siempre el esplendor y fama de éste en las armas, acostumbrados como estaban de antiguo á tener por el más digno del reino al que era en la guerra más poderoso, y oyesen entónces que habia tratado con humanidad á los cautivos, resolvieron todos pasarse, ó al otro, ó á éste, abandonando á Demetrio, y empezaron á marcharse, al principio á escondidas y en partidas pequeñas; pero des-

pues el movimiento y el tumulto se hizo general en el campamento. Por fin, algunos se atrevieron á acercarse á Demetrio, y prevenirle que huyera y se pusiera en salvo, por cuanto ya estaban cansados los Macedonios de hacer la guerra por su lujo y sus delicias. Pareciéronle á Demetrio estas palabras muy moderadas en comparacion de las de la muchedumbre; y entrando en su pabellon, no como rey, sino como comediante, se puso un vestido negro en lugar de aquel trágico de que usaba, y con el mayor secreto que le fué posible se puso en fuga. Corria ya el mayor número al saqueo, altercando entre sí y despedazando la tienda, cuando llegó Pirro y al punto los reprimió y ocupó el campamento. Partió en seguida con Lisimaco toda la Macedonia, dominada siete años sin contradiccion por Demetrio.

Decaido de esta manera Demetrio de su alto estado, huyó á Casandrea, donde File, su mujer, llena de pesadumbre, no tuvo valor para ver á Demetrio, el más miserable de los reyes, otra vez reducido á la clase de particular y fugitivo: así, perdiendo toda esperanza y maldiciendo su fortuna, más firme en los males que en los bienes, tomó un veneno, y murió. Demetrio, con el designio de recoger todavía los restos de aquel naufragio, navegó á la Grecia y reunió los generales y amigos que allí tenía. La comparacion que el Menelao de Sófocles hace con su fortuna, cuando dice:

El hado mio en la inconstante rueda
De fortuna se vuelve de contino,
Cambiando siempre su presente estado:
Como el aspecto de la vária luna,
Que dos noches no puede ser el mismo;
Sino que hoy de lo oscuro nueva sale,
Embelleciendo y redondeando el rostro,
Y cuando mayor luz y brillo ostenta,
Otra vez cae, y toda desparece:

esta comparacion parece que cuadraria mejor con las cosas de Demetrio, con sus crecientes y sus menguantes, sus brillanteces y sus oscuridades; pues pareciendo que entónces desfallecia y se apagaba del todo, volvió otra vez á resplandecer su poder; y juntó aún algunas fuerzas, con las que recobró algun tanto su esperanza. Mas ello es que entónces por la primera vez anduvo recorriendo las ciudades como simple particular, despojado de las insignias reales; y viéndole uno en Tebas en esta situacion, le aplicó, no sin gracia, estos versos de Eurípides:

De Dios mudada la esplendente forma
En la de hombre mortal, á nuestra vista
Cabe el cristal de Dirce se presenta,
Y del Ismeno en la apacible orilla.

Una vez que ya tomó la esperanza como un camino real, y volvió á tener cerca de sí un cuerpo y forma de mando, restituyó á los Tebanos su propio gobierno, miéntras que los Atenienses se le rebelaron; y borrando de entre los que daban nombre al año á Difilo, que era sacerdote de los *Soteres* ó salvadores, le quitaron la vida, decretando que se eligieran otra vez Arcontes conforme á las leyes patrias. Llamaron además á Pirro de la Macedonia, viendo á Demetrio con mayor poder del que habian esperado; el cual marchó contra ellos con grande enojo, y puso estrecho sitio á la ciudad. Mas habiendo el pueblo enviado cerca de él al filósofo Crates, varon de grande crédito y autoridad; ya persuadido de éste acerca de lo que los Atenienses deseaban, y ya tambien meditando sobre lo que él mismo le manifestó convenirle, levantó el sitio, y reuniendo cuantas naves tenía, embarcó en ellas sus soldados, que eran once mil con los de caballería, y se dirigió al Asia con designio de hacer que la Caria y la Lidia se rebelaran á Lisimaco; pero en Mileto le salió al encuentro Euridice,

hermana de File, trayéndole á Tolemaida, hija de Tolomeo, que le estaba prometida en matrimonio por medio de Seleuco. Casóse, pues, con ella, tomándola de mano de Euridice; é inmediatamente despues de celebrado este enlace, marchó á las ciudades; de las cuales muchas voluntariamente se le sometieron, y otras muchas redujo por fuerza. Tomó tambien á Sardis; y algunos de los caudillos de Lisimaco se le pasaron, llevándole caudales y tropas; pero sobreviniendo con un ejército Agatocles, hijo de Lisimaco, se retiró á la Frigia, con ánimo, si llegaba á tomar la Armenia, de sublevar la Media y apoderarse de las provincias altas, que para el caso de verse acosado tenian muchos puntos de ocultacion y de refugio. Perseguido de Agatocles, bien era superior en los encuentros; pero retirado de donde habia víveres y pastos, además de hallarse falto de todo, se hacía sospechoso á los soldados de que queria llevarlos á ser habitantes de la Armenia y la Media. Encruelecíase en tanto el hambre, y habiendo errado el vado para el paso del rio Luco, pereció una gran partida, que fué arrebatada de la corriente; y sin embargo, áun tenian humor para la sátira y la burla; porque hubo quien escribió delante de su tienda el principio de la tragedia de *Edipo*, con una ligera variacion:

Hijo de Antígono, el sobrado en años,
Y de ojos falto, ¿qué region es esta?

Finalmente, con el hambre se juntó la peste, como suele suceder cuando en extrema necesidad se toman cualesquiera alimentos; y habiendo perdido unos ocho mil hombres, retrocedió con los que le restaban. Bajaba hácia Tarso con ánimo de no tocar en aquella provincia, que entónces pertenecia á Seleuco, para no dar á éste motivo ninguno de ofensa; mas siéndole imposible, por estar los soldados reducidos á la más estrecha necesidad, y porque

Agatocles tenía tomadas todas las gargantas del monte Tauro, escribe á Seleuco una carta llena de quejas contra su fortuna, y concebida con las más encarecidas expresiones de ruego y de súplica, para que tuviera lástima de un deudo suyo, sujeto á tales desgracias, que debian alcanzar compasion áun de los enemigos. Habíase conmovido Seleuco, y escribió á los generales que allí mandaban, dándoles órden de que á Demetrio se le hiciera en todo un tratamiento regio, y á sus tropas se las proveyera abundantemente de víveres; pero representóle Patrocles, hombre que pasaba por muy juicioso, y era amigo fiel del mismo Seleuco, que áun cuando se prescindiera del gasto que habia de hacerse con los soldados de Demetrio, el que éste hubiera de permanecer y detenerse en sus estados, era negocio en que debia mirarse mucho: pues que siendo por sí Demetrio el más violento y emprendedor de todos los reyes, ahora habia caido en tales infortunios, que áun á los que son por naturaleza moderados los impelen á la violencia y á la injusticia. Como hubiesen hecho fuerza á Seleuco estas reflexiones, movió para la Cilicia con un grande ejército; y Demetrio, que se sorprendió de esta repentina mudanza de Seleuco, concibiendo temor, se retiró á los puntos más inaccesibles del monte Tauro, desde donde le envió á rogar que le dejara tomar el país de alguno de aquellos reyes bárbaros que eran independientes, donde pasaria su vida en quietud, sin tener que andar errante y fugitivo; y cuando no, le diera con qué sostener sus tropas aquel invierno, y no lo despidiera desnudo y falto de todo, arrojándole así en las manos de sus enemigos.

Oyó Seleuco todas estas cosas con sospecha, y le propuso que podria invernar si queria en la Cataonia; entregando en rehenes los que más estimara de sus amigos; y al mismo tiempo fortificó las entradas de la Siria. Viéndose con esto Demetrio cercado y encerrado por todas par-

tes como una fiera, no le quedó más arbitrio que valerse de los puños; por lo que taló el país, y trabando combate con Seleuco, que fué el que acometió, llevó siempre lo mejor. Como en una ocasion quisiesen acosarle con los carros falcados, logró rechazarlos, y haciendo retirar á los que guarnecian las gargantas de la Siria, se apoderó de ellas. Cobró ya espíritu; y viendo tambien alentados á los soldados, se dispuso á combatir echando el resto contra todo el poder de Seleuco, que ya tambien empezaba á vacilar; porque habia desechado los socorros de Lisimaco por temor y desconfianza, y no se resolvia á entrar solo en lid contra Demetrio, recelándolo todo de su precipitacion y de aquella contínua mudanza que de la última miseria lo elevaba á las mayores prosperidades. Mas en esto una gravísima enfermedad que acometió á Demetrio lo puso en su persona muy á los últimos, y destruyó de todo punto sus negocios: porque de sus tropas unos se pasaron á los enemigos, y otros se desertaron. A los cuarenta dias, convalecido apénas, recogió lo que le habia quedado, é hizo algun esfuerzo, cuanto mostrarse y dar á entender á los enemigos que se dirigia á la Cilicia; pero levantando á la noche el campo sin hacer señal alguna, tomó la direccion opuesta, y pasando el Amano, taló todo el país bajo hasta la Cirristica.

Sobrevino Seleuco, y habiendo puesto cerca su campamento, levantando el suyo Demetrio, marchaba de noche contra él, que estaba distante de sospecharlo, entregado al sueño; pero advertido por algunos que se pasaron del peligro que le amenazaba, se levantó asustado, y mandó que se diera la señal, calzándose y gritando á un tiempo á sus amigos que tenía sobre sí una terrible fiera. Conoció Demetrio por el alboroto que percibia en el campo enemigo que se le habia hecho traicion, y se retiró precipitadamente. Vióse á la mañana acometido de Seleuco, y enviando á uno de los de su confianza para mandar la otra

ala, logró en parte rechazar á los enemigos que tenía al frente. Mas apeóse en esto Seleuco, quitóse el casco, y tomando la adarga, se dirigió y presentó en persona á los estipendiarios, exhortándolos á venirse á él, y haciéndoles entender que por consideracion á ellos y no á Demetrio habia dado largas por tanto tiempo. Con esto, saludándole todos y proclamándole rey, se le pasaron. Percibió Demetrio que de tantas mudanzas aquella era la última, y para evitar algun tanto el peligro, huyó hácia las llamadas puertas Amanidas; y metiéndose en una selva espesa con algunos amigos y sirvientes, entre todos muy pocos, esperó la noche con ánimo de tomar el camino de Cauno si podia, y caer de allí á aquel mar, donde esperaba encontrar su armada; pero cuando se informó de que no tenía raciones ni medios algunos áun para aquel dia, tuvo que mudar de resolucion. Presentósele en este punto su amigo Sosígenes, llevando consigo cuatrocientos áureos (1); y esperando con este socorro poder llegar hasta el mar, se encaminaban ocultos hácia las cumbres; pero descubriéndose en ellas hogueras enemigas, abandonaron aquel camino y se volvieron al mismo lugar; no ya todos, porque algunos habian huido, ni con la misma disposicion los que quedaron. Atrevióse uno de ellos á manifestar la idea de que era preciso entregarse á Seleuco; y al oirlo Demetrio hizo movimiento de desenvainar la espada para pasarse con ella; pero cercándole los amigos y procurando consolarle, le persuadieron á que ejecutara lo propuesto. Envió, pues, mensajeros á Seleuco, entregándosele á discrecion.

Al oirlo Seleuco dijo que no se habia salvado Demetrio por su fortuna, sino por la del mismo Seleuco, á quien entre otros muchos bienes queria concederle el de que pudiera hacer muestra de su compasion y benignidad. Lla-

(1) El áureo, segun la más comun opinion, valia cuatro duros de nuestra moneda.

mando, pues, á sus mayordomos, les dió órden de que dispusieran un pabellon régio, y todos los demas muebles y preparativos para recibirle y hospedarle magníficamente. Residia cerca de Seleuco un tal Apolónides, que era amigo de Demetrio, y le envió inmediatamente para que se holgara con su vista, y entrara en la confianza de que iba á ser recibido como correspondia de un deudo y un yerno. Conocida que fué la voluntad de Seleuco, aunque al principio fueron pocos á ver á Demetrio, despues lo ejecutaron los más de los amigos del Rey, compitiendo y queriendo adelantarse unos á otros: porque se esperó que iba á ser el de mayor autoridad cerca de Seleuco, y esto fué lo que convirtió en envidia la compasion, dando motivo á los malévolos y de dañada intencion para pervertir y envenenar la humanidad del Rey; á quién inspiraban recelos y desconfianzas, diciéndole que no se pasaria tiempo, sino que inmediatamente que se presentara Demetrio se verian grandes novedades en el ejército. Así es que no bien Apolónides se habia congratulado con Demetrio, y los demas amigos habian principiado á comunicarle las más lisonjeras noticias acerca de las disposiciones de Seleuco, en virtud de las cuales el mismo Demetrio, despues de tanto infortunio y desgracia, si ántes miraba como afrentosa la entrega de su persona, mudaba ya de parecer y empezaba alentado á abrir su corazon á la esperanza; cuando en aquel mismo punto llegó Pausanias con mil soldados entre infantes y caballos y cercando con ellos repentinamente á Demetrio, dió órden á los demas de retirarse, y á él sin presentarlo á Seleuco lo condujo al Quersoneso de Siria. Allí, fuera de haberle puesto una fuerte guardia, en lo demas la asistencia, la comida y cuanto podia necesitar para su comodidad, le iba diariamente de parte de Seleuco; quien le hizo señalar además sitios amenos para recrearse y pasearse, y áun parques para la caza. Era tambien permitido á sus amigos y camaradas ir á verle; y de parte de Seleuco le visitaban

igualmente algunos, llevándole mensajes halagüeños que le dieran confianza, haciéndole entender que todo se arreglaria entre ellos á satisfaccion tan pronto como llegara Antioco con Estratónica.

Demetrio, constituido en tan infeliz estado, escribió al hijo y á sus caudillos y amigos residentes en Atenas y en Corinto que no dieran crédito ni á sus cartas, ni á su sello, sino que como si hubiera muerto, tuvieran en custodia las ciudades y cuanto le pertenecia para Antígono. Este, cuando supo la cautividad del padre, la sintió con el mayor dolor, se vistió de luto, y escribió á los demas reyes y al mismo Seleuco, haciéndoles ruegos, ofreciendo darles cuanto le quedaba, y mostrándose pronto á entregarse en rehenes por la libertad del padre; y á estas súplicas acompañaban las de muchas ciudades y personas poderosas, á excepcion de Lisimaco; el cual envió quien ofreciera crecidas sumas á Seleuco porque diera la muerte á Demetrio. Mas Seleuco, que ya lo miraba mal, con esto áun lo tuvo por más abominable y bárbaro; pero reservando á Demetrio para su hijo Antioco y para Estratónica, á fin de que la gracia fuera de éstos, iba prolongando el tiempo.

Demetrio, además de haberse resignado desde luégo con tranquilidad á aquella malaventura, se acostumbró fácilmente despues á la vida que se le precisaba llevar; y aunque al principio hacía algun ligero ejercicio corporal, cazando ó paseando, poco á poco se fastidió y cansó de él, y se entregó del todo á banquetear y jugar, pasando en esto la mayor parte del tiempo; bien fuese por huir de las reflexiones que hacía sobre su suerte en los ratos de cordura y vigilia, tratando de ofuscar de intento sus pensamientos con la beodez; ó bien por haberse convencido de que, siendo aquella la vida á la que le llamaba su carácter, y la que ya ántes habia deseado y seguido, neciamente y por una gloria vana se habia desviado de ella para causarse á sí mismo y causar á otros las mayores inquietudes

y pesadumbres, miéntras buscaba en las armas, en las escuadras y en los ejércitos el bien, que ahora sin esperarlo habia encontrado en el ocio, en la quietud y en el descanso. Porque al cabo, ¿cuál otro puede ser el término de la guerra para los miserables reyes, torpe y malamente engañados, no sólo por ir en pos del regalo y del deleite, en lugar de seguir la virtud y la honestidad, sino porque ni siquiera saben gozar verdaderamente de los placeres y de las delicias? Demetrio, pues, al cabo de tres años de estar en aquel encierro, con la desidia, con la plenitud de humores y con el desarreglo en la bebida llegó á enfermar, y murió á la edad de cincuenta y cuatro años; y Seleuco, demas de haber sido muy censurado, él mismo tuvo grande disgusto y arrepentimiento de haber entrado en sospechas contra Demetrio, y no haber sabido imitar á Dromicaibe, que con ser Tracio y bárbaro, trató tan humana y régiamente á su cautivo Lisimaco.

Su entierro vino á tener tambien un aparato propiamente trágico y teatral, porque su hijo Antígono, luego que tuvo noticia de que se le enviaban las cenizas, movió con todas sus naves, y salió hasta las islas á recibirlas; y cuando le fueron entregadas, puso en la galera capitana la urna, que era toda de oro. Las ciudades á donde arribaron ciñeron de coronas la urna, y dispusieron que ciertos ciudadanos vestidos de luto acompañaran la pompa fúnebre. Dirigióse la escuadra á Corinto, y desde luégo se descubria en la popa la urna adornada con la púrpura y diadema reales, y custodiada por una guardia de jóvenes armados. Jenofanto, que era entónces el flautista de más crédito, estaba sentado allí junto, y tañia el aire más lúgubre y sagrado; y moviéndose á su compas los remos, resultaba un ruido con cierta modulacion semejante al que hay en los duelos cuando en los intervalos de la música se oyen los lamentos y gemidos; pero sobre todo el ver á Antígono tan afligido y lloroso, fué lo que más contristó y movió á compasion y

lástima á todo el inmenso gentío que habia acudido á la orilla del mar. Hechas que le fueron en Corinto magníficas exequias, poniendo nuevas coronas en la urna, llevó Antígono á depositar aquellos despojos á Demetriade, ciudad que tomaba de él su nombre, y que habia sido fundada de muchas aldeas á las orillas del seno llamado Yolquico. La familia que dejó Demetrio fueron Antígono y Estratónica de File; dos Demetrios, el uno á quien llamaron el Flaco, de una mujer del Ilirio, y el otro que quedó reinando en Cirene, de Tolemaida; y de Deidamia Alejandro, que pasó su vida en el Egipto: diciéndose que tuvo además de Eurídice otro hijo llamado Corrabo. Descendió por sucesiones, reinando su linaje hasta Perseo, que fué el último, bajo el cual los Romanos subyugaron la Macedonia. Concluido ya el drama trágico del Macedonio, tiempo es de que pasemos á la representacion del Romano.

ANTONIO.

El abuelo de Antonio fué Antonio el Orador, á quien por haber sido del partido de Sila dió muerte Mario. El padre, llamado Antonio Cretico, no fué tan ilustre y recomendable en la carrera política; pero era hombre recto y bueno, y muy liberal y dadivoso, como de uno de sus hechos se puede colegir. Porque como no fuese muy acomodado, y por esto su mujer le contuviese para que no usase de su carácter generoso, sucedió una vez que uno de sus amigos llegó á pedirle dinero; y no teniéndolo, mandó al mozo que le asistia que echando agua en un jarro de plata se lo trajese. Trájolo, y como si hubiera de afeitarse se bañó la barba, y haciendo que con otro motivo se retirase aquel mozo, le dió el jarro á su amigo, diciéndole que se valiera de él. Buscóse el jarro por toda la casa estrechando á los esclavos; y viendo á su mujer irritada, y en ánimo de castigarlos y atormentarlos de uno en uno, confesó lo que habia pasado, pidiendo que lo disimulara.

La mujer de éste, que se llamaba Julia, de la familia de los Césares, competia en bondad y honestidad con las más acreditadas de su tiempo. Bajo su cuidado fué educado Antonio despues de la muerte del padre, estando ya casada en segundas nupcias con Cornelio Léntulo, aquel á quien Ciceron dió muerte por ser uno de los conjurados con Ca-

tilina. Así, parece haber sido la madre el motivo y principio de la violenta enemistad de Antonio contra Ciceron; pues dice Antonio que no pudieron conseguir que el cadáver de Léntulo les fuera entregado, sin que primero intercediera su madre con la mujer de Ciceron; pero todos convienen en que esto es falso; porque Ciceron no impidió el que se diese sepultura á ninguno de los que entónces sufrieron el último suplicio. Era Antonio de bella figura, y se dice que fué para él como un contagio la amistad y confianza con Curion: pues siendo éste desenfrenadamente dado á los placeres, para tener á Antonio más á su disposicion lo precipitó en francachelas, en el trato con rameras y en gastos desmedidos é insoportables; de resulta de lo cual contrajo la cuantiosa deuda, muy desproporcionada con su edad, de doscientos cincuenta talentos, habiendo salido Curion fiador por toda ella; lo que entendido por el padre, echó á Antonio de casa. De allí á bien poco tiempo se arrimó á Clodio, el más atrevido é insolente de todos los demagogos, que con sus violencias traia alterada la república; pero luégo se fastidió de su desenfreno, y temiendo á los que ya abiertamente hacian la guerra á Clodio, partió de Italia á la Grecia, donde se detuvo ejercitando el cuerpo para las fatigas de la guerra, é instruyéndose en el arte de la oratoria. El estilo y modo de decir que adoptó fué el llamado asiático, que sobre ser el que más florecia en aquel tiempo, tenía gran conformidad con su genio hueco, hinchado y lleno de vana arrogancia y presuncion.

Habiendo de embarcarse para la Siria el procónsul Gabino, le persuadió á que fuese con él á servir en el ejército; pero habiendo respondido que no lo ejecutaria en calidad de particular, nombrado comandante de la caballería, le acompañó con este encargo. Y en primer lugar, enviado contra Aristóbulo, que habia hecho rebelarse á los judíos, fué el primero que escaló el más alto de los fuertes, arrojando á aquél en seguida de todos; y viniendo con él des-

pues á batalla con pocas tropas en comparacion de las del enemigo, que eran en mucho mayor número, le derrotó con muerte de casi todos los suyos, quedando cautivos el mismo Aristóbulo y su hijo. Proponiendo despues de esto Tolomeo á Gabino con la oferta de diez mil talentos que le acompañase á invadir el Egipto y recobrar el reino, como los más de los caudillos se opusiesen, y el mismo Gabino tuviese cierta repugnancia á aquella guerra, á pesar de la fuerza que le hacian los diez mil talentos, Antonio, que aspiraba á grandes empresas y deseaba servir á Tolomeo, al cabo persuadió é impelió á Gabino á aquella expedicion. Como lo que más temian en aquella guerra fuese el camino de Pelusio, teniendo que hacer la marcha por grandes arenales faltos de agua, y que pasar por las bocas de la laguna Serbonides, á la que los Egipcios llaman respiradero de Tifon, siendo una filtracion y depósito del mar Rojo, separado del mar exterior por un istmo muy estrecho, enviado Antonio delante con la caballería, no sólo ocupó aquellos pasos, sino que tomó tambien á Pelusio, ciudad muy principal, y apoderándose de todos sus presidios, hizo seguro el camino para el ejército; y al mismo tiempo dió al general la mayor confianza de la victoria. Hasta los enemigos sacaron partido de su ambicion: porque teniendo resuelto Tolomeo, lleno de ira y encono, hacer grande estrago en los Egipcios, se le opuso Antonio, y lo contuvo. Habiendo ejecutado en las batallas y combates, que fueron grandes y frecuentes, muchas acciones ilustres de valor y prudencia militar, siendo las más señaladas el haber envuelto y cercado á los enemigos, poniendo así la victoria en manos de los que los combatian de frente, se le decretaron los premios y honores que le eran debidos. Ni dejó de ser sabida entre los Egipcios su humanidad con Arquelao, que murió en uno de aquellos encuentros; porque habiendo sido su amigo y su huésped, por necesidad peleó contra él vivo; pero buscando su cadáver despues de

muerto, lo envolvió y enterró con aparato regio. Con estos hechos dejó gran memoria de sí en Alejandría, y adquirió nombre y fama entre los soldados romanos.

Agregábase á esto la noble dignidad de su figura, teniendo la barba poblada, la frente espaciosa, la nariz aguileña, de modo que su aspecto en lo varonil parecia tener cierta semejanza con los retratos de Hércules pintados y esculpidos; y áun habia una tradicion antigua, segun la cual los Antonios eran Eraclidas, descendientes de Anteon, hijo de Hércules; y además de parecer que se confirmaba esta tradicion con su figura, segun se deja dicho, procuraba él mismo acreditarlo con su modo de vestir, porque cuando habia de mostrarse en público llevaba la túnica ceñida por las caderas, tomaba una grande espada, y se cubria de un saco de los más groseros. Aun las cosas que chocaban en los demas, su aire jactancioso, sus bufonadas, el beber ante todo el mundo, sentarse en público á tomar un bocado con cualquiera, y comer el rancho militar, no se puede decir cuánto contribuian á ganarle el amor y aficion del soldado. Hasta para los amores tenía gracia, y era otro de los medios de que sacaba partido, terciando en los amores de sus amigos, y contestando festivamente á los que se chanzeaban con él acerca de los suyos. Su liberalidad, y el no dar con mano encogida ó escasa para socorrer á los soldados y á sus amigos, fué en él un eficaz principio para el poder; y despues de adquirido sirvió en gran manera para aumentarlo, á pesar de los millares de faltas que hubieran debido echarlo por tierra. Referiré un solo ejemplo de su dadivosa liberalidad: mandó que á uno de sus amigos se le dieran doscientas cincuenta mil dracmas: esto los Romanos lo expresan diciendo *diez veces*. Admiróse su mayordomo; y como para hacerle ver lo excesivo de aquella suma pusiese en una mesa el dinero, al pasar preguntó qué era aquello, y respondiendo el mayordomo que aquel era el dinero que ha-

bia mandado dar, comprendiendo Antonio su dañada intencion: «pues yo creia, le dijo, que diez veces era más: esto es poco: es menester que sobre ello pongas otro tanto.»

Mas esto fué más adelante. Cuando la república se dividió en facciones, uniéndose los del Senado con Pompeyo, que residia en Roma, y llamando de las Galias los del partido popular á César, que tenía un ejército poderoso, Curion, el amigo de Antonio, que mudado el propósito fomentaba la faccion de César, se llevó á Antonio tras sí, y como ademas de tener por su elocuencia grande influjo sobre la muchedumbre, gastase con profusion de los caudales enviados por César, hizo que Antonio fuera nombrado tribuno de la plebe y despues sacerdote de los agüeros, á los que llaman Augures. Constituido Antonio en su magistratura, fué mucho lo que sirvió á los que estaban por César: porque en primer lugar, poniendo el cónsul Marcelo á disposicion de Pompeyo los soldados que ya se habian levantado, y dándole facultad para levantar más, lo estorbó Antonio escribiendo un edicto por el que se disponia que las fuerzas reunidas marchasen á la Siria en auxilio de Bíbulo, que hacía la guerra á los Partos, y que las que levantase Pompeyo no estuviesen á sus órdenes. En segundo lugar, como los del Senado rehusasen recibir las cartas de César, y no permitiesen que en él se leyeran, Antonio, valiéndose de su autoridad, las leyó é hizo que muchos mudaran de dictámen, pareciéndoles que César andaba moderado y justo en lo que proponia. Finalmente, habiéndose hecho en el Senado estas dos proposiciones: si parecia que Pompeyo disolviera el ejército, y si parecia que lo disolviera César, como fuesen muy pocos los que opinaban que dejase las armas Pompeyo, y todos, á excepcion de unos cuantos, estuviesen porque las dejara César, levantándose Antonio, hizo esta otra proposicion: si parecia que Pompeyo y César á un tiempo dejaran las

armas y disolvieran los ejércitos; y esta opinion la abrazaron con ardor todos; y dando grandes elogios á Antonio, deseaban que quedase sancionada. Repugnáronlo los Cónsules, y de nuevo presentaron los amigos de César otras instancias que parecieron equitativas; pero se declaró contra ellas Caton, y el cónsul Léntulo expelió del Senado á Antonio; el cual al salir hizo contra ellos mil imprecaciones, y vistiéndose las ropas de un esclavo, tomó alquilado un carruaje, y con Quinto Casio marchó en busca de César. Presentados ante éste, decian á gritos que ya en Roma todo estaba trastornado y en desórden, pues ni áun los tribunos gozaban de ninguna libertad, sino que era desechado y corria gran peligro cualquiera que articulase una palabra en defensa de la justicia.

En consecuencia de esto, tomando César su ejército, entró con él en la Italia; y con alusion á esto dijo Ciceron en sus *Filípicas* que Helena habia sido el principio de la guerra troyana, y Antonio de la civil, faltando conocidamente á la verdad: porque no era Cayo César un hombre tan manejable y tan fácil á perder con la ira el asiento de su juicio, que á no haber tenido de antemano resuelto lo que hizo, se habia de haber arrojado á hacer tan repentinamente la guerra á la patria, por haber visto á Antonio mal vestido, y que éste y Casio habian tenido que huir á él en un carruaje alquilado; sino que la verdad fué que estando tiempo habia deseoso de aprovechar cualquier motivo, esto le dió una apariencia y disculpa á su parecer decente para la guerra; y le arrastraron contra todos los hombres las mismas causas que ántes á Alejandro, y en tiempos más remotos á Ciro: á saber, una codicia insaciable del mando, y una loca ambicion de ser el primero y el mayor; lo que no le era dado conseguir no acabando con Pompeyo. Luégo que puesta por obra su resolucion se apoderó de Roma, y arrojó á Pompeyo de la Italia; siendo su determinacion ir primero contra las fuerzas de Pompeyo en

España, y despues de haber preparado una armada marchar contra el mismo Pompeyo, dió el mando de Roma á Lépido, que era pretor, y á Antonio, tribuno de la plebe, el de los ejércitos y toda la Italia. Bien presto éste se hizo tan amigo de los soldados, ejercitándose con ellos, poniéndose para todo á su lado, y haciéndoles donativos segun podia, como odioso á todos los demas; porque con sus distracciones no cuidaba de dar oidos á los que sufrian injusticias, trataba mal á los que iban á hablarle, y no corrian buenas voces en cuanto á abstenerse de las mujeres ajenas. Así es que el imperio de César, que por él mismo cualquiera cosa podia parecer ménos que tiranía, lo desacreditaron é infamaron sus amigos; entre los cuales Antonio, que fué el que cometió mayores violencias segun el mayor poder que tenía, fué con justicia el más culpado de todos.

Sin embargo, cuando César volvió de España, pasó por encima de estos excesos; y en valerse de él para la guerra, como de un hombre activo, valiente y hábil, ciertamente que no la erró: pues pasando él desde Bríndis al mar Jonio con muy pocas fuerzas, despachó los trasportes, enviando órden á Gabino y á Antonio de que embarcaran las tropas y con toda celeridad se dirigieran á la Macedonia. No se determinó Gabino á emprender aquella navegacion, que era difícil en la estacion del invierno, é hizo con el ejército un largo camino por tierra; pero Antonio, temiendo por César, que habia quedado entre muchos enemigos, hizo retirar á Libon, que tenía guardada la boca del puerto, cercando las galeras de éste con multitud, de lanchas; y embarcando en las naves que tenía preparadas ochocientos caballos y veinte mil infantes, se hizo á la vela. Habiendo sido visto y perseguido de los enemigos, de este peligro pudo libertarse, porque un recio vendaval agitó impetuosamente el mar, y combatió con furiosas olas las galeras de éstos; pero arrebatado al mismo tiempo con

sus naves hácia rocas escarpadas y simas profundas, perdió toda esperanza de salud; sino que repentinamente sopló del golfo un viento ábrego que repelió las olas de la tierra al mar, y apartándose él de ella, y navegando á todo su placer, vió la orilla llena de despojos de naufragio. Porque el viento habia arrojado á ella las galeras que le perseguian, y muchas se habian estrellado. Apoderóse, pues, Antonio de no pocas personas y riquezas; tomó además á Liso, é inspiró á César la mayor confianza, llegando oportunamente con tantas fuerzas.

Habiendo sido muchos y frecuentes los combates que allí se dieron, en todos se distinguió, y dos veces, saliendo al encuentro á los Cesarianos que huian en desórden, los contuvo, y precisándolos á pelear de nuevo con los que los perseguian, alcanzó la victoria; por lo que despues de César era grande su fama en el ejército. El mismo César manifestó la opinion que de él tenía, cuando habiendo de dar en Farsalia la batalla última que iba á decidir de todo, tomó para sí el ala derecha, y la izquierda la confió á Antonio, como el mejor militar de los que tenía á su lado. Nombrado César dictador despues de la victoria, fué en persecucion de Pompeyo; pero eligiendo tribuno de la plebe á Antonio, lo envió á Roma. Es esta magistratura la segunda cuando el dictador está presente; pero en su ausencia la primera, ó por mejor decir la única; porque cuando hay dictador, el tribunado queda, y todas las demas magistraturas desaparecen.

Era al mismo tiempo tribuno de la plebe Dolabela, jóven todavía, que aspirando por medio de novedades á darse á conocer, quiso introducir la abolicion de deudas. Como fuese su amigo Antonio, y conociese su carácter, dispuesto siempre á complacer á la muchedumbre, le instaba para que le auxiliase y tomase parte en el proyecto. Sostenian lo contrario Asinio y Trebelio; y por una rara casualidad concibió á este tiempo Antonio contra Dolabela

la terrible sospecha de que profanaba su lecho. Sintiólo vivamente, por lo que echó de casa á la mujer, que era asimismo su sobrina, como hija de Cayo Antonio el que fué cónsul con Ciceron; y abrazando el partido de Asinio, hizo la guerra á Dolabela: porque éste se habia apoderado de la plaza con ánimo de hacer pasar la ley á viva fuerza; pero sobreviniendo Antonio, autorizado con la determinacion del Senado de que contra Dolabela se emplearan las armas, trabó combate, y le mató alguna gente, teniendo tambien pérdida por su parte. Decayó con esto de la gracia de la muchedumbre; y con los hombres de probidad y de juicio nunca la tuvo, como dice Ciceron, por su mala conducta; sino que le aborrecieron siempre, abominando sus contínuas embriagueces, sus excesivos gastos y su abandono con mujerzuelas: por cuanto el dia lo pasaba en dormir, en pasear y en reponerse de sus crápulas; y la noche en banquetes, en teatros y en asistir á las bodas de cómicos y juglares. Dícese que habiendo cenado en cierta ocasion en la boda del farsante Hipias, y bebido largamente toda la noche, llamado á la mañana por el pueblo á la plaza, se presentó eructando todavia la cena, y allí vomitó sobre la toga de uno de sus amigos. Los que más favor tenian con él eran el farsante Sergio y Citeris, mujerzuela de la misma palestra, que era su querida, y á la que llevaba consigo por las ciudades en litera, con no menor acompañamiento que el que seguia la litera de su madre. Daba tambien en ojos verle llevar en los viajes, como en una pompa triunfal, vasos preciosos de oro, armar en los caminos pabellones, dar en los bosques y á las orillas de los rios opíparos banquetes, llevar leones uncidos á los carros y hacer que dieran alojamientos en sus casas ciudadanos y ciudadanas de recomendable honestidad á bailarinas y prostitutas. Pues no podian sufrir que César pasara las noches al raso fuera de Italia, acabando de extirpar las raíces de tan molesta guerra á costa de grandes

trabajos y peligros, y que otros en tanto vivieran por él en un fastidioso lujo, insultando á los ciudadanos.

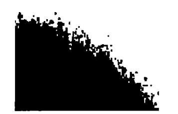
Parecia que con estas locuras fomentaba la sedicion y relajaba la disciplina militar, dando rienda á los soldados para insolencias y raterías. Por lo mismo, César á su vuelta perdonó á Dolabela, y elegido tercera vez cónsul, no tomó por colega á Antonio, sino á Lépido. Habia comprado Antonio la casa de Pompeyo, que habia sido puesta á subasta; y porque se le pedia el precio, se incomodó, llegando á decir que por esta causa no habia tomado parte en la expedicion de César al Africa, pues veia que no se daba la debida retribucion á sus primeras hazañas y victorias. Con todo, parece que César corrigió en alguna parte su atolondramiento y disipacion con no mostrarse del todo insensible á sus desaciertos. Porque haciendo alguna mudanza en su conducta, pensó en casarse, y contrajo segundo matrimonio con Fulvia, la que ántes habia estado casada con el alborotador Clodio, mujer no nacida para las labores de su sexo ó para el cuidado de la casa, ni que se contentaba tampoco con dominar á un marido particular, sino que queria mandar al que tuviese mando, y conducir al que fuese caudillo: de manera que Cleopatra debia pagar á Fulvia el aprendizaje de la sujecion de Antonio, por haberle tomado ya manejable, instruido desde el principio á someterse á las mujeres; y eso que tambien á esta intentó Antonio hacerla con chanzas y bufonadas más jovial y festiva. A este propósito se dirigia lo siguiente: cuando César volvia de la victoria conseguida en España, salieron muchos á recibirle, y salió él tambien; pero habiendo llegado repentinamente á la Italia la voz de que muerto César se aproximaban los enemigos, se volvió á Roma; pero tomando el traje de un esclavo, se vino de noche á casa, y diciendo que traia una carta de Antonio para Fulvia, se entró [illegible] conocido hasta la habitacion de ésta, la cual, sobresalt[illegible] de tomar la carta preguntó si



vivia Antonio, y él alargándosela sin decir palabra, luégo que la abrió y la empezó á leer se arrojó en sus brazos, haciéndole las mayores demostraciones de cariño. Otros muchos sucesos semejantes hubo; pero nos ha parecido referir este solo para ejemplo.

En esta vuelta de César desde la España todos los principales salieron á recibirle á muchas jornadas; pero Antonio logró ser distinguido en sus obsequios; porque caminando en carruaje por la Italia, á Antonio lo trajo consigo, y á la espalda á Bruto Albino, y al hijo de su sobrina, Octavio, el que más adelante tomó el nombre de César é imperó sobre los Romanos largo tiempo. Cuando de allí á poco fué César nombrado cónsul por la quinta vez, tomó desde luégo por colega á Antonio, siendo su intento abdicar despues en Dolabela, de lo que ya llegó á hacer relacion al Senado; pero como se opusiese acaloradamente Antonio, diciendo mil pestes contra Dolabela, y oyendo otras tantas, avergonzado César de su poco miramiento, no insistió más por entónces. Iba al cabo de algun tiempo á ejecutar el nombramiento de Dolabela; pero diciendo en alta voz Antonio que los agüeros eran contrarios, cedió y tuvo que abandonar á Dolabela, el que quedó muy resentido. Sin embargo de todo esto, parece que César no lo aborrecia ménos que á Antonio: porque se dice que habiéndole uno hablado mal en cierta ocasion de ambos, tratando de hacerlos sospechosos, le respondió que no temia á estos gordos y tragones, sino á aquellos descoloridos y flacos, indicando á Bruto y Casio, que eran los que habian de ponerle asechanzas y darle muerte.

Dióles á éstos el motivo, sin querer, Antonio: porque celebraban los Romanos la fiesta llamada de los Lupercales, correspondiente á otra de igual nombre de los Griegos; y César, adornado de ropa triunfal, se sentó en la tribuna de la plaza pública para mirar de allí á los que corrian. Corren en esta fiesta los más de los jóvenes patricios y los



más de los magistrados, y ungidos abundantemente dan por juego con unas correas de pieles sin adobar latigazos á los que encuentran. Era uno de los que corrian Antonio, y dejando á un lado las ceremonias patrias, y enredando una diadema en una corona de laurel, se encaminó á la tribuna, y levantado en alto por los que le acompañaban, la puso sobre la cabeza de César, queriendo dar á entender que le correspondia reinar. Haciendo éste por rompérsela y quitársela, lo vió el pueblo con grande alegría y muchos aplausos. Volvió Antonio á ponérsela, y César á quitársela; y habiendo así altercado largo rato, á Antonio le aplaudieron muy pocos, y éstos obligados de él; pero á César por haberlo resistido lo aplaudió todo el pueblo con grande algazara. Lo que habia más que admirar en esto era que sufriendo en las obras lo que sufren los que son dominados por reyes, sólo estaban mal con el nombre de rey, creyendo que en él estaba la ruina de la libertad. Levantóse, pues, César muy disgustado de la tribuna, y retirando la toga del cuello, gritó que lo presentaba al que quisiera herirle. Habian puesto la corona á una de sus estatuas, y los tribunos de la plebe la hicieron pedazos, por lo que el pueblo les tributó tambien aplausos; pero César los privó de sus magistraturas.

Esto mismo fué lo que dió más aliento á Bruto y Casio, los cuales reuniendo para tratar del hecho á los amigos que eran más de su confianza, dudaban en cuanto á Antonio, y algunos querian asociarle; pero lo contradijo Trebonio, refiriendo que cuando salieron á recibir á César, que volvia de España, tuvieron un mismo alojamiento, y caminaron juntos él y Antonio, y que habiendo tocado á éste la especie con mucho tiento y precaucion, lo habia entendido, mas no habia admitido la confianza; aunque tampoco lo habia dicho á César, sino que habia reservado con la mayor fidelidad aquella conversacion. En consecuencia de esto, deliberaron sobre acabar con Antonio cuando dieran

muerte á César; pero lo resistió Bruto, diciendo que una accion que se emprendia en defensa de las leyes y de lo justo debia estar separada y pura de toda injusticia. Mas temiendo las fuerzas de Antonio y la dignidad de su magistratura, destinaron para él á algunos de los conjurados, con el objeto de que cuando César entrase en el Senado, y se hubiera de ejecutar lo proyectado, le hablaran á la parte de afuera, y lo detuvieran fingiendo tener que tratar con él algun negocio.

Ejecutado todo como estaba resuelto, y habiendo quedado muerto César en el Senado, Antonio por lo pronto recurrió al medio de disfrazarse con las ropas de un esclavo, y se ocultó; pero cuando supo que los conjurados no pensaban en hacer mal á nadie, habiéndose refugiado al Capitolio, les persuadió que bajasen, tomando en rehenes á su hijo; y áun él mismo tuvo á cenar á Casio, y Lépido á Bruto. Congregó el Senado, y él mismo habló en él de amnistía, y de distribuir provincias á Casio y Bruto; todo lo que confirmó el Senado, decretando que nada se alterase de lo hecho por César. Salió Antonio del Senado el hombre más satisfecho del mundo, por parecerle que habia cortado de raíz la guerra civil, y que en negocios los más difíciles y arriesgados que podian presentarse se habia conducido con la mayor habilidad y la más consumada prudencia; pero bien presto, apoyado en la opinion de la muchedumbre, mudó este plan para formarse el de aspirar á ser el primero con toda seguridad, quitando de en medio á Bruto. Sucedió además que pronunciando en la plaza, segun costumbre, el elogio de César, como viese que el pueblo le oia con interes y complacencia, se propuso en seguida de las alabanzas excitar la lástima y la indignacion por lo sucedido; y como al terminar su discurso presentase y desenvolviese la túnica manchada en sangre y acribillada de cuchilladas, tratando á los autores de matadores y asesinos, encendió al pueblo de tal ma-

nera en ira, que recogiendo por todas partes escaños y mesas, quemaron el cuerpo de César allí mismo en la plaza, y tomando despues tizones de la hoguera, corrieron á las casas de los conjurados, determinados á allanarlas é incendiarlas.

Saliendo, pues, de la ciudad Bruto y los demas conjurados, los amigos de César acudieron á Antonio, y su mujer Calpurnia, poniendo en él su confianza, le llevó en depósito la mayor parte de sus intereses, que traidos á una suma ascendian á cuatro mil talentos. Ocupó tambien Antonio los libros de César, entre los cuales se hallaban los registros de sus determinaciones y resoluciones; y añadiendo él á su voluntad lo que le pareció, á muchos los designó magistrados, á muchos los hizo senadores, á algunos los restituyó del destierro, ó estando presos los puso en libertad, como si así lo hubiese tenido ordenado César. Así á todos éstos los llamaban los Romanos con una chistosa alusion *Coronitas* ú *Orcinos*, porque para defenderse de sus cargos acudian á los registros de un muerto. Otra infinidad de cosas hizo Antonio con igual despotismo, valiéndose de que era cónsul, y de que tenía por colegas á sus hermanos, siendo Cayo pretor, y Lucio tribuno de la plebe.

En este estado de los negocios llegó á Roma el nuevo César, hijo, como se ha dicho, de una sobrina del dictador, y nombrado heredero por éste; al tiempo de cuya muerte residia en Apolonia. Desde luégo se dirigió á saludar á Antonio como amigo paterno; pero al mismo tiempo le hizo conversacion del depósito, porque tenía que distribuir setenta y cinco dracmas á cada ciudadano romano, segun César lo habia mandado en su testamento. Despreciábalo al principio Antonio, viéndole tan muchacho, y decia que no tenía juicio en querer cargar, careciendo del talento necesario y de amigos, con el insoportable peso de la herencia de César; pero como aquél no cediese á tales espe-

cies, y continuase reclamando sus intereses, pasó á decir y hacer mil cosas en su ofensa. Porque presentándose á pedir el tribunado de la plebe, le hizo oposicion; y queriendo poner en el teatro la silla curul del padre, como estaba decretado, le amenazó de que lo haria llevar á la cárcel si no desistia de la idea de querer hacerse popular. Mas como este jóven se pusiese en manos de Ciceron y de los demas enemigos declarados de Antonio, por medio de los cuales puso de su parte al Senado, miéntras por sí mismo iba ganando al pueblo y reuniendo los soldados de las colonias, entrando ya en temor Antonio, tuvo con él una conferencia en el Capitolio, y se reconciliaron. Mas en aquella misma noche estando durmiendo tuvo en sueños una vision extraña: porque le pareció que un rayo le heria la mano derecha; y de allí á pocos dias corrió la voz de que César pensaba atentar contra su vida; y aunque éste se defendió de semejante imputacion, no quiso creerle. Con esto volvió á enconarse la enemistad; y recorriendo ambos la Italia, procuraban á porfía atraerse con dádivas á los soldados veteranos establecidos en las colonias, y poner cada uno de su parte á los que todavía estaban con las armas en la mano.

Era entónces Ciceron el de mayor poder y autoridad en la república; y como trabajase por inflamar todos los ánimos contra Antonio, alcanzó por fin del Senado que le declarara enemigo público; que á César se le enviaran las fasces y todas las insignias de pretor, y que se diera á Pansa é Hircio el encargo de arrojar á Antonio de la Italia. Eran éstos á la sazon cónsules, y viniendo á las manos con Antonio junto á Módena, acompañándolos César y peleando á su lado, bien quedaron vencedores en aquel encuentro, pero murieron ambos. Tuvo que huir Antonio; y en aquella huida se vió en mil apuros, de los que el mayor fué la hambre; pero en la adversidad se hacía mejor de lo que era por naturaleza, y cuando padecia infortunios podia pa-

sar por bueno. Comun es á todos conocer el precio de la virtud cuando caen en cualquiera desgracia ó afliccion; pero no es de todos el imitar lo que aprueban y huir de lo que vituperan, haciéndose fuertes contra la mala fortuna; y ántes algunos ceden de sus buenos discursos, y por debilidad se dejan arrastrar de sus hábitos y costumbres; mas Antonio en esta ocasion fué un admirable ejemplo para sus soldados, pasando de tanto regalo y opulencia á beber sin melindres agua corrompida, y á mantenerse de raíces y frutos silvestres; y áun, segun se dice, comieron cortezas y se resolvieron á usar de carnes nunca ántes gustadas, al pasar los Alpes.

Su intento era tratar con las tropas que allí habia, mandadas por Lépido, que parecia ser amigo de Antonio, á causa de haber disfrutado por su mediacion del favor de César para muchos negocios. Llegando, pues, y acampándose cerca, cuando vió que no se hacía con él demostracion ninguna de amistad, se decidió á tentarlo todo. Llevaba el cabello desgreñado, y en el tiempo que habia mediado desde la derrota le habia crecido una espesa barba, tomó además la toga de duelo, y llegando en esta disposicion muy cerca del valladar de Lépido, empezó á hablarle. Como muchos se hubiesen conmovido al verlo, y mostrasen ablandarse con sus palabras, temió Lépido; y haciendo tocar las trompetas, quitó con el ruido que pudiera ser oido Antonio. Mas en los soldados áun fué mayor por esto la compasion; y habiendo hablado en secreto unos con otros, le enviaron á Lelio y Clodio disfrazados con las ropas de unas mujerzuelas, para que dijesen á Antonio que acometiera sin miedo al valladar, porque habia muchos que le recibirian; y si queria, darian muerte á Lépido. En cuanto á éste no permitió Antonio que se le tocase; pero teniendo su ejército pronto á la mañana siguiente, tentó pasar el rio, y entrando él el primero, marchó denodado á la orilla opuesta; mas á este tiempo ya vió á muchos de

los soldados de Lépido que le alargaban las manos y derribaban el valladar. Entrando, pues, y haciéndose dueño de todo, á Lépido lo trató con la mayor consideracion, porque le saludó apellidándole padre; y aunque en la realidad él lo mandaba todo, éste conservaba el nombre y honores de emperador; y esto hizo que tambien se le agregara Munancio Flaco, acantonado no muy léjos de allí con bastantes tropas. Fortalecidos de esta manera, volvió á pasar los Alpes hácia Italia, trayendo diez y siete legiones de infantería y diez mil caballos; y además de esto todavía dejaba de guarnicion en la Galia seis legiones con un tal Vario, amigo y camarada suyo, al que por apodo llamaban *Cotilon.*

Ya César se desentendia de Ciceron viéndole decidido por la libertad; y por medio de sus amigos llamaba á Antonio á conciertos. Reuniéndose, pues, los tres en una isleta que formaba el rio, tuvieron tres dias de conferencias; y en todo lo demas se convinieron fácilmente, repartiendo entre sí toda la autoridad como pudieran una herencia paterna; pero en la contienda sobre qué ciudadanos eran los que habian de perder se detuvieron mucho, y les costó gran trabajo el avenirse, queriendo cada uno perder á sus enemigos y salvar á sus allegados. Finalmente, abandonando los que eran aborrecidos á la ira de los que los aborrecian, sin tener cuenta del deudo y honor del parentesco, ni de la gratitud de la amistad, César dejó á Ciceron en manos de Antonio, y en las de César éste á Lucio César, que era tio suyo por parte de madre; y á Lépido se le permitió matar á su hermano Paulo: otros dicen que Lépido cedió en cuanto á Paulo, siendo los otros los que pedian su muerte. Lo cierto es que no puede verse una cosa más atroz y cruel que estos cambios: porque permutando muertes por muertes, del mismo modo que á los que recibian mataban á los que entregaban; pero siempre eran más injustos con los amigos, á quienes daban muerte sin aborrecerlos.

Los soldados que asistieron á estos tratados pidieron que aquella amistad se confirmara con un casamiento, tomando César por mujer á Clodia, hija de Fulvia, la mujer de Antonio. Acordado tambien esto, fueron trescientos los proscriptos á quienes dieron muerte; y ejecutada la de Ciceron, mandó Antonio que le cortaran la cabeza y la mano derecha, con que habia escrito las oraciones que compuso contra él. Traidas que le fueron, las estuvo mirando con el mayor placer, dando grandes y repetidas carcajadas; y cuando ya se hubo saciado, mandó se pusieran sobre la tribuna en la plaza, queriendo insultar á un muerto, y no echando de ver que era su propia fortuna á la que insultaba, y que él mismo era el afrentado en manifestar semejante poder. Lúcio César, su tio, á quien anduvieron buscando y persiguiendo, se habia refugiado en casa de su hermana; la cual cuando los matadores llegaron, como pugnasen por entrar en su cuarto, se puso en la puerta, y extendiendo los brazos les gritó muchas veces: «No matareis á Lúcio César, si no me matais primero á mí, que he dado á luz al Emperador.» Habiendo sido mujer de esta resolucion, con ella logró ocultar y salvar al hermano.

Hacíase en general molesto é insufrible este triunvirato, echándose de ello la culpa más principalmente á Antonio, por ser de más edad que César, y de más poder é influjo que Lépido; pero él lo que hizo luégo que aflojó en los negocios fué retroceder á aquella vida muelle y disoluta de sus primeros años. Agregábase además á la mala opinion que de él se tenía, el odio no pequeño que contra él resultaba por la casa de su habitacion, que habia sido de Pompeyo Magno, varon no ménos admirable por su sobriedad y por su tenor de vida, tan sencillo como el de cualquiera particular, que por sus tres triunfos. Porque se disgustaban de verla por lo comun cerrada á los generales, á los pretores y á los legados, despedidos ignominiosamente desde la puerta, y llena de farsantes, de charlatanes y

aduladores crapulentos, con los que gastaba la mayor parte de una riqueza adquirida por los medios más violentos é intolerables; pues no sólo vendian las haciendas de los proscriptos, y se valian de todo género de exacciones, sino que noticiosos de que en el colegio de las Vírgenes Vestales existian depósitos de extranjeros y de ciudadanos, entraron y se apoderaron de ellos. Viendo, pues, César que á Antonio nada le bastaba, propuso que se repartieran los caudales; lo que así se hizo, y repartieron tambien el ejército, dirigiéndose ambos á la Macedonia contra Bruto y Casio, y dejando á Lépido mandando en Roma.

Luégo que habiendo desembarcado pusieron mano á la guerra y estuvieron al frente del enemigo, oponiéndose Antonio á Casio, y César á Bruto, ninguna hazaña notable se vió de César, sino que á Antonio era á quien se debian las victorias y los triunfos. Porque en la primera batalla, derrotado César por Bruto, perdió el campamento, y fué muy poco lo que en la fuga se adelantó á los que iban en su alcance: aunque segun escribió en los Comentarios, habiendo tenido uno de sus amigos un ensueño, se retiró ántes de la batalla; pero Antonio venció á Casio, no faltando, sin embargo, quienes escriban que Antonio no se halló en la batalla, sino que despues de ella alcanzó á los que perseguian á los enemigos. A Casio, Píndaro, uno de sus más fieles libertos, á peticion y ruégo suyo lo pasó con la espada, porque no sabía que Bruto habia quedado vencedor. Al cabo de pocos dias se dió otra batalla; y siendo vencido Bruto, se quitó la vida, debiéndose principalmente á Antonio la gloria de este triunfo: bien que César se hallaba á la sazon enfermo. Puesto ante el cadáver de Bruto, por un momento le echó en cara la muerte de su hermano Cayo, á quien la habia dado Bruto en Macedonia en venganza por Ciceron; pero diciendo que más bien que Bruto era culpable Hortensio de la muerte del hermano, mandó que Hortensio fuese pasado á cuchillo sobre su sepultura;

y encima del cadáver de Bruto arrojó su manto de púrpura, que era de grandísimo precio, y encargó á uno de sus propios libertos que cuidara de darle sepultura. Supo más adelante que éste no habia quemado el manto con el cadáver, y que habia escatimado alguna parte de la suma que se decia impendida en el entierro, é hizo darle muerte.

Despues de estos sucesos César se restituyó á Roma, creyéndose que segun su debilidad su vida no sería larga; pero Antonio, dirigiéndose á las provincias de Oriente para adquirir fondos, pasó por la Grecia al frente de un numeroso ejército, porque habiendo prometido á cada soldado cinco mil dracmas, se veian en la precision de recoger cuantiosas sumas y hacer grandes exacciones. Sin embargo, con los Griegos no se portó dura y molestamente, y más bien les fueron agradables su genio festivo en las conversaciones con los eruditos, su asistencia á los juegos y á las iniciaciónes, y su blandura en los juicios; complaciéndose en oirse apellidar amigo de los Griegos, y todavía más, amigo de los Atenienses, á cuya ciudad hizo muchos donativos. Como quisiesen con este motivo los de Megara mostrarle alguna cosa apreciable en contraposicion de Atenas, y deseasen sobre todo que viese su casa de consejo, subió allá; y preguntándole despues de haberla visto qué le parecia: «Pequeña, les respondió, pero vieja.» Pasó tambien á medir el templo de Apolo Pitio con ánimo de restaurarlo, porque así lo habia ofrecido al Senado.

Despues que habiendo dejado á Lucio Censorino por gobernador de la Grecia pasó al Asia, y empezó á participar de aquellas riquezas, frecuentando reyes su casa, y compitiendo las mujeres de éstos entre sí en dones y atractivos para ganarle; al mismo tiempo que César era fatigado con sediciones y guerras, gozaba él de gran sosiego y paz, y era de sus antiguos afectos impelido otra vez á la acostumbrada vida. Los llamados Anaxenores, grandes guitar-

ristas; los llamados Xutos, célebres flautistas; el bailarin Metrodoro, y toda la comparsa de juglares asiáticos, que en desvergüenza é insolencia se dejaban muy atras á las pestes de Italia, corrieron y se apoderaron de su palacio, y ya nada quedó que fuera tolerable, entregados todos á este desconcierto. Porque todo el Asia, á manera de aquella ciudad de Sófocles, estaba á un tiempo llena de sahumerios aromáticos,

Y de cantos á un tiempo y de lamentos.

Al entrar, pues, en Efeso, las mujeres le precedian disfrazadas en Bacantes, y los hombres en Sátiros y Panes; y estando la ciudad sembrada de hiedra, de tirsos, de salterios, de obues y de flautas, le saludaban y apellidaban Baco el benéfico y melifluo, y ciertamente para algunos lo era, siendo para los más cruel y desabrido: porque despojaba á los honestos habitantes de sus haciendas para darlas á aduladores y bribones; y pidiéndole algunos las haciendas de hombres que vivian como si hubiesen muerto, las alcanzaban. La casa de un ciudadano de Magnesia la dió á un cocinero en premio de haberle dado gusto en una cena. Finalmente, impuso á las ciudades dos tributos, sobre lo que hablando Hibreas en defensa del Asia, se atrevió á decirle con demasiada aspereza, aunque al gusto de Antonio, segun su genio: «Si puedes recoger dos veces en un año el tributo, podrás hacer que haya dos veces verano y dos veces otoño.» Haciendo despues la cuenta de que el Asia le habia contribuido con doscientos mil talentos, le dijo tambien con arrojo y confianza: «Si no los has percibido, pídelos á los que los recogieron; y si los percibiste y ya no los tienes, somos perdidos:» expresion que llamó mucho la atencion á Antonio, el cual ignoraba lo más de lo que pasaba, no tanto por ser negligente y descuidado, como porque sencillamente se fiaba demasiado de los que le rodeaban.

Pues realmente tenía un gran fondo de sencillez, y no daba fácilmente en las cosas; pero luégo que advertia sus faltas era vehemente en sentirlas, y no se detenia en dar satisfaccion á los ofendidos. Era además excesivo en la retribucion y en el castigo, aunque más salia de medida en el recompensar que en el castigar. Las chanzas y burlas que á los otros hacía, llevaban en sí mismas la medicina; porque no habia mal en volvérselas y en chancearse tambien; y no ménos se divertia con que se le burlasen que con burlarse: cosa que en muchos negocios le fué perjudicial. Porque no sospechando que los que tenian libertad para las burlas le adulaban en los negocios serios, le cogian fácilmente como con cebo con las alabanzas; no advirtiendo que algunos mezclan la libertad como una salsa astringente con la lisonja para quitar la saciedad al atrevido y demasiado hablar de los festines, y para disponer tambien el que cuando ceden y se aquietan en los negocios, parezca que no es en obsequio de la persona, sino á causa de darse por vencidos de su prudencia y su juicio.

Siendo este el carácter de Antonio, se le agregó por último mal el amor de Cleopatra, porque despertó é inflamó en él muchos afectos hasta entónces ocultos é inactivos; y si habia algo de bueno y saludable con que ántes se hubiese contenido, lo borró y destruyó completamente; y el enredarse en él fué de esta manera. Habiendo de emprender la guerra Pártica, le envió órden de que pasara á verse con él en la Cilicia para responder á los cargos que se le hacian sobre haber socorrido y auxiliado largamente á Casio para la guerra. Delio, que fué mensajero, luégo que vió su semblante, y en sus palabras descubrió su talento y sagacidad, al punto se impuso de que Antonio no haria mal ninguno á una mujer como aquella, sino que más bien sería desde luégo la que privase con él. Conviértese, pues, á obsequiar y ganarse á aquella gitana, persuadiéndola, segun aquello de Homero, á que fuera á la Cilicia compuesta, y

adornada, y no temiera á Antonio, que era el más dulce y humano de todos los generales. Creyó Cleopatra á Delio, y conjeturó por César y por el hijo de Pompeyo, á quienes siendo todavía mocita habia tratado, que le habia de ser muy fácil el apoderarse de Antonio: porque aquéllos la habian conocido de muy jóven y sin experiencia de mundo, y á éste iba á verle en aquella edad en que la belleza de las mujeres está en todo su esplendor, y la penetracion en su mayor fuerza. Previno, pues, dones, riquezas y adornos cuales convenia llevase yendo á tratar grandes negocios de un reino opulento; pero sobre todo puso en sí misma y en sus arterías y atractivos las mayores esperanzas; y así emprendió su viaje.

Como hubiese recibido además diferentes cartas, así del mismo Antonio, como de otros amigos de éste que la llamaban, le miró ya con tal desden y desenfado que se resolvió á navegar por el rio Cidno en galera con popa de oro, que llevaba velas de púrpura tendidas al viento, y era impelida de remos con palas de plata, movidos al compas de la música de flautas, obues y cítaras. Iba ella sentada bajo dosel de oro adornada como se pinta á Vénus. Asistíanla á uno y otro lado para hacerle aire muchachitos parecidos á los Amores que vemos pintados. Tenía asimismo cerca de sí criadas de gran belleza vestidas de ropas con que representaban á las Nereidas y á las Gracias, puestas unas á la parte del timon, y otras junto á los cables. Sentíanse las orillas perfumadas de muchos y exquisitos aromas, y un gran gentío seguia la nave por una y otra orilla, miéntras otros bajaban de la ciudad á gozar de aquel espectáculo; al que despues corrió toda la muchedumbre que habia en la plaza, hasta haberse quedado Antonio solo sentado en el tribunal; y la voz que de unos en otros se propagaba era que Vénus venía á ser festejada por Baco en bien del Asia. Convidóla, pues, á cenar; mas ella significó que desearia fuese Antonio quien viniese á acompañarla; y

como éste quisiese darle desde luégo pruebas de deferencia y humanidad, se prestó al convite y acudió á él. Encontróse con una prevencion y aparato superior á lo que puede decirse; pero lo que le dejó parado sobre todo fué la muchedumbre de luces, porque se dice fueron tantas las que habia suspendidas y colocadas por todas partes, y dispuestas entre sí con tal artificio y órden en cuadros y en círculos, que la vista que hacian era una de las más hermosas y dignas de mirarse de cuantas han podido trasmitirse á la memoria de los hombres.

Al dia siguiente la convidó á su vez; y aunque se esforzó á aventajarse en esplendidez y en delicadeza, quedó inferior en ambas cosas; y viéndose en ellas vencido, fué el primero á burlarse de su torpeza y rusticidad. Cleopatra, que en la misma befa que de sí hacía Antonio, echó de ver que esta no tenía nada de fina, y se resentia de lo soldado, usó tambien con él de chanzas sin reserva y con la mayor confianza: pues, segun dicen, su belleza no era tal que deslumbrase ó que dejase parados á los que la veian; pero su trato tenía un atractivo inevitable, y su figura, ayudada de su labia y de una gracia inherente á su conversacion, parecia que dejaba clavado un aguijon en el ánimo. Cuando hablaba, el sonido mismo de su voz tenia cierta dulzura, y con la mayor facilidad acomodaba su lengua como un órgano de muchas cuerdas al idioma que se quisiese: usando muy pocas veces de intérprete con los bárbaros que á ella acudian, sino que á los más les respondia por sí misma, como á los Etiopes, Trogloditas, Hebreos, Árabes, Siros, Medos y Partos. Dícese que habia aprendido otras muchas lenguas, cuando los que la habian precedido en el reino ni siquiera se habian dedicado á aprender la egipcia; y algunos áun á la macedonia habian dado de mano.

De tal manera avasalló á Antonio, que á pesar de haberse puesto en guerra con César Fulvia su mujer por sus

propios negocios, y de amenazar por la Macedonia el ejército de los Partos, del que los reyes habian nombrado generalísimo á Lavieno, y con el que iban á invadir la Siria, se marchó arrastrado de ella á Alejandría; donde entretenido en las diversiones y juegos propios de un muchacho dado al ocio, desperdiciaba y malograba el gasto de mayor precio de todos, como decia Antifon, que es el tiempo: porque seguian la que llamaban *comunion de vida inmitable*; y convidándose alternativamente por dias, hacian un gasto desmedido. Referia á mi abuelo Lamprias el médico Filotas, natural de Anfiso, que á la sazon se hallaba él en Alejandría, jóven aún y aprendiendo su profesion, y habiéndose hecho conocido de uno de los jefes de cocina de palacio, lo persuadió éste á que pasara á ver la suntuosidad y aparato de uno de aquellos banquetes, que introducido á la cocina, entre otras muchas cosas vió ocho cerdos monteses asados; lo que le hizo admirarse del gran número de convidados, á lo que se rió el cocinero, y le dijo que los convidados no eran muchos, sino unos doce; pero que era preciso que estuviera en su punto cada cosa que habia de ponerse á la mesa, y pasado éste se echaba á perder: pues podia suceder que entónces mismo pidiese Antonio la cena, ó de allí á poco, si le ocurria, ó dilatarlo más, pidiendo un vaso para beber, ó por moverse alguna conversacion; por lo cual no parecia que era una cena sola, sino muchas las que se preparaban, á causa de que no podia preverse la hora. Referia, pues, estas cosas Filotas, y tambien que al cabo de algun tiempo vino á ser uno de los dependientes del hijo mayor de Antonio, tenido en Fulvia, con el que cenaba en confianza con otros amigos, cuando aquél no cenaba con el padre; y que en una de estas ocasiones al médico, que era insolente, y les mortificaba con disputas miéntras cenaban, le hizo callar con este sofisma: «Al que está algo calenturiento se le ha de dar de beber frio: todo el que tiene calentura está algo calentu-

riento; luego á todo el que tiene calentura se le ha de dar de beber frio:» que con esto se había quedado aturdido aquel hombre sin hablar palabra; y celebrándolo el hijo de Antonio, se había echado reir, y le dijo: «Todas aquellas cosas, oh Filotas, te las doy de regalo» (señalando un aparador lleno de muchas y preciosas piezas de plata); que él le agradeció el buen deseo, estando muy distante de pensar que aquel jóven pudiera tener facultad de hacer un presente tan cuantioso; pero de allí á poco tomó todas las piezas uno de los criados, y se las llevó en un canasto, diciendo que lo sellase por suyo; que él lo repugnó y temia recibirlo; pero el criado habia replicado de esta manera: «Miserable, ¿en qué te detienes? ¿no sabes que el que te lo regala es hijo de Antonio, y que podria darte otras tantas piezas de oro? Aunque si á mí me crees, lo mejor será que no las cambies á dinero, porque quizá el padre deseará algunas de estas piezas por ser obra antigua y de primorosa hechura.» Decíame, pues, mi abuelo que Filotas hacía frecuente esta relacion.

Cleopatra, usando de una adulacion no cuádruple, como dice Platon, sino multiplice, ora Antonio estuviese dedicado á cosas sérias, ora para juegos y chanzas, siempre le tenía preparado un nuevo placer y una nueva gracia con que le traia embobado, sin aflojar de dia ni de noche. Porque con él jugaba á los dados, con él bebia y con él cazaba; siendo su espectadora si se ejercitaba en las armas. Cuando de noche se acercaba á las puertas y ventanas de los particulares para hacer burlas á los que se hallaban dentro, ella tambien corria con él las calles, y le acompañaba, tomando el traje de una esclava, porque él se disfrazaba de la misma manera; de aquí es que siempre se retiraba, habiendo sufrido por su parte algunas burlas, y á veces hasta golpes; lo que á muchos los inducia á sospechar de él. Con todo, los Alejandrinos no dejaban de divertirse con su humor festivo, y de usar de chanzas y jue-

gos, no del todo sin gracia y sin chiste, celebrando su genio, y diciendo que con los Romanos usaba de la máscara trágica, y con ellos de la cómica. Referir muchos de sus juegos y burlas, no dejaria de parecer bien insulso; mas vaya el siguiente. Estaba una vez pescando con mala suerte; y enfadándose porque se hallaba presente Cleopatra, mandó á los pescadores que metiéndose sin que se notara debajo del agua, pusieran en el anzuelo peces de los que ya tenian cogidos; y habiendo sacado dos ó tres lances, no dejó la gitana de comprender lo que aquello era. Fingió, pues, que se maravillaba, y haciendo conversacion con sus amigos, les rogó que al dia siguiente concurrieran á ser espectadores. Embarcáronse muchos en las lanchas, y luégo que Antonio echó la caña, mandó á uno de los suyos que nadara por debajo del agua, y adelantándose colgara del anzuelo pescado salado del Ponto. Cuando Antonio creyó que habia caido algun pez, tiró, y siendo el chasco y la risa tan grande como se puede pensar: «deja, le dijo, oh Emperador, la caña para nosotros los que reinamos en el Faro y en Canobo: vuestros lances no son sino ciudades, reyes y provincias.»

Mientras con tales juegos y puerilidades se entretenia Antonio, le sobrecogieron dos mensajes: uno de Roma, por el que se le avisaba que Lucio su hermano y Fulvia su mujer, primero habian reñido y altercado entre sí, y despues, poniéndose en guerra abierta con César, lo habian echado todo á perder, y huido de la Italia. El otro en nada era más favorable y llevadero que éste, porque se le decia que Labieno al frente de los Partos habia subyugado el Asia desde el Eufrates y la Siria hasta la Lidia y la Jonia. Vuelto, pues, con dificultad en sí como del sueño ó de la embriaguez, movió primero para hacer frente á los Partos, y llegó hasta la Fenicia; pero enviándole Fulvia cartas llenas de lamentos, se dirigió hácia la Italia, conduciendo doscientas naves. Tropezó por suerte en la travesía con

aquellos de sus amigos que habian huido, y supo que la causa de la disension habia sido Fulvia, mujer de carácter inquieto y violento, que habia esperado sacar á Antonio de los lazos de Cleopatra si se suscitaba algun movimiento en la Italia. Sucedió por casualidad que Fulvia, que iba en su busca, enfermó en Sicione, y murió; con lo que hubo más proporcion para su reconciliacion con César. Pues luego que llegó á la Italia, como se viese que César no tenia contra él ninguna queja, y que de las que contra él habia, echaba la culpa á Fulvia, no le permitieron sus amigos que exigiese explicaciones; sino que los pusieron bien al uno con el otro, y partieron el imperio, poniendo por límite el mar Jonio: de manera que las regiones de Oriente quedaran para Antonio, las de Occidente para César, y el Africa se le dejara á Lépido: disponiéndose además que si no les agradase ser cónsules, lo fueran amigos de ambos alternativamente.

Aunque esto parecia haberse concluido á satisfaccion, siendo necesario darle mayor consistencia, la fortuna la proporcionó: porque Octavia era hermana mayor de César, bien que no de la misma madre: pues era hija de Ancaria, y éste nacido despues de Tacia. Amaba sobremanera á la hermana, que se dice haber sido ejemplo maravilloso de mujeres. Hallábase viuda de Cayo Marcelo, muerto poco habia, y parecia que habiendo fallecido Fulvia, se hallaba tambien viudo Antonio: pues aunque no negaba sus relaciones con Cleopatra, no confesaba estar casado; siendo esto lo único en que parecia haber lidiado contra el amor de la Egipciaca. Insistian todos en esta otra boda, esperando que reuniendo Octavia con una gran belleza una admirable gravedad y juicio, si se enlazaba con Antonio, y era de él amada como á sus sobresalientes calidades correspondia, habia de ser un poderoso vínculo para la salud y concordia de unos y otros. Luégo que se pusieron de acuerdo, subieron á Roma para celebrar el matrimonio de

Octavia; y no permitiendo la ley que la mujer viuda se casara ántes de los diez meses de la muerte del marido, el Senado por un decreto le remitió el tiempo que faltaba.

Estaba Sexto Pompeyo apoderado de la Sicilia, y talaba la Italia por medio de muchas naves corsarias, mandadas por el pirata Mena y por Menecrates, con lo que hacía el mar intransitable; y habiéndose portado benignamente con Antonio, porque habia dado hospedaje á su madre huida de Roma con Fulvia, les pareció conveniente avenirse tambien con él. Reuniéronse al efecto en el promontorio Miseno y punta de él que da sobre el mar, arribando Pompeyo con su escuadra, y siendo escoltados Antonio y César de su infantería. Convenidos en que Pompeyo tendria la Cerdeña y la Sicilia, bajo la condicion de limpiar el mar de piratas y de enviar á Roma una cantidad determinada de trigo, se convidaron á cenar recípocramente; y sorteando quién sería el primero que agasajara á los otros, le cupo la suerte á Pompeyo. Preguntóle Antonio dónde cenarian, y le respondió: «Aquí (señalando la galera Capitana de seis órdenes); porque esta es, añadió, la casa paterna que le ha quedado á Pompeyo;» lo que decia para zaherir á Antonio, que se habia hecho dueño de la casa del padre de Pompeyo. Aferrando, pues, la nave con las áncoras, y formando una especie de puente desde el promontorio, les hizo el más amistoso recibimiento. Estaban en lo mejor del convite y en la fuerza de los dichos punzantes lanzados contra Cleopatra y Antonio, cuando el pirata Mena se acercó á Pompeyo de manera que los otros no lo oyeron; y «¿quieres, le dijo, que pique los cables de la nave, y te haré señor no solo de Sicilia y Cerdeña, sino del imperio de los Romanos?» Al oirlo Pompeyo se quedó pensativo por algun tiempo, y luégo le respondió; «Valia más, Mena, que lo hubieras hecho sin prevenírmelo: ahora debo respetar el estado presente, porque no es de mi carácter el ser un perjuro.» Habiendo sido convidado del

mismo modo despues de ambos, navegó la vuelta de Sicilia.

Antonio despues del convenio envió á Ventidio al Asia para que detuviera á los Partos, no dejándoles pasar más adelante, y habiendo sido nombrado por hacer obsequio á Octavio César sacerdote de César el Dictador, continuaron tratando en buena compañía y amistad de los más graves negocios; mas cuando se juntaban á divertirse y jugar, Antonio se sentia mortificado de que siempre era el que libraba peor; y es que tenía á su lado un Gitano dado á la adivinacion, de aquellos que examinan el signo; el cual, ó instruido de Cleopatra, ó teniendolo por cierto, estaba diciendo contínuamente á Antonio con sobrada libertad que siendo su fortuna la más grande y brillante, se marchitaba al lado de la de César, y le aconsejaba que se alejara cuanto más pudiera de aquél jóven. «Porque tu genio, le decia, teme al suyo; y siendo festivo y altanero cuando está solo, se queda tamañito y abatido luégo que aquél parece;» y los hechos parece que venian en apoyo del Gitano. Porque si se echaban suertes sobre cualquiera cosa á ver á quién le tocaba, ó si jugaban á los dados, siempre era Antonio el que perdia. Echaban muchas veces á reñir gallos ó codornices adiestradas, y siempre vencian los de César: con lo que recibia manifiesto disgusto Antonio; y bien por esta causa, ó más bien por haber dado oidos al adivino, marchó de la Italia, dejando al cuidado de César sus cosas domésticas; aunque á Octavia la llevó en su compañía hasta la Grecia; habiendo ya tenido en ella una niña. Hallábase de invernada en Atenas cuando le llegaron las nuevas de las victorias de Ventidio; á saber, que habia derrotado á los Partos en una batalla, en la que habian muerto Labieno y Farnapates, que era el mejor general de los del rey Orodes. Por estos sucesos dió un banquete público á los Griegos, y combates á los Atenienses; para lo que dejando en casa la insignias del mando, salió en ropa

y calzado de confianza con las batas de que usan los presidentes de los juegos, y por sí mismo separó, tomándolos del cuello segun costumbre, á los jóvenes combatientes.

Habiendo de partir para la guerra, tomó una corona del olivo sagrado; y llenando segun cierto oráculo un odre lleno de agua de la *Clepsidra* (1), le llevó tambien consigo. En esto, cargando Ventidio sobre Pacoro, hijo del Rey, que de nuevo invadia la Siria con un poderoso ejército, le derrotó en la region Cirrestica con gran matanza de los enemigos, siendo Pacoro uno de los primeros que murieron. Este suceso entre los más celebrados de los Romanos dió á éstos la más completa satisfaccion por los infortunios de Craso, y encerró otra vez dentro de los términos de la Media y la Mesopotamia á los Partos, vencidos tres veces consecutivas en batalla campal. Contúvose Ventidio de seguirles más lejos el alcance por temor de la envidia de Antonio; mas sojuzgó á todos los que se habian rebelado, y cercó á Antioco Comageno en la ciudad de Samosata. Proponiéndole éste que entregaria mil talentos, y quedaria á las órdenes de Antonio, le mandó acudiera á Antonio mismo; el cual ya se hallaba cerca, y no permitia que Ventidio concluyera el tratado con Antioco, queriendo que este acto tomara de él el nombre, y no sonara todo hecho por Ventidio. Prolongábase el sitio, y los de adentro, luégo que desconfiaron de la paz, se defendian vigorosamente; por lo que viendo Antonio que nada adelantaba, avergonzado y arrepentido á un tiempo, se dió por contento de concluir el tratado con Antioco en trescientos talentos. Arregló en seguida en la Siria algunos negocios, y regresando á Atenas, dispensó á Ventidio los honores que le eran debidos, y lo envió á obtener los del triunfo. Hasta ahora

(1) Era una fuente de la ciudadela de Atenas parecida á los relojes de agua, porque á veces la tenía y á veces no.

este es el único que hubiese triunfado de los Partos: hombre de nacimiento oscuro, y que sólo debió á la amistad de Antonio la ocasion de emprender grandes hazañas; con lo que se confirmó lo que se decia de Antonio y de César: que eran más afortunados mandando por medio de otros que por sí mismos: pues tambien Sosio, general de Antonio, se distinguió por sus hechos en la Siria, y Canidio, á quien habia dejado por su lugarteniente en la Armenia, venciendo á los de esta region y á los reyes de los Iberes y los Albanos, habia llegado hasta el Cáucaso; con lo que el nombre y fama del poder de Antonio se habian difundido entre aquellos bárbaros.

Indispuesto de nuevo contra César por algunos chismes, navegó con trescientas galeras á la Italia; y no habiéndole querido recibir los Brentesianos, se dirigió á Tarento. Navegaba con él desde la Grecia Octavia, que se hallaba á la sazon en cinta, y habia dado ántes á luz otra niña. Rogóle, pues, ésta que la enviara á tratar con el hermano; y habiéndose hallado en el camino con César, á quien acompañaban sus amigos Agripa y Mecenas, se lamentó mucho con ellos, y les hizo repetidos ruegos sobre que no la abandonaran en ocasion que de la más dichosa habia venido á ser la más infeliz de las mujeres. «Porque ahora, decia, todos me tienen la mayor consideracion por ser mujer y hermana de los Emperadores; pero si las cosas paran en mal, y se rompe la guerra, en cuanto á vosotros es incierto á quién tiene prescrito el hado el vencer ó ser vencido; cuando para mí lo uno y lo otro es miserable y triste.» Vencido César con esta razones, se encaminó de paz á Tarento donde gozaron los habitantes del magnífico espectáculo de ver en tierra un numeroso ejército, muchas naves surtas en el puerto, y los recibimientos y abrazos recíprocos de unos y otros. Túvolos el primero á cenar Antonio, concediendo tambien esto César al amor de la hermana. Convínose entre ellos que César daria á Antonio dos legiones para la

guerra Pártica, y Antonio á César cien naves bronceadas; y Octavia sobre esto recabó del marido veinte buques menores para el hermano, y mil soldados más de éste para aquél. Terminada así su desavenencia, César al punto se dirigió á la Sicilia á la guerra contra Pompeyo; y Antonio, encomendándole á Octavia con los hijos habidos de ella y los que tenia de Fulvia, dió la vela para el Asia.

La más terrible peste que habia estado callada por largo tiempo, es decir, el amor de Cleopatra, que parecia adormecido y debilitado por mejores consideraciones, se encendió y estalló de nuevo al acercarse á la Siria; y por fin el caballo indócil y desbocado del apetito, como se explica Platon, hollando y pisando todo lo honésto y saludable, hizo que enviara á Fonteyo Capiton para conducir á la Siria á Cleopatra. Llegado que hubo, le concedió y añadió á sus provincias, no una cosa pequeña y despreciable, sino la Fenicia, la Celesiria, Chipre y mucha parte de la Cilicia, y además todavía la parte de Judea que produce el bálsamo, y de la Arabia Nabatea todo lo que toca al mar exterior. Incomodáronse los Romanos en gran manera con estas donaciones, sin embargo de que á personas particulares daba provincias y reinos de grandes naciones, y á muchos les quitaba tambien los reinos, como al judío Antígono, al que traido á su presencia hizo decapitar, no habiéndose impuesto ántes esta pena á ningun rey; pero lo que más insufrible se les hacía era el pasar por la vergüenza de los honores dispensados á Cleopatra. Subió de punto este oprobio habiendo tenido de ella dos hijos gemelos; de los cuales al uno llamo Alejandro y á la otra Cleopatra, y por sobrenombre á aquél Sol, y á ésta Luna. Era singular en hacer gala de su excesos y liviandades: así decia que la grandeza del imperio de los Romanos no respladecia en lo que adquirian, sino en lo que donaban; y que la nobleza se dilataba con las sucesiones y descendencias de muchos reyes, y de este modo era como su

progenitor venía de Hércules, que no limitó su sucesion á una mujer sola, ni temió á las leyes de Solon, y á la cuenta que habia de darse de la procreacion; sino que se propuso dar á la especie muchos principios y orígenes de familias y linajes.

Habiendo Fraates dado muerte á su padre Orodes, fueron muchos los Partos que tomaron la huida, y de ellos vino á acogerse á Antonio Moneses, varon muy principal y poderoso, al cual, como asemejase sus infortunios á los de Temístocles, y comparase su propio poder y magnanimidad con los de los reyes de Persia, le hizo donacion de tres ciudades, Larisa, Aretusa y Hierópolis, llamada ántes Bambice.

Envió el Rey de los Partos quien ofreciera á Moneses su diestra en señal de reconciliacion, y Antonio manifestó placer en mandarle, porque tiraba á engañar á Fraates con la idea de paz, para ver si así recobraria las insignias que tomaron á Craso, y los soldados que todavía sobreviniesen. Remitió por entónces á Cleopatra á Epipto; y marchando por la Arabia y la Armenia, donde se le reunieron sus tropas y las de los reyes aliados, que eran muchos, y el más poderoso de todos Artanades, rey de Armenia, que se presentó con diez y siete mil caballos y siete mil infantes, hizo el alarde de su ejército. De los Romanos eran los infantes sesenta mil, y diez mil hombres de caballería de Españoles y Galos incorporados á los Romanos; y de las demas naciones entre caballería y tropas ligeras treinta mil hombres. Todo este aparato y este poder, que infundió terror hasta en los Indios de la otra parte de la Bactriana y conmovió toda el Asia, dicen que se inutilizó en su mano á causa de Cleopatra: porque apresurándose á ir á pasar con ella el invierno, precipitó la guerra ántes de tiempo, y todo lo hizo arrebatada y tumultuariamente, como hombre que no estaba en su acuerdo, sino que como con hierbas ó hechizos tenía siempre los ojos puestos en

ella, y atendia más á volver cuanto ántes á su lado que á domar á los enemigos.

Porque en primer lugar debiera haber invernado en la Armenia, para dar descanso á las tropas fatigadas con una marcha de ocho mil estadios, y haber ocupado la Media en el principio de la primavera, ántes que los Partos movieran de sus cuarteles de invierno; y no teniendo paciencia para esperar tanto tiempo, marchó desde luégo con el ejército, dejando á la izquierda la Armenia, y tocando en la region Atropadena, se puso á talar el país. Despues de esto, conduciendo en trescientos carros las máquinas de sitio, entre las que habia un ariete de ochenta piés de largo, y de las cuales ninguna que se destruyese podia ser reparada con tiempo por no producir todo aquel país superior sino maderas ruines y blandas, con la priesa las dejó como estorbos de su ligera marcha encomendadas á una guardia, de la que era comandante Taciano; y se fué á poner sitio á Fraata, ciudad populosa, en la que se hallaban los hijos y las mujeres del rey de la Media. La necesidad le convenció bien presto del error que habia cometido en dejar las máquinas, teniendo que recurrir al medio de levantar contra la ciudad grandes trincheras á costa de mucho tiempo y trabajo. Bajó en esto con poderoso ejército Fraates, y enterado de que habian quedado atras los carros de las máquinas, envió contra ellos una gruesa division de caballería, por la que sorprendido Taciano, murió en la accion, y diez mil hombres con él. Tomaron además los bárbaros las máquinas, y las destruyeron é hicieron gran número de cautivos, siendo uno de ellos el rey Polemon.

Mortificó este suceso, como era indispensable, á todo el ejército de Antonio, por haber sufrido tan inesperado descalabro; y Artavasdes, rey de Armenia, abandonando el partido de los Romanos, se retiró con sus tropas, sin embargo de que habia sido el principal instigador de aquella guerra. Acudieron con intrepidez los Partos contra los si-

tiadores, haciéndoles injuriosas amenazas; y no queriendo Antonio que estando el ejército en inaccion prendiera y se aumentara en él el desaliento, tomando diez legiones, tres cohortes pretorias de infantería y todos los caballos, marchó con estas tropas á acopiar víveres, pensando que así atraería mejor á los enemigos, y vendrían á una batalla campal. Había hecho un dia de marcha, y viendo que los Partos le iban alrededor buscando el caer sobre él en el camino, puso en el campamento la señal de batalla, y levantando despues las tiendas, como si no hubiera de pelear, pasó por delante de la hueste de los bárbaros, que estaba formada en media luna, dando la órden de que cuando se viera que los más avanzados de los enemigos estaban al alcance de los legionarios, les diera una carga la caballería. A los Partos, que se mantenian á distancia, les pareció superior á todo elogio la formacion de los Romanos, y observaban atentos cómo iban pasando con ciertos claros compasados sin desórden y en silencio, blandiendo las lanzas. Dada la señal, acometió con algazara la caballería; y los Partos se defendieron en sus puestos, aunque desde luégo estuvieron al alcance de los dardos; mas cuando acometió la infantería, espantados los caballos de los Partos con sus gritos y el estruendo de las armas, y asustados tambien estos mismos, dieron á huir ántes de venir á las manos. Siguióles Antonio el alcance, concibiendo esperanza cierta de que con aquella batalla ó se daba fin á la guerra, ó se estaba cerca de él; pero cuando despues de haberlos perseguido los infantes por espacio de cincuenta estadios, y la caballería por tres tantos más, se halló al hacer el recuento de los muertos y cautivos, que éstos no eran más que treinta, y aquéllos no pasaban tampoco de ochenta, fué grande la incertidumbre y desaliento en que cayeron, al hacer la triste reflexion de que si vencian no acababan sino con un número muy corto, y si eran vencidos tenian una pérdida tan terrible como la que tuvieron en la accion en que per-

dieron los carros. Movieron al dia siguiente para volver al sitio y campamento delante de Fraata; y al principio dieron en el camino con unos cuantos enemigos, despues con muchos más, y por fin con todos, que como invictos y con nuevas fuerzas los provocaban, é intentaban acometerles por todas partes; tanto, que no sin gran dificultad y trabajo pudieron llegar salvos al campamento; y como los Medos de adentro hubiesen hecho una salida contra las trincheras, y hubiesen infundido terror en las avanzadas, irritado Antonio, recurrió á la pena de diezmar á los que se habian manifestado cobardes; porque formándolos por decenas, de cada una pasó por las armas al que le tocó la suerte; y á los que quedaron mandó que en lugar de trigo les distribuyeran cebada.

Hacíase á unos y á otros difícil esta guerra, y lo futuro les infundia igual miedo: á Antonio porque temia el hambre, y no veia el modo de hacer acopios sin heridos y muertos; y á Fraates porque sabía que los Partos todo lo podian sufrir menos la intemperie, y pasar las noches al raso en el invierno; por lo que tenía el recelo de que si los Romanos aguantaban y permanecian, lo abandonasen sus tropas; pues ya habian empezado los frios apénas pasado el equinoccio de otoño. Discurrió, pues, el siguiente ardid: aquellos Partos más conocidos cuando se encontraban con los Romanos al ir á buscar víveres ó á otros menesteres, los trataban con más blandura, y áun disimulaban cuando los veian tomar algunas cosas, celebrando su valor como de unos buenos guerreros, admirados con razon áun de su mismo Rey. Con esto ya luego se llegaban más cerca, y parando los caballos, motejaban á Antonio de que estando Fraates dispuesto á la paz por lástima de tantos y tan valientes soldados, no se prestaba aquél, ni daba la menor ocasion, sino que se estaba muy tranquilo, dando lugar á que sobrevinieran otros enemigos más terribles, el hambre y el invierno, de los que les sería difícil librarse,

aquellos de sus amigos que habian huido, y supo que la causa de la disension habia sido Fulvia, mujer de carácter inquieto y violento, que habia esperado sacar á Antonio de los lazos de Cleopatra si se suscitaba algun movimiento en la Italia. Sucedió por casualidad que Fulvia, que iba en su busca, enfermó en Sicione, y murió; con lo que hubo más proporcion para su reconciliacion con César. Pues luego que llegó á la Italia, como se viese que César no tenia contra él ninguna queja, y que de las que contra él habia, echaba la culpa á Fulvia, no le permitieron sus amigos que exigiese explicaciones; sino que los pusieron bien al uno con el otro, y partieron el imperio, poniendo por límite el mar Jonio: de manera que las regiones de Oriente quedaran para Antonio, las de Occidente para César, y el Africa se le dejara á Lépido: disponiéndose además que si no les agradase ser cónsules, lo fueran amigos de ambos alternativamente.

Aunque esto parecia haberse concluido á satisfaccion, siendo necesario darle mayor consistencia, la fortuna la proporcionó: porque Octavia era hermana mayor de César, bien que no de la misma madre: pues era hija de Ancaria, y éste nacido despues de Tacia. Amaba sobremanera á la hermana, que se dice haber sido ejemplo maravilloso de mujeres. Hallábase viuda de Cayo Marcelo, muerto poco habia, y parecia que habiendo fallecido Fulvia, se hallaba tambien viudo Antonio: pues aunque no negaba sus relaciones con Cleopatra, no confesaba estar casado; siendo esto lo único en que parecia haber lidiado contra el amor de la Egipciaca. Insistian todos en esta otra boda, esperando que reuniendo Octavia con una gran belleza una admirable gravedad y juicio, si se enlazaba con Antonio, y era de él amada como á sus sobresalientes calidades correspondia, habia de ser un poderoso vínculo para la salud y concordia de unos y otros. Luégo que se pusieron de acuerdo, subieron á Roma para celebrar el matrimonio de

res. Antonio al oirle se puso á reflexionar; y aunque por una parte no queria que pareciese desconfiaba de los Partos despues del tratado, por otra le era muy grato el atajo del camino, y el que la marcha fuese por aldeas habitadas: así, pidió al que queria ser conductor alguna prenda para creerle. Prestóse él á que le tuvieran aprisionado hasta haber puesto el ejército en la Armenia; y por dos dias fué de guia atado sin que ocurriese novedad; pero al tercero, cuando ya Antonio no pensaba en los Partos, y por la misma confianza caminaba sin la menor cautela, observó el Mardano que una presa que habia en el rio estaba recientemente rota, y el agua se derramaba con abundancia por el camino que habian de llevar; lo que le hizo comprender que aquello era obra de los Partos, con el objeto de que el rio los enredara y detuviera. Hizo, pues, que Antonio lo viese y observase, para que viniera en conocimiento de que los enemigos estaban cerca; y áun no habia acabado de formar sus tropas, disponiendo una carga de los ballesteros y honderos contra los enemigos, cuando ya se presentaron los Partos, y corrieron á envolver y cortar por todos lados el ejército. Marcharon contra ellos las tropas ligeras; y causando á éstas muchas heridas con sus tiros, y no recibiéndolas menores de las saetas y pelotas de plomo que se les arrojaban, se retiraron. Repitieron otra vez el mismo choque, hasta que volviendo los Celtas contra ellos sus caballos, los acometieron con viveza y los dispersaron, sin que en todo aquel dia volvieran á parecer.

Viendo con esto Antonio cómo debia conducirse, protegió con muchos ballesteros y honderos, no sólo la retaguardia, sino tambien uno y otro flanco; y caminando con su hueste en cuadro, dió órden á la caballería de que los acometiera y rechazara, y rechazados no les siguiera léjos el alcance: de manera que los Partos, habiendo experimentado en cuatro dias seguidos que nada habian podido adelantar, ni habian causado más daño que el que habian

recibido, empezaron á aflojar, y pensaban en retirarse, poniendo la estacion por excusa; pero al quinto dia Flavio Galo, buen militar, emprendedor, y que se hallaba con mando, se llegó á Antonio, y le pidió que le permitiera tomar mayor número de los tiradores de retaguardia y algunos caballos de los del frente, como para hacer una cosa memorable. Dióselos, y al cargar los enemigos los rechazó, no como ántes retirándose luégo á incorporarse con la infantería, sino permaneciendo y trabando un combate reñido. Viendo los comandantes de retaguardia que se habia desunido, lo enviaron á llamar; pero él no hizo caso. Dícese que el cuestor Ticio, echando mano á las insignias, retrocedió, y reconvino con denuestos á Galo de que no hacía más que perder á los mejores y más valientes soldados; pero éste le volvió las injurias, y mandando á su tropa que permaneciese, Ticio se retiró; mas Galo, arrojándose denodadamente sobre los enemigos que tenía al frente, no observó que le cercaban y envolvian muchos por la espalda. Herido, pues, y acosado por todas partes, envió á pedir auxilio; y los capitanes que mandaban la infantería, de los cuales era uno Canidio, hombre de grande influjo y poder cerca de Antonio, cometieron, como lo puede juzgar cualquiera, un grandísimo yerro: pues cuando debían acometer con toda la hueste apiñada, enviando de auxilio partidas pequeñas, y vencidas aquellas, otras, no vieron que de aquella manera iban á poner en derrota y en fuga todo el ejército; y así habria sucedido, á no haber acudido el mismo Antonio desde el frente con la infantería, y haber mandado á la legion tercera que por entre los que huian penetrase contra los enemigos; con lo que los contuvo en su persecucion.

Murieron sobre unos tres mil hombres, y se condujeron á las tiendas cinco mil heridos; entre ellos el mismo Galo pasado de frente por cuatro saetas; pero éste no sanó de las heridas. A los demas los visitó y alentó Antonio, llo-

rando sobre sus males, y mostrándose compadecido; y ellos contentos tomándole la diestra le rogaban al retirarse que se cuidara y no se afligiese, saludándole con el dictado de Emperador, y diciéndole que se tenian por salvos con que él tuviera salud. Porque puede decirse que ni en robustez, ni en sufrimiento, ni en edad mandó general ninguno de los de aquella época un ejército más brillante que el suyo: así como por otra parte en el respeto al general, en la obediencia unida con el amor, y en el preferir todos por un tenor, ilustres, plebeyos, caudillos y particulares, el ser honrados y apreciados de Antonio á su propia salud, á ninguno de los antiguos Romanos concedia ventaja. Concurrian para esto las muchas causas que hemos dicho: su ilustre orígen, su facundia y elocuencia, su munificencia y liberalidad, y su gracia y humor festivo para los chistes y para el trato. Entónces, condoliéndose y sintiendo con los que padecian, y dando á cada uno lo que le hacía falta, todavía tuvo más prontos para todo que los sanos á los enfermos y heridos.

Cuando ya los enemigos desmayaban y cedian, de tal modo los engrió esta victoria, y hasta tal punto despreciaron á los Romanos, que áun por la noche se acercaron á su campamento, esperando saquear de un momento á otro sus tiendas vacías y sus equipajes abandonados. A la mañana se reunieron en mucho mayor número, pues se dice que no bajaban de cuarenta mil caballos, enviando el Rey hasta los de su guardia, como á una victoria cierta y segura; pues él en persona no se encontró en ninguna batalla. Queriendo Antonio hablar á los soldados, pidió la toga de duelo para comparecer á sus ojos en estado más abatido; pero habiéndose opuesto á ello sus amigos, les arengó con el manto de general, alabando y aplaudiendo á los vencedores, é improperando á los fugitivos; á lo que contestaron los primeros dándole nuevas seguridades é inspirándole mayor confianza, y los segundos excusándose y

ofreciéndose á que si queria los diezmase, ó los castigase de cualquier otra manera, no queriendo otra cosa sino que dejara de estar triste y desconsolado. Entónces, tendiendo al cielo las manos, hizo á los Dioses la plegaria de que si por su anterior prosperidad tenian resuelto tomar alguna venganza, toda recayera sobre él, dando al ejército salud y la victoria.

Al dia siguiente continuaron su marcha mejor defendidos; y los Partos, cuando se presentaron á quererlos acometer, se encontraron con una extraña novedad; porque cuando creian que eran venidos á saquear y robar, y no á una batalla, cayó sobre ellos una nube de dardos, y viendo á los Romanos valerosos y esforzados, volvieron otra vez á desalentarse. Al bajar éstos de unos collados bastante pendientes repitieron su ataque, acometiéndolos en la lenta marcha que llevaban; y entónces, volviéndose la infantería, encerró dentro de su formacion á las tropas ligeras, y poniendo los primeros la rodilla en tierra, presentaron sus escudos. Los que formaban despues pusieron sus escudos sobre éstos, y lo mismo respecto de éstos los otros; y esta disposicion, que es muy semejante á la forma de un tejado, sobre ofrecer una vista teatral, es la más fuerte de las formaciones para hacer que se resbalen los dardos. Los Partos, cuando vieron á los Romanos poner la rodilla en tierra, creyeron que aquello era darse por perdidos y efecto del cansancio, por lo que no quisieron valerse ya de los arcos, sino que echando mano á las lanzas se fueron á combatir de cerca; mas entónces los Romanos, levantándose de repente y alzando grande griteria, los rechazaron con sus chuzos, y habiendo dado muerte á los primeros que se presentaron, pusieron en desordenada fuga á todos los demas; y otro tanto sucedió los dias siguientes, siendo muy poco lo que adelantaban en su marcha. Fatigó en esto el hambre al ejército, que sólo combatiendo se proporcionaba algun poco de trigo, y que estaba

además falto de los utensilios para la moltura, porque habia sido preciso dejar los más á causa de ser muchas las acémilas que habian muerto, y ser conducidos en las restantes los enfermos y heridos. Dícese que un quenix (1) de trigo llegó á costar cincuenta dracmas; y que el pan de cebada se vendia á peso de plata. Recurrieron en este apuro á las hierbas y á las raíces, y como encontrasen pocas á las que estuviesen acostumbrados, siéndoles preciso hacer pruebas con las que no habian gustado ántes, dieron con una hierba que los volvia locos, y despues de la locura les causaba la muerte: porque el que la comia no se acordaba ni tenía ya conocimiento de nada, y todo su afan era mover y revolver cuantas piedras veia, como si se ocupara en una cosa de importancia. Estaba, pues, llena toda la llanura de hombres inclinados al suelo para arrancar y mudar las piedras; y, por último, morian con vómitos de bílis, por cuanto les faltaba el vino, que era el único remedio. Como muriesen, pues, en gran número, y los Partos no los dejasen respirar, se dice que Antonio exclamó muchas veces: «¡Oh diez mil!» maravillándose de los que se retiraron con Jenofonte, pues que con haber hecho un camino más largo desde Babilonia, y tenido que pelear con muchos más enemigos, al fin se salvaron.

Los Partos, no pudiendo romper el ejército ni hacerle perder su formacion, vencidos y puestos en fuga muchas veces, volvian á acercarse pacíficamente á los Romanos que iban á proveerse de trigo ó de forraje, y mostrándoles flojas las cuerdas de los arcos, les decian que ellos tenian determinado retirarse, y aquél era ya el término de la guerra; y sólo algunos Medos los seguirian á una ó dos jornadas, no para incomodarlos, sino para dar proteccion á las aldeas más retiradas. Acompañaban á estas palabras

(1) El quenix griego era igual á un cuartillo de la medida castellana.

salutaciones y otros cumplimientos: de manera que los Romanos llegaron á tranquilizarse; y habiéndolo oido Antonio, pensó en descender más á la llanura, por decirse que el camino por las montañas carecia de agua. Cuando iba á ponerlo en ejecucion, llegó al campamento uno de los enemigos llamado Mitridates, sobrino de aquel Moneses que se acogió á Antonio, y á quien éste hizo la donacion de las tres ciudades. Pidió que fuera á hablar con él alguno que supiera explicarse en la lengua pártica ó siriaca; y ejecutándolo Alejandro de Antioquía, que era amigo de Antonio, le descubrió quién era, y poniendo aquel favor á cuenta de Moneses, le preguntó si veia aquellos montes continuados y altos allá léjos; respondió que sí los veia. «Pues al pié de aquellos, le dijo, están en acecho los Partos con un grande ejército: porque tras aquellos montes hay grandes llanuras, y esperan acabar en ellas con vosotros, llevándoos allá engañados con haceros dejar el camino de los montes. En este teneis sed y trabajo, cosas ya conocidas; pero si Antonio marcha por aquél, sábete que le aguarda la misma suerte que á Craso.»

Dicho esto, se retiró; y Antonio, encontrándose en gran perplejidad y confusion, hizo llamar á sus amigos y al Arabe que le servia de guia, el cual pensaba de aquella misma manera: pues áun sin enemigos, sabía que aquellas llanuras carecian de senda cierta, y eran muy expuestas á perderse y andar errantes en ellas; cuando el atajo no ofrecia otra dificultad que la de haber de carecer de agua por una jornada. Mudando, pues, de propósito, marchó por este camino en aquella misma noche, mandando que se proveyesen de agua. Faltábanles á muchos las vasijas, por lo que llenaron de agua los morriones, y algunos hasta la tomaron en las pieles con que se cubrian. Cuando ya estaban en marcha, tuvieron de ello aviso los Partos, y contra su costumbre se pusieron á perseguirlos de noche; y al salir el sol alcanzaron á los últimos, que se hallaban

muy mal parados con la vigilia y la fatiga; pues habian andado en aquella noche doscientos cuarenta estadios: así, tanto por esto como por el aparecimiento repentino de los enemigos, cayeron en gran desmayo; y el combate mismo contribuia á acrecentar la sed, porque sobre la marcha misma tenian que defenderse. Los que iban de vanguardia llegaron á un rio de agua abundante y fresca; pero salada y dañosa: pues bebida movia el vientre con grandes dolores, é inflamaba más la sed; y sin embargo de habérselo prevenido el Arabe, bebian, desprendiéndose de los que querian contenerlos. Recorria Antonio las filas, y les rogaba que aguantaran por muy poco tiempo, pues no estaba léjos otro rio de agua saludable, y el resto de camino era ya áspero é inaccesible á la caballería, con lo que del todo se verian libres de enemigos: al mismo tiempo hizo llamar á los que todavía peleaban, y dió la señal de acampar, para que siquiera gozaran de sombra los soldados.

Puestas las tiendas y retirados los Partos, segun solian, volvió otra vez Mitrídates; y saliendo Alejandro á hablarle, lo exhortó á que haciendo un ligero descanso el ejército, levantara el campo, y se apresurara á ponerse al otro lado del rio, porque los Partos no le pasarian, ni los perseguirian más que hasta allí. Habiéndolo anunciado á Antonio Alejandro, le llevó de parte de aquél muchos vasos y tazas de oro, de los que tomó Mitrídates cuanto pudo ocultar bajo sus ropas, y se marchó. Todavía era de dia cuando hizo levantar el campo, y marchaban sin ser molestados de los enemigos; pero ellos mismos hicieron aquella noche la más terrible y congojosa de todas: porque robaban y mataban á los que tenian oro ó plata, y saquearon los equipajes. Finalmente, poniendo sus manos hasta en los cofres de Antonio, hacian pedazos la vajilla y mesas de gran precio, y se lo repartian. Como con este motivo fuese grande la turbacion y alboroto que se apoderó de todo el campamento, porque creian que habiéndolos sobrecogido

los enemigos se habian entregado á la fuga y á la dispersion, llamando Antonio á uno de los libertos que tenía en su guardia, llamado Ramno, le hizo jurar que cuando le diera la órden lo habia de pasar con la espada y le habia de cortar la cabeza, para no caer vivo en poder de los enemigos ni ser de ellos conocido despues de muerto. Lamentándose con esta ocasion sus amigos, el Arabe sosegó y tranquilizó á Antonio, diciéndole que estaban ya muy cerca del rio, porque el ambiente era húmedo, y una aura más fresca y suave hacía agradable y dulce la respiracion: además de que el tiempo le hacía conocer que estaban al fin de la marcha, pues que restaba poco de la noche. Informáronle otros al mismo tiempo que el alboroto no habia tenido otro orígen que la injusticia y latrocinio de algunos soldados; por lo que, queriendo recoger y apaciguar la tropa desordenada y dispersa, mandó dar la señal de acampar.

Vino en esto el día, y cuando el ejército empezaba á tomar algun órden y descanso, encontrándose los de retaguardia molestados de los tiros de los Partos, se dió á las tropas ligeras la señal de batalla. La infantería volvió á formar tejado con los escudos, y á esperar en esta disposicion á los enemigos, que no se atrevian á acercarse. A poco que así caminaron los de vanguardia se descubrió ya el rio; y formando Antonio su caballería al frente de los enemigos, pasó primero los enfermos. Despues ya tuvieron facilidad y seguridad para beber áun los que habian combatido; pues los Partos, luégo que vieron el rio, aflojaron las cuerdas de los arcos, y decian á los Romanos que pasaran tranquilos, celebrando mucho su valor. Pasaron, pues, sosegadamente, y luégo que se hubieron repuesto continuaron su marcha, no fiándose todavía de los Partos. Al sexto dia despues del último combate llegaron al rio Arajes, que divide la Media de la Armenia. Pareciôles más profundo y rápido en su curso, y corrió la voz de que allí

les tenian armada celada los enemigos para cuando pasasen; pero le pasaron sin ser inquietados; y cuando pisaron el suelo de la Armenia, como si acabaran de tomar tierra saliendo del mar, lo besaron, llorando de gozo, y abrazándose unos á otros. Como marchasen entónces por una region abundante, y lo tuviesen todo de sobra despues de la mayor miseria y escasez, enfermaron de hidropesía y cólicos.

Hizo entónces Antonio otra vez alarde, y halló que habia perdido veinte mil infantes y cuatro mil caballos, no todos á manos de los enemigos, sino como la mitad de este número de enfermedades. Su marcha desde Fraata habia sido de veintisiete dias, y habia vencido á los Partos en diez y ocho batallas; pero estas victorias no habian tenido grandes consecuencias ni dado seguridad; porque el alcance seguido á los enemigos habia sido siempre corto y de muy poco fruto; en lo que se veia bien claro que el rey de Armenia Artavasdes habia privado á Antonio de dar fin á aquella guerra. Porque si hubieran permanecido diez y seis mil soldados de á caballo que trajo de la Media, armados como los Partos, y acostumbrados á pelear contra ellos, cuando los Romanos los hubieran rechazado en la batalla, éstos los habrian acabado en la fuga, y vencidos no se habrian rehecho y vuelto con osadía al combate tantas veces.

Así es que todos acaloraban á Antonio para que castigara al rey de Armenia; pero él, haciéndose cargo de la situacion presente, ni lo reconvino por su traicion, ni disminuyó en lo más mínimo los honores y obsequios que solia hacerle, hallándose entónces con poca gente y falto de todo. Más adelante, entrando en la Armenia, y atrayéndole con promesas y llamamientos á que viniera á sus manos, lo prendió, y conduciéndole atado á Alejandría, triunfó de él: cosa que disgustó mucho á los Romanos, por ver que con las hazañas y proezas de la patria, hacía obsequios á

los Egipcios por consideracion á Cleopatra. Pero esto, como se ha dicho, fué más adelante.

Entónces, caminando sobre nieves y en medio de un invierno de los más crudos, perdió otros ocho mil hombres en la marcha; y bajando hasta el mar con muy poca gente, en una fortaleza situada entre Berito y Sidon, y llamada Lenceconte, determinó esperar á Cleopatra. Como tardase, era grande su desazon é inquietud; y aunque recurrió á sus desórdenes de beber hasta la embriaguez, no fué de manera que aguantase y se estuviese sentado, sino que se levantaba en medio de los brindis, é iba á mirar muchas veces, hasta que por fin arribó al puerto, trayendo mucho vestuario y cuantiosos fondos para los soldados; bien que algunos dicen que trajo efectivamente Cleopatra el vestuario, pero el dinero repartido lo puso Antonio de su propio caudal, como si lo hubiera dado ésta.

Suscitóse á este tiempo riña y desavenencia entre el rey de los Medos y el parto Fraates, nacida, segun dicen, con ocasion del botin hecho á los Romanos; y fué tal, que el Medo engendró sospecha y recelo de que éste le despojara del reino. Por tanto, envió á llamar á Antonio, prometiéndole que le auxiliaria en la guerra con todo su ejército. Infundió esto grandes esperanzas á Antonio, porque veia que aquella sola cosa en que se consideraba inferior para domar á los Partos, que era la fuerza de la caballería y los arqueros, se le venía á las manos, pareciendo que hacia favor en lugar de pedirlo. Disponíase, pues, á subir otra vez por la Armenia, y juntándose con el rey de los Medos en el rio Arajes, dar desde allí principio á la guerra.

Queriendo Octavia navegar desde Roma á unirse con Antonio, se lo permitió César; los más creen que no por condescender con su deseo, sino para que desatendida y abandonada diera causa justa para la guerra. Llegada á Atenas, recibió carta de Antonio, en que le daba órden de permanecer allí, hablándole de la expedicion. Sintiólo Oc-

tavia, y no dejó de conocer el pretexto; pero con todo le escribió, preguntándole á dónde queria que le enviase los efectos que le traia; y eran gran copia de vestuario para los soldados, muchas acémilas, caudales y regalos para los caudillos y amigos que tenía á su lado; y fuera de esto, dos mil soldados escogidos para las cohortes pretorianas, equipados de las más primorosas armaduras. Dióle de esto noticia, enviado al efecto por ella, un tal Niger, amigo de Antonio, el que añadió los más completos como los más debidos elogios. Mas llegó á entender Cleopatra que Octavia iba á ponerse en contraposicion con ella, y temerosa de que, uniendo á la gravedad de sus costumbres y al poder de César la dulzura del trato y la complacencia á voluntad de Antonio, se le hiciera invencible y del todo se apoderara de éste, fingió que estaba perdida de amores por Antonio; y para ello debilitaba el cuerpo con tomar escaso alimento, y en su presencia ponia la vista como espantada, y cuando se apartaba de ella caida y triste. Hacía de modo que muchas veces se la viera llorar, y de repente se limpiaba y ocultaba las lágrimas, como que no queria que él lo entendiese. Usaba de todas estas simulaciones cuando Antonio estaba para partir de la Siria al punto convenido con el rey de los Medos; y los aduladores interesados por ella motejaban á Antonio de duro é insensible, porque iba á acabar con una pobre mujer, que en él sólo tenía puestos sus sentidos: porque Octavia habia venido con motivo de los negocios, enviada del hermano, y ya disfrutaba del nombre de legítima mujer; cuando Cleopatra, reina de tantos pueblos, se contentaba con llamarse la amante de Antonio, y no tenía á ménos ó desdeñaba este nombre, miéntras veia á éste y le tenía á su lado; y luego que se mirase abandonada era seguro que no sobreviviria. Finalmente, de tal manera le ablandaron y afeminaron, que por temor de que Cleopatra se dejase morir, se volvió á Alejandría, y dió largas al rey de los Medos hasta el vera-

no, sin embargo de decirse que habia entre los Partos sediciones y alborotos. Con todo, habiendo subido despues, trabó amistad con él, y tomando para mujer de uno de los hijos de Cleopatra á una de las hijas del mismo Rey, que todavía era muy niña, volvió con esta afinidad cuando ya iba á entrar en la guerra civil.

Cuando Octavia volvió de Atenas, mirándola César como despreciada y ofendida, le dió órden de que se fuese á vivir á su casa; pero ella le respondió que no dejaria la del marido; y rogaba al hermano que si no habia determinado hacer la guerra á Antonio por otra causa, no hiciese alto en sus querellas: pues ni siquiera era decente que se dijese de los dos mayores Emperadores que el uno por el amor de una mujer y el otro por celos habian introducido la guerra civil entre los Romanos. Y esto que decia lo confirmaba con las obras: porque ocupaba la casa de Antonio como si éste se hallara presente, y cuidaba con la mayor diligencia y decoro, no sólo de los hijos que en ella misma habia tenido, sino de los que habia tenido en Fulvia; y si venian algunos amigos recomendados por Antonio para las magistraturas, ó por otros negocios, recibiéndolos con aprecio, los protegia en lo que querian obtener de César. Mas sucedia que con esto mismo perjudicaba más contra su intencion á Antonio; pues que era aborrecido por tratar mal á una mujer tan envidiable, y lo era ademas por el repartimiento que en Alejandría hizo á los hijos, y que pareció trágico, orgulloso y anti-romano. Porque introdujo un gran gentío en el Gimnasio, donde sobre una gradería de plata, hizo poner dos tronos de oro, uno para él y otro para Cleopatra, y otros más pequeños para los hijos. De allí en primer lugar proclamó á Cleopatra reina del Egipto, de Chipre, del Africa y de la Siria inferior, reinando en union con ella Cesarion, el cual era tenido por hijo de César el Dictador, que habia dejado á Cleopatra en cinta. En segundo lugar, dando á los hijos nacidos de él y de Cleopa-

el dictado de reyes, á Alejandro le adjudicó la Arme-
, la Media y el reino de los Partos para cuando fuesen
ızgados; y á Tolomeo la Fenicia, la Siria y la Cilicia.
nismo tiempo, de los hijos presentó á Alejandro en traje
lo, llevando la tiara derecha, á la que llaman tambien
ıris; y á Tolomeo adornado con el calzado, el manto y
ombrero con diadema, que es el ornato de los reyes
esores de Alejandro; así como aquél lo es de los Medos
s Armenios. Luego que los hijos saludaron con ósculo
s padres, al uno se le puso guardia de Armenios y al
ı de Macedonios. Porque Cleopatra ya entónces, y siem-
en adelante, no salia en público sino con la ropa sa-
la de Isis; y como una nueva Isis daba oráculos.
ió cuenta César al Senado de estos sucesos; y denun-
dolos muchas veces al pueblo, irritó á la muchedum-
contra Antonio. Envió por su parte éste quien hiciera
;os á César: siendo los principales capítulos, primero:
habiendo despojado de la Sicilia á Pompeyo, no le ha-
lado parte ninguna en aquella isla. Segundo, que ha-
do recibido del mismo Antonio prestadas naves para
ıerra, le habia dejado enteramente sin ellas. Tercero,
habiendo expelido del mando á su colega Lépido, de-
ole ınfamado, César se habia tomado su ejército, sus pro-
ıas y las rentas que á aquél le habian sido asignadas.
e todo, que habia repartido á sus soldados, podia
'se que toda la Italia, no dejando nada para los de
nio. Defendíase de estas acusaciones César, diciendo
Lépido habia tenido que abdicar un mando del que no
a sino en agravio de los ciudadanos; que lo que habia
irido por la guerra lo partiria con Antonio, cuando
partiera con él la Armenia; y que si sus soldados no
cipaban de la Italia, era porque poseian la Media y la
a, que habian adquirido para los Romanos, comba-
o valerosamente con su Emperador.
llándose Antonio en la Armenia cuando tuvo noticia

de estas cosas, dispuso que al punto bajara Canidio al mar con diez y seis legiones; él con Cleopatra se trasladó á Efeso, donde reunia una poderosa armada, haciendo venir naves de todas partes, pues con los trasportes llegaban á ochocientas; de las cuales habia dado doscientas Cleopatra, veinte mil talentos y víveres para todo el ejército durante la guerra. Antonio, á persuasion de Domicio y de algunos otros, resolvió que Cleopatra se retirara al Egipto á estar en expectacion de los sucesos de la guerra; pero ella, temerosa de que se hicieran nuevos conciertos por medio de Octavia, ganó con grandes dádivas á Canidio, para que en su favor hiciera presente á Antonio que ni era justo alejar de aquella guerra á una mujer que tanto habia contribuido para ella, ni convenia tampoco amortiguar el interes de los Egipcios, que tan considerable parte eran de aquellas fuerzas; fuera de que no veia que Cleopatra valiera para el consejo ménos que los otros reyes aliados, siendo una mujer que por sí misma habia gobernado largo tiempo un reino tan extenso, y á su lado se habia formado para los mayores negocios. Al cabo esto prevaleció, porque estaba en los hados que todo el imperio habia de venir á reunirse en las manos de César. Juntando, pues, aquéllos sus fuerzas, se dirigieron á Samos, donde se entregaron á toda diversion y regalo: pues así como dieron órdenes á todos los reyes, potentados y tetrarcas, y á todas las naciones y ciudades comprendidas entre la Siria, la Meotide, la Armenia y el Ilirio para que enviaran y condujeran toda especie de preparativos de guerra, del mismo modo se impuso precision á todo cómico, farsante y juglar de acudir á Samos; y miéntras casi toda la tierra estaba en afliccion y llanto, una sola isla cantó y danzó por muchos dias, estando llenos los teatros, y compitiendo entre sí los coros. Concurrieron al sacrificio todas las ciudades, enviando cada una un buey, y los reyes iban entre sí á porfía en los convites y dádivas; de manera que llegó

á decirse: «¡Cómo celebrarán éstos la victoria, cuando tales fiestas hacen para los preparativos de la guerra!

Pasada esta furia de diversiones, á toda aquella comparsa de artífices de Baco les señaló para su residencia la ciudad de Priene, y se encaminó á Atenas, donde volvió otra vez á los regocijos y teatros. Cleopatra, envidiosa de los honores dispensados á Octavia, porque ésta se habia hecho mucho lugar en Atenas, procuró ganar á aquel pueblo con toda especie de obsequios; y los Atenienses, habiéndole decretado los honores que apetecia, diputaron embajadores que le llevaran los decretos, siendo uno de ellos Antonio como ciudadano de Atenas; y puesto ante ella, le dirigió un discurso en nombre de la ciudad. Envió á Roma encargados para echar á Octavia de su casa; de la que dicen salió, llevando en su compañía á todos los hijos de Antonio, á excepcion del mayor tenido en Fulvia, que se hallaba con el padre; y salió llorando y lamentándose de que pareciese que era ella una de las causas de aquella guerra. Compadecíanla los Romanos; pero áun compadecian más á Antonio: sobre todos los que habian visto á Cleopatra, que ni en edad ni en belleza se aventajaba á Octavia.

Al oir César la celebridad y grandeza de tales preparativos se sobresaltó por temor de tener que hacer la guerra en aquel verano: pues eran muchas cosas las que le faltaban, y los pueblos llevaban á mal las exacciones de tributos. Porque precisados unos á dar la cuarta de sus frutos, y los de condicion libertina la octava de cuanto poseian, clamaban contra él, y habia sediciones y tumultos en casi toda la Italia. Así es que se tiene por uno de los mayores errores de Antonio el haber dilatado la guerra, por cuanto dió tiempo á César para prevenirse, y para que apaciguara las sediciones: pues si los hombres cuando se les exige se alborotan, despues de haber contribuido y pagado se aquietan. Ticio y Planco, varones consulares,

amigos de Antonio, insultados de Cleopatra porque en muchas cosas se le habian opuesto miéntras estaban en el ejército, huyeron de él, y pasándose á César, le denunciaron el testamento de Antonio, del que tenian conocimiento. Hallábase depositado en poder de las vírgenes Vestales, y á la peticion que César les hizo se negaron respondiendo que si queria fuera y lo tomase. Hízolo así; y primero leyó para sí solo lo en él escrito, anotando algunos lugares que daban más márgen á acusacion. Reuniendo despues el Senado, los leyó con ofensa é indignacion de muchos: porque parecia cosa dura y terrible que se hiciera cargo á nadie en vida de lo que disponia para despues de su muerte. Sobre lo que principalmente insistia era sobre la cláusula relativa á su entierro: porque mandaba que si moria en Roma, su cadáver, llevado en procesion por la plaza, fuera enviado á Cleopatra á Alejandría; y Calvisio, amigo de César, añadió como crímenes de Antonio en sus amores con Cleopatra los siguientes: que habia cedido y donado á ésta las bibliotecas de Pérgamo, en las que habia doscientos mil volúmenes distintos; que en un convite á presencia de muchos se habia levantado, y le habia hecho cosquillas en los piés por cierto convenio y apuesta entre ellos; que habia sufrido que los de Efeso llamaran á su vista señora á Cleopatra; que muchas veces, estando administrando justicia á reyes y tetrarcas, habia recibido de ella billetes amorosos escritos en cornerinas y cristales, y puéstose á leerlos; y que hablando en una causa Furnio, hombre de grande autoridad y el más elocuente entre los Romanos, habia pasado Cleopatra por la plaza conducida en silla de manos, y Antonio, luégo que la habia visto, habia marchado allá, dejando pendiente el juicio, y pendiente de la silla de manos la habia acompañado.

Se cree que la mayor parte de estas inculpaciones habian sido inventadas por Calvisio. Los amigos de Antonio

andaban por Roma haciendo ruegos al pueblo, y enviaron á uno de ellos, que era Geminio, con el encargo de que hiciera presente á Antonio no se descuidase y diera lugar á que se le despojara del mando y se le declarara enemigo público de los Romanos. Pasó Geminio á la Grecia, y desde luégo se hizo sospechoso á Cleopatra de que iba ganado por Octavia. Era por tanto contínuamente escarnecido durante la cena, y colocado en los puestos de ménos honor; pero él aguantaba esperando la ocasion de poder hablar á Antonio, hasta que précisado en la misma cena para que dijese cuál era el objeto de su viaje, respondió que lo demas que tenía que decir pedia estar cuerdo; pero que, cuerdo ó bebido, lo que sabía era que sería muy conveniente que Cleopatra se marchase á Egipto. Enfadóse Antonio al oirlo; pero Cleopatra lo que dijó fué: «Ha hecho muy bien Geminio en confesar la verdad sin que le dieran tormento.» Geminio, pues, huyó de allí á pocos dias, y regresó á Roma. A otros muchos de los amigos de Antonio echaron de allí los aduladores de Cleopatra, por no poder aguantar sus insultos y provocaciones, siendo de este número Marco Silano y Delio el historiador. De éste se dice que temió además las asechanzas de Cleopatra, dándole aviso Glauco el médico; y es que habia picado á Cleopatra, diciéndole en la cena que á ellos se les daba á beber vinagre, miéntras Sarmento bebia en Roma vino Falerno. Este Sarmento era un muchachito de los que servian al entretenimiento de César; á los cuales los Romanos les llamaban delicias.

Cuando César se hubo preparado convenientemente, se decretó hacer la guerra á Cleopatra, y privar á Antonio de una autoridad que abandonaba á una mujer; y César añadió que Antonio, emponzoñado con hierbas, ni siquiera era dueño de sí mismo; y los que les hacian la guerra eran Mardion el Eunuco, Potino, Eira, belleza de Cleopatra, y Carmion, por quienes eran manejados la mayor parte de los

negocios de la comandancia general de Antonio. Dícese que precedieron á esta guerra las señales siguientes: la ciudad de Pisauro, colonia establecida por Antonio, y situada sobre el Adriático, habiéndose hundido el suelo, desapareció. Una de las estatuas de piedra de Antonio, puestas en la ciudad de Alba, se cubrió por muchos dias de sudor, del que no se vió libre áun cuando algunos quisieron enjugarla. Hallándose el mismo Antonio en Patras, el templo de Hércules fué abrasado de un rayo; y en Atenas el Baco de la Gigantomaquia, arrancado del viento, fué llevado hasta el teatro; y es de advertir que, como hemos dicho, Antonio se jactaba de pertenecer á Hércules por el linaje, y á Baco por la emulacion de su tenor de vida, haciéndose llamar el nuevo Baco. El mismo huracan, soplando con igual violencia sobre los colosos de Eumenes y Atalo, que eran llamados los Antonios, entre los demas, á ellos solos los derribó al suelo. Llamábase asimismo Antonia la nave capitana de Cleopatra, y se notó en ella un prodigio extraño: porque habian hecho nido unas golondrinas en la popa, y habiendo venido otras, lanzaron á éstas, y les mataron los polluelos.

Cuando ya estaban próximos á dar principio á las hostilidades, las naves de guerra de Antonio no bajaban de quinientas; en las que habia muchas de ocho y de diez órdenes, adornadas con mucho lujo y magnificencia; y su ejército se componia de cien mil infantes y doce mil caballos. Los reyes que estaban á sus órdenes y le auxiliaban eran Boco, rey de los Africanos, Tarcondemo de la Cilicia superior, Arquelao de la Capadocia, de la Paflagonia Filadelfo, de la Comagena Mitrídates, y Abdala de la Tracia: éstos asistian, á su lado. Polemon envió tropas del Ponto; Malco de la Arabia, y Herodes de Judea; y tambien Amintas, rey de los Licaonios y los Gálatas. Habia venido asimismo auxilio del rey de los Medos. César de naves para combate tenia doscientas cincuenta, y su ejército se componia de ocho-

mil infantes y de otros tantos caballos como el de los enemigos. Imperaba Antonio desde el Eufrates y la Armenia hasta el mar Jonio y los Ilirios, y César en todo el país situado desde los Ilirios hasta el Océano occidental, y despues, volviendo de éste hasta el mar de Toscana y de Sicilia. Estaban además sujetas á César el Africa, la Italia, la Galia y la España hasta la columnas de Hércules, y las tierras desde Cirene hasta la Etiopía á Antonio.

Estaba de tal modo pendiente de aquella mujer, que siendo las fuerzas de tierra aquellas en que considerablemente se aventajaba á su contrario, se determinó por el combate naval á causa de Cleopatra; y eso que veia que por falta de marinería arrebataban los capitanes de navío en la oprimida Grecia á los viajeros, arrieros, segadores y á todo jóven; y ni áun así estaban bien tripuladas las naves, y sólo con gran dificultad y trabajo se sostenian en el mar. César, que con naves no equipadas por el aparato y la ostentacion, sino ágiles, prontas y bien provistas y tripuladas ocupaba con su armada á Tarento y Bríndis, envió á decir á Antonio que no se perdiera tiempo, sino que viniera con todas sus fuerzas; pues él proporcionaria á su armada radas y puerto contiguos, y con su propio ejército se retiraria dentro de Italia la carrera de un caballo, hasta que el mismo Antonio hubiera hecho su desembarco, y acampádose con toda seguridad. Antonio, contestando á una fanfarronada con otra, lo envió á desafiar, sin embargo de que él era más viejo; y si esto no le acomodaba, le proponia que combatieran en Farsalia con sus ejércitos, como ántes lo habian hecho César y Pompeyo. Adelantóse César, miéntras Antonio se hallaba surto en Accio en el sitio en que ahora está edificada Nicópolis, á pasar el mar Jonio y ocupar una aldea del Epiro, llamada Torune, voz que significa cucharon. Como esto suscitase grande revuelta y alboroto entre las gentes de Antonio; porque su ejército estaba muy rezagado, Cleopatra, haciendo de chistosa, dijo:

«¿Qué mucho que haya esta revuelta, si César se ha apoderado del cucharon!»

Antonio, habiéndose puesto en movimiento desde muy temprano las naves de los enemigos, temeroso de que tomaran las suyas vacías de marinería, armó á los remeros, y los formó sobre cubierta precisamente para vista; y suspendiendo y colocando los remos en forma de alas á uno y otro lado de las naves, las tuvo puestas de proa en la boca del puerto de Accio, como si estuvieran bien equipadas y preparadas para la defensa; y César, engañado con esta estratagema, se retiró. Parece que tambien obró con grande arte en interceptar el agua con ciertas obras de fortificacion, y privar así de ella á los enemigos; no teniendo sino poca y mala los pueblos del contorno. Trató asimismo con consideracion é indulgencia á Domicio, contra la voluntad de Cleopatra; porque habiéndose embarcado éste estando ya con calentura en un barquichuelo, y pasádose á César, Antonio lo llevó muy á mal, y, sin embargo, le envió todo su equipaje, y juntamente sus amigos y esclavos; mas Domicio, arrepentido por lo mismo de ver que su infidelidad y su traicion eran notorias, se murió al punto de pesar. Hubo igualmente defeccion en algunos reyes, como en Amintas y Deyotaro, que se pasaron á César. Desengañado, por fin, Antonio de que la armada no se hallaba en estado de servir y de prestarle los prontos auxilios que necesitaba, se creyó en la precision de recurrir al ejército; y Canidio, comandante de éste, tambien mudó de parecer cuando ya se estuvo en los momentos de conflicto, aconsejando á Antonio que convenia despedir á Cleopatra, y retirándose á la Tracia ó á la Macedonia, dirimir con las fuerzas de tierra aquella contienda. Porque Dicomes, rey de los Getas, ofrecia auxiliarle con poderoso ejército; y no podria parecer mal que habiéndose ejercitado César en la guerra de Sicilia, le cediese en el mar; cuando por el contrario sería cosa muy dura y muy necia que siendo mayor

a pericia de Antonio en los combates terrestres, no hiciera uso de la fuerza y superioridad de su numerosa infantería, repartiéndola y perdiéndola en las naves; mas con todo áun volvió á prevalecer Cleopatra para que la guerra se terminara por medio de un combate naval; poniendo ya la vista en la fuga, y ordenando sus cosas, no del modo en que hubieran de ser más útiles para la victoria, sino en el que hubieran de estar más prontas para el retiro, si la accion se perdia. Habia unos ramales que desde el campamento iban á la armada; y por ellos acostumbraba Antonio á pasar de una parte á otra sin recelo. Como dijese, pues, un esclavo á César que era fácil echarle mano cuando fuese por los ramales, puso al efecto hombres apostados; los cuales se condujeron de manera que acelerándose un poco en la operacion, cogieron al que iba delante de Antonio; y él con gran dificultad pudo libertarse corriendo.

Resuelto al combate naval, quemó todas las demas naves egipcias á excepcion de sesenta, y tripuló las mejores y de más porte, desde las de tres hasta las de diez órdenes, embarcando en ellas veinte mil infantes y dos mil ballesteros.

Dícese que uno de aquellos infantes, hombre que era de los que hacian de guías en la formacion, y que habia sostenido muchos combates á las órdenes de Antonio, teniendo su cuerpo pasado de heridas, exclamó en presencia de éste, y dijo: «¿Por qué, oh Emperador, desconfias de estas heridas y de esta espada, y pones tus esperanzas en unos malos leños? Peleen en el mar los Egipcios y Fenicios; pero á nosotros dános tierra, en la que estamos acostumbrados á mantenernos á pié firme hasta morir ó vencer á los enemigos.» Y que á esto nada respondió Antonio, y solo con la mano y el rostro pareció exhortarle á que tuviera buen ánimo, y pasó de largo, no estando él mismo muy confiado; pues que queriendo los capitanes de las naves dejar las velas, los precisó á embarcarlas y llevarlas,

diciendo que no se debia dejar escapar á ninguno de los enemigos que huyese.

En aquel dia y en los tres siguientes, alterado el mar con un recio viento, impidió el combate; pero al quinto, restituida la calma y la serenidad, se prepararon á él. Tenian Antonio y Publícola el ala derecha, Celio la izquierda, y en el centro se hallaban Marco Octavio y Marco Justeyo. César dió á mandar el ala izquierda á Agripa, tomando para sí la derecha. Formadas á la orilla del mar unas y otras tropas de tierra, mandadas las de Antonio por Canidio y las de César por Tauro, se estuvieron en reposo. De los generales, Antonio corria en una falúa de una parte á otra, exhortando á los soldados á que por la pesadez de sus naves pelearan firmes como en tierra; y dando órden á los capitanes de los buques de que como si estuvieran sobre las áncoras, así recibieran sin moverse los choques de las contrarias, guardando la boca del puerto para no ser envueltos. De César se dice que dando tambien vuelta por las naves ántes de hacerse de dia, se encontró con un hombre que conducia un borriquillo; y habiéndole preguntado su nombre, como le conociese, le respondió: «Yo me llamo afortunado y el borriquillo vencedor;» por lo que adornando despues con los espolones aquel lugar, puso en él las estatuas de bronce del hombre y del borrico. Reconociendo lo que restaba de las escuadras, conducido para ello en una lancha hasta volver á su ala derecha, se maravilló de ver á los enemigos inmóviles en el estrecho; porque la vista era de naves que estaban aferradas en sus áncoras; y habiendo estado largo rato en esta persuasion, detuvo las suyas, que áun se hallaban á ocho estadios de distancia de las enemigas. Siendo la hora sexta, y levantándose algun viento de mar, mal hallados los caudillos de Antonio con la detencion, y confiados en la altura y mole de sus naves, con las que se tenian por invencibles, movieron el ala izquierda. Alegróse César al verlo, y contuvo

aún su derecha, deseando que los enemigos se separaran más, fuera ya del golfo y de aquellos estrechos, para meterse con sus naves prontas y ligeras por entre aquellas que con su balumbo y falta de tripulacion eran torpes y pesadas.

Cuando ya se trabó el combate y vinieron á las manos, no habia choques ni roturas de naves: porque las de Antonio por su pesadez no tenian ímpetu, que es el que hace más poderosos los golpes de los espolones; y las de César, no solamente se guardaban de ir á dar de proa contra unos espolones firmes y agudos, sino que ni siquiera se atrevian á embestir á las contrarias por los costados, porque las puntas de los suyos se rompian tan pronto como daban en unas naves hechas de grandes maderos cuadrados, compaginados unos con otros con abrazaderas de hierro. Era, pues, parecida esta pelea á un combate de tierra, ó por decirlo mejor, á un combate mural; porque tres ó cuatro naves acometian á una de Antonio, y usaban de chuzos, de lanzas, de alabardas y de hierros hechos ascua; y los de Antonio lanzaban tambien con catapultas armas arrojadizas desde torres de madera. Mas extendiendo Agripa la otra ala con el objeto de envolver á los contrarios, precisado Publícola á hacer otro tanto, quedó desunido del centro. Causó esto en él algun desórden, combatido como se hallaba de las naves de Arruncio; y cuando todavía la batalla era comun y se mantenia indecisa, se vió de repente á las sesenta naves de Cleopatra desplegar las velas para navegar y huir por medio de los que combatian, porque estaban formadas á espaldas de las naves grandes, y al partir turbaron su formacion. Mirábanlas los enemigos, asombrados al ver que con viento favorable se dirigian hácia el Peloponeso. Vióse allí claramente que Antonio no se condujo ni como general ni como hombre que hiciera uso de su razon para dirigir los negocios, sino que hubo así como quien dijo por juego que el alma del amante

vive en un cuerpo ajeno, fué él arrastrado por aquella mujer como si estuviera adherido y hecho una misma cosa con ella; pues no bien hubo visto su nave en huida, cuando olvidado de todo, abandonando y dejando en el riesgo á los que por él peleaban y morian, se trasladó á una galera de cinco órdenes, no llevando consigo más que á Alejandro, Siro y á Escelio, y se fué en seguimiento de aquella perdida, que al fin habia de perderle.

Conocióle ésta, é hizo señal desde su nave, á la que alcanzó, y fué en ella recibido; pero ni vió á Cleopatra ni se dejó ver de ella, sino que pasando á la proa, se sentó allí sin hablar palabra, apoyando la cabeza sobre entrambas manos. Viéronse en esto buques ligeros de los de César que iban en su alcance; y haciendo volver de proa su nave, consiguió que se retiraran los demas; pero el Lacedemonio Euricles continuaba en acometerle con denuedo, blandiendo una lanza desde la cubierta en actitud de arrojársela. Levantóse en esto Antonio, y preguntando «¿quién es el que persigue á Antonio?» le respondió aquél: «Yo soy Euricles, hijo de Lacares, que ayudado de la fortuna de César, vengo la muerte de mi padre.» Habia sido Lacares condenado por Antonio en causa de piratería á ser decapitado. Con todo, no acometió Euricles á la nave de Antonio, sino que embistiendo con la bronceada punta á la otra de las naves capitanas, porque eran dos, le hizo dar una vuelta en redondo, y habiendo caido de costado, la tomó; y tambien una de las otras en que habia alhajas de valor, de las que sirven al uso cotidiano. Retirado éste, volvió Antonio á su anterior postura, y en ella permaneció taciturno. Pasó tres dias solo en la proa, ó por enfado ó por tener vergüenza de presentarse á Cleopatra; y así arribó á Tenaro. Allí las mujeres que eran más de su confianza hicieron que primero se hablasen, y despues que comiesen y reposasen juntos. En tanto iban ya llegándoles muchos de los trasportes, y algunos de los amigos que escaparon de la derrota; los

cuales les informaban de que la escuadra se habia perdido, pero creian que el ejército se mantenia en pié. Envió Antonio mensajeros á Canidio con órden de que sin dilacion se retirara con el ejército por la Macedonia al Asia; y pensando en dirigirse desde Tenaro al Africa, escogió uno de los trasportes cargado de mucho dinero y de muchas alhajas de oro y plata de las de palacio, y lo dió á sus amigos, diciéndoles que lo partieran y se pusieran en salvo. Resistíanse éstos con clamores y llanto; pero consolándolos con la mayor bondad y afecto, é interponiendo súplicas, al cabo los despidió, escribiendo á Teófilo, su mayordomo residente en Corinto, para que les proporcionase seguridad, y los tuviese ocultos hasta que pudieran alcanzar clemencia de César. Era este Teófilo padre de Hiparco, que alcanzó gran poder con Antonio, y fué el primero de sus libertos que se pasó á César, el cual más adelante se fué á habitar á Corinto.

Esto en cuanto á Antonio. En Accio la armada resistió á César largo tiempo; y con haber padecido mucho de una fuerte marejada que le heria por la proa, no desistió hasta la hora décima. Los muertos no pasaron de cinco mil; pero fueron tomadas trescientas naves, segun lo notó el mismo César en sus Comentarios. Pocos eran los que sabian haber huido Antonio; y los que oian la noticia disputaban al principio con los que la daban, haciéndoseles increible que se hubiera marchado dejando diez y nueve legiones de tropas no vencidas y doce mil caballos; como si ántes no hubiera experimentado muchas veces los reveses de fortuna, y no estuviera ejercitado en las vicisitudes de mil combates y batallas. Los soldados conservaban con respecto á él deseo y esperanza, pareciéndoles que iba á llegar de un momento á otro; y dieron pruebas de tal fidelidad y virtud, que áun despues de ser notoria su fuga se le mantuvieron leales siete dias, no haciendo cuenta de los mensajes de César, hasta que por último, habiendo huido de noche el

comandante Canidio y abandonado el campamento, viendo el desamparo en que todos los dejaban, y la traicion que les habian hecho sus jefes, abrazaron el partido del vencedor. Marchó en seguida César á Atenas; y reconciliándose con los Griegos, repartió los víveres sobrantes de la guerra con las ciudades que se hallaban en gran miseria, despojadas de sus haberes, de sus esclavos y de sus ganados. Referia mi bisabuelo Nicarco que todos los ciudadanos habian sido precisados á llevar sobre sus hombros la cantidad de trigo señalada hasta el mar de Anticira, haciéndoles andar á prisa á latigazos; y que de esta manera habian hecho un viaje, y cuando ya estaba medido el trigo y todo dispuesto para hacer el segundo, llegó la noticia de haber sido vencido Antonio; con lo que se habia salvado la ciudad: porque inmediatamente huyeron los comisionados y soldados de Antonio, y los ciudadanos se repartieron el trigo.

Llegado Antonio al Africa, envió á Cleopatra al Egipto desde Paretonio, quedando él en una grandísima soledad, contristado y errante con solos dos amigos, el uno Griego, que era Aristócrates el orador, y el otro Romano, que era Lucilio; de quien en otra parte hemos escrito que en Filipos para facilitar la fuga de Bruto se entregó á sí mismo por éste á los que le perseguian. Salvóle entónces Antonio, á quien fué siempre agradecido y fiel hasta los últimos momentos. Cuando tambien le abandonó el que estaba encargado de las fuerzas que en Africa tenia, intentó darse muerte; pero se lo impidieron sus amigos; y conducido á Alejandría, se halló con que Cleopatra habia emprendido una obra grande y extraordinaria. Porque intentó pasar á brazo la armada por el istmo que separa el mar Rojo del mar de Egipto, y que se dice ser el término y aledaño entre el Asia y el Africa por aquella parte en que es más estrechado de ambos mares, y tiene menor latitud, que no es más que de trescientos estadios; y trasladando las na-

ves al golfo Arábigo con grandes caudales y toda especie de riqueza, establecerse al otro lado, huyendo de la esclavitud y de la guerra. Mas por haber sucedido que los habitantes de la Arabia llamada Petrea dieron fuego á las primeras naves que se pasaron, y por estar Antonio en la inteligencia de que se sostenia su ejército de Accio, dió de mano á la empresa, contentándose con guardar las bocas del Nilo. Antonio, dejando la ciudad y la compañía de los amigos, se dispuso una habitacion en el mar junto al Faro por medio de una calzada que se prolongaba mar adentro; y se fijó allí, separado del comercio de los hombres, diciendo que elegia y se proponia imitar la vida de Timon, pues que le habia sucedido lo mismo que á éste; el cual, agraviado y mal correspondido de sus amigos, habia llegado á desconfiar de todos los hombres, y á mirarlos con aversion.

Timon era Ateniense, y vivió por el tiempo de la guerra del Peloponeso, como se colige de las comedias de Aristófanes y Platon: porque en ellas es satirizado como áspero y aborrecedor de los hombres. Huia todo encuentro y trato con ellos; pero á Alcibiades, siendo todavía muy mocito y muy resuelto, le saludó y besó un dia con grande empeño; y como se admirase Apemanto y le preguntase la causa, le dijo que amaba á aquel jóven, porque veia que habia de ser para los Atenienses causa de muchos males. Si trataba con Apemanto solo, era porque se le asemejaba é imitaba su tenor de vida; y con todo en una ocasion, celebrándose la solemnidad llamada *Coes* (1), comieron juntos los dos, y diciendo Apemanto: «¡Bello convite es este nuestro, Timon!—Sí, le respondió éste, si tú no te hallaras en él.» Dí-

(1) Segundo dia de los tres que duraban en Atenas las fiestas llamadas *Antesteria*, semejantes á los Saturnales de los Romanos. Este segundo dia se llamaba *Coes*, de una medida de líquidos de los Atenienses, porque en él se agotaban estas medidas, bebiendo en honor de Mercurio, conductor de los muertos.

cese que hallándose los Atenienses en junta pública, subió un dia á la tribuna, y fué grande el silencio y expectacion en que todos se pusieron por lo extraño del suceso; y él les dijo: «Tengo un solar reducido, oh Atenienses, y en él salió una higuera, en la que se han ahorcado muchos ciudadanos: teniendo, pues, resuelto edificar en aquel sitio, me ha parecido prevenirlo en público, para que si alguno de vosotros quereis ahorcaros, lo ejecuteis ántes de arrancar la higuera.» Murió, y fué enterrado en territorio de Hales, orilla del mar; y habiéndose hundido ésta, cubrió el agua la sepultura, y la hizo inaccesible á los hombres. Habia sobre ella esta inscripcion:

Yago aquí despedida el alma triste;
Mi nombre no os diré; sí mi deseo:
Perezcais malamente los malvados.

Esta inscripcion se dice haberla hecho el mismo Timon; pero esta otra, que es la que todos tienen de memoria, es de Calímaco:

Timon el Misántropo soy: ¿qué aguardas?
Maldíceme á tu gusto cuanto quieras,
Sólo con que te quites de delante.

De lo mucho que de Timon podria decirse nos ha parecido escoger esto poco. En cuanto á Antonio, llegó el mismo Canidio á ser portador de la noticia de haberse perdido el ejército de Accio; y por otras partes supo que Herodes, rey de Judea, que tenía algunas legiones y cohortes, se habia pasado á César; y que todos los demas potentados le habian abandonado igualmente, sin que le hubiese quedado nada fuera del Egipto. Mas no por esto se mostró alterado, sino que áun pareció que se alegraba de deponer la esperanza, para deponer tambien el cuidado. Dejó asimismo

aquella habitacion marítima, á que habia dado el nombre de *Timoneon*, y arrastrado por Cleopatra al palacio, hizo renacer en la ciudad el gusto á los banquetes, al beber y á la distribucion de donativos, con motivo de empadronar entre los mozos al hijo de Cleopatra y César, y de vestir la toga viril á su hijo Antulo, tenido en Fulvia; pues con esta ocasion estuvo Alejandría entregada por muchos dias á los festines, francachelas y fiestas. Habian ya disuelto aquella confraternidad que llamaban de la inimitable vida, é instituyeron otra que no cedia á ésta en el lujo, en el regalo y en la suntuosidad, intitulándola la de los que mueren juntos: porque se suscribian los amigos para morir á un tiempo, y lo pasaban alegremente en banquetes que se daban por turno. Cleopatra juntó diferentes suertes de venenos mortales; y para probar el grado de dolor con que cada uno ocasionaba la muerte, los hizo propinar á los presos de causas capitales; mas habiendo visto que los que eran prontos causaban la muerte acompañada de dolores, y que los más benignos obraban con lentitud, quiso hacer experiencia de los animales ponzoñosos, viendo ella por sí misma cuando se picaban unos á otros; lo que ejecutaba todos los dias. Encontró, pues, que entre todos solo la picadura del áspid producia sin convulsiones ni sollozos un sopor dulce y una especie de desmayo, en virtud del que con un blando sudor del rostro y amortiguamiento de los sentidos perdian poco á poco la vida los que habian sido picados, sin que fuera fácil despertarlos y hacerles volver en sí, á manera de los que tienen un sueño profundo.

Enviaron de consuno embajadores á César, que se hallaba en el Asia: Cleopatra pidiendo que conservase á sus hijos el imperio en el Egipto; y Antonio que le permitiera vivir como particular, si en el Egipto no podia ser, en Atenas. No teniendo amigos fieles de quienes valerse por los contínuos abandonos y defecciones, dieron este encargo al maestro de sus hijos Eufronio: porque Alexas Laodicen-

se, que en Roma habia hecho conocimiento con Antonio por medio de Timagenes, siendo de los Griegos el de mayor influjo con aquél y el principal instrumento de que se valia Cleopatra para tener embaucado á Antonio y quitarle del todo del pensamiento á Octavia, enviado á Herodes para retraerle de la desercion, se habia mudado tambien siendo traidor á Antonio; y confiado en Herodes, se habia atrevido por fin á presentarse á César. Mas de nada le valió Herodes; porque puesto al punto en prision por César, y conducido atado á su patria, allí le hizo dar muerte. De este modo sufrió en vida de Antonio la pena de su perfidia.

César no pudo sufrir los ruegos de Antonio; y en cuanto á Cleopatra, respondió que no le faltaria en nada de lo que fuese razonable, si daba muerte á Antonio, ó le echaba de su lado; y le envió al mismo tiempo á Tureon, uno de los libertos, hombre que no carecia de talento, y propio para inspirar confianza, hablando por un nuevo caudillo á una mujer orgullosa y muy preciada de su belleza. Como se detuviese en conversacion con ella más que los otros, y recibiese mayores obsequios, excitó sospechas en Antonio; quien poniéndole mano le hizo dar azotes, y se lo remitió á César, escribiéndole que con su entonamiento y su vanidad le habia irritado, siendo ahora más irritable con sus males; «y si tú, añadia, no lo llevas en paciencia, ahí tienes á mi liberto Hiparco: cuélgale y azótale para que estemos iguales.» Cleopatra de resultas, para aquietarle en sus quejas y sospechas, le obsequiaba todavía con mayor esmero: así es que habiendo celebrado su propio dia natal sin pompa ni aparato, como á su presente fortuna convenia, para festejar el de Antonio salió de medida en el esplendor y el gasto: de manera que habiendo venido pobres á la cena muchos de los convidados, volvieron ricos. A César en tanto le llamaba Agripa á Roma, escribiéndole contínuas cartas, porque los negocios exigian su presencia.

Dilatóse, por tanto, entónces la guerra; pero luego que se pasó el invierno, César marchó por la Siria, y sus generales por el Africa; y tomada la ciudad de Pelusio, corrian voces de que Seleuco la habia entregado de acuerdo con Cleopatra; mas ésta puso en manos de Antonio la mujer y los hijos de Seleuco para que les diera muerte. Habia hecho Cleopatra construir á continuacion del templo de Isis sepulcros y monumentos magníficos en su belleza y elevacion; y á ellos hizo llevar desde palacio las cosas de mayor valor, oro, plata, esmeraldas, perlas, ébano, marfil y cinamomo, y con todo esto gran porcion de materias combustibles y estopas; con lo que temeroso César de que aquella mujer en un momento de desesperacion destruyera y quemara toda aquella riqueza, se esforzaba á darle continuamente lisonjeras esperanzas, segun se iba acercando con el ejército á la ciudad. Cuando ya estuvo en las inmediaciones del circo, salió Antonio y peleó valerosamente; derrotando la caballería de César, y persiguiéndola hasta el campamento. Engreido con la victoria, se dirigió á palacio, y saludó amorosamente á Cleopatra armado como estaba, presentándole el soldado que más se habia distinguido. Dióle Cleopatra en premio una coraza y un morrion de oro; y habiéndolos recibido, en aquella misma noche se pasó á César.

Envió Antonio á César otro nuevo cartel de desafío; pero respondiendo éste que Antonio tenía muchos caminos por donde ir á la muerte, reflexionando que ninguno era preferible al de morir en una batalla, resolvió acometer por mar y por tierra. Dícese que en la cena excitaba á los esclavos á que en comer y beber le regalaran más opíparamente aquella noche: porque no se sabía si podrian ejecutarlo al dia siguiente, ó si ya servirian á otros amos, y él estaria hecho esqueleto y reducido á la nada. Como viese que al oir esto lloraban sus amigos, les dijo que no los llevaria á una batalla en la que más bien iba á buscar una

muerte gloriosa, que no salud y victoria. Se cuenta que en aquella noche, como al medio de ella, cuando la ciudad estaba en el mayor silencio y consternacion con el temor y esperanza de lo que iba á suceder, se oyeron repentinamente los acordados ecos de muchos instrumentos y gritería de una gran muchedumbre con cantos y bailes satíricos, como si pasara una inquieta turba de Bacantes: que esta turba movió como de la mitad de la ciudad, hácia la puerta por donde se iba al campo enemigo; y que saliendo por ella, se desvaneció aquel tumulto, que habia sido muy grande. A los que dan valor á estas cosas les parece que fué una señal dada á Antonio de que era abandonado por aquel Dios á quien hizo siempre ostentacion de parecerse, y en quien más particularmente confiaba.

Al amanecer, habiendo formado sus tropas de tierra en las alturas inmediatas á la ciudad, se puso á mirar las naves que zarpaban del puerto dirigiéndose hácia las enemigas; y esperando ver alguna accion importante, se paró; pero sus gentes de mar no bien estuvieron cerca, cuando saludaron á las de César con los remos, y al corresponderles éstas al saludo, se les pasaron; y la armada, reducida ya á una sola con todas las naves, volvió las proas hácia la ciudad. Estaba viéndolo Antonio, cuando tambien lo abandonó su caballería pasándose á los enemigos; y vencida su infantería, se retiró á la ciudad, diciendo á gritos que habia sido entregado por Cleopatra á aquellos mismos á quienes por ella hacía la guerra. Temiendo Cleopatra su cólera y furor, se refugió al sepulcro, dejando caer los rastrillos asegurados con fuertes cadenas y cerrojos; y envió personas que dijesen á Antonio que habia muerto. Creyólo éste, y diciéndose á sí mismo: «¿En qué te detienes, Antonio? la fortuna te ha quitado el único motivo que podias tener para amar la vida:» entró en su habitacion, y desatando y quitándose la coraza: «Oh Cleopatra, exclamó; no me duele el verme privado de tí, porque ahora mismo va-

mos á juntarnos; sino el que habiendo sido tan acreditado capitan, me haya excedido en valor una mujer.» Tenía un esclavo muy fiel llamado Eros, del que mucho tiempo ántes habia exigido palabra de que le habia de quitar la vida si se lo dijese, y entónces le pedia el cumplimiento de esta promesa. Desenvainó él la espada y la levantó como para herir á Antonio; pero volviendo el rostro, se mató á sí mismo. Al caer á sus piés: «Muy bien, exclamó Antonio, oh Eros, pues que no habiendo podido tú resolverte á ello, me muestras lo que debo hacer;» y pasándose la espada por el vientre, se dejó caer en el lecho. No habia sido la herida de las que causan la muerte al golpe; y como se hubiese contenido la sangre luego que se acostó, recobrado algun tanto, pedia á los que se hallaban presentes que lo acabaran de matar; mas ellos huyeron de la habitacion por más que Antonio gritaba y se agitaba, hasta que llegó de parte de Cleopatra su secretario Diomedes con encargo de llevarle al sepulcro donde aquella se hallaba.

Informado de que vivia, pidió con encarecimiento á los esclavos que le tomaran en brazos, y así lo llevaron á las puertas de aquel edificio. Cleopatra no abrió la puerta, sino que asomándose por las ventanas, le echó cuerdas y sogas, con las que ataron á Antonio; y ella tiraba de arriba con otras dos mujeres, que eran las únicas que habia llevado al sepulcro. Dicen los que presenciaron este espectáculo haber sido el más miserable y lastimoso; porque le subian del modo que referimos, bañado en sangre, moribundo, tendiendo las manos, y teniendo en ella clavados los ojos. Porque la obra no fué tampoco fácil para unas pobres mujeres, sino que Cleopatra misma, alargando las manos, y descolgando demasiado el cuerpo, con dificultad pudo tomar el cordel, animándola y ayudándole los que se hallaban abajo. Luégo que le hubo recogido de esta manera, y que le puso en el lecho, rasgó sobre él sus vestiduras, se hirió y arañó el pecho con las manos, y manchán-

dose el rostro con su sangre, le llamaba su señor, su marido y su emperador, pudiéndose decir que casi se olvidó de los propios males, compadeciendo y lamentando los de Antonio. Hízola éste suspender el llanto, y pidió le dieran un poco de vino, ó porque tuviera sed, ó esperando acabar así más presto. Bebió y la exhortó á que si podia ser sin ignominia, pensara en salvarse, poniendo de los amigos de César su mayor esperanza en Proculeyo; y en cuanto á él, que no llorase por las mudanzas que acababa de experimentar, sino que ántes le tuviese por dichoso á causa de los grandes bienes que habia disfrutado, pues habia llegado á ser el más ilustre y de mayor poder entre los hombres; y si entónces era vencido, lo era noblemente Romano por Romano.

En el momento mismo de espirar llegó Proculeyo de parte de César: porque luégo que Antonio, habiéndose herido mortalmente, fué llevado adonde se hallaba Cleopatra, uno de los ministros que le asistian, llamado Derqueteo, tomó y ocultó su espada, y se fué corriendo á César para ser el primero que le anunciase la muerte de Antonio, mostrándole la espada ensangrentada. César, habiéndolo oido, se retiró á lo más interior de su tienda, y lloró por un hombre que era su deudo y su colega, y con quien tanta comunidad habia tenido de combates y de negocios. Despues, tomando las cartas y llamando á sus amigos, se las leyó para que viesen que él le habia escrito con moderacion y justicia, y Antonio en las respuestas siempre habia estado insolente y altanero; y en seguida envió á Proculeyo con órden de que hiciera cuanto le fuese posible para apoderarse de Cleopatra viva. Porque en primer lugar temia por la pérdida de tanta riqueza; y en segundo, creia que el conducir á Cleopatra realzaria mucho la gloria de su triunfo. Resistióse, pues, ésta á que pudieran echarle mano; y el modo de hablarse en el edificio en que se hallaba, fué que acercándose Proculeyo por la parte de afuera á una

puerta que estaba al piso, cerrada con la mayor seguridad, aunque de modo que daba paso á la voz, por allí conferenciaron, reduciéndose la entrevista de parte de Cleopatra á pedir el reino para sus hijos, y de parte de Proculeyo á exhortarla á tener buen ánimo, y ponerse confiadamente en manos de César.

Hecho cargo Proculeyo del sitio, dió de él parte á César, por quien fué enviado Galo para que tambien le hablase, y dirigiéndose á las puertas, alargó de intento su plática. En tanto, Proculeyo arrimó una escala á la ventana por donde las mujeres habian subido á Antonio; y al punto bajó con dos ministros que llevaba consigo á la misma puerta donde Cleopatra estaba en conversacion con Galo. A esta sazon, una de las mujeres encerradas con Cleopatra grito: «Desgraciada Cleopatra, te cogen viva.» Volvióse á esta voz, y habiendo visto á Proculeyo, fué á darse muerte, porque llevaba ceñido un puñal de los que usan los piratas; pero acudió corriendo Proculeyo, y teniéndola con ambas manos: «Injurias, le dijo, oh Cleopatra, á tí y á César, quitando á éste la ocasion de dar pruebas de su bondad, y calumniando al más benigno de los generales de infiel é implacable.» Quitóle al mismo tiempo el puñal, y le sacudió la ropa por si tenía oculto algun veneno. Fué tambien enviado de parte de César su liberto Epafrodito, con encargo de poner la mayor diligencia en que se conservase en vida, y en todo lo demas se mostrase indulgente y condescendiente hasta lo sumo.

Encaminóse ya César á la ciudad, hablando con el filósofo Areo, á quien dió la derecha, para que inmediatamente se hiciera visible á los ciudadanos y causara admiracion la distincion con que le trataba. Entró despues en el Gimnasio, y subiendo á una tribuna que le habian formado, cuando todos estaban poseidos de miedo y postrados por tierra, les mandó que se levantaran, asegurándoles que el pueblo estaba perdonado de toda culpa, en pri-

mer lugar, por Alejandro su fundador; en segundo, por la belleza y extension de la ciudad, que le habian admirado; y en tercero, por hacer aquella gracia á su amigo Areo. Tanto fué el honor que alcanzó Areo de César, de quien obtuvo además el perdon para muchos; siendo uno de ellos Filostrato, el más hábil de los sofistas para hablar extemporalmente, pero empeñado contra toda razon en ingerirse en la Academia; por lo que desaprobando César su conducta, no daba oidos á los ruegos; mas él dejando crecer su barba blanca, y tomando el vestido negro, seguia por do quiera á Areo, recitando este verso:

Los que son sabios á los sabios salvan;

y César cuando llegó á entenderlo, accedió por fin, más bien por libertar á Areo de envidia, que á Filostrato de miedo.

De los hijos de Antonio, á Antulo, el tenido en Fulvia, le quitaron la vida, habiendo sido entregado por su ayo Teodoro; y al cortarle los soldados la cabeza, el ayo le quitó una piedra de mucho valor que llevaba al cuello, y la guardó en el ceñidor. Él lo negó; pero habiendo sido descubierto, fué puesto en una cruz. Los hijos de Cleopatra, custodiados con los encargados de su crianza, fueron tratados con docoro. A Cesarion, el que se decia haber tenido de César, lo envió la madre con gran cantidad de riquezas á la India por la Etiopía; pero su ayo Rondon, semejante á Teodoro, le hizo volver, engañándole con que César le llamaba al reino. Deliberaba César acerca de él; y se refiere haberle dicho Areo:

No es la policesarie (1) conveniente.

(1) Es bien conocido aquel verso de Homero en el segundo de la *Ilíada* en que dijo no convenia la *policoirania* ó muchedumbre de caudillos; y Areo aplicó en este lugar aquel hemistiquio con una ligera mutacion; pero de tanta consecuencia, que le costó á Cesarion la vida.

A éste le quitó más adelante la vida, despues de la muerte de Cleopatra. Eran muchos los reyes y generales que pedian el dar sepultura á Antonio; pero César no quiso privar á Cleopatra de su cadáver: así es que ella le sepultó régia y magníficamente por sus propias manos, habiéndosele permitido tomar al efecto cuanto quiso. Mas del pesar y de los dolores, pues de resultas de los golpes que se dió en el pecho se le inflamó éste y se le formaron llagas, se le levantó calentura: ocasion de que ella se valió con gusto para ir cercenando el sustento, y acabar de este modo la vida. Tenía un médico de su confianza, que era Olimpo, á quien manifestó la verdad, y de quien se valia como consejero y auxiliador para su designio, como lo dijo el mismo Olimpo, habiendo publicado una historia de estos sucesos; pero tuvo de ello sospecha César, y le hizo amenazas y miedo con los hijos; con lo que como con una batería la sujetó, y hubo de prestarse á que la curaran y alimentaran del modo conveniente.

Aun pasó él mismo despues de algunos dias á visitarla y consolarla. Hallábase acostada humildemente en el suelo, y al verle entrar corrió en ropas menores y se echó á sus piés, teniendo la cabeza y el rostro lastimosamente desaliñados, trémula la voz y apagada la vista. Descubríase tambien la incomodidad que en el pecho sufria, y en general se observaba que no se hallaba mejor de cuerpo que de espíritu; y sin embargo, la gracia y engreimiento de su belleza no se habian apagado enteramente, sino que por en medio de aquel lastimoso estado penetraban y resplandecian, mostrándose en los movimientos del rostro. Mandóle César que volviera á acostarse; y habiéndose éste sentado cerca de ella, empezó á disculparse con atribuir lo ocurrido á la necesidad y al miedo de Antonio; pero contestándole y replicándole César á cada cosa, al punto recurrió á la compasion y á los ruegos, como podria hacerlo quien estuviese muy apegado á la vida. Por último, teniendo

formada lista del cúmulo de sus riquezas, se la entregó; y como Seleuco, uno de sus mayordomos, la acusase de que habia quitado y ocultado algunas cosas, corrió á él, y asiéndole de los cabellos le dió muchas bofetadas. Rióse de ello César, y procurando aquietarla: «¿No es cosa terrible, oh César, le dijo, que habiéndote tú dignado de venir á verme y hablarme en esta situacion, me acusen mis esclavos si he separado alguna friolera mujeril, no ciertamente para el adorno de esta desgraciada, sino para tener con que hacer algun leve obsequio á Octavia y á tu Libia, y conseguir por este medio que me seas más favorable y propicio?» Daba esto gran placer á César, por creer que Cleopatra deseaba conservar la vida: diciéndole, pues, que se lo permitia, y que sería tratada en todo decorosamente, más de cuanto ella pudiera esperar, se retiró contento, pensando ser engañador, cuando realmente era engañado.

De los amigos de César, era uno el jóven Cornelio Dolabela, el cual se habia agradado de Cleopatra; y entónces por hacerle este obsequio, condescendiendo con sus ruegos, le participó reservadamente que César se disponia á marchar por tierra por la Siria, y á ella y á sus hijos tenía determinado enviarlos á Roma de allí á tres dias. Recibido este aviso, lo primero que hizo fué pedir á César que le permitiera celebrar las exequias de Antonio; y habiéndoselo otorgado, marchando al sepulcro, y dejándose caer sobre el túmulo con las dos mujeres de su comitiva: «Amado Antonio, exclamó, te sepulté poco há con manos libres; pero ahora te hago estas libaciones siendo sierva, y observada con guardias para que no lastime con lloros y lamentos este cuerpo esclavo, que quieren reservar para el triunfo que contra tí ha de celebrarse. No esperes ya otros honores que estas exequias, á lo ménos habiendo de dispensarlos Cleopatra. Vivos, nada hubo que nos separara; pero en muerte, parece que quieren que cambiemos de lugares: tú Romano quedando aquí sepultado; y yo, infeliz de mí, en

Italia, participando sólo en esto de tu patria; pero si es alguno el poder y mando de los Dioses de ella, ya que los de aquí nos han hecho traicion, no abandones viva á tu mujer, ni mires con indiferencia que triunfen de tí en esta miserable; sino ántes ocúltame y sepúltame aquí contigo: pues que con verme agobiada de millares de males, ninguno es para mí tan grande y tan terrible como este corto tiempo que sin tí he vivido.»

Habiéndose lamentado de esta manera, coronó y saludó el túmulo, mandando luégo que le prepararan el baño. Bañóse, y haciéndose dar un gran banquete, estando en él, vino del campo uno trayendo una cestita; y preguntándole los de la guardia qué traia, abrió la cesta, quitó las hojas, é hizo ver que lo que contenia era higos. Como se maravillasen de lo grandes y hermosos que eran, echándose á reir les dijo que tomasen; con lo que le creyeron y le mandaron que entrase. Despues del banquete, teniendo Cleopatra escrita y sellada una esquela, la mandó á César, y dando órden de que todos se retiraran, á excepcion de las dos mujeres, cerró las puertas. Abrió César el billete, y viendo que lo que contenia era quejas y ruegos para que se le diese sepultura con Antonio, al punto comprendió lo que estaba sucediendo; y aunque desde luego quiso marchar él mismo á darle socorro, se contentó por entónces con enviar á toda priesa quien se informara; pero el daño habia sido muy pronto, pues por mas que corrieron se hallaron con que los de la guardia nada habian sentido; y abriendo las puertas, vieron ya á Cleopatra muerta en un lecho de oro, régiamente adornada. De las dos criadas, la que se llamaba Eiras estaba muerta á sus piés, y Carmion, ya vacilante y torpe, le estaba poniendo bien la diadema que tenía en la cabeza. Díjole uno con enfado: «Bellamente, Carmion;» y ella respondió: Bellísimamente, y como convenia á la que era de tantos reyes descendiente;» y sin hablar más palabra cayó tambien muerta junto al lecho.

Dícese que el áspid fué introducido en aquellos higos, y tapado por encima con las hojas; porque así lo habia mandado Cleopatra, para que sin que ella lo pensase la picase aquel reptil; pero que cuando le vió, habiendo tomado algunos higos, dijo: «¡Hola, aquí estaba esto!» y alargó el brazo desnudo á su picadura. Otros sostienen que el áspid habia estado guardado en una vasija, é irritado y enfurecido por Cleopatra con un alfiler de oro, se le habia agarrado al brazo; pero nadie sabe la verdad de lo que pasó. Porque se dijo tambien que habia llevado consigo veneno en una navaja hueca, y la navaja escondida entre el cabello. Mas ello es que no se notó mancha ni cardenal ninguno en su cuerpo, ni otra señal de veneno; pero tampoco se vió aquel reptil dentro, y sólo se dijo que se habian visto algunos vestigios de él á la orilla del mar, por la parte del edificio que mira á éste, y hácia donde tiene ventanas. Algunos dijeron asimismo que en el brazo de Cleopatra se habian notado dos punturas sumamente pequeñas y sutiles; á lo que parece dió crédito César: porque en el triunfo llevó la estatua de Cleopatra con el áspid agarrado al brazo. Así es como se dice haber pasado este suceso. César, aunque muy disgustado con la muerte de Cleopatra, no pudo ménos de admirar su grandeza de alma, y mandó que su cuerpo fuera enterrado magnífica y ostentosamente con el de Antonio. Hízose tambien un honroso entierro á las esclavas por disposicion del mismo César. Murió Cleopatra á los treinta y nueve años de edad; de los cuales habia reinado veinte y dos, y habia imperado al lado de Antonio más de catorce. De Antonio dicen unos que vivió cincuenta y seis años, y otros que cincuenta y tres. Las estatuas de Antonio fueron derribadas; pero las de Cleopatra se conservaron en su lugar, por haber dado Arquibio, su amigo, mil talentos á César, á fin de que no tuvieran igual suerte que las de Antonio.

Dejó Antonio de tres mujeres siete hijos; de los cuales á

solo Antulo, que era el mayor, hizo dar muerte César. De los demas se encargó Octavia, y los crió con los suyos propios; y á Cleopatra, tenida en Cleopatra, la casó con Juba, el más bien educado de todos los reyes; á Antonio, hijo de Fulvia, lo hizo tan grande, que para con César el primer lugar lo tenía Agripa, el segundo los hijos de Livia, y el tercero parecia ser y era realmente de Antonio. Teniendo Octavia de Marcelo dos hijas y un hijo del mismo nombre, á éste lo hizo César hijo y yerno á un tiempo; y de las hijas dió la una en matrimonio á Agripa. Murió Marcelo muy poco despues de este matrimonio, y no viéndose disposicion de que entre los otros amigos suyos eligiera César yerno de su confianza, le hizo presente Octavia que sería lo mejor casase Agripa con la hija de César, dejando la suya. Abrazando primero el pensamiento César, y despues Agripa, recogió Octavia su hija, y la casó con Antonio; y Agripa casó con la de César. Habiendo quedado dos hijas de Antonio y Octavia, tomó en mujer la una Domicio Enobarbo; y la otra, llamada Antonia, muy celebrada por su honestidad y belleza, Druso, hijo de Livia y entenado de César. De este matrimonio fueron hijos Germánico, y Claudio; de los cuales este fué Emperador más adelante. De los hijos de Germánico, á Cayo, habiendo imperado infamemente por corto tiempo, le dieron muerte juntamente con su hija y su mujer. Agripina, que de Enobarbo tuvo en hijo á Lucio Domicio, casó en segundas nupcias con Claudio César; y habiendo éste adoptado al hijo que aquélla tenía, le llamó Neron Germánico; el cual habiendo imperado en nuestro tiempo, dió muerte á su propia madre, y estuvo en muy poco que por necedad y locura no acabase con el imperio romano, habiendo sido el quinto desde Antonio, segun el órden de la sucesion.

COMPARACION DE DEMETRIO Y ANTONIO.

Pues que experimentaron ambos grandes mudanzas, examinemos primero lo relativo á su poder, á su lustre y dignidad: porque en el uno fueron hereditarios, y lo precedieron, habiendo sido Antígono el que más poder alcanzó entre los sucesores de Alejandro; como que ántes de hallarse Demetrio en edad crecida, habia ya recorrido y sujetado la mayor parte del Asia; cuando Antonio, siendo hijo de un padre apreciable por otra parte, pero que no tenía nada de militar, ni por este término le trasmitió gloria alguna, tuvo la osadía de introducirse en el imperio de César, sin tener con él deudo ninguno de parentesco, y se constituyó á sí mismo en sucesor de lo que aquél habia trabajado y adquirido: habiendo subido á tanto su poder, sin otros medios que los que por sí tuvo, que siendo dos las partes que se hicieron de todo el imperio, se tomó y arrogó la una, la más brillante de ellas; y con hallarse ausente, por mano de solos sus ministros y lugartenientes venció muchas veces á los Partos, é hizo retirar hasta el mar Caspio á las naciones bárbaras del Cáucaso. Dan testimonio de su poder hasta aquellas cosas mismas de que se hace uso para desacreditarle; porque á Demetrio fué el padre quien tomó el empeño de darle por mujer á File, hija de Antipatro, que le excedia en edad, por creer que era la que más le con-

venia; y en Antonio se miraba como cosa de ménos valer el matrimonio con Cleopatra, mujer que sobrepujaba en poder y en esplendor á todos los reyes de su tiempo, si se exceptúa Arsaces; y es que se hizo á sí mismo tan grande, que para los otros era digno de mayores honras que las que queria.

El intento y objeto con que adquirieron el poder, de parte de Demetrio estaba exento de nota, siendo el de dominar y reinar sobre hombres acostumbrados á ser dominados, y que buscaban vivir bajo el mando de un rey; pero en Antonio era reprensible y tiránico, por cuanto aspiraba á esclavizar al pueblo romano, que acababa de sustraerse á la monarquia de César; y lo más grande é ilustre de cuanto hizo en su vida, esto es, la guerra contra Casio y Bruto, fué una guerra lidiada con el execrable fin de privar á la patria y á sus conciudadanos de la libertad; pero Demetrio ántes de venir á sus inevitables infortunios se ocupó en libertar á la Grecia y en arrojar las guarniciones de las ciudades; y no como Antonio que se vanagloria de haber dado muerte en Macedonia á los que peleaban por volver la libertad á Roma. Una cosa hay que se alaba mucho en Antonio, que es su largueza y liberalidad; y sin embargo, en esta misma se le aventajaba tanto Demetrio, que á solos sus enemigos hizo tales dones, cuales no hizo nunca á sus amigos Antonio; y si se celebra en éste haber mandado envolver y dar sepultura á Bruto, aquél cuidó del entierro de todos los enemigos que habian muerto en la guerra; y restituyó á Tolomeo los cautivos con sus equipajes y con dádivas.

En la prosperidad eran ambos insolentes y dados al regalo y á las delicias; pero no podrá nadie decir de Demetrio que por estar entregado á los placeres y á los regocijos se le pasó la ocasion; sino que cuando estaba de vagar y de ocio procuraba acumular los deleites; y Lamia, como la otra Lamia de la fábula, le servia de entretenimiento

para llamar el sueño; pero cuando se trataba de las prevenciones de guerra, no tenía hiedra su lanza, ni su casco olía á mirra, ni tampoco partia á las batallas perfumado y florido desde el tocador; sino que dejando descansar los coros y danzas de Baco, se hacía, segun expresion de Aurípides,

Activo alumno del profano Marte;

y nunca por el placer ó la pereza se le desgració negocio alguno; pero á Antonio, así como en las pinturas de Hércules vemos á Onfale que le quita la maza y desnuda de la piel del leon, de la misma manera desarmándole muchas veces Cleopatra y haciéndole halagos, le persuadia á desentenderse de grandes negocios y de las expediciones más precisas, para divertirse y entretenerse con ella en la ribera, junto á Canobo y Tafosiris. Finalmente, á la manera de Páris, retirándose de la batalla se acogia á su regazo; ó por mejor decir, Páris vencido huyó al tálamo; pero Antonio por seguir á Cleopatra se retiró y abandonó la victoria.

A Demetrio, por otra parte, no le era prohibido tener á un tiempo muchas mujeres, sino que ya estaba desde Filipo y Alejandro recibido así por costumbre entre los reyes de Macedonia, como lo ejecutaron Lisimaco y Tolomeo; y á todas aquellas con quienes se casó las tuvo en aprecio y estimacion; pero Antonio no sólo estuvo casado con dos mujeres á la vez, cosa á que no se habia atrevido ántes ningun Romano, sino que á la natural de Roma, y legítima mujer, la echó de casa por complacer á la extranjera, con quien no estaba unido segun ley. Así, á aquél ningun mal le vino por sus casamientos, y á éste por los suyos los mayores. Mas en los hechos de Antonio nunca por su disolucion se vió una impiedad como la de Demetrio: pues siendo así que, segun refieren los historiadores,

en Atenas habia cuidado de apartar léjos de la ciudadela los perros, por ser los animales más desvergonzados para el acto de la generacion, Demetrio en el mismo templo de Minerva se solazaba con las mujeres públicas, y no se detenía en seducir á muchas mujeres principales; y áun el vicio que parece estar más distante de esta clase de complacencias y deleites, que es la crueldad, se mezcló en la disolucion de Demetrio, no dándosele nada, ó por mejor decir, precisando á que tuviera una muerte lastimosa el más bello y honesto jóven entre los Atenienses por huir de sus insultos. Para decirlo en pocas palabras, Antonio en su incontinencia sólo se agravió á sí mismo; Demetrio á otros.

Demetrio se condujo con sus padres y parientes de modo que nada hubo que censurar en él; pero Antonio entregó al hermano de su madre por sólo dar muerte á Ciceron: cosa en sí tan abominable y cruel, que no mereceria por ella perdon Antonio, áun cuando la muerte de Ciceron hubiera sido á precio de la salud del tio. Perjuraron uno y otro, y faltaron á la fe de los tratados, el uno apoderándose de Artabazo, y el otro dando muerte á Alejandro; pero aquel hecho en Antonio tiene un motivo conocido, que es haber sido abandonado y en cierta manera entregado por Artabazo en la Media; cuando de Demetrio dicen muchos que inventó motivos falsos de acusacion para lo que ejecutó, siendo él el que injurió, y no quien se defendió de la injuria ajena. Mas de otra parte Demetrio fué él mismo el autor de sus victorias; y por el contrario Antonio en aquellas batallas en que no estuvo presente consiguió las mayores y más señaladas victorias por medio de sus lugartenientes.

Ambos decayeron de su alta fortuna por culpa propia, aunque no de la misma manera; sino el uno abandonado porque le hicieron desercion los Macedonios; y el otro abandonado porque huyó de la batalla, dejando en ella á á los que por él peleaban: de manera que el cargo del uno

es haber hecho desobedientes á sus soldados; y el del otro haber perdido voluntariamente tan grande amor y lealtad. Por lo que hace á la muerte, no es de alabar la de ninguno de los dos; pero es más reprensible la de Demetrio; porque no tuvo inconveniente en reducirse al estado de cautivo, y reputó á ganancia el estar preso tres años, sirviendo sólo al vino y á la gula como los animales; cuando Antonio, aunque fué de un modo cobarde, lastimoso y poco noble, por fin se quitó la vida ántes que sufrir que su cuerpo cayera en poder de su enemigo.

DION.

Así como decia Simónides ó Sosio Senecion, que Troya no estaba mal con los Corintios porque le hubiesen hecho guerra con los Griegos, pues que Glauco, Corincio de orígen, habia sido en su auxilio; de la misma manera no deberán quejarse de la Academia ni los Romanos ni los Griegos, pues que van á tener igual parte en este escrito, que contendrá las vidas de Bruto y de Dion. Como de ellos éste hubiese oido al mismo Platon, y aquél hubiese sido instruido en su doctrinas, ambos, saliendo de una misma palestra, se arrojaron á los mayores certámenes. No es de extrañar, pues, que habiendo sido muy semejantes, y casi puede decirse hermanas, sus acciones, hayan acreditado de cierta la sentencia de aquel su adiestrador á la virtud, cuando decia que es necesario que el poder y la fortuna concurran en uno con la prudencia y la justicia para que las empresas políticas lleguen á ser grandes é ilustres. Porque así como Hipomaco, el director de palestra, decia que á los que en la suya se habian ejercitado los conocia de léjos en el aire del cuerpo áun cuando los veia llevar carne de la plaza, es de la misma manera consiguiente que la razon presida con igualdad á las acciones de los que han sido de un mismo modo educados, poniendo en ellas jus-

tamente con la decencia apropiada á cada caso cierta uniformidad y concordia.

La suerte y fortuna de ambos, que fueron las mismas en el éxito, aunque no en el modo y los medios, forman la semejanza de sus vidas: porque ambos murieron ántes del fin de sus empresas, no habiendo podido darles feliz cima áun á costa de muchos y grandes combates; y lo más admirable es que á ambos se les anunció por un medio sobrehumano su fin, habiéndoseles aparecido fantasmas odiosas y enemigas. Mas en esta materia hay cierta doctrina que destierra todos estos embaimientos, enseñando que á ningun hombre que está en su sano juicio se le aparece la forma ó imágen de un Genio, sino que sólo los niños, las mujerzuelas y los delirantes por enfermedad, cuando sufren alguna enajenacion del espíritu ó mala complexion y disposicion del cuerpo, dan entrada á opiniones vanas y extravagantes, estando imbuidos en la supersticion de hallarse poseidos de un mal Genio. Y si Dion y Bruto, hombres de espíritu y filósofos, nada expuestos ó sujetos á ilusiones, dieron tanto valor y se conmovieron con la aparicion de tal modo que llegaron á referirla á otros, no sé cómo podremos evitar el admitir otra doctrina todavía más repugnante de los antiguos; segun la cual ciertos demonios malos y de perversa intencion, envidiosos de los hombres buenos y contrarios á sus buenas obras, excitan en ellos perturbaciones y miedos para estorbar é impedir toda virtud, con la dañada intencion de que no permaneciendo aquéllos firmes y puros en el camino del bien, no gocen de mayor dicha que ellos despues de su muerte. Mas esto habremos de dejarlo para otro tratado: en este libro, que es el duodécimo de las Vidas paralelas, demos ya principio por la del más antiguo.

Dionisio el Mayor, luégo que usurpó el poder, casó con una hija de Hermocrates Siracusano; pero á ésta, no estando todavía bien asegurada la tiranía, los Siracusanos

en una sedicion le hicieron en su persona tales afrentas é insultos, que á consecuencia de ellos voluntariamente se dejó morir. Recobró luégo Dionisio y afianzó más su autoridad, y volvio á casarse con dos mujeres á un tiempo, la una de la Locride, llamada Doris, y la otra del país, llamada Aristomaca, hija de Hiparino, varon muy principal entre los Siracusanos, y colega en el mando de Dionisio cuando por la primera vez fué nombrado Generalísimo para la guerra. Dícese que el matrimonio con las dos fué en un mismo dia; que nadie supo á cuál de las dos se acercó primero; y que en adelante se partió con igualdad entre ambas, comiendo en union con él, y alternando por noches en el lecho. Deseaba el pueblo de Siracusa que la natural tuviera alguna ventaja sobre la forastera; pero habiendo dado ésta á luz el hijo primogénito de Dionisio, este suceso suplió por la desventaja del orígen. Aristomaca estuvo largo tiempo al lado de Dionisio sin tener hijos, sin embargo de que éste lo deseaba y procuraba; como que llegó á dar muerte á la madre de la Locrense, por haberse sospechado que habia hecho estéril con pócimas á Aristomaca.

Era Dion hermano de ésta; y al principio alcanzó honor por la hermana; pero despues, habiendo dado muestras de prudencia, por sí mismo se ganó el afecto del tirano: tanto, que entre otras muchas distinciones dió órden á los tesoreros de que si Dion pedia alguna cosa, se la entregasen, y entregada, se lo participaran en el mismo dia. Era desde luégo de carácter altivo, magnánimo y valeroso; pero sobresalió más en estas calidades despues que arribó á Sicilia Platon, más bien por una feliz y divina suerte que no por ninguna disposicion humana; y es que algun buen Genio, preparando de léjos, segun parece, á los Siracusanos el principio de su libertad y la destruccion de la tiranía, trajo á Platon de Italia á Siracusa, é inclinó á Dion á escuchar su doctrina, siendo éste todavía muy jóven, pero teniendo para aprender más disposicion que cuantos acudieron á

oir al filósofo, y mayor presteza y diligencia para seguir la virtud, como el mismo Platon lo dejó escrito y los hechos lo testifican. Porque con haber sido educado bajo el tirano en costumbres oscuras, y avezádose á una conducta sujeta y tímida, á hacerse servir con orgullo, á un lujo desmedido y á un método de vida propio de quien hace consistir lo honesto en los placeres y en la satisfaccion de los deseos, no bien llegó á probar el fruto de la razon y de una filosofía adiestradora á la virtud, cuando al punto se inflamó su espíritu, y gobernándose por su excelente disposicion á lo bueno, con ánimo sencillo y juvenil esperó que en Dionisio haria igual impresion la misma doctrina; y así trabajó y se afanó porque éste, quitando algun tiempo á los negocios, acudiera tambien á oir á Platon.

Llegado el caso de que lo oyese, el filósofo habló en general de la virtud; trató despues largamente de la fortaleza, para probar que los tiranos de todo tienen más que de fuertes; y como convirtiendo luégo su discurso á la justicia hiciese ver que sólo es vida feliz la de los justos, y la de los injustos infeliz y miserable, no pudo ya el tirano aguantar aquellos discursos, creyéndose reprendido; y se incomodó con los que se hallaban presentes, porque le oian con admiracion y se mostraban encantados de su doctrina. Por último, irritado le preguntó con enfado, qué era lo que queria con su venida á Sicilia; y como le respondiese que buscaba un hombre de bien, le replicó el tirano: «Pues á fe que parece que todavía no lo has encontrado.» Creyó Dion que el enojo no pasaria más adelante, y se dió priesa á acompañar á Platon á una galera que conducia á la Grecia al esparciata Polis; pero Dionisio habia enviado reservadamente quien rogara á Polis, como objeto principal, que diera muerte á Platon; y si esto no, que no dejara de venderlo; pues que ningun daño le haria, sino que siendo justo, sería igualmente feliz en medio de la servidumbre. Dícese, por tanto, que Polis llevó á Platon á Egi-

na, y lo vendió, teniendo los Eginetas guerra con los Atenienses, y habiendo publicado por bando que el Ateniense que fuese hecho cautivo se vendiese en Egina. Mas no por esto fué Dion tenido de Dionisio en menor honor y aprecio; sino que desempeñó embajadas muy importantes, enviado á los Cartagineses; y continuó siempre admirado en gran manera, sufriendo de él sólo Dionisio que le hablara con libertad, y le dijera sin recelo lo que se le ofreciese, como se vió en la reprension acerca de Gelon. Porque estaban á lo que parece, haciendo mofa del reinado de Gelon, y como dijese el mismo Dionisio que habia sido la risa (1) de la Sicilia, los demas fingieron celebrar mucho el chiste; pero Dion, indignado: «Pues tú mandas, le dijo, porque á causa de Gelon tuvieron en tí confianza; pero por tí ya no la alcanzará ningun otro: porque en realidad Gelon hizo ver el más bello espectáculo en una ciudad gobernada monárquicamente; y Dionisio el más feo y abominable.

Tenía Dionisio tres hijos de la Locrense y cuatro de Aristomaca, de los cuales dos eran hembras, Sofrosune y Arete, y de éstas á Sofrosune la casó con Dionisio su hijo, y á Arete con su hermano Treatrides. Muerto éste, Dion tomó por mujer á Arete, que era su sobrina. Enfermó en esto Dionisio en términos de desconfiarse de su vida, é intentó Dion hablarle de los hijos de Aristomaca; pero los médicos, para lisonjear al que iba á suceder en la autoridad, no le dieron tiempo; sino que, segun dice Timeo, propinándole á su peticion una medicina narcótica, le privaron de sentido, juntando el sueño con la muerte. Con todo, á la primera conferencia que tuvieron con Dionisio el Jóven las personas de su confianza, habló Dion con tal tino acerca de lo que segun las circunstancias convenia, que hizo ver que á su lado no eran todos los demas en

(1) Es un juego pueril con alusion al nombre de Gelon, porque *gelos* en griego significa risa.

prudencia sino unos muchachos, y en franqueza y libertad unos esclavos de la tiranía, aconsejando á aquel jóven baja y cobardemente á medida de su gusto. Sobre todo, dejó pasmados á los que estaban temblando por el peligro que al poder de Dionisio amenazaba de parte de Cartago; ofreciendo que si Dionisio deseaba la paz, pasando al Africa al punto haria cesar la guerra con las mejores condiciones; y si apetecia la guerra, mantendria á sus expensas y le daria para hacerla cincuenta galeras equipadas.

Maravillóse sobremanera Dionisio de su magnanimidad, y se pagó mucho de su pronta disposicion á sevirle; pero los otros, dándose por reprendidos con su largueza, y por humillados con su poder, tomando de aquí mismo principio, no se abstuvieron de expresion ninguna con que pudieran excitar odio en aquel jóven contra él, persuadiéndole que por medio de las fuerzas marítimas aspiraba á la tiranía, y que queria con las naves traspasar el poder á los hijos de Aristomaca, que eran sus sobrinos; aunque las causas principales para el odio y la envidia las tomaban de la diferencia de su conducta y de la ninguna semejanza en el tenor de vida. Porque aquéllos, apoderándose desde luégo del trato y la confianza de un tirano jóven y mal educado con placeres y lisonjas, estaban contínuamente inventando algunos amores y distracciones no interrumpidas de beber, de frecuentar mujerzuelas y de otros pasatiempos indecorosos; con los que, dulcificada la tiranía como el hierro, apareció humana á los gobernados, y cedió de la misma dureza, embotada, no tanto por la bondad y mansedumbre, como por la desidia del tirano. Desde aquel punto, yendo siempre á más, y creciendo de dia en dia la relajacion de aquel jóven, rompió esta y quebrantó aquellas ataduras de diamante con que dijo Dionisio el Mayor dejaba asegurada la monarquía; porque, segun es fama, luégo que se dió á estos excesos, hubo ocasion en que pasó noventa dias seguidos en beber; y en todo este

tiempo estando el palacio cerrado é inaccesible á los negocios serios, sólo le ocuparon las embriagueces, las befas, las canciones, las danzas y las truhanadas.

Hacíase, pues, Dion molesto, como era natural, no teniendo ninguna blandura ni condescendencia juvenil; por lo que aquéllos, dando á sus virtudes con cierta apariencia nombres de vicios, graduaban de soberbia su gravedad, y de insolencia su franqueza: si hacía amonestaciones, parecia que los acusaba; y si no se prestaba á sus extravíos, que los miraba con desprecio. Por otra parte, su mismo genio le inclinaba á cierta entereza y severidad poco accesible y comunicable para el trato: pues no sólo no era afable y risueño para un jóven cuyos oidos estaban corrompidos con las lisonjas, sino que áun muchos de los que le tenian más tratado, y á quienes agradaba más la sencillez é ingenuidad de sus costumbres, reprendian en sus audiencias el que hablaba á los que tenian negocios con más aspereza y despego de lo que convenia; sobre lo que Platon, como profetizando, le escribió más adelante que pusiera cuidado y se fuera á la mano en la terquedad, que regularmente se contrae viviendo solo. Mas sin embargo, áun entónces mismo, cuando parecia que se le tenía en grande aprecio por los negocios, y porque era el único que mantenia y conservaba en pié la tiranía conmovida y vacilante, conocia él que si era el primero y el mayor, no se debia á la voluntad del tirano, sino á la necesidad que de él tenía.

Pensando que la causa de esto era la falta de instruccion, trabajaba por inclinarle á los estudios liberales, y á que gustara los discursos y doctrinas que forman las costumbres, para que dejara de temer la virtud, y se acostumbrara á complacerse con las cosas honestas: porque no era por índole este Dionisio de los tiranos más perversos, sino que su padre, por temor de que mudara de modo de pensar, y juntándose con hombres prudentes le armara

asechanzas y le privara de la autoridad, le tenía cerrado estrechamente en su casa, ocupado, á falta de todo otro trato y de negocios en que ejercitarse, en hacer carros, candeleros, sillas y mesas de madera. Porque Dionisio el Mayor era hombre tan desconfiado y tan suspicaz y medroso respecto de todos los hombres, que no se cortaba el cabello con navaja de afeitar, sino que cuando se presentaba alguno de sus colonos se lo quemaba con un carbon. A su habitacion no entraban ni su hermano ni su hijo con los vestidos que llevaban, sino que para pasar adelante era necesario que se desnudara cada uno de la ropa con que iba vestido y tomara otra, viéndole desnudo los de la guardia. Porque una vez su hermano Leptines para hacerle la descripcion de un terreno, tomando la lanza de uno de los de la guardia dibujó con ella aquel sitio, al hermano le riñó ásperamente, y al que le dió la lanza le quitó la vida. De sus amigos se guardaba con sumo cuidado, pór lo mismo que conocia su capacidad y prudencia; pues decia que los tales más quieren dominar que ser dominados. A un tal Marsias, que él mismo habia promovido, y á quien habia nombrado para una comandancia, le dió asimismo muerte, porque habia tenido un sueño en el que le parecia que pasaba con la espada al mismo Dionisio; porque decia que el haber tenido entre sueños esta vision nacia de haber meditado y hablado frecuentemente sobre ello: ¡tan tímida y tan llena de maldades tenía el alma por el miedo aquel mismo que se irritó con Platon porque no hizo ver que era el más esforzado de los hombres!

Viendo, pues, Dion á su hijo pervertido y estragado en sus costumbres, como hemos dicho, por falta de educacion, lo exhortaba á que procurase instruirse, y á que rogara con todo encarecimiento al mayor de los filósofos que viniera á Sicilia; y venido que fuese, se pusiera en sus manos, para que formadas por la razon sus costumbres á la virtud, y asemejado él mismo al ejemplar más divino y

más hermoso de cuanto existe, al que cuando obedece todo lo criado, destruido el desórden, resulta lo que llamamos mundo, se procurara á sí mismo y á sus ciudadanos la mayor felicidad; haciendo que lo que ahora ejecutan éstos de mala gana por la necesidad del mando, lo ejecutasen con placer, viéndole mandar paternalmente con prudencia y justicia, y convertido en rey de tirano: pues que las cadenas diamantinas no eran, como decia su padre, el temor, la violencia, la muchedumbre de las naves ni la guardia de diez mil bárbaros; sino el amor, la pronta voluntad y el agradecimiento, producidos por la virtud y la justicia: cosas que aunque parecen más suaves que aquellas otras fuertes y duras, dan mayor estabilidad al mando. Fuera de esto, decia ser poco airoso y apetecible que el que manda sobresalga en los adornos del cuerpo y en la brillantez de su casa; y que en la conversacion y en el modo de explicarse se confunda con el hombre más oscuro, y que no procure tener régia y convenientemente adornado el palacio de su alma.

Como Dion le hiciese frecuentemente estas exhortaciones, mezclando en ellas algunos de los discursos de Platon, excitó en Dionisio un vehemente y furioso deseo de la doctrina y enseñanza de Platon. Enviáronse, pues, al punto á Atenas muchas cartas de parte de Dionisio y muchas protestas de parte de Dion, á las que se agregaron otras de los Pitagóricos de Italia, instando tambien para que viniese, y ocupando aquella alma nueva, descaminada con la opulencia y el poder, la contuviese con los más poderosos discursos. Platon, avergonzándose, como dice él mismo, de que pareciese que sólo en palabras valia algo, no siendo para emprender obra alguna; y esperando que corregido un hombre solo, como un miembro principal, en él podria sanarse toda la Sicilia doliente, accedió á la venida. Mas los enemigos de Dion, temiendo ya la mudanza de Dionisio, le persuadieron que restituyera del destierro

á Filisto, hombre ejercitado en la elocuencia, é instruido en las artes de la tiranía, á fin de tener en él un contraresto contra Platon y la filosofía. Porque Filisto desde los primeros momentos de establecerse la tiranía se puso decididamente de su parte y defendió la ciudadela, habiendo sido largo tiempo comandante de su guardia. Corria además la voz de que tenía cierto trato con la madre de Dionisio el Mayor, no sin conocimiento de éste; pero despues que ocurrió que Leptines de una mujer que tomó para sí estando casada con otro tuvo dos hijas, y dió la una en mujer á Filisto sin participarlo en ninguna manera á Dionisio, irritado éste, hizo poner en custodia y aprisionar á la mujer de Leptines, y desterró de la Sicilia á Filisto, el cual se acogió á unos huéspedes suyos orillas del Adriático; y allí, disfrutando de ocio, parece que fué donde compuso la mayor parte de su historia. Porque no volvió en vida de Dionisio el Mayor; sino que ahora despues de su muerte lo restituyó, como decimos, la envidia de estos otros contra Dion, por ser de su partido y un firme apoyo de la tiranía.

Vuelto Filisto, al punto se asoció á la tiranía; habiendo al mismo tiempo denuncias y acusaciones de otros contra Dion ante el tirano sobre que habia tratado con Teodotes y Heraclides de la destruccion de la tiranía. Y á lo que parece, él esperaba poder despojar á ésta por medio de Platon cuando llegase de lo que tenía de demasiado despótica y desmandada, haciendo de Dionisio un imperante benigno y legítimo; mas si se resistia y no se ablandaba, tenía resuelto destruir su autoridad, y restituir á los Siracusanos su gobierno: no porque le agradase la democracia, sino porque la preferia á la tiranía; para los que no acertaban á establecer una aristocracia justa y saludable.

Este era el estado de los negocios cuando llegó Platon á Sicilia; y en el primer recibimiento se le hicieron los mayores honores y obsequios: porque al apearse de la galera

estaba preparada una de las carrozas reales adornada magníficamente, y el tirano hizo un pomposo sacrificio, como si la ciudad hubiera tenido algun próspero suceso. Por otra parte, la moderacion en los convites, el arreglo del palacio y la mansedumbre del mismo tirano en cuantos negocios ocurrian, hicieron concebir á los ciudadanos las más lisonjeras esperanzas de una mudanza. Habia una especie de manía en todos por la doctrina y la filosofía; y áun dura la voz de que el palacio estaba lleno de polvo de tantos como eran los que trazaban líneas geométricas. Al cabo de pocos dias se celebraba en palacio un sacrificio solemne y patrio; y haciendo el heraldo, segun costumbre, la plegaria de que se conservase inalterable la tiranía por largo tiempo, se refiere que Dionisio, que se hallaba presente, le increpó diciendo: «¿No cesarás de maldecirme?» Disgustó sobremanera este suceso á Filisto, por creer que el poder de Platon sería con el tiempo y la costumbre invencible, si ahora con una ligera conferencia así habia cambiado y mudado el ánimo de aquel jóven.

De aquí en adelante se censuró ya á Dion, no por uno ú otro solamente y en voz baja, sino por todos y en público, pues decian: «Está visto el objeto que tiene en embaucar y en cierta manera encantar á Dionisio con la doctrina de Platon, para que abdicando y renunciando éste voluntariamente la autoridad, recaiga en él mismo, y pase despues á los hijos de Aristomaca, que son sus sobrinos.» Algunos, fingiéndose disgustados, decian: «No há mucho que los Atenienses llegaron aquí con poderosas fuerzas de mar y tierra, y se gastaron y destruyeron ántes de tomar á Siracusa; y ahora disuelven la tiranía de Dionisio por medio de un sofista, persuadiéndole que retirándose de los diez mil estipendiarios, y dejando sus trescientas naves, los diez mil caballos y un número de infantes muchas veces mayor, se entretenga en buscar en la Academia el tan celebrado último bien, y se haga feliz por medio de la geo-

metría, abandonando la felicidad del imperio, de la opulencia y del regalo á Dion y á sus sobrinos.» Habiéndose seguido á esto desde luégo sospechas, y despues enojo y division manifiesta, se le entregó reservadamente á Dionisio una carta escrita por Dion á los magistrados de Cartago, en que les decia que cuando hubieran de tratar de paz con Dionisio, no fueran á verle sin hallarse él presente, para que por él se arreglara todo á su satisfaccion. Esta carta la leyó Dionisio á Filisto; y habiendo conferenciado con él, segun dice Timeo, se dirigió con una fingida reconciliacion á Dion, con quien al efecto usó de afectadas excusas; y diciéndole que todo estaba ya acabado, lo llevó solo por debajo del alcázar hácia el mar, donde le mostró la carta, haciéndole reconvenciones sobre que ayudado de los Cartagineses trataba de rebelarse contra él. Quiso Dion defenderse, pero no le dejó; sino que como estaba le hizo embarcar en un barquichuelo, dando órden á los marineros de que lo condujeran á Italia, y allí lo echaran en tierra.

Hecho esto, luégo que se publicó y divulgó entre todos, ocupó el llanto la casa del tirano á causa de las mujeres, y toda la ciudad de Siracusa se puso en movimiento esperando novedades y repentinas mudanzas del tumulto excitado contra Dion y de la desconfianza de los demas para con el tirano; lo que advertido por Dionisio, como tambien entrase en recelos, procuró consolar á los amigos de Dion y á las mujeres, queriendo hacerles entender que aquello no era destierro, sino una peregrinacion para quitar el motivo de hacer quizá, impelido de la ira, alguna cosa peor contra la firmeza de aquél, estando presente. Puso dos naves á disposicion de la familia de Dion, dándoles órden de que cargaran en ellas cuanto quisieran de su hacienda y sus esclavos, y se lo llevaran al Peloponeso. Era grande la riqueza de Dion, y casi tiránicos su pompa y aparato para el servicio cotidiano; todo lo que recogieron y condujeron

sus amigos. Enviáronle además de esto otras muchas cosas las mujeres y otros de sus allegados y deudos, de manera que en caudales y riqueza hacía un papel muy brillante entre los Griegos; y en la opulencia del desterrado se echaba bien de ver el poder de la tiranía.

Hizo al punto Dionisio que Platon se trasladara á la ciudadela, preparándole así una honrosa prision bajo la forma de un benigno hospedaje, para que no marchara con Dion á dar testimonio de la injusticia que á éste habia hecho. Mas con el tiempo y la continuacion de estar juntos, acostumbrado, como fiera que es tocada y manejada del hombre, á sufrir su trato y su doctrina, llegó á tomarle un amor tiránico, queriendo ser él solo amado de Platon, y admirado sobre todos los demas, y manifestando que estaba pronto á hacer mudanza en los negocios y en la tiranía misma siempre que no tuviera en más que su amistad la de Dion. Era, pues, para Platon una verdadera desgracia esta pasion de Dionisio, furioso de celos, como los amantes desatendidos, y que como ellos en breves instantes se irritaba, se aplacaba é interponia ruegos, deseando con ánsia oir sus discursos y participar del estudio de la filosofía, pero avergonzándose de este deseo ante los que trataban de separarle de él, como si aquello fuera dejarse corromper. Ocurrió en esto una guerra, y despidió á Platon, conviniendo en que restituiria á Dion para el verano. Y en esto le faltó; pero le envió las rentas que producian sus posesiones, rogando á Platon que en cuanto al tiempo le admitiera la excusa de la guerra, pues luégo que se hiciera la paz restituiria á Dion; mas que le encargara que en tanto estuviera tranquilo, sin promover novedad ninguna ni desacreditarle entre los Griegos.

Procuró Platon que así lo hiciese, y llamando la atencion de Dion hácia la filosofía, lo mantenia en su escuela en la Academia. En la ciudad habitaba en casa de un tal Calipo conocido suyo; y para recreo adquirió un campo,

del que despues, al restituirse á Sicilia, hizo donacion á Espeusipo. Era éste uno de los amigos con quien más trataba y conversaba en Atenas, queriendo Platon templar y amenizar las costumbres de Dion con un trato sazonado y chistoso, y que oportunamente se prestaba tambien á los estudios serios: porque este era el carácter de Espeusipo; por el que le celebró como gracioso y festivo Timon en sus versos jocosos. Dando en este tiempo Platon un coro de mancebos, Dion fué el que ejercitó el coro y quien hizo todo el gasto, fomentando Platon para con los Atenienses esta ambicion y munificencia, que más bien procuraba amor á Dion que gloria á él mismo. Recorria Dion las demas ciudades, y en ellas conversaba y andaba en concurrencias y fiestas con los varones más virtuosos y más versados en los negocios, sin mostrar modales orgullosos, tiránicos ó afeminados, sino modestia, virtud y fortaleza; pasando el tiempo en conferencias sazonadas sobre las letras y la filosofía; con lo que se ganó la estimacion de todos, y honores públicos y decretos de parte de las ciudades. Los Lacedemonios lo hicieron Esparciata, despreciando el enojo de Dionisio, sin embargo de que entónces los estaba auxiliando eficazmente contra los Tebanos. Dícese que en una ocasion convidó á Dion Ptoyodoro de Megara á que pasara á su casa: era Ptoyodoro, segun parece, un hombre poderoso y rico: viendo, pues, Dion á su puerta mucha gente y turba de negociantes, y que á él mismo habia dificultad en hablarle y verle, como observase que sus amigos lo llevaban mal y se incomodaban: «¿Por qué vituperais á éste? les dijo; nosotros hacíamos otro tanto en Siracusa.»

Al cabo de algun tiempo concibió celos Dionisio; y temiendo del aprecio y amor que Dion se habia adquirido entre los Griegos, dejó de enviarle sus rentas, poniendo la hacienda de éste al cuidado de sus propios administradores. Queriendo además desvanecer con los filósofos la mala opinion que por Platon tenía, reunió muchos de los

que pasaban por hombres instruidos; y aspirando á la gloria de aventajarse á todos en la disputa, se veia en la precision de usar mal de las especies que á éste habia oido. Volvió otra vez á desearle, y se reprendia á sí mismo de no haber sabido aprovecharse de su presencia, ni haberle oido por todo el tiempo que le convenia; y como tirano, arrebatado en sus deseos y pronto para la ejecucion de todo proyecto, puso al punto por obra el de hacer venir á Platon, y no dejó piedra por mover hasta alcanzar de Arquitas y los otros Pitagóricos que constituyéndose fiadores de sus promesas, llamaran á Platon: pues por medio de éste habian contraido al principio amistad y hospitalidad con Dionisio. Enviáronle, pues, éstos á Arquedemo, y Dionisio mandó barcos y amigos que rogaran á Platon. Escribió además con entereza y claridad que ninguna benigna condicion obtendria Dion, si Platon no se prestaba á pasar á Sicilia; pero si se prestaba, todas. Llegáronle asimismo á Dion repetidas instancias de su hermana y su mujer para que rogase á Platon condescendiera con Dionisio, y no le dieran ningun pretexto. De este modo dice Platon que se resolvió á pasar por tercera vez el mar de Sicilia,

Para otra vez probar la cruel Caribdis (1).

Yendo pues, fué grande el gozo que causó á Dionisio y grande la esperanza de que llenó á la Sicilia, que tambien habia hecho plegarias, y deseaba con ánsia que Platon viniera á contraponerse á Filisto, y la filosofía á la tiranía. Era asimismo extraordinario el placer con que lo recibieron las mujeres, y singular la confianza que inspiró á Dionisio, como ningun otro, siéndole permitido presentarse ante él sin haber pedido permiso. Como éste le hiciese re-

(1) Es un verso de Homero en el libro duodécimo de la *Ulises*.

petidas veces dádivas y él las rehusase otras tantas, Aristipo de Cirene, que se hallaba allí á la sazon, dijo que Dionisio era magnánimo con seguridad; porque á ellos que necesitaban de muchas cosas les daba poco, y mucho á Platon que no recibia nada. Despues de los primeros obsequios, habiendo empezado Platon á hablar de Dion, al principio se desentendia Dionisio; despues ya tuvieron lugar las quejas y la enemistad, ocultas por entónces á los de afuera: porque Dionisio las disimulaba, y con otros agasajos y honores procuraba apartar á Platon de su amor á Dion: bien que á aquél no se le ocultaron desde luégo su mala fe y sus engaños, sino que aguantaba y disimulaba. Hallábanse entre sí en esta disposicion, creyendo que los demas no lo entendian; pero sucedió que Helicon de Cicico, uno de los amigos de Platon, predijo un eclipse de sol; y habiendo sucedido como lo anunció, admirado el tirano le dió de regalo un talento de plata; y Aristipo, chanceándose con los otros filósofos, les dijo que él tambien tenía que anunciar un suceso extraño. Como le rogasen que lo expresara: «Anuncio, les dijo, que de aquí á breve tiempo Platon y Dionisio serán enemigos.» Ello es que Dionisio vendió luégo la hacienda de Dion, y se guardó el dinero; y á Platon, que tenía su habitacion en el jardin de la casa, lo trasladó al cuartel de las tropas extranjeras, que muy de antemano lo aborrecian, y buscaban medios de perderle, á causa de que persuadia á Dionisio que abdicara la tiranía y viviera sin guardias.

Estando Platon en tan gran peligro, Arquitas, que lo llegó á entender, envió al punto una embajada y una galera de treinta remos, reclamándole de Dionisio, y haciendo á éste presente que no habia pasado Platon á Siracusa sino en virtud de haberlos tomado á ellos por fiadores de su seguridad. Procuraba Dionisio excusar su enemistad contra Platon con banquetes y con otros obsequios que le hacía cuando estaba para despedirle; llegando hasta

prorumpir en esta expresion: «¿Podremos temer, oh Platon, que nos hagas graves y terribles acriminaciones con tus discípulos?» á lo que sonriéndose: «No permita Dios, le respondió, que en la Academia estemos tan faltos de asuntos que tratar, que nos quede tiempo para hacer memoria de tí.» Y con esto se dice que aquél le despidió; pero en verdad que no guarda gran consonancia con esta relacion lo que el mismo Platon nos ha dejado escrito.

Servian estas cosas á Dion de sumo disgusto; y al cabo de poco se consideró en la precision de hacerle la guerra, luégo que llegó á entender lo ocurrido con su mujer; sobre lo que Platon habia escrito con alguna oscuridad á Dionisio, y fué en esta forma. Despues del destierro de Dion, Dionisio al dejar marchar á Platon le hizo el encargo de informarse reservadamente de si habria algun inconveniente en casar á su mujer con otro, porque corria la voz, verdadera ó fingida por los enemigos de Dion, de que el matrimonio de éste no habia sido á su gusto, ni vivia en grande armonía con su mujer. Por tanto, luégo que Platon llegó á Atenas, y trató con Dion de todos los negocios, escribió al tirano una carta en que le hablaba con claridad de todo; pero poniendo esta especie para él sólo: que habia hablado con Dion de aquel asunto, y no le quedaba duda de que se daria por muy ofendido si Dionisio lo llevase al cabo; y como por entónces hubiese grandes esperanzas de un acomodamiento, ninguna novedad hizo con la hermana, sino que la dejó permanecer en palacio con el hijo de Dion; pero cuando del todo se descompusieron, y Platon fué otra vez despedido con enfado, entónces casó á Arete, contra su voluntad, con Timócrates, uno de sus amigos, no imitando en esto la condescendencia de su padre. Porque segun parece se declaró enemigo de éste Polixeno, que estaba unido en matrimonio con su hermana Testes; y habiendo huido Polixeno por miedo y retirádose de la Sicilia, envió á llamar á la hermana, y le dió quejas

de que sabiendo la huida de su marido no se la participó; pero ésta sin sobresaltarse ni concebir el menor temor: «¿Tan mala casada te parezco, oh Dionisio, le dijo, y tan desavenida con mi marido, que si hubiera tenido noticia de su huida, no me habia de haber ido con él para participar de su suerte? pero no la tuve: pues por mejor hubiera tenido llamarme mujer de Polixeno fugitivo, que hermana de un tirano.» Habiéndole hablado Testes con esta entereza, se dice que se admiró el tirano: y admiraron asimismo los Siracusanos su virtud, en términos que despues de disuelta la tiranía, siempre le tributaron distinciones y honores régios; y despues de su muerte acompañaron su entierro todos los ciudadanos. Paréceme que esta no es una digresion inútil.

Dion desde entónces convierte ya su ánimo á la guerra, no entrando en ella Platon por respeto á la hospitalidad de Dionisio y por su vejez; pero inflamando á Dion Espeusipo y otros de sus amigos, y exhortándole á dar la libertad á la Sicilia, que le tendia las manos y le recibiria con los brazos abiertos; porque segun parece, miéntras Platon residió en Siracusa, Espeusipo y los demas filósofos tuvieron más trato con aquellos habitantes, y se enteraron mejor de su modo de pensar; pues aunque al principio por temor se recataban y guardaban, recelando que aquello pudiera ser tentativa del tirano, al fin ya tuvieron confianza; y entónces era uno mismo el lenguaje de todos, pidiendo é instando que viniera Dion, aunque no tuviera naves, ni infantería, ni caballería, embarcándose solo en una nave de comercio, para prestar su persona y su nombre á los Sicilianos contra Dionisio. Enterado de todo esto por Espeusipo, se confirmó en su propósito; aunque para ocultarlo reclutó tropas estipendiarias reservadamente y por medio de interpuestas personas. Auxiliáronle en él muchos hombres de estado y muchos filósofos, con Eudomo de Chipre, á quien despues que ya habia muerto dedicó Aris-

tóteles su diálogo del alma, y Timonides de Leucade. Habian traido asimismo á su partido á Miltas Tesaliano, varon dado á la adivinacion, y uno de los concurrentes á la Academia. De los que habian sido desterrados por el tirano, que no bajaban de mil, solos veinticinco se alistaron en el ejército, separándose de la expedicion por miedo los demas. Era el punto de reunion la isla de Zazinto, adonde acudieron los soldados, que no llegaron á ochocientos; pero todos hombres acreditados en muchos y grandes combates, y por tanto muy ejercitados y aguerridos: así, en pericia y valor eran muy aventajados, y los más propios para inflamar y llenar de ardimiento al gran número de hombres decididos que esperaba Dion tener en la Sicilia.

Con todo, cuando éstos oyeron por la primera vez que aquel ejército se formaba contra Dionisio y la Sicilia, se quedaron aturdidos, y decayeron de ánimo, pareciéndoles que sólo cegado y enfurecido con la ira, ó desesperado de poder reunir mayores medios, se arrojaba Dion á un hecho temerario; y á sus jefes y enganchadores los reconvinieron con enfado por no haberles anunciado desde luégo la guerra á que eran destinados. Mas despues que Dion le hizo ver lo deleznable y podrido de la tiranía, y los enteró de que más bien que como soldados los llevaba como caudillos de los muchos Siracusanos y Sicilianos que hacía tiempo se hallaban dispuestos á abrazar su partido; y despues que en seguida de Dion les habló Alquimenes, que siendo entre los Aqueos el primero en gloria y linaje, habia concurrido á la expedicion, se tranquilizaron y volvieron á su primera confianza. Era esto en medio del verano, reinando los vientos etesias en el mar, y la luna se hallaba en el plenilunio. Dispuso, pues, Dion un magnífico sacrificio á Apolo, acompañándole en gran pompa los soldados al templo con las armas empavesadas, y despues del sacrificio teniendo mesas preparadas, les dió en el circo de los Zazintios un espléndido banquete, en el que maravi-

llándose de la vajilla de oro y plata y de las mesas preciosas, muy superior todo á la opulencia de un particular, reflexionaron que un hombre ya de cierta edad y dueño de tanta riqueza, no se arrojaria á empresas de tamaña entidad sin una esperanza cierta, y sin contar con amigos que desde allá le ofrecieran grandes y cuantiosos auxilios.

Despues de las libaciones y de las solemnes plegarias se eclipsó la luna; lo que ninguna maravilla causó á Dion, que sabía calcular los períodos de los eclipses, y cuándo la sombra llega á oscurecer la luna, interponiéndose la tierra entre ésta y el sol; pero siendo conveniente dar aliento á los soldados que se habian sobresaltado, púsose en medio de ellos el adivino Miltas, diciéndoles que tuvieran buen ánimo, y formaran las mejores esperanzas: porque aquel portento lo que significaba era el oscurecimiento de cosas que entónces brillaban; y que no habiendo cosa más brillante que la tiranía de Dionisio, apagarian su esplendor en el momento que llegaran á la Sicilia. Esto fué lo que Miltas anunció en público á todos; pero en cuanto á las abejas que se vieron formar enjambre en la popa de una de las naves de Dion, dijo reservadamente á los amigos que esto le hacía temer no fuera que siendo desde luégo brillantes sus sucesos, al cabo de haber florecido por un breve tiempo se marchitasen. Dícese asimismo que á Dionisio le fueron enviadas muchas señales prodigiosas de parte de los Dioses: porque un águila arrebató la lanza de uno de los soldados estipendiarios, y levantándola y llevándola á grande altura, la dejó caer al abismo. El mar que bate en la ciudadela ofreció un dia agua dulce y potable, cosa que se hizo notoria á todos habiéndola gustado. Naciéronle unos lechoncillos, que tenian todos sus miembros cabales, faltándoles sólo las orejas. Revelaban los adivinos que esto era indicio de rebelion y desobediencia, significando que los ciudadanos no se someterian ya á su tiranía; que la dulzura del agua del mar indicaba para los

Siracusanos la mudanza de sus negocios de mal en bien; y finalmente que el águila es ministro de Júpiter, la lanza insignia de autoridad y poder, y con lo ocurrido denunciaba desaparecimiento y ruina á la tiranía el mayor de los Dioses. Así nos lo dejó escrito Teopompo.

Embarcáronse los soldados de Dion en dos trasportes, yendo en pos de ellos un tercer barco de pequeño porte y dos falúas de treinta remos. Llevaba, además de las armas que tenian los soldados, doscientos escudos, muchas ballestas y lanzas y gran provision de víveres, para que nada les faltase en la navegacion; mayormente habiendo de hacerla en alta mar á velas desplegadas, por temor de la tierra, y por saber que Filisto se hallaba surto en Yapigia con su escuadra para observarle. Tuvieron un viento bonancible y blando por doce dias, y al décimotercio se hallaba frente al Paquino, promontorio de Sicilia. Propuso desde luégo el piloto á Dion que desembarcaran cuanto ántes; pues si se apartaban de tierra y voluntariàmente renunciaban al promontorio, habian de tener que andar muchos dias y muchas noches errantes por el mar, esperando en el fin del verano que se levantara el viento ábrego; pero Dion, temiendo el desembarco cerca de los enemigos, y prefiriendo el acometer por lo más retirado, mandó pasar adelante del Paquino. En seguida se movió un viento cierzo, que con encrespadas olas retiró las naves de la Sicilia; y al mismo tiempo truenos y relámpagos, al aparecer del Arturo, movieron en el aire gran tempestad con copiosa lluvia, con lo cual perdieron el tino los marineros, y yendo perdidos por el mar, se hallaron de repente con que las naves habian sido impelidas del viento á Cercina de Africa, por aquella parte por donde se presenta más inaccesible y brava la playa de la isla. Estando, pues, á pique de estrellarse en aquellos escollos, hicieron fuerza de remo para apartarse, lo que con dificultad consiguieron, hasta que la tempestad se aplacó, y tropezando por fortuna con un barco, supieron

que se hallaban en el sitio llamado las cabezas de la gran Sirte. Desmayaron con esta desagradable noticia, y más reinando entónces una gran calma; pero de pronto se levantó un viento húmedo de tierra de la parte de Mediodía cuando ménos lo esperaban: tanto, que áun experimentándola, no creian aquella mudanza. Arrecióse, pues, poco á poco, y tomó cuerpo el viento; con lo que desplegando todas las velas, y dando gracias á los Dioses, se engolfaron con rumbo á Sicilia, huyendo del Africa; y con rápido curso al quinto dia arribaron á Minoe, pueblo pequeño de Sicilia perteneciente á la dominacion de Cartago. Hallábase allí á la sazon el comandante cartaginés Sunalo, huésped y amigo de Dion; mas como no tuviese noticia de su venida ni de que le perteneciese aquella escuadra, trató de impedir el desembarco de los soldados; pero éstos salieron al encuentro armados, y aunque á nadie mataron, porque Dion se lo previno así por su amistad con el comandante, persiguieron á los fugitivos, y se apoderaron del distrito. Mas luégo que los caudillos se vieron y saludaron, Dion restituyó la ciudad á Sunalo sin haber hecho en ella el menor daño; y éste, dando alojamiento á los soldados, proveyó á Dion de las cosas de que tenía necesidad.

Lo que principalmente los alentó fué lo ocurrido con la casual ausencia de Dionisio; porque hacía muy poco que con ochenta naves habia marchado á Italia. Así, aunque Dion exhortaba á los soldados á que se repusieran allí por algunos dias, hallándose mal parados de resulta de haber estado tan largo tiempo en el mar, ellos no lo permitieron, apresurándose á aprovechar la ocasion; por lo que clamaban que Dion los llevase á Siracusa. Descargando, pues, allí todo el sobrante de armas y demas efectos, y encargando á Sunalo que se lo remitiese cuando hubiese oportunidad, marchó para Siracusa. Apénas se habia puesto en camino se le pasaron doscientos caballos de los Agrigentinos que habitan el Ecnomo; y despues de éstos los Geloos·

Corrió prontamente la voz por Siracusa; y Timócrates, el que estaba casado con la mujer de Dion, hermana de Dionisio, puesto al frente de los amigos que habian quedado en la ciudad, envió al punto á Dionisio un mensajero con cartas en que le avisaba la llegada de Dion; y en tanto atendia á los alborotos y movimientos de la ciudad; en la que todos estaban ya en agitacion, aunque por miedo y por no acabar de creerlo no se decidian; pero al mensajero le ocurrió un caso muy particular y extraño, y fué, que habiendo hecho su navegacion á Italia, al pasar por los términos de Regio para ir á Caulonia, donde se hallaba Dionisio, se encontró con un amigo suyo que se retiraba con los restos de un sacrificio que acababa de hacer; y recibiendo de éste una porcion de la carne, continuaba con celeridad su viaje. Habiendo andado parte de la noche, le obligó el cansancio á reposar un poco, y así como estaba se echó á dormir en una selva al lado del camino. Al olor de la carne vino un lobo, y para llevársela, estando atada á la alforja, dió á correr llevándose tambien ésta, en la que estaban las cartas. Cuando el mensajero despertó y lo advirtió, dió muchas vueltas é hizo muchas diligencias en busca de la alforja; y como hubiesen sido en vano, resolvió no ir sin las cartas á la presencia del tirano, sino más bien huir de él cuanto ántes.

No supo, pues, Dionisio sino tarde y por otros medios la guerra de Sicilia. A Dion se le unieron en la marcha los Camarinos, y le acudian en gran número, excitados con su venida, los que habitaban en los campos de Siracusa. Los Leontinos y Catanenses, que con Timócrates guardaban el fuerte de Epipolas, habiéndoles llegado una voz falsa esparcida por Dion de que ante todas cosas se dirigia á sus ciudades, se marcharon, abandonando á Timócrates para socorrer á los suyos. Luégo que Dion, que se hallaba acampado en Acras, tuvo noticia de estos sucesos, movió cuando todavía era de noche sus soldados, y llegó al rio

Anapo, que no dista de la ciudad más que diez estadios. Deteniendo allí su marcha, sacrificó junto al rio, y adoró al sol saliente. Predijéronle al mismo tiempo los adivinos la victoria de parte de los Dioses; y como los que se hallaban presentes viesen coronado á Dion durante el sacrificio, por un movimiento simultáneo se coronaron todos: no bajando de cinco mil los que se le habian agregado en el camino. Armados malamente con lo que pudo haberse á la mano, suplian con su buena voluntad la falta de armamento: de manera que al marchar Dion dieron á correr, excitándose y alentándose unos á otros con alegría y regocijo á la libertad.

De los ciudadanos que se hallaban en Siracusa, los más nobles y principales, vestidos de gala, corrieron á las puertas; pero la muchedumbre dió contra los amigos del tirano, é hizo pedazos á los llamados emisarios, hombres malvados y abominables, que mezclándose entre los demas Siracusanos y fingiendo negocios, observaban cuanto pasaba, y denunciaban al tirano el modo de pensar y de explicarse cada uno. Estos, pues, fueron los primeros que llevaron su merecido, destrozados por los que con ellos encontráron. Timócrates no habiendo podido incorporarse con los que custodiaban la ciudadela, montó á caballo y se salió de la ciudad, llenándolo todo con su huida de turbacion y miedo, y exagerando las fuerzas de Dion, para que no pareciese que abandonaba la ciudad con ligero motivo. En esto ya Dion se acercaba y se dejaba ver, yendo el primero vistosamente armado, y á su lado de una parte su hermano Megacles, y de la otra Calipo el Ateniense con coronas sobre la cabeza. De los estipendiarios ciento seguian á Dion, formando su guardia; y á los demas, bellamente adornados, los conducian los caudillos, saliendo á verlos los Siracusanos, y recibiéndolos como una pompa sagrada y divina de la libertad y de la democracia, que al cabo de cuarenta y ocho años tornaba á la ciudad.

Luégo que Dion entró por la puerta Menitide, sosegado el alboroto, hizo publicar á són de trompetas que Dion y Megacles, habiendo venido á destruir la tiranía, libertaban de la sevidumbre del tirano á los de Siracusa y á los demas Sicilianos; y como quisiese hablar á los ciudadanos por sí mismo, subió por la Acradina, teniendo puestas los Siracusanos á uno y otro lado de la calle víctimas, mesas y tazas; y por doquiera que pasaba arrojaban sobre él flores y frutas, dirigiéndole plegarias como á un Dios. Habia debajo de la ciudadela y de la Pentapila un reloj de sol, dispuesto por Dionisio, elevado y en parte que se descubria desde léjos. Subió á él, y arengó al pueblo, exhortando á los ciudadanos á recobrar la libertad. Estos con muestras de gratitud y aprecio los nombraron á ambos generales con absoluto poder, y á su voluntad y ruego eligieron otros veinte magistrados que los acompañaran en el mando; de los cuales la mitad eran de los que habian vuelto con Dion del destierro. Parecióles á los adivinos otra vez que el haber tomado Dion bajo sus piés para arengar aquello en que tenía puesta su vanidad Dionisio, y habia sido por él consagrado, era una señal muy plausible; pero por cuanto era un reloj en el que estaba subido cuando se le nombró general, temian no fuera que su suerte tuviese una repentina mudanza. En seguida, tomando las Epipolas, puso á los ciudadanos presos en libertad, y formó trincheras delante de la ciudadela. Al dia sétimo llegó á ésta Dionisio, y á Dion le trajeron en unos carros las prevenciones que habia dejado confiadas á Sunalo. Distribuyólas entre los ciudadanos; y de los demas, cada uno se aliñó y preparó lo mejor que pudo, procurando mostrarse valientes soldados.

Dionisio envió desde luégo privadamente mensajeros á Dion para descubrir terreno; pero diciéndoles éste que hablaran en comun á los Siracusanos, como hombres libres que eran, se hicieron por los mensajeros proposiciones muy humanas de parte del tirano, prometiéndoles mode-

rar los tributos, y no ser compelidos á otras guerras que las que con él decretasen; de lo que los Siracusanos se burlaron. Mas Dion respondió á los mensajeros que cesara Dionisio conferencias con aquéllos miéntras no se desistiese de la autoridad; pero que desistiéndose le ayudaria en cuanto pudiera necesitar, y en cualquiera otra cosa justa que pudiese, acordándose del deudo que entre los dos habia. Aplaudióselo Dionisio, y otra vez le envió mensajeros proponiendo que pasaran á la ciudadela algunos de los Siracusanos, y que cediendo éstos en unas cosas, y él mismo en otras, tratarian de lo que pudiese ser útil á la ciudad. Fuerónle, pues, enviados aquellos ciudadanos que merecieron la confianza de Dion, y comenzó á hablarse mucho entre los Siracusanos de que Dionisio iba á abdicar la tiranía, más por su propia voluntad que por condescender con Dion: siendo todo esto dolo y ficcion del tirano, y un lazo que á los Siracusanos armaba; porque á los que pasaron á hablarle los puso en encierro, é hinchiendo de vino muy por la mañana á los soldados que tenia á sueldo, los envió á carrera contra la muralla de circunvalacion de los Siracusanos. Hecha así esta incursion imprevista por los bárbaros, con empeño de tomar á fuerza de arrojo y precipitacion la muralla, á su primera acometida ninguno de los Siracusanos tuvo resolucion para aguardar y defenderse, á excepcion únicamente de los estipendiarios de Dion; los cuales apénas sintieron el alboroto acudieron á dar auxilio; pero ni áun estos podian pensar en el modo de darle, no oyendo nada por la gritería y dispersion de los Siracusanos, que huian por entre ellos y se los llevaban de paso: hasta que Dion, pues que nadie atendia á lo que decia, se propuso mostrarles con obras lo que debia hacerse, cargando el primero á los bárbaros, con lo que se trabó alrededor de él un repentino y reñido combate; pues siendo conocido no ménos de los enemigos que de los propios, todos aquellos

corrieron á acometerle á un tiempo. Hallábase ya Dion por razon de su edad más pesado de lo que para estos combates convenia; pero resistiendo y acuchillando con vigor y aliento á los que le cargaban, fué herido de lanza en una mano, y la coraza apénas bastaba ya á resistir á los dardos y á los golpes dados de cerca, pues pasaban el escudo, llegando á ser herido de muchos dardos y lanzas, hasta que quebrantados aquella y este, cayó Dion, y fué preciso que los soldados le arrebataran y salvaran. Nombróles entónces por caudillo á Timonides; y recorriendo la ciudad á caballo, contuvo á los Siracusanos en su fuga; y haciendo tomar las armas á los estipendiarios que custodiaban la Acradina, los condujo contra los bárbaros; á unos hombres descansados y en su primer fervor contra los que se hallaban fatigados y desistian ya de la empresa: porque habiendo esperado apoderarse al primer ímpetu y acometida de toda la ciudad, como despues se hubiesen encontrado, contra lo que se habian prometido, con hombres belicosos y valientes, se replegaron á la ciudadela. En la retirada fueron todavía más acosados por los Griegos; por lo que huyeron y se encerraron dentro de las murallas, no habiendo muerto más que á setenta y cuatro hombres de las tropas de Dion, y perdido ellos muchos más de los suyos.

Alcanzada, pues, esta brillante victoria, los Siracusanos coronaron y dieron por prez á cada uno de los estipendiarios cien minas; y éstos coronaron á Dion con corona de oro. Bajaron en esto heraldos de parte de Dionisio, trayendo á Dion cartas de las mujeres relacionadas con él. Habia entre las cartas una con este sobrescrito: «A mi padre, de Hiparino;» porque este era el nombre del hijo de Dion, aunque Timeo dice que del de su madre Arete se llamaba Areteo; pero en estas cosas más crédito debe darse, segun entiendo, á Timonides, amigo y compañero de armas de Dion. Leyéronse á los Siracusanos las demas

cartas, reducidas á quejas y ruegos de las que las enviaban; y aunque no querian permitir que se abriese en público la que se tenía por del hijo, porfió Dion y la abrió como las otras. Era sin embargo de Dionisio, quien por lo que hace á la escritura hablaba con Dion; pero en cuanto á los negocios con los Siracusanos; teniendo la apariencia del ruego y de una prudente demanda, pero dirigiéndose á poner en mal á Dion. Porque contenia recuerdos de lo mucho que con tanto celo había hecho en favor de la tiranía; amenazas contra las personas que le eran más caras, la hermana, el hijo y la mujer; protestas incidentes mezcladas con lamentos; y además, que fué lo que sobre todo le alteró, la propuesta de que no destruyese, sino que tomase para sí la tiranía; ni diese la libertad á unos hombres que le aborrecian y le guardaban enemiga, sino que se quedase mandando para dar á sus deudos seguridad.

Leida esta carta, no les ocurrió á los Siracusanos admirar la imparcialidad y grandeza de ánimo de Dion, que por lo honesto y lo justo no atendia á tan inmediatos parentescos; sino que tomando de aquí principio y ocasion para sospechas y recelos, como si estuvieran en una absoluta precision de contemporizar con el tirano, pusieron la vista en otros caudillos; y sobre todo habiendo sabido que llegaba Heraclides, se encendió más en ellos este deseo. Era Heraclides uno de los desterrados, buen militar, y conocido por el mando que habia tenido bajo los tiranos; pero no de ánimo constante, sino movible en todo, y poco seguro para la comunidad de mando y de gloria. Indispuesto en el Peloponeso con Dion, habia determinado venir por sí con escuadra propia contra el tirano; y llegado á Siracusa con siete galeras y tres barcos, encontró cercado otra vez al tirano, y á los Siracusanos inflamados é inquietos. Captó, pues, al punto el favor de la muchedumbre, porque su carácter tenía cierto atractivo, siendo de los que

se plegan y de los que seducen á gentes que gustan de que se les adule: así atrajo y puso fácilmente de su parte á aquellos que repugnaban la gravedad de Dion como molesta y desagradable por el orgullo y engreimiento que les habia dado la victoria; queriendo ser lisonjeados como libres áun ántes de serlo.

En primer lugar, corriendo por movimiento propio á la junta pública, eligieron á Heraclides general de la armada; y cuando presentándose Dion se quejó de que el mando dado á éste era una revocacion del que ántes le habian conferido, pues que no era ya absoluta autoridad si otro tenía el mando de la armada, con violencia anularon los Siracusanos el nombramiento de Heraclides. Hecho esto así, le llamó Dion á su casa, y habiéndole dado algunas quejas sobre que no era justo ni conveniente que quisiera competir con él por la gloria en unos momentos en que con poco esfuerzo podia perderse todo, convocó á nueva junta, en la que nombró á Heraclides general de la armada, y persuadió á los ciudadanos que se le dieran guardias del mismo modo que á él. En las palabras y en la apariencia se mostraba aquél obsequioso con Dion, reconociendo la obligacion en que le estaba: seguíale sumiso, y ejecutaba sus órdenes; pero seduciendo y acalorando bajo mano á la muchedumbre y á los amigos de novedades, cercó á Dion de disgustos y sinsabores, constituyéndole en la situacion más difícil: porque si disponia que Dionisio saliera de la ciudadela en fuerza de una capitulacion, se le calumniaria de que le tenía consideracion y le salvaba; y si no queriendo molestar al pueblo andaba remiso en el sitio, se creeria que alargaba la guerra para mandar por más tiempo y mantener en el terror á los ciudadanos.

Habia en Siracusa un cierto Sosis, que tenía nombre entre los Siracusanos por su maldad y su insolencia, estando creido que el colmo de la libertad se cifraba en llevar hasta el último punto la osadía. Tratando, pues, de perder

á Dion, lo primero que hizo fué levantarse en la junta pública, y reconvenir ágriamente á los Siracusanos de que no advirtiesen que por librarse de una tiranía necia y soñolienta se habian entregado á un déspota vigilante y sobrio; y mostrándose despues más abiertamente enemigo declarado de Dion, por entónces se retiró de la plaza; pero al dia siguiente se le vió correr por la ciudad desnudo, bañadas la cabeza y la cara en sangre, como que huia de algunos que le perseguian. Presentóse en esta disposicion en la plaza, diciendo que los soldados estipendiarios de Dion le habian acometido, y mostró la cabeza lastimada; con lo que tuvo á muchos que tomaron parte en sus quejas, y que levantaron el grito contra Dion, clamando que su proceder era violento y tiránico, si con asesinatos y peligros quitaba á los ciudadanos el poder manifestar libremente su opinion. Con todo, reunida la junta pública, aunque en confusion y desórden, se presentó Dion á hacer su defensa, y manifestó que Sosis era hermano de uno de los soldados de Dionisio, y que á su instigacion habia querido conmover y alborotar la ciudad, no quedándole ya á Dionisio otro camino de salvarse que el de introducir la desconfianza y discordia entre los ciudadanos. Al mismo tiempo, habiendo registrado los cirujanos la herida de Sosis, encontraron que era puramente superficial, y no hecha con impresion extraña que la hiciera penetrar; porque las heridas de espada tienen mayor profundidad por en medio, y la de Sosis era ligera por igual, teniendo muchos principios, como era natural en quien por el dolor aflojaba, y luégo volvia á querer continuar. Llegaron tambien á este tiempo á la junta algunos ciudadanos de crédito trayendo una navaja, y exponiendo que yendo por la calle se habian encontrado con Sosis bañado en sangre, y que decia á gritos que iba huyendo de los soldados de Dion, por quienes acababa de ser herido. Añadian que habiendo ido en busca de los agresores, no habian encon-

trado más que aquella navaja puesta en el hueco de una piedra, de la que habian visto venir corriendo á Sosis.

Como fuese ya con esto peligrosa la situacion de Sosis, y áun se agregase la declaracion de los de su casa, quienes atestiguaron que era todavía de noche cuando salió de ella solo con la navaja, los que culpaban á Dion se retiraron, y el pueblo, habiendo condenado á muerte á Sosis, mudó de modo de pensar en cuanto á Dion. Mas no por esto le eran ménos sospechosos los soldados de éste, mayormente despues que se habian dado diferentes combates navales contra el tirano: porque Filisto habia venido de Yapigia con muchas galeras en auxilio de Dionisio; y como aquellos forasteros fuesen soldados de infantería, creian los Siracusanos que no podrian serles de provecho para aquella clase de guerra, sino que más bien los tendrian sumisos á sus órdenes, siendo ellos gente de mar y que sobrepujaban en esta especie de fuerza; pero la suerte hizo que aún se les acrecentó á aquellos soldados el orgullo con la buena suerte que tuvieron en la mar, donde venciendo á Filisto, le trataron cruel y bárbaramente: aunque Eforo dice que tomada su nave, se quitó él á sí mismo la vida; pero Timonides, que desde el principio se encontró en todos estos sucesos con Dion, escribiendo al filósofo Espeusipo, dice que Filisto quedó cautivo de resulta de haber encallado en tierra su galera; y que habiéndole quitado los Siracusanos la coraza, y mostrádole desnudo, le hicieron diferentes insultos, siendo ya viejo; que despues le cortaron la cabeza, y entregaron su cadáver á los muchachos, diciéndoles que lo arrastraran por la Acradina y lo arrojaran á las canteras. Timeo, para hacer que este insulto aparezca mayor, refiere que los muchachos ataron el cadáver de Filisto con una cuerda de la pierna coja, y lo arrastraron por la ciudad, haciendo grande escarnio todos los Siracusanos al ver arrastrado por una pierna á aquel que habia dicho á Dionisio que no debia salir huyendo de

la tiranía en un veloz caballo, sino sólo tirado por una pierna: aunque Eforo refiere esta expresion como dicha á Dionisio por otro, y no por el mismo Filisto.

Mas Timeo, aprovechando una ocasion justa, como lo era la de la adhesion y celo de Filisto por la tirania, sacia su deseo de hablar mal de él; en lo que quizá pueden merecer indulgencia los que han sido agraviados, áun para llegar al extremo de ensañarse con un cadáver que carece de sentido; pero en los que despues escriben los sucesos, no habiendo sido ofendidos en vida por él, y aprovechándose de sus escritos, su misma gloria parece que exige que no le echen en cara con afrenta y vilipendio sus desgracias; de las que nada hay que pueda asegurar áun al hombre más recto y justo de parte de la fortuna. Tampoco Eforo obra cuerdamente en alabar á Filisto: pues sin embargo de mostrarse tan hábil en cubrir con motivos decentes las acciones injustas y las costumbres estragadas, y en encontrar al intento las más seductoras expresiones, por más esfuerzos que hace no puede evitar que de su relacion misma resulte contra sí haber sido el hombre más adicto á la tiranía y el que más solicitó y más admiró el lujo, el poder, la riqueza y los enlaces de los tiranos. En fin, en cuanto á Filisto, el que no alabe sus acciones, ni tampoco le eche en cara su suerte, ese será el que mejor desempeñe el oficio de historiador.

Despues de la muerte de Filisto envió Dionisio á Dion quien le propusiera que le haria entrega de la ciudadela, de las armas y de sus tropas con el sueldo completo de estas para cinco meses; bien que pidiendo que bajo la fe de un tratado se le permitiera retirarse á Italia, y habitando allí, disfrutar en los terminos de Siracusa la posesion llamada Guata, que era un campo dilatado y fértil, que desde la orilla del mar entraba tierra adentro. No admitió Dion el mensaje, sino que le envió á decir que suplicara sobre el objeto de éste á los Siracusanos; los cua-

les esperando tomar vivo á Dionisio, despidieron á sus embajadores; pero él lo que hizo fué entregar la ciudadela á su hijo mayor Apolócrates; y aguardando un viento favorable, teniendo ya puestas en las naves las personas que más apreciaba y lo más escogido de su riqueza, se hizo á la vela, sin que de ello tuviese noticia el general de la armada Heraclides. Este, como se viese maltratado y perseguido de los ciudadanos, se valió de Hipon, que era uno de los demagogos, para que propusiera al pueblo un nuevo repartimiento de tierras, como que la igualdad era principio de libertad, y la pobreza de esclavitud para los miserables. Púsose á su lado Heraclides, y conmoviendo al pueblo contra Dion, que se oponia, persuadió á los Siracusanos á que además del repartimiento decretaran privar á los soldados forasteros de su sueldo, y nombrar otros generales, siéndoles ya molesto Dion. Los Siracusanos, pues, intentando levantarse repentinamente como de una larga enfermedad de la tiranía, y manejarse intempestivamente como los pueblos que tenian el hábito de la libertad, se hicieron á sí mismos gran daño, y aborrecieron á Dion porque, como un buen médico, queria mantener la ciudad en un arreglo esmerado y sobrio.

Habiéndose congregado en junta para la eleccion de los nuevos magistrados, estándose entónces en medio del estío, por quince dias seguidos sucedieron truenos extraordinarios y señales del cielo infaustas, que por supersticion apartaron al pueblo de nombrar otros generales. Mas luégo que á los demagogos les pareció que ya la serenidad era permanente, quisieron llevar á efecto la junta; pero la casualidad hizo que un buey de carretero, aunque hecho á ver gentes, se inquietase y enfureciese contra el conductor; y huyendo á carrera del yugo, se dirigió al teatro, donde inmediatamente alborotó y dispersó á la muchedumbre, que dió á correr desordenadamente; y el buey continuó en su fuga saltando y trastornando cuanto encontraba en

aquella parte de la ciudad que despues ocuparon los enemigos. A pesar de todo esto, y no haciendo cuenta ninguna de ello, nombraron los Siracusanos veinticinco magistrados, de los que era uno Heraclides; y hablando reservadamente á los soldados extranjeros, trataron de seducirlos y separarlos de Dion para traerlos á su partido, prometiéndoles que serian con ellos iguales en derechos, Mas aquellos soldados desecharon sus proposiciones, y conservándose fieles y adictos á Dion, se pusieron armados á su lado para defenderle y protegerle, y así lo sacaron de la ciudad; no haciendo la menor ofensa á nadie, y sólo reconviniendo agriamente á los que encontraban por su ingratitud y perversidad; pero los Siracusanos, despreciándolos por su corto número y porque no habian sido los primeros en la agresion, llevados de que eran muchos más, los acometieron, en la inteligencia de que los vencerian fácilmente dentro de la ciudad, y acabarian con todos.

Constituido con esto Dion en el apuro y en la desgraciada situacion de haber de pelear con sus conciudadanos, ó perecer con sus soldados, dirigia á los Siracusanos los más encarecidos ruegos, tendiendo á ellos las manos y mostrándoles el alcázar lleno de enemigos, que se asomaban por las murallas, y eran espectadores de cuanto pasaba; pero no habiendo modo de templar el ímpetu de aquella muchedumbre, y dominando en la ciudad, como en un mar proceloso, el viento de los demagogos, dió órden á sus soldados, no de trabar pelea, sino sólo de volver cara con resolucion y gritería blandiendo las armas; y con esto ya no aguardó ninguno de los Siracusanos, sino que dieron á huir por las calles sin que nadie los persiguiese: porque Dion hizo retroceder á los soldados, y los condujo á los términos de los Leontinos. Fueron con esto los magistrados de los Siracusanos la risa y escarnio de las mujeres; y queriendo reparar la afrenta, armando otra vez á los ciudada-

nos, marcharon en persecucion de Dion. Alcanzáronle al pasar un rio, y se acercaron con su caballería en actitud de combatir; pero cuando vieron que ya no sufria con mansedumbre y bondad paternal sus demasías, sino que con denuedo volvia y ordenaba sus soldados, entregándose á una fuga más vergonzosa que la primera, se retiraron á la ciudad con muerte de algunos ciudadanos.

Recibieron á Dion los Leontinos con las mayores muestras de honor y aprecio, y á los soldados les ofrecieron pagarles su haber, y los hicieron ciudadanos. Dispusieron luégo enviar á los Siracusanos embajadores con proposicion de que tuvieran la consideracion debida á aquellos soldados forasteros; pero ellos mandaron otra embajada para acusar á Dion. Reuniéronse con los Leontinos los aliados, y habiendo conferenciado entre sí, declararon que no tenian razon los Siracusanos; pero éstos no hicieron cuenta de lo resuelto por los aliados, engreidos y soberbios con que habian sacudido toda obediencia; y ántes les estaban sujetos y les temian sus propios magistrados.

Llegaron en esto á la ciudad algunas galeras enviadas por Dionisio, en las que venian Nipsio de Nápoles, que conducia víveres y caudales á los sitiados; y habiéndose dado un combate naval, quedaron vencedores los Siracusanos, y tomaron cuatro de las naves de aquel convoy. Insolentes con la victoria, y empleando el tiempo, por la anarquía en que vivian, en francachelas y convites desordenados, de tal manera se olvidaron de lo que importaba, que teniéndose ya por dueños de la ciudadela, perdieron la ciudad. Porque Nipsio, viendo que en todo el pueblo no habia quien tuviera juicio, sino que la muchedumbre estaba entregada á músicas y embriagueces desde el dia hasta alta noche, y que los caudillos se regocijaban tambien con aquellas fiestas, y no se cuidaban mucho de hacer su deber con unos hombres beodos, aprovechando hábilmente la ocasion, acometió á la muralla, y apoderándose de ella y

destruyéndola, dió suelta á los bárbaros, diciéndoles que hicieran de los ciudadanos que les vinieran á la mano lo que quisieran ó pudieran. Advirtieron bien pronto los Siracusanos el mal que les habia sobrevenido; pero tarde y con dificultad acudieron asombrados y pasmados á su remedio; porque era un horroroso saqueo el que experimentaba la ciudad, siendo muertos los hombres, derruidas las murallas y conducidas las mujeres y los niños á la ciudadela entre los mayores lamentos: pues los caudillos se habian acobardado del todo, y para nada podian servirse de los ciudadanos contra unos enemigos que por todas partes estaban ya mezclados y confundidos con ellos.

Siendo este el estado de las cosas, y amenazando ya el peligro á la Acradina, todos ponian la vista en el único que podia levantar sus esperanzas; pero nadie lo proponia, avergonzados de la ingratitud é indiscrecion con que respecto de Dion se habian portado. Mas siendo ya urgente la necesidad, salió una voz de entre los aliados y la milicia de caballería de que se llamara á Dion, y se trajera á los Peloponenses del país de los Leontinos. No bien se habia tenido esta resolucion y dádose esta voz, cuando fueron comunes entre los Siracusanos las aclamaciones, el gozo y las lágrimas, rogando á los Dioses por que Dion pareciese, deseando verle, y recordando su valor y denuedo en los peligros, y cómo no sólo era imperturbable él mismo, sino que tambien á ellos les daba espíritu y los conducia impávidos á los enemigos. Envíanle, pues, al punto de los aliados á Arconides y Telesides y otros cinco de la caballería, entre ellos Helanico. Marcharon éstos á desempeñar su comision corriendo á rienda suelta, y llegaron á la ciudad de los Leontinos casi al fin del dia. Apeáronse, y lo primero que hicieron fué ir á echarse llorosos á los piés de Dion, á quien refirieron los infortunios de los Siracusanos. Habian ya acudido algunos de los Leontinos, y los más de los Peloponenses se agolparon á Dion, pensando por la

prisa y por los ruegos de aquellos hombres que habia ocurrido alguna grande novedad. Congregados al punto en junta pública, á la que prontamente concurrieron, y entrando Arconides y Helanico con los que los acompañaban, expusieron brevemente el cúmulo de males que les habian sobrevenido, y rogaban á los soldados de Dion fueran en socorro de los Siracusanos, olvidándose de los agravios recibidos; pues ya los habian pagado, sufriendo mucho más de aquello que los ofendidos podian desear.

Cuando éstos hubieron dado fin á su discurso, quedó en el más profundo silencio todo el teatro. Levantóse Dion, y como al empezar á hablar las muchas lágrimas que corrian de sus ojos le cortasen la voz, los soldados le exhortaban á que tomase aliento mostrándose con él afligidos. Recobrándose, pues, Dion un poco de su grave pesar: «Peloponenses y aliados, dijo, os he reunido aquí para que delibereis sobre vosotros mismos; por lo que á mí hace, no me es dado deliberar perdiéndose Siracusa; pues si no puedo salvarla, voy á lo ménos á enterrarme entre el fuego y las ruinas de la patria. Si quereis todavía dar auxilio á hombres tan desacordados y desventurados como nosotros, mantened en pié á la ciudad de los Siracusanos, que es vuestra obra; pero si irritados con éstos la abandonais, de la virtud y amor que ántes de ahora me habeis manifestado, recibireis de los Dioses digno premio: teniendo presente en vuestra memoria que Dion ni á vosotros os desamparó cuando fuisteis agraviados, ni ahora en la adversidad desampara á sus ciudadanos.» Aun no habia concluido cuando los soldados, levantando gritería, corrieron á él diciendo que los llevara en socorro de Siracusa cuanto ántes; y los embajadores de los Siracusanos les dieron las gracias estrechándolos entre sus brazos, haciendo plegarias á los Dioses para que sobre Dion y sobre los soldados derramaran los mayores bienes. Sosegado el tumulto, les dió órden Dion de que fueran á prevenirse, y comiendo

los ranchos, vinieran armados á aquel mismo lugar, teniendo resuelto marchar en socorro de Siracusa aquella misma noche.

En Siracusa los generales de Dionisio durante el dia hicieron inmensos males en la ciudad; pero venida la noche se retiraron á la ciudadela, habiendo perdido unos cuantos de los suyos; y entónces, haciéndose animosos los demagogos de los Siracusanos, y esperando que los enemigos se pararian en lo ejecutado, acaloraban otra vez á los ciudadanos á que no hicieran cuenta de Dion, y si venía con sus soldados, no recibirlos, ni darles esta prueba de que se les reconocia como aventajados en valor; sino salvar ellos por sí mismos la ciudad y la libertad. Enviaron, pues, de nuevo mensajeros á Dion, los generales disuadiéndole de venir, y los de caballería con los principales ciudadanos diciéndole que acelerase el paso; y por lo mismo caminaba con reposo y sosiego. Llegada la noche, los enemigos de Dion ocuparon las puertas con ánimo de cerrárselas; pero Nipsio, dando otra vez salida de la ciudadela á las tropas asalariadas, que mostraban todavía mayor ardor y fueron entónces en mayor número, destruyó desde luégo todo el muro, y asoló y saqueó la ciudad. Dábase ya muerte, no sólo á los hombres, sino á las mujeres y á los niños; era muy poco lo que se robaba, y mucho lo que se destrozaba y hacía pedazos. Porque dándose ya los de Dionisio por perdidos, y aborreciendo de muerte á los Siracusanos, querian sepultar, digámoslo así, la tiranía entre las ruinas de la ciudad; y anticipándose á la venida de Dion, recurrieron á la destruccion y perdicion más pronta, que es la del fuego, dándole con tizones y hachas á lo que tenian cerca, y lanzando con los arcos á lo que les caia léjos saetas encendidas. Huian los Siracusanos, y de ellos unos eran cogidos y asesinados en las calles, y los que se recogian á las casas eran echados de ellas por el fuego, siendo ya muchas las que ardian y caian encima de los que las abandonaban.

Esta calamidad fué la que principalmente franqueó las puertas de la ciudad á Dion, estando ya de acuerdo todos: porque la casualidad hacía que áun hubiese acortado el paso, cuando oyó que los enemigos se habian encerrado en la ciudadela; pero entrado ya el dia, los de caballería fueron los primeros que le dieron noticia de la segunda invasion; y despues se presentaron algunos de los que ántes se habian opuesto, rogándole que acelerara la llegada. Como el mal se agravase, Heraclides envió á su hermano, y despues á Teodotes su tio, pidiéndole que los socorriese, pues nadie habia que hiciese frente á los enemigos; él se hallaba herido, y la ciudad casi podia contarse por destruida y abrasada. Hallábase Dion cuando le llegaron estas nuevas á distancia todavía de setenta estadios de la ciudad; pero manifestando á sus soldados el peligro é instándoles, ya no marcharon despacio, sino que los condujo á carrera á la ciudad, sucediéndose los mensajeros unos á otros para darle prisa. Habiendo, pues, sido increible la presteza y diligencia de los soldados, entró por las puertas, dirigiéndose á la parte de la ciudad llamada el Hecatompedo; y á las tropas ligeras les dió órden de marchar inmediatamente contra los enemigos, para que al verlas cobraran ánimo los Siracusanos. La infantería de línea la ordenó él mismo, y con ella los ciudadanos que acudian y se prestaban á agregarse á la milicia, formando divisiones y dándoles caudillos para que se presentara más terrible, cargando á un mismo tiempo por todas partes.

Dispuestas así las cosas y hechas plegarias á los Dioses, se le vió marchar con sus tropas por la ciudad contra los enemigos; con lo que fueron grandes en los Siracusanos la algazara, el gozo y las aclamaciones, mezcladas con votos y exhortaciones: llamando á Dion salvador y númen tutelar, y á sus soldados hermanos y ciudadanos. No habia en aquella sazon ninguno tan amante de sí mismo y de la vida que no se mostrara más cuidadoso por Dion solo que por

todos los demas, viéndole marchar el primero al peligro por entre la sangre, el fuego y los montones de cadáveres tendidos en las plazas. No dejaban tambien de infundir terror los enemigos, que enfurecidos y soberbios estaban formados junto al muro, al cual no se podia llegar sin gran dificultad y trabajo. Mas el peligro que más fatigaba á los soldados era el del fuego, que hacía muy embarazosa su marcha, ya porque los circundaba de luz la llama que devoraba las casas, ya porque tenian que dirigir sus pasos por entre escombros todavía ardientes, y ya porque iban tropezando sin poder sentar con seguridad los piés á causa de los grandes y contínuos hundimientos: caminando además entre polvo mezclado de humo, con la atencion de no desordenarse y perder la formacion. Cuando ya llegaron á los enemigos, la pelea era de pocos contra pocos por la estrechez y desigualdad del sitio, pero con la gritería y excitacion de los Siracusanos, que daban ánimo á los soldados, hubieron de ceder los de Nipsio; de los cuales la mayor parte se salvó refugiándose á la ciudadela, que estaba inmediata; pero á los que quedaron fuera y se esparcieron por la ciudad los persiguieron los soldados de Dion, y les dieron muerte. El tiempo no dió entónces oportunidad para disfrutar de la victoria, ni para hacer las demostraciones de gozo y gratitud que tan grande suceso pedia, por tener que acudir á sus casas los Siracusanos, quienes con dificultad pudieron apagar el fuego en toda aquella noche.

Luégo que se hizo de dia no se detuvo ninguno de los demagogos; sino que dándose por perdidos, huyeron. Heraclides y Teodotes se resolvieron á presentarse por sí mismos y entregarse en manos de Dion, confesando sus yerros y rogándole que lo hiciera mejor con ellos que ellos lo habian hecho con él: pues era propio de Dion, que tanto sobresalia en las demas virtudes, aventajarse tambien en saber domar la ira respecto de unos ingratos que

ahora reconocian haber sido vencidos por él en aquella misma virtud por la que se le habian mostrado contrarios. Hechas estas súplicas por Heraclides y Teodotes, instaban á Dion sus amigos que no usara de benignidad con unos hombres malos y perversos; sino que abandonara á Heraclides al encono de los soldados, y arrancara del gobierno el vicio de captar popularidad: enfermedad furiosa, no ménos perjudicial que la tiranía. Dion para aplacarlos les dijo que los demas generales en lo que principalmente se ejercitaban era en las armas y en la guerra; y él habia gastado mucho tiempo en la Academia para estudiar cómo dominar la ira, la envidia y toda codicia; de lo que no era muestra el usar de afabilidad y dulzura con los amigos y con los hombres de bien; sino habiendo sido agraviado, el acreditarse de compasivo y benigno con los ofensores, y que queria hacer ver que no tanto era superior á Heraclides en poder y en valor como en bondad y justicia: pues la superioridad verdadera en éstas habia de ponerse. Porque en la victoria y ventajas de la guerra, cuando no las dispute ningun hombre, entra á la parte la fortuna; ¿y acaso porque á Heraclides le hiciera desleal y malo la envidia habia de estragar Dion su virtud con la ira? Porque el que sea más justo el vengarse y tomar satisfaccion que el ser el primero en ofender es determinacion de la ley, cuando por naturaleza ambas cosas provienen de la misma debilidad; y si bien el borrar la maldad del hombre no es cosa muy hacedera, no es tampoco tan ardua y desesperada, que no pueda hacérsele cambiar, vencida por los favores del que muchas veces se empeña en hacer bien.

En consecuencia de estos discursos dejó Dion ir libre á Heraclides; y volviendo su cuidado á la circunvalacion, dió órden de que cada uno de los Siracusanos, cortando una estaca de valladar, la trajera y pusiera junto al muro, y empleando por la noche á sus soldados miéntras los Siracusanos descansaban sin que nadie lo entendiese, dejó

cercada la ciudadela: de manera que al dia siguiente sorprendió á los ciudadanos, no ménos que á los enemigos, con la presteza de tamaña obra. Dió luégo sepultura á los Siracusanos que habian muerto; y habiendo rescatado los cautivos, que no bajaban de dos mil, convocó á junta pública. Presentóse en ella Heraclides, haciendo la proposicion de que se nombrara á Dion generalísimo de tierra y de mar; y habiendo sido admitida de los buenos ciudadanos que querian se sancionase, la muchedumbre marinera y artesana concitó una sedicion, manifestándose disgustada de que Heraclides quedara despojado del mando del mar, por parecerle que si bien en lo demas Heraclides no estaba adornado de grandes cualidades, á lo ménos era infinitamente más popular que Dion y más manejable para la plebe. Condescendió en esto Dion, y restituyó á Heraclides el mando de la armada; pero habiéndose opuesto á los que insistian sobre el repartimiento de terrenos y de las casas, anulando lo que acerca de esto se habia ántes establecido, indispuso y enajenó los ánimos, de donde tomó otra vez ocasion Heraclides, y acantonado en Mesena, sedujo á los soldados y marineros que con él se hallaban, y los irritó contra Dion, haciéndoles entender que aspiraba á la tiranía; y al mismo tiempo hizo ocultamente un convenio con Dionisio por medio de Farage de Esparta. Llegáronlo á descubrir los principales ciudadanos de Siracusa, y se movió una sedicion en el ejército, de la que resultó escasez y hambre en Siracusa; en términos que el mismo Dion quedó sin saber qué hacer, é incurrió en la reprension de sus amigos, que le hacian cargo de haber fomentado contra sí á un hombre como Heraclides, intratable y pervertido por la envidia y por la maldad.

Hallándose Farage acampado junto á Nápoles en el campo de Agrigento, condujo Dion á los Siracusanos, con intento de pelear con él en otra oportunidad; pero como Heraclides y la marinería gritasen que Dion no queria termi-

nar la guerra por medio de una batalla, sino dilatarla para mantenerse en el mando, se vió en la precision de trabar combate, y fué vencido. La derrota no fué grande, sino más bien una dispersion y desórden entre los soldados mismos que se alborotaron; por lo que Dion, resuelto á volver á dar batalla, los redujo al órden, persuadiéndolos é inspirándoles confianza; pero á la entrada de la noche se le dió aviso de que Heraclides, zarpando con su escuadra, navegaba sobre Siracusa, con la determinacion de apoderarse de la ciudad y de negarles la entrada á él y á su ejército. Tomando, pues, consigo en el momento á los más esforzados y resueltos, caminaron á caballo toda aquella noche, y á la hora tercera del dia siguiente estaban ya á las puertas, habiendo andado setecientos estadios. Como Heraclides se hubiese atrasado con sus naves, por más prisa que quiso darse se mantuvo en el mar, y andando errante sin objeto cierto, se encontró con Gesilo de Esparta, quien le dijo que venía de Lacedemonia á ser caudillo de los Sicilianos, como ántes Gilipo. Recibióle, pues, con gran complacencia, y pensando en oponerle como un antídoto á Dion, lo presentó á los aliados; y enviando un heraldo á Siracusa, propuso á los Siracusanos que admitieran aquel general Esparciata. Respondióle Dion que los Siracusanos tenian bastantes generales, y si los negocios requerian absolutamente un Esparciata, en él lo tenian, pues era Esparciata por adopcion. Con esto Gesilo cedió en la pretension del mando, y pasando á verse con Dion, reconcilió con él á Heraclides, que dió muchas palabras é hizo los mayores juramentos, accediendo á éstos el mismo Gesilo, que por su parte juró ser vengador de Dion, y tomar satisfaccion de Heraclides si se portase mal.

De resultas de este suceso desarmaron los Siracusanos la escuadra, porque no teniendo en qué emplearla, no les servia más que de gasto con la gente de mar, y de motivo de indisposicion entre los generales. Sitiaron el alcázar,

acabando el muro con que le circunvalaban; y como no socorriendo nadie á los sitiados les faltasen los víveres, y los soldados extranjeros se les hubiesen insubordinado, perdió el hijo de Dionisio toda esperanza, y entrando en conciertos con Dion, le entregó el alcázar con las armas y todos los pertrechos de guerra; recogió la madre y las hermanas, y cargando cinco galeras marchó á unirse con el padre, dejándole partir Dion con toda seguridad, y no quedando Siracusano alguno que no saliera á gozar de aquel espectáculo; tanto, que los que se hallaban ausentes se quejaban de no haber visto aquel dia en que el sol empezaba á alumbrar á Siracusa libre. Y si áun ahora entre los grandes ejemplos que se refieren de la mudanza de fortuna, es el mayor y más notable éste del destierro de Dionisio, ¿cuál debió ser entónces el gozo de aquellos ciudadanos? ¿y qué debieron pensar los que con tan pocos medios destruyeron la más poderosa tiranía que jamás se habia visto?

Como Dion luégo que dió la vela Apolócrates se encaminase al alcázar, no pudieron aguantar más las mujeres que en él habian quedado, ni esperaron á que entrase, sino que corrieron á la puerta, Aristómaca llevando de la mano al hijo de Dion, y Arete yendo en pos de ésta, llorando é incierta de cómo habia de saludar al marido, habiendo estado enlazada con otro. Abrazó Dion primero á la hermana y despues al hijo; y entónces Aristomaca, presentando á Arete, «hemos sido desdichadas, le dijo, oh Dion, durante tu destierro: con tu venida y tu victoria nos has librado de opresion y angustia á todos nosotros, á excepcion de ésta, á quien yo miserable he visto ser por fuerza, ¡vivo tú, casada con otro. Ahora, pues, que la fortuna nos ha puesto en tu poder, dí cómo tomas la necesidad en que esta infeliz se ha visto, y si te ha de abrazar como tio, ó como marido.» Dicho esto por Aristomaca, no pudiendo Dion contener las lágrimas, abrazó con el mayor cariño á

su esposa; y entregándole el niño, le dijo que marcharan á su propia casa, á la que él tambien se fué á habitar, habiendo hecho entrega de la ciudadela á los Siracusanos.

Habiéndole salido tan felizmente los negocios, la primera cosa en que se propuso gozar de su prosperidad, fué en hacer favores á sus amigos y donativos á los aliados, y más especialmente en hacer participantes de su humanidad y munificencia á los más allegados que tenía en la ciudad, y á los soldados que le habian servido, excediendo su magnanimidad á sus facultades; pues por lo que hace á sí mismo, se trataba sencilla y frugalmente como cualquiera particular, siendo de maravillar que teniendo puesta la vista en su brillante fortuna, no sólo la Sicilia y Cartago, sino toda la Grecia, y no reputando todos por tan grande á ningun general de los de aquella edad, ni hallando con quien compararlo en valor y en buena suerte, usara de tanta moderacion en el vestido, en la servidumbre y en la mesa, como si se mantuviera en la Academia al lado de Platon y no viviera con extranjeros y soldados, para quienes los contínuos festines y recreos son un desquite de los trabajos y peligros. Y si Platon le habia escrito que á él sólo sobre la tierra miraban todos, él á lo que parece no miraba más que á un pequeño recinto de una sola ciudad, esto es, á la Academia; sabiendo que aquellos espectadores y jueces, no tanto admirarian ninguna accion brillante ni ninguna empresa atrevida, como estarian en observacion de si hacía un uso prudente y modesto de su fortuna, y si se mostraba templado en la prosperidad y en la opulencia. Por lo que hace á la severidad en el trato y á la gravedad para con el pueblo, tenía propuesto de no rebajar ó quitar nada, á pesar de que el estado de las cosas pedia cierta condescendencia, y de que, como hemos dicho, Platon le habia reprendido escribiéndole que la terquedad y dureza son propias de la soledad, sino que él naturalmente debia de ser despegado, y parece que se

proponia mejorar en costumbres á los Siracusanos, demasiado muelles y delicados.

Era preciso que estuviese siempre receloso de la enemistad de Heraclides, el cual en primer lugar, llamado al consejo, no quiso concurrir, diciendo que por ser un particular, adonde debia asistir era á la junta pública con los demas ciudadanos. Demas de esto, acusaba á Dion de no haber demolido la ciudadela; de que queriendo el pueblo deshacer el sepulcro de Dionisio el Mayor y arrojar su cadáver, no se lo permitió; y finalmente, que llamaba consejeros y compañeros para el mando de la ciudad de Corinto, desdeñando sus propios ciudadanos. De hecho habia llamado á los de Corinto, por creer que con más facilidad estableceria con su venida el gobierno que meditaba. Considerando á la democracia pura, no como un gobierno, sino como el mercado de todos los gobiernos, segun expresion de Platon, pensaba desterrarla de Siracusa, y establecer y plantear al modo de los Lacedemonios y Cretenses un gobierno mixto de democracia y monarquía, en que la aristocracia tuviera la principal direccion; porque veia que tambien en los Corintios dominaba la oligarquía, y eran pocos los negocios públicos que se administraban en la junta popular. Atendiendo, pues, á que Heraclides principalmente se le habia de oponer para estos arreglos, siendo por otra parte turbulento, mudable y dispuesto á sediciones, á los que en otro tiempo habia estorbado quitarlo de en medio, en esta ocasion se lo permitió, y así introduciéndose en su casa, en ella le dieron muerte, la que los Siracusanos manifestaron sentir mucho. Pero Dion, disponiendo que se le hiciera un magnífico entierro, acompañando la pompa con todo el ejército, y arengándoles despues, logró que se la perdonasen, por creer que no podrian dejar de ser contínuas las disensiones si á un tiempo gobernaban Heraclides y Dion.

Tenía Dion un amigo de Atenas llamado Calipo, del que

decia Platon que no por gustar de la doctrina, sino por la iniciacion y por ciertas amistades vulgares, se le habia hecho conocido y familiar; pero él por otro lado no carecia de instruccion en la milicia, en la que además se habia adquirido un nombre, tanto, que habia sido el primero que con Dion habia entrado en Siracusa coronado, y en los combates era ilustre y distinguido. Habiendo perecido en la guerra los principales y mejores amigos de Dion, y por otra parte quitado de en medio á Heraclides, vió que el pueblo de Siracusa habia quedado sin caudillo, y que los soldados de Dion principalmente le atendian y respetaban; con lo que Calipo, el más malvado de los hombres, vinò á concebir la esperanza de que la Sicilia habia de ser el premio de la muerte de su huésped; y áun hay quien dice que habia recibido veinte talentos de los enemigos por precio de esta maldad. Corrompió, pues, y sedujo á algunos de los aliados contra Dion, valiéndose para ello de este principio sumamente perverso y astuto: denunciando contínuamente algunos rumores contra Dion, ó que verdaderamente se habian esparcido, ó levantados por él, adquirió tal autoridad y poder por el crédito que habia sabido conciliarse, que con reserva ó á las claras hablaba á los que queria contra Dion, permitiéndolo éste para que no se le ocultase ninguno de los descontentos ó que se hiciesen sospechosos. Con esto vino á suceder que en breve Calipo pudo dar con los malos y mal dispuestos, y asociárselos; y si alguno desechaba la proposicion, y daba cuenta á Dion de la tentativa con él hecha, no le cogia á éste de nuevo ni se inquietaba, suponiendo que Calipo no hacía más que lo que él le habia mandado.

En el tiempo en que ya se trataba este género de asechanza, tuvo Dion una vision grande y prodigiosa; porque hallándose una tarde solo sentado en la galería de su casa, pensando en sus cosas, de repente oyó un ruido, y volviendo la vista á uno de los corredores á tiempo que áun

duraba la luz del dia, vió á una mujer gigantesca, que en el traje y en el rostro en nada se diferenciaba de las furias, estar con una escoba barriendo la casa. Pasmado, pues, y lleno de miedo, hizo llamar á sus amigos y les refirió la vision que se le habia aparecido, rogándoles que se quedasen y estuviesen con él allí la noche, hallándose del todo sobrecogido y temeroso de que volviera á presentársele aquel espectro estando solo; no volvió, sin embargo, á suceder. Al cabo de pocos dias su hijo, que apénas era mancebo, por cierto disgusto y enfado nacido de pequeña y pueril causa, se tiró de cabeza desde lo alto del tejado, y se mató.

Miéntras estaba Dion cercado de tales disgustos, Calipo adelantaba más y más sus asechanzas, y habia hecho correr entre los Siracusanos la voz de que Dion, hallándose sin hijos, estaba en ánimo de llamar á Apolócrates el de Dionisio y declararle su sucesor, como sobrino que era de su mujer y nieto de su hermana. Ya habian llegado á tener sospechas Dion y las mujeres de lo que pasaba, y además eran frecuentes las denuncias que se les hacian de todas partes; pero pesaroso Dion de lo ocurrido, segun parecer con Heraclides y de aquella muerte, como si en su vida y en sus acciones le hubiese quedado cierta mancha impresa que no le dejaba obrar, en todo encontraba dificultades y andaba dando largas, habiéndose dejado decir muchas veces que estaba pronto á morir y á presentarse al que quisiera traspasarle, mas bien que haber de precaverse de amigos y enemigos. Viendo, pues, Calipo que las mujeres estaban instruidas menudamente de toda la conjuracion, y concibiendo temor, se presentó á ellas negándolo, y con lágrimas les dijo que les daria las seguridades que quisiesen; pero ellas no se contentaban con nada ménos que con que prestase el grande juramento. Era en esta forma: bajando el que le prestaba al santuario de Céres y Proserpina, con ciertas ceremonias se circundaba de la púrpura de

la Diosa, y tomando una tea encendida hácia el juramento. Cumpliendo con todas estas cosas Calipo, y jurando, de tal modo se burló de las Diosas, que aguardó los dias consagrados á la fiesta de la Diosa por quien juraba, y en uno de estos dias cereales ejecutó la muerte de Dion, pareciéndole que no era bastante impío con la Diosa y con su festividad si en otro tiempo él mataba á su iniciado (1).

Siendo ya muchos los que estaban en la conjuracion, y hallándose Dion con sus amigos sentado en una habitacion que tenía muchas camas, unos cercaron la casa y otros tomaron las puertas y ventanas; pero los de Zacinto, que eran los que habian de echarle mano, entraron sin llevar puñales en la cinta: al mismo tiempo los de la parte afuera trajeron á sí las puertas y las tenian sujetas; los otros habiéndose echado sobre Dion trataban de sujetarlo y sofocarlo; pero viendo que nada les aprovechaba, pedian un puñal. Nadie se atrevió á abrir las puertas, sin embargo de ser muchos los que estaban dentro; y es que cada uno echaba cuenta de salvarse á sí mismo si abandonaba á Dion, y así ninguno fué á su socorro. Como fuese demasiado despacio, Licon Siracusano alargó á uno de los Zacintios un sable por una de las ventanas, y con él como á una víctima degollaron á Dion, á quien tenian ya sujeto y atemorizado de antemano. Inmediatamente despues á la hermana y á la mujer que estaba en cinta las hicieron llevar á la cárcel, donde sucedió que la infeliz mujer dió á luz un hijo varon, y áun lograron que se le permitiera criarlo, habiéndolo recabado de los guardias á tiempo que ya Calipo empezaba á experimentar alguna turbacion en sus negocios.

Porque al principio, habiendo quitado del medio á Dion,

(1) Alude á los misterios de Eleusis, en los que al iniciarse Dion, debió de ser Calipo el que le recibió; y es sabido el gran delito que esto producia.

logró hacerse ilustre y apoderarse de Siracusa, lo que participó á la misma ciudad de Atenas, á la que despues de los Dioses debia reverenciar y temer, habiéndose arrojado así á la maldad. Pero parece que es cierto lo que se dice, que aquella ciudad, si los hombres buenos se dan á la virtud, los produce excelentes; y si los malos siguen la senda del vicio, son los más perversos, así como su terreno da la miel más sabrosa y la cicuta más mortífera. Pero no por largo tiempo estuvo Calipo siendo una acusacion de la fortuna y de los Dioses, de que miraban con indiferencia á un hombre que habia adquirido por medio de tal impiedad tan grande mando y tanto esplendor; porque muy presto pagó la pena merecida, pues habiendo intentado tomar á Catana, al punto perdió á Siracusa; de manera que se refiere haber dicho él mismo que habia perdido una ciudad por tomar una raedera. Invadiendo despues á Mesana, perdió á la mayor parte de los soldados, entre ellos los que habian dado muerte á Dion; y no queriendo recibirle ninguna ciudad de la Sicilia, sino ántes aborreciéndole y desechándole todos, se acogió por último á Regio. Allí pasándolo miserablemente, y no pudiendo asistir á las tropas asalariadas, fué muerto por Leptines y Poliperconte, que usaron casualmente del mismo sable con el que dicen haberlo sido Dion, conociéndolo en el tamaño, porque era corto como todos los de Esparta, y muy pulido y gracioso en su hechura; y de este modo pagó Calipo su merecido. Por lo que hace á Aristomaca y Arete, luego que fueron sueltas de la cárcel, vinieron á poder de Iquetes de Siracusa, que habia sido uno de los amigos de Dion, el que al principio dió muestras de ser fiel á la amistad y tratarlas con decoro; pero seducido, por último, de los enemigos de Dion, les previno una embarcacion como para enviarlas al Peloponeso, y mandó que en la travesía las diesen muerte y las arrojasen al mar; y no falta quien diga que vivas las sumergieron, y al hijo con ellas. Pero tam

bien éste tuvo la pena que merecieron sus crímenes, porque él mismo fué muerto habiendo caido cautivo en poder de Timoleon, y á dos hijas suyas los Siracusanos las sacrificaron á Dion; de las cuales cosas en la vida de Timoleon se escribe circunstanciadamente.

BRUTO.

El progenitor de Marco Bruto era Junio Bruto, cuya estatua de bronce pusieron los antiguos Romanos en el Capitolio en medio de las de los reyes, con espada desenvainada, para dar á entender que fué quien tuvo aliento de arrojar de Roma á los Tarquinios. Mas aquél, teniendo un carácter áspero y que no habia sido suavizado por la doctrina, sino que se conservaba con el temple del más duro acero, llevó la ira contra los tiranos hasta dar muerte á sus propios hijos; pero este cuya vida escribimos, templando sus costumbres con la educacion y la elocuencia por medio del estudio de la filosofía, y despertando con el manejo de los negocios su índole firme, aunque benigna, parece que se dispuso y preparó con mayor cuidado al ejercicio de la virtud; de manera que áun los que no le miraban bien por la conjuracion contra César, lo que hubo de generoso y noble en esta accion lo atribuian á Bruto, y lo que esta tuvo de atroz y repugnante lo echaban sobre Casio, que aunque era deudo y amigo de Bruto, no era en sus costumbres igualmente sencillo y puro. El linaje de su madre Servilia subia á Servilio Ahala, que aspirando Espurio Melio á la tiranía, y moviendo con esta mira sedicion en el pueblo, tomó un puñal bajo la ropa, y bajando á la plaza se puso al lado de Melio, como que tenía que tratar con él

algun negocio, y al inclinarse éste para oirle le hirió y mató. En este punto no hay disputa; en cuanto al linaje paterno, los que por muerte de César mostraron enemiga y encono contra Bruto, dicen que no sube al que expelió á los Tarquinios, porque no le quedó sucesion despues de haber dado muerte á los hijos, sino que éste era plebeyo descendiente de un mayordomo de Bruto, y que hacía poco habian aspirado á las magistraturas; pero el filósofo Posidonio dice que aunque fué cierto murieron los dos hijos de Bruto, quedó otro tercero todavía muy niño, de quien aquel linaje provenia; y que en algunos varones señalados de la misma familia á quienes habia conocido, se echaba de ver que su semblante tenía cierta semejanza con el que la estatua representa. Mas en este punto baste lo dicho.

De la madre de Bruto, Servilia, era hermano Caton el filósofo, á quien sobre todos se propuso imitar Bruto, siendo su tio, y despues su suegro. De los filósofos griegos, para decir la verdad, ninguna secta le era nueva ó extraña, aunque más particularmente se habia dedicado á las de los discípulos de Platon; y no siendo muy adicto á la Academia llamada nueva ó media, estaba decidido por la antigua. Miró siempre con admiracion á Anticco Escalonita, é hizo su amigo y comensal al hermano de éste, Ariston, varon inferior á muchos filósofos en la elocuencia y erudicion, pero en su probidad y modestia comparable á los primeros. Por lo que hace á Empilo, de quien él mismo y sus amigos hacen mencion en sus cartas, tratándole igualmente de su comensal, era orador y dejó una relacion pequeña, pero no despreciable, de la muerte de César, la que se intitulaba *Bruto*. Ejercitóse éste en latin lo bastante para las arengas y para las contiendas del foro, y en griego se descubre por algunas de sus cartas que se dedicó á imitar la concision sentenciosa de los Espartanos, como cuando escribió á los de Pérgamo, hallándose ya en la guerra: «Oigo que habeis dado dinero á Dolabela: si lo

habeis dado por vuestra voluntad, reconoced que habeis hecho mal; y si ha sido por fuerza, hacédmelo ver con darme á mí voluntariamente.» Otra vez á los de Samos: «Vuestros consejos celebrados con negligencia, y vuestros auxilios tardíos, ¿qué fin pensais que tendrán?» En otra carta acerca de los de Patara: «Los Jantios por haber despreciado mi beneficencia hicieron de su patria el sepulcro de su simpleza; y los Patareos que se pusieron confiados en mis manos para todo, gozan de su libertad: está, pues, en vuestro arbitrio el optar entre el juicio de los Patareos y la suerte de los Jantios.» Este es el estilo de sus cartas.

Siendo todavía jóven, hizo viaje á Chipre con Caton, su tio, enviado contra Tolomeo. Como éste se hubiese quitado á sí mismo la vida, teniendo Caton necesidad de detenerse en Rodas, le habia sido preciso mandar á Canidio, uno de sus amigos, para la custodia de aquellos grandes intereses; y temiendo que éste podia no preservarse puro de ocultacion, escribió á Bruto que se dirigiera sin dilacion á Chipre desde Panfilia, porque se hallaba allí convaleciendo de una enfermedad. Embarcóse, pues, aunque muy á su pesar, ya por sentir ajada la opinion de Canidio, maltratado con esta desconfianza de Caton, y ya tambien porque todo aquel cuidado y escrupulosa diligencia, siendo todavía jóven y dado á sus estudios, no lo miraba como muy liberal ni como muy propio de su persona. Con todo, se venció en esto á sí mismo hasta merecer los elogios de Caton; y habiendo reducido á dinero toda aquella riqueza, encargándose de la mayor parte de los caudales, se embarcó para Roma.

Cuando ya la república estuvo dividida en dos parcialidades, habiendo tomado las armas Pompeyo y César, y el gobierno se puso en desórden, parecia cosa cierta que Bruto seguiria el partido de César, porque su padre habia sido muerto poco ántes por Pompeyo; pero anteponiendo el interes comun á los personales y propios, como juzgase

que la causa de Pompeyo para la guerra era más justa que la de César, abrazó la de aquél; y eso que ántes cuando se encontraba con Pompeyo, ni siquiera lo saludaba, teniendo por grande abominacion dar la palabra al matador de su padre; pero entónces se puso á sus órdenes, mirándole como caudillo de la patria, y pasó á Sicilia en calidad de legado de Sestio, á quien habia cabido en suerte aquella provincia. Mas viendo que nada señalado podia allí hacerse, y que ya estaban al frente uno de otro Pompeyo y César para disputarse el mando de la república, partió para la Macedonia, deseoso de tener parte en la contienda; y se dice que contento y maravillado Pompeyo, cuando fué á presentársele se levantó de su asiento y le abrazó como á persona muy distinguida y aventajada en presencia de todos. En el ejército, las horas que no estaba al lado de Pompeyo, las empleaba en escribir y en los libros, no sólo en el tiempo anterior, sino cuando ya se iba á dar la batalla de Farsalia. Era el rigor del verano y hacía un excesivo calor, estando acampados en un país pantanoso; y como no llegasen con tiempo los que le traian la tienda, fatigado con este incidente, apénas á medio dia pudo ungirse y comer un bocado; y miéntras los demas dormian ó tenian la atencion puesta en lo que iba á suceder, él se detuvo escribiendo hasta la tarde, ocupado en órdenar un compendio de Polibio.

Dícese que César no dejó de tener cuidado de Bruto; sino que en la batalla previno á los jefes que tenía cerca de sí que no le matasen, y ántes le guardasen consideracion, llevándole á su presencia si voluntariamente se prestaba á ello; pero que si hacía resistencia lo dejaran y no lo violentasen: y que esto lo hacía en obsequio de la madre de Bruto, Servilia, porque siendo jóven habia tratado á ésta, que se mostraba muy prendada de él; y habiendo nacido Bruto en el tiempo en que estos amores se hallaban en su mayor fuerza, estaba creido de que habia nacido de

él. Refiérese asimismo que cuando en el Senado se estaba tratando de aquella terrible conjuracion de Catilina, que estuvo á punto de arruinar la república, contendian entre sí Caton y César, siendo de distinto dictámen. En esto le entraron á César un billete que se puso á leer para sí, clamando Caton que César ejecutaba una accion muy reparable en recibir avisos y billetes de los enemigos; y como muchos se mostrasen tambien inquietos, entregó César el billete á Caton, el cual luego que vió ser un billete amoroso de su hermana Servilia, se lo tiró á César, diciéndole: «Toma, borracho;» y volvió á continuar su discurso: ¡tan sabidos y públicos eran los amores de Servilia con César!

Padecida aquella gran derrota, Pompeyo se retiró por mar, y cercado el campamento, Bruto pudo anticiparse á salir por una puerta dirigiéndose á un sitio pantanoso, inundado de agua y poblado de cañas, del que marchó aquella noche llegando sin tropiezo á Larisa; y habiendo escrito desde allí, César celebró saber que se habia salvado, y mandándole que fuese á su campo, no sólo le dió por quito de toda culpa, sino que le mantuvo á su lado honrándole como al que más. Nadie sabía decirle el camino que habia tomado Pompeyo, con lo que César estaba en la mayor incertidumbre; pero marchando sólo con Bruto procuró sacarle el pecho, y habiendo juzgado por ciertas expresiones que Bruto habia conjeturado acertadamente acerca de la fuga de Pompeyo, abandonando toda otra ruta, se dirigió al Egipto. A Pompeyo, pues, retirado á este reino, conforme Bruto lo habia pensado, allí le alcanzó su hado; mas éste templó tambien la ira de César respecto de Casio. Tomando por su cuenta defender en Nicea al rey Deyotaro, quedó vencido por lo grave de los cargos; pero rogando y suplicando por él, le salvó gran parte de su reino. Refiérese que César la primera vez que oyó hablar en público á Bruto, prorumpió en esta expresion: «Este jóven no sé qué es lo que quiere; pero todo lo que quiere,

lo quiere con vehemencia;» y es que su misma entereza é inflexibilidad para no pedir nada por favor, sino obrando en virtud de raciocinio y de una premeditada resolucion, cuando ya se determinaba, le hacía emplear medios seguros y efectivos. Para las peticiones injustas era inaccesible á la lisonja; y teniendo por indigno de un hombre grande el dejarse vencer de los que son desvergonzadámente importunos, á lo que algunos llaman vergüenza, solia decir que los que no saben negar nada, le parecia que no podian haber hecho buen uso de la flor de su juventud. Al marchar César al Africa contra Caton y Escipion, encomendó á Bruto la Galia cisalpina, por buena dicha de esta provincia, porque tratando los encargados de otras á sus habitantes como cautivos, para éstos era Bruto descanso y consuelo áun de los males ántes sufridos; de todo lo que hacía que el agradecimiento fuese para César, de tal manera, que cuando despues de su vuelta recorria la Italia, le fueron un espectáculo muy agradable las ciudades sujetas á Bruto, y Bruto mismo que habia aumentado su gloria y le recibia tambien con reconocimiento.

Eran várias las preturas, y no se dudaba que la de mayor dignidad, llamada pretura urbana, sería de Bruto ó Casio. Dicen algunos que ya por otras causas estaban desacordados entre sí, sin que esto hubiese salido al público, y que con este motivo creció la discordia, sin embargo del deudo que tenian, porque Casio estaba casado con Junia, hermana de Bruto; pero otros aseguran que esta contienda fué obra de César, que reservadamente daba esperanzas á entrambos, hasta que excitados y acalorados uno y otro se mostraron competidores, contendiendo Bruto con su buena opinion y con su virtud contra las muchas y brillantes hazañas de Casio en la guerra de los Partos. Enterado César de la pretension, y consultando sobre ella con sus amigos, dijo: «Las alegaciones de Casio son más justas; pero á Bruto se ha de dar la primera.» Nombrado, pues, Casio para

la segunda, no tuvo tanto agradecimiento por la que se le dió, como enojo y encono por aquella en que fué vencido; y Bruto en general participaba del poder de César á medida de su voluntad, pues si hubiera querido, estaba en su mano el ser el primero de los amigos de éste y el de mayor influjo; sino que le retrajo y apartó el deudo y amistad con Casio, no porque se hubiese reconciliado con él desde aquella competencia, sino porque daba oidos á sus amigos que le prevenian no se dejara seducir y ablandar por César, y ántes huyera los agasajos y obsequios de un tirano que los prodigaba, no por hacer honor á su virtud, sino para debilitar su firmeza y enervar su aliento.

No dejaba César de tener algunas sospechas, ni carecia del todo de antecedentes contra él; sino que si por una parte temia su carácter firme, su opinion y sus amigos, por otra confiaba en sus costumbres. Y en primer lugar, denunciándosele que Antonio y Dolabela intentaban novedades, dijo que no le daban cuidado aquéllos obesos y bien mantenidos, sino los otros descoloridos y flacos, aludiendo á Bruto y Casio. Acusando despues ante él algunos á Bruto, y previniéndole que se guardara de él, se tocó el cuerpo con la mano y dijo: «¿Pues qué, os parece que Bruto no ha de esperar esta carne?» queriendo dar á entender que despues de él á nadie correspondia como á Bruto tener un poder igual al suyo; y en verdad que habria llegado á ser el primero sin disputa, si contento con ser por algun tiempo el segundo, hubiera dejado que decayera su poder y se marchitara la gloria de sus triunfos. Mas Casio, hombre iracundo y que más bien era personalmente enemigo de César, que por la república enemigo del tirano, le acaloró é inflamó; y se dice que Bruto llevaba á mal aquel imperio, y Casio aborrecia al Emperador. Entre las várias quejas que contra él tenía, era una el haberle quitado unos leones que habia prevenido para sus juegos edilicios, y César se los apropió habiéndolos ocupado en Megara cuando aquella

ciudad fué tomada por Caleno. Estas fieras se dice que fueron una gran calamidad para los Megarenses, porque cuando ya la ciudad era entrada, abrieron las puertas y cerrojos y desataron las cadenas para que aquellos leones detuvieran á los enemigos; pero las fieras se volvieron contra ellos mismos, y como corriesen sin armas, los despedazaron; de manera que áun para los enemigos fué aquel un espectáculo terrible.

Respecto de Casio, esta dicen que fué la principal causa para conjurar contra César; en lo que no tiene razon, porque desde el principio habia en la masa de la sangre de Casio un odio y rencor ingénitos contra toda casta de tiranos, como lo manifestó siendo todavía niño yendo á la misma escuela con Fausto el hijo de Sila; pues como éste le hablase con jactancia entre los demas muchachos, celebrando la monarquía de su padre, levantándose Casio le dió de bofetadas. Querian los tutores y parientes de Fausto reclamar sobre este hecho y perseguirlo en justicia, pero se opuso Pompeyo, y haciendo comparecer á los dos niños, se informó de lo sucedido, y se refiere que allí mismo dijo Casio: «Mira, Fausto, atrévete á proferir aquí aquella expresion con que me irritaste, para que otra vez te vuelva á bañar los dientes en sangre:» ¡este era el temple de Casio! En cuanto á Bruto, eran muchas las expresiones de sus amigos, y muchos los dichos y escritos de los ciudadanos con que le provocaban y excitaban á la empresa. Porque en la estatua de su progenitor Bruto, el que destruyó la autoridad real, escribian: «¡Así existieras ahora, Bruto!» y «¡Ojalá vivieras, Bruto!» y el tribunal del mismo Bruto, que era á la sazon pretor, se encontraba por las mañanas lleno de escritos que decian: «Bruto, ¿duermes? en verdad que tú no eres Bruto.» La causa de todo esto eran los aduladores de César, escogitando en su obsequio honores propios para concitar envidia, y poniendo por la noche diademas á sus estatuas con el fin de mover á la muchedumbre y ape-

llidarle rey en lugar de dictador; y resultó lo contrario, como con la mayor puntualidad lo hemos escrito en la vida de César.

Habiendo Casio hablado á sus amigos, todos se mostraban prontos si Bruto se ponia al frente, porque la empresa no tanto necesitaba de manos y de arrojo, como de la opinion de un hombre tal cual era Bruto, para que la diera valor y la hiciera parecer justa con sólo el hecho de concurrir á ella; cuando de lo contrario, en la ejecucion estarian más desanimados, y despues de ésta se hallarian más expuestos á ser perseguidos, porque se creia que Bruto no se habria negado á aquel hecho en caso de tener una causa honesta. Habiéndole hecho fuerza estas reflexiones, se fué á ver á Bruto por primera vez despues de la diferencia que hemos referido; y habiéndose reconciliado y saludado afablemente, le preguntó si para el dia primero de Marzo tenía resuelto concurrir al Senado, porque habia llegado á entender que los amigos de César se disponïan á hacer proposicion entónces acerca del reinado de éste. Respondióle Bruto que no concurriria, y replicándole á esto Casio: «¿Y si nos llamasen?» entónces dijo Bruto: «No seré yo el que calle, sino que emplearé las manos y pereceré ántes que la libertad.» Alentado con esto Casio, «¿qué Romano mirará tranquilo, le dijo, que tú perezcas? ¿Es posible, Bruto, que así te desconozcas? ¿Te parece que son los tejedores ó los taberneros los que arrojan en tu tribunal aquellos escritos, y no los primeros y más aventajados ciudadanos? Los cuales, si de los otros pretores esperan donativos, espectáculos y glatiadores, de tí reclaman como una deuda hereditaria la ruina de la tiranía, dispuestos á todo por tí, si te muestras cual esperan y cual es la opinion que de tí tienen.» Abrazó con esto á Bruto, y despidiéndose de él, se fueron cada uno en busca de sus amigos.

Habia entre los amigos de Pompeyo un tal Quinto Ligario, á quien César habia absuelto de la causa contra él in-

tentada con este motivo. No estando agradecido por la absolucion que consiguió, sino resentido siempre por el orígen que la acusacion tuvo, era enemigo de César, y uno de los más íntimos amigos de Bruto; y habiendo ido éste á verle con ocasion de hallarse enfermo, «¡oh Ligario, le dijo, en qué ocasion estás malo!» y él levantándose al punto apoyado en el codo, y tomándole la diestra: «si tienes, oh Bruto, le dijo, algun pensamiento que sea digno de tí, en este caso estoy bueno.»

En consecuencia de esto iban tanteando con cuidado á aquellos de sus conocidos que les inspiraban mayor confianza, comunicándoles el secreto y asociándolos á la empresa, para lo que hacian eleccion, no precisamente de los más amigos, sino de los que sabian que eran más resueltos, teniendo al mismo tiempo opinion de virtud y de que miraban con desprecio la muerte. Por esta causa se guardaron de Ciceron, que en cuanto á fidelidad y en cuanto á afecto era el primero para todos ellos, no fuera que faltándole por carácter la osadía, y habiendo adquirido ántes de tiempo la circunspeccion y cautela de los viejos, que le hacía proceder en todo con la mayor cuenta, aspirando á una absoluta seguridad, embotara los filos de su resolucion en un negocio que lo que requeria era presteza. Entre otros de sus amigos tambien dejó Bruto á un lado á Estatilio el Epicúreo y á Favonio el admirador de Caton, porque habiéndoles hecho alguna remota indicacion, y aun ésta por rodeos, en la conversacion familiar, y tratando asuntos de filosofía, Favonio le respondió que la guerra civil era peor que una monarquía ilegítima, y Estatilio le expresó que al hombre sabio y de juicio no le estaba bien ni le incumbia exponerse á nada, ni perder su quietud por los necios y malos. Hallábase presente Labeon, y contradijo á uno y á otro, y Bruto, haciendo como que tenía la cuestion por difícil y de no expedita resolucion, calló por entónces; pero luégo participó á Labeon el proyecto. Entró

en él con calor, y despues les pareció conveniente solicitar y atraer al otro Bruto, llamado por sobrenombre Albino, pues aunque de suyo no era esforzado ni de grande ánimo, contaba con el apoyo de un gran número de gladiatores que estaba manteniendo para darlos en espectáculo á los Romanos, y gozaba además de la confianza de César. Habiéndole hablado primero Casio y Labeon, nada les respondió; pero yendo él en seguida á buscar á Bruto, enterado de que éste estaba al frente de la empresa, se ofrecia á concurrir á ella con la más pronta voluntad, habiendo sido la reputacion de Bruto la que atrajo á los más y á los de mayor crédito y opinion de virtud; y sin embargo de que nada juraron, de que no se dieron seguridades de unos á otros, ni intervino ningun sacrificio, de tal manera guardaron el secreto en su pecho, lo callaron y reservaron, que se hizo increible su designio, á pesar de que los agüeros, los prodigios y las víctimas de los Dioses lo estaban anunciando.

Veia Bruto que pendia de él lo más excelente de Roma en saber, en linaje y en virtud, y se le representaba todo el peligro; mas con todo, fuera de casa procuraba encerrar dentro de sí mismo su cuidado, y componer su semblante. Dentro de ella y por la noche ya no era el mismo, sino que de una parte la grandeza del cuidado le descubria contra su voluntad durante el sueño, y de otra, embebido en la idea y agitado de dudas, no podia ocultar á su mujer, compañera de su lecho, que traia una inquietud desacostumbrada, y que revolvia en su ánimo algun proyecto peligroso y difícil. Era Porcia hija, como hemos dicho, de Caton, y se casó con ella Bruto, su primo, no de doncella, sino de viuda, cuando todavía era jovencita, muerto su primer marido, habiéndole quedado de éste un niño de corta edad llamado Bíbulo, del cual se conserva todavía hoy un librito pequeño con el título de *Cosas memorables de Bruto*. Siendo Porcia mujer dada á la filosofía,

manos la toga de los hombros, y Casca fué el primero, porque se hallaba á la espalda, que desenvainando el puñal le dió una herida poco profunda en el hombro. Echóle mano César á la empuñadura, y dando un grito le dijo en lengua latina: «Malvado Casca, ¿qué haces?» Y éste, llamando á su hermano, le pedia en griego que le socorriese. Herido ya de muchos, miró en rededor queriendo apartarlos; pero cuando vió que Bruto alzaba el puñal contra él, soltó la mano de que tenía asido á Casca, y cubriéndose la cabeza con la toga, entregó el cuerpo á los golpes. Hiriéronle sin compasion, empleándose contra su persona muchos puñales, con los que se lastimaron unos á otros, tanto que Bruto recibió una herida en una mano, queriendo concurrir á aquella muerte, y todos se mancharon de sangre.

Muerto César de esta manera, Bruto, saliendo en medio del salon, quiso hablar para contener al senado, procurando tranquilizarle; pero éste huyó en desórden, y en la puerta hubo gran confusion, atropellándose unos á otros sin que nadie los persiguiese ni los impeliese, porque los conjurados tenian firmemente resuelto no dar muerte á ninguno otro, sino llamar y restituir á todos los ciudadanos á la libertad. Y al principio, cuando empezaron á tratar del proyecto, á todos los demas les habia parecido conveniente acabar despues de César con Antonio, hombre inclinado á la tiranía, insolente, y que se habia formado cierto poder por medio de su trato y familiaridad con los soldados; y más que con su osadía natural y su ambicion reunia entónces la dignidad del consulado, siendo colega de César; pero Bruto se opuso á este pensamiento, alegando primero que no era justo, y recurriendo en segundo lugar á la esperanza de que podia mudar, porque no desconfiaba de que siendo Antonio de buena índole, ambicioso y amante de gloria, quitado el estorbo de César, querria cooperar á la libertad de la patria, excitado á lo honesto

con el ejemplo y por la emulacion con ellos. De este modo salvó Bruto á Antonio, el cual en aquellos primeros instantes de miedo huyó disfrazado con el traje de un hombre plebeyo. Bruto y sus socios corrian al Capitolio con las manos ensangrentadas, y mostrando los puñales desnudos llamaban á los ciudadanos á la libertad. Al principio hubo en la ciudad lamentos, y las carreras que con motivo del suceso no pudieron ménos de verificarse, aumentaron la turbacion y desórden; pero cuando se vió que no habia ninguna otra muerte, ni ningun robo de las cosas que estaban á mano, subieron confiados en busca de los de la conjuracion al Capitolio los senadores y muchos de los de la plebe. Habiéndose juntado un gran concurso, habló Bruto al pueblo en términos propios para atraerle, y convenientes á lo que se habia ejecutado. Como aplaudiesen y les gritasen que bajaran, bajaron sin recelo á la plaza los demas juntos en pos unos de otros; pero á Bruto desde lo alto lo condujeron en medio con gran pompa muchos de los principales, hasta colocarlo en la tribuna en el sitio que se llama los *Rostros*. A este espectáculo la muchedumbre, aunque de muchas castas y con disposicion de tumultuarse, tuvo respeto á Bruto, y esperó con órden y en silencio á ver lo que era aquello; y habiéndose presentado á hablar, prestaron atencion á lo que decia; pero mostraron luégo que no era de su agrado lo sucedido, pues habiendo empezado á hablar Cina acusando á César, se mostraron irritados y llenaron de improperios á Cina hasta tal punto, que tuvieron que retirarse otra vez al Capitolio. Allí, temiendo Bruto que se les sitiase, despidió á los ciudadanos más virtuosos, que eran los que los habian acompañado, por no considerar justo que no habiendo tenido parte en la culpa, la tuvieran en el peligro.

Con todo, reunido al otro dia el Senado en el templo de la Tierra, como Antonio, Planco y Ciceron propusiesen una amnistía y concordia, pareció conveniente, no sólo

ofrecer la impunidad á los conjurados, sino que además los cónsules consultasen acerca de los honores que habian de concedérseles; y hechos estos acuerdos, se disolvió el Senado. Envió en seguida Antonio á su hijo como en rehenes al Capitolio, con lo que bajaron Bruto y los suyos saludándose y abrazándose todos mutuamente confundidos unos con otros; y á Casio se le llevó Antonio á cenar á su casa, á Bruto Lépido, y de los demas cada uno á aquel con quien tenía mayor amistad, ó á quien miraba con más inclinacion. Congregado otra vez al dia siguiente al amanecer el Senado, en primer lugar se decretaron honores á Antonio por ser quien cortaba y sofocaba el gérmen de la guerra civil; y despues de prorumpir todos los presentes en alabanzas de Bruto, se procedió á la distribucion de las provincias, decretándose á Bruto la isla de Creta, á Casio el Africa, á Trebonio el Asia, á Cimbro la Bitinia, y al otro Bruto la Galia confinante con el Pó.

Tratóse despues de esto del testamento y de las exequias de César; y pretendiendo Antonio que aquel se leyese, y que el entierro no fuese oculto y sin la debida pompa, para no dar nueva ocasion de incomodidad al pueblo, Casio se le opuso con ardor; pero Bruto cedió y se prestó á su deseo, cometiendo en esto una nueva falta á juicio de todos, pues ya con haber conservado la vida á Antonio, se creyó que habia creado á la conjuracion un enemigo poderoso y malo de reducir, y que ahora con haber condescendido en que las exequias se hicieran segun el deseo de Antonio, habia consumado el anterior yerro. Porque en primer lugar, como por el testamento se hubiesen de dar setenta y cinco dracmas á cada uno de los Romanos, y se hubiesen legado al pueblo los huertos que tenía César al otro lado del rio, donde está ahora el templo de la Fortuna, fué grande el amor y deseo que de él se excitó en los ciudadanos; y despues, traido el cadáver á la plaza, como Antonio hiciese su elogio segun costumbre, y viese al recorrer

sus hechos que la muchedumbre se mostraba conmovida, queriendo inclinarla á la compasion, tomó en sus manos la túnica de César empapada en sangre, y la manifestó desplegada, haciendo que apareciese el gran número de las heridas. Con esto ya todo se puso en desórden, porque empezaron unos á gritar que se diera muerte á los matadores, y arrebatando otros, como ántes se habia hecho con el tribuno de la plebe Clodio, los escaños y mesas de las oficinas, los amontonaron y levantaron una grande hoguera, sobre la que pusieron el cadáver, quemándole y como consagrándole en medio de muchos lugares santos, inaccesibles é inviolables. No bien se encendió el fuego, cuando unos por una parte y otros por otra, tomando tizones á medio quemar, corrieron á las casas de los matadores para incendiarlas; pero estos, fortificándose muy bien, evitaron entónces el peligro. Habia un tal Cina, poeta, el cual, no sólo no habia tenido parte alguna en la conjuracion, sino que más bien era de los amigos de César. Habia tenido un ensueño en el que le parecia que convidado por César á la cena, se habia excusado; pero éste se habia empeñado y precisádole á asistir, y que por fin tomándole de la mano, le habia introducido á un sitio anchuroso y oscuro, al que con repugnancia y susto le habia seguido. Despues de este ensueño, hizo la casualidad que en aquella noche le dió calentura, y sin embargo, siendo á la mañana el entierro, creyó que sería reparable el no concurrir, por lo que se metió entre la muchedumbre que ya andaba alborotada. Viéronle, y teniéndolo por otro del que era, pues creyeron fuese el que pocos dias ántes habia llenado de improperios á César en el Senado, le hicieron pedazos.

Despues de la mudanza de Antonio, esta disposicion del pueblo fué la que más cuidado dió á Bruto y los suyos, obligándoles á salir de la ciudad y á detenerse desde luego en Ancio, dando lugar á que se pasase y disipase el encono para volver despues á Roma, lo que esperaban se verifica-

ria pronto en una muchedumbre en quien el ímpetu de la ira es inconstante y momentáneo, y más teniendo de su parte al Senado, que dejando á un lado á los despedazadores de Cina, habia hecho formar causa y poner presos á los que se habian dirigido contra las casas de los otros. Agregábase á esto que disgustado ya el pueblo porque Antonio casi se habia erigido en monarca, echaba ménos á Bruto, de quien aguardaba que concurriria á dar en persona los juegos de que con motivo de su pretura era deudor á la ciudad; pero habiendo éste entendido que muchos de los que habian militado con César, y habian recibido de su mano tierras y ciudades, le armaban asechanzas, introduciéndose á este efecto en partidas pequeñas en la ciudad, no se atrevió á venir, y el pueblo gozó de los espectáculos en su ausencia, sin que por eso se perdonase gasto ó dejasen de ser brillantes; porque teniendo compradas muchas tierras, dió órden de que nada se reservase ú omitiese, sino que se hiciera uso de todo; y bajando él mismo á Nápoles, habló por sí á muchos de los representantes, y acerca de un tal Canucio, que en los teatros gozaba entónces de la mayor fama, escribió á sus amigos para que trataran con él y se lo agenciasen, porque no era permitido hacer violencia á ningun Griego. Escribió tambien á Ciceron, rogándole que no dejase de asistir á los juegos.

Cuando se hallaban los negocios en este estado, sobrevino otra mudanza con la llegada de César, porque siendo hijo de una sobrina del dictador, lo adoptó éste por hijo suyo, y le nombró su heredero. Hallábase en Apolonia cuando fué muerto César, entregado al estudio de la elocuencia, y además esperaba allí á éste, que tenía resuelto marchar muy en breve contra los Partos. Luego que tuvo noticia de aquel suceso se vino á Roma, y tomando el nombre de César por principio de hacer suya la muchedumbre, con esto y con distribuir á los ciudadanos el dinero que les habia sido legado, se formó un partido con-

tra el de Antonio; y haciendo otros donativos, ganó y atrajo el suyo á muchos de los que habian militado bajo César. Como Ciceron por su odio contra Antonio favoreciese los conatos de César, Bruto le reprendió ásperamente, escribiéndole que Ciceron no esquivaba tener un señor, sino que lo que temia era un señor que le aborreciese, y trabajaba por la eleccion de una servidumbre más benigna, escribiendo y diciendo que César era humano, «y nuestros padres, añadia, no podian sufrir señores por más benignos y suaves que fuesen; y que si bien entónces no se determinaba á hacer la guerra, tampoco á estarse absolutamente en ocio; pues lo que tenía firmemente resuelto era no ser esclavo, admirándose de que Ciceron temiese la guerra civil y sus peligros, y no mirase con horror una paz ignominiosa é indigna, pidiendo por salario de derribar á Antonio el tener á César por tirano.»

Así hablaba Bruto en sus primeras cartas; pero cuando ya todo quedó dividido entre César y Antonio, y los ejércitos se vendian como en subasta al que más daba, desesperando enteramente de los negocios, determinó dejar la Italia, y á pié se encaminó á Elea en busca del mar por la Lucania. Debiendo Porcia regresar desde allí á Roma, queria ejecutarlo sin noticia de Bruto, por la gran pena que le causaba; pero un cuadro le hizo traicion y la descubrió en medio de que era mujer de mucho espíritu, porque contenía un suceso griego que era la despedida de Hector, llevándose consigo Andrómaca el hijo, y quedándose con los ojos fijos en aquél. La representacion de este acto tan tierno le arrancó á Porcia las lágrimas, y yéndosele todo el dia en mirarle, prorumpia en sollozos; y como Acilio, uno de los amigos de Bruto, recitase aquellos versos de Andrómaca á Hector:

Tú me eres, Hector, padre y madre cara,
Y amado hermano, y floreciente esposo,

dijo sonriéndose Bruto: «Pues en cuanto á mí, no cuadra replicar con lo que respondió Hector:

Tú á las criadas de la rueca y telas
La diaria tarea les reparte;

porque si le falta á Porcia el cuerpo para igualarnos en hechos de valor, en su ánimo se sacrifica por la patria al par de nosotros.» Así nos lo dejó escrito el hijo de Porcia, Bíbulo.

Embarcándose allí Bruto, se dirigió á Atenas, donde el pueblo le hizo el más afectuoso recibimiento por medio de aclamaciones y decretos. Habiéndose alojado en casa de un huésped suyo, se dedicó á oir al académico Teomnesto y al peripatético Cratipo, y entregado con ellos á la filosofía, parecia que estaba ocioso y del todo descuidado; pero procuraba en tanto las cosas de la guerra sin dar de sí la menor sospecha, porque envió á la Macedonia á Herostrato para ir atrayendo á los que en aquella parte mandaban tropas; y en Atenas hizo de su partido á los jóvenes romanos que estaban allí haciendo sus estudios, entre los cuales se hallaba el hijo de Ciceron, al que celebra sobremanera, diciendo que despierto ó dormido siempre se admiraba de verle ciudadano, y tan excelente y tan enemigo de tiranos. Dando ya á las claras principio á su empresa, como supiese que no se hallaban léjos algunas embarcaciones romanas que conducian caudales del Asia, y que en ellas navegaba el pretor, varon de buen carácter y conocido suyo, salió á avistarse con él cerca de Caristo. Hablóle, y habiéndole traido á su propósito, entregado de las naves, quiso agasajarlo con esplendor, porque hacia la casualidad que esto era en el dia natal de Bruto. Cuando hubo llegado el momento de beber, se echaron brindis por la victoria de Bruto y por la libertad de Roma; y queriendo éste confirmarlos más en su partido, pidió un

vaso mayor, y tomándole, sin ocasion ni motivo ninguno prorumpió en este verso:

Matóme el hado, y el Latonio Apolo (1).

Añaden á esto que cuando en Filipos salió para correr la suerte de la última batalla, la seña que dió á sus soldados fué Apolo; por lo que el haber prorumpido en aquel verso se ha tenido por indicio y anuncio de su última desventura.

Además de esto, Antistio le dió quinientos mil sextercios del dinero que trajera tambien á Italia. Acudian de otra parte á él con el mayor placer cuantos andaban errantes de los que pertenecieron al ejército de Pompeyo, y quitó á Cina quinientos caballos que conducia para Dolabela al Asia. Pasó por mar á Demetriade y se apoderó de crecido número de armas que se remitian entónces á Antonio, habiendo sido ántes allegadas de órden de César el Dictador para la guerra contra los Partos. Hízole entrega Hortensio de la Macedonia, y cuando se habian sublevado y puesto de su parte los reyes y potentados de todo aquel país, se le da la noticia de que Cayo el hermano de Antonio, llegado de Italia, se dirigia á los acantonamientos de las tropas que Gabinio habia reunido en Dirraquio y Apolonia. Deseando, pues, Bruto anticiparse y tomarlas para sí, movió sin dilacion con los que consigo tenía, y cayéndole la nieve marchó por lugares ásperos y difíciles, adelantándose mucho á los que llevaban las provisiones de boca. Llegado ya cerca de Dirraquio, con la fatiga y el frio experimentó una cruel hambre, accidente que suele hacerse sentir á las bestias y á los hombres cuando se fatigan en tiempo de nieves, ó porque el calor, retirándose todo adentro, con la

(1) Verso que pone Homero en boca de Patroclo en el lib. XVI. de la *Iliada*

frialdad y condensacion consume mucho alimento; ó porque cierto soplo delgado y tenue que despide la nieve al deshacerse, corta el cuerpo y descompone el calor que está difundido por todo él, pues áun el sudor se dice que proviene del calor que se apaga en la superficie al encontrarse con el frio. Mas de estas cosas hemos tratado con mayor detencion en otros escritos.

Estando Bruto á punto de desfallecer, sin que hubiese nadie que pudiera alargarle algun alimento, se vieron los que le acompañaban en la precision de acogerse al auxilio de los enemigos, y llegándose á las puertas, pidieron pan á los de la guardia. Estos, al oir lo que habia sucedido á Bruto, fueron á presentársele, llevándole qué comer y qué beber, en recompensa de lo cual cuando tomó la ciudad, no sólo trató á éstos con singular humanidad, sino á todos por amor de ellos. Cayo Antonio, al pasar cerca de Apolonia, llamó para que se le reuniesen á los soldados que allí tenía; pero como éstos se habian incorporado á Bruto, y entendió que los Apoloniatas eran asimismo de su partido, sin tocar en la ciudad se encaminó á la de Butroto. Perdió en primer lugar en aquella jornada tres cohortes destrozadas por Bruto, y queriendo despues arrojar á los que habian tomado ciertos puestos cerca de Bilida, para lo que trabó combate con Ciceron, fué de él vencido; porque éste fué el caudillo de quien se valió entónces Bruto, y por su medio obtuvo ventajas en diferentes encuentros. Sorprendiendo despues á Cayo en estado de tener esparcidas sus fuerzas en lugares pantanosos, no permitió que se le acometiera estando solo á la vista con la caballería, y dando órden de que no se le molestara, pues que dentro de poco habrian de contarse entre los suyos, lo que efectivamente sucedió, porque se entregaron ellos mismos, y entregaron el pretor, con lo que Bruto llegó á reunir considerables fuerzas. Por bastante tiempo mantuvo á Cayo en sus honores, sin quitarle las insignias de su autoridad, no obstante

que Ciceron y otros muchos le escribian de Roma que se deshiciese de él; pero cuando ya empezó á tentar á los jefes y á promover alteraciones, lo puso preso en una nave. Los soldados seducidos por él se marcharon entónces á Apolonia; y como llamasen á Bruto para que fuese á tratar con ellos, les respondió que esto era ajeno de las costumbres patrias, segun las cuales ellos eran los que debian ir en busca del general para tratar de aplacar su enojo por el yerro cometido; y habiéndolo así ejecutado, les concedió el perdon.

Estando para trasladarse al Asia, le llegaron nuevas de las mudanzas ocurridas en Roma, porque el nuevo César al principio habia sido fomentado por el Senado contra Antonio; pero despues que hubo arrojado á éste de la Italia, ya él mismo habia empezado á causar justos recelos, aspirando al consulado contra la ley, y manteniendo numerosas tropas cuando la república para nada las habia menester. Como él viese, pues, que esto el Senado lo llevaba á mal, y que dirigia sus miradas afuera, fijándolas en Bruto, á quien habia hecho confirmar por nuevo decreto sus provincias, comenzó á temer; y además de enviar personas que solicitaran á Antonio á hacer amistad con él, acantonando las tropas en los contornos de la ciudad, obtuvo el consulado, siendo apénas mozo de veinte años, como él mismo lo escribió en sus Comentarios. Intentó en seguida causa capital contra Bruto y sus cómplices por haber dado muerte sin juicio precedente á un hombre tan principal como César, constituido en las mayores dignidades, y presentó por acusadores, de Bruto á Lucio Cornificio, y á Marco Agripa de Casio. Declaradas por desiertas las causas, los jueces tuvieron por fuerza que pronunciar sentencia condenatoria; y se dice que al llamar el pregonero á Bruto á juicio desde el tribunal, segun es de estilo, la muchedumbre abiertamente prorumpió en sollozos; que los primeros ciudadanos bajando los ojos á tierra no se

atrevieron á hacer ninguna demostracion; y que habiéndose visto llorar á Publio Silicio, por este solo motivo de allí á poco fué uno de los proscriptos á muerte. Despues reconciliados entre sí los tres, César, Antonio y Lépido, se repartieron las provincias y extendieron tablas de proscripcion á muerte de doscientas personas, entre las que murió Ciceron.

Anunciados en la Macedonia estos sucesos, no pudo contenerse Bruto de escribir á Hortensio que diera muerte á Cayo Antonio en debida satisfaccion por Decio Bruto y por Ciceron; por éste como amigo, y por aquél en razon del deudo de parentesco que con él tenía. Por lo tanto, habiendo venido despues Hortensio en Filipos á las manos de Antonio, le dió éste muerte sobre el sepulcro de su hermano. Dícese de Bruto haber sido más la vergüenza que le causó el motivo de la muerte de Ciceron, que el dolor que sintió por ella; lo que echó en cara á sus amigos de Roma, diciéndoles que más servian por culpa suya propia que por culpa de los tiranos, viendo y presenciando cosas que ni oirse podian con paciencia. Pasando, pues, al Asia el ejército, que ya era brillante, se dedicó á prevenir y formar su armada en la Bitinia y en las cercanías de Cizico; y recorriendo por tierra las ciudades, procuró mantenerlas en sujecion, dió audiencia á los poderosos, y escribió á Casio llamándole del Egipto á la Siria; pues siendo así que ellos no tanto ejercian una magistratura, cuanto que se constituian en libertadores de su patria, traian divididas y errantes aquellas fuerzas con que habian de destruir á los tiranos, cuando convenia que puesta la atencion y el cuidado en aquel propósito, no se alejaran mucho de la Italia, sino que á ella marcharan para ir en socorro de los ciudadanos. Como Casio se hubiese mostrado pronto y bajase á su llamamiento, fué á encontrarse con él, y se vieron por primera vez en Esmirna desde que separados en el Pireo, el uno se habia encaminado á la Siria y el otro á la Macedo-

nia. Fué, pues, grande el placer y la confianza que mutuamente tuvieron en vista de las fuerzas que cada uno de los dos habia reunido, por cuanto habiendo partido de la Italia comparables con los más oscuros desterrados, sin tener dinero, ni armas, ni un barco, ni un soldado, ni una sola ciudad de su parte, ántes que hubiese pasado más que un breve tiempo, habian vuelto á juntarse disponiendo ya de tantas naves, tanta caballería é infantería, y tantos fondos que podian entrar dignamente en contienda sobre el imperio de Roma.

Pensaba Casio que el honor entre ambos debia ser igual; pero le previno Bruto, siendo por lo comun el que iba á buscarle, ya porque aquél le precedia en edad, y ya porque no tenía una constitucion igualmente robusta para el trabajo. La opinion que se tenía de Casio era creerle inteligente en las cosas de la guerra, pronto á la ira, de los que se hacen obedecer por el miedo, y para con los amigos y familiares de sobra chistoso y decidor. De Bruto se refiere que era amado de la muchedumbre por su virtud, adorado de sus amigos, admirado de los buenos, y de nadie aborrecido, ni áun de los enemigos, por ser hombre de una índole sumamente benigna, magnánimo, impasible á la ira, al deleite y á la codicia, manteniendo siempre su ánimo firme é inflexible en lo honesto y en lo justo. Sobre todo, lo que principalmente le ganó el afecto general, fué la confianza que se tenía en la rectitud de sus intenciones; porque ni del mismo Pompeyo, apellidado grande, se esperaba que si vencia á César cediera de su poder en obsequio de las leyes, sino que conservaría siempre el mando con el nombre de cónsul, de dictador ú otro más suave que sirviera para embaucar al pueblo. De este mismo Casio, hombre violento é iracundo, y que muchas veces declinaba á lo útil de lo justo, más creian todos que peleaba, peregrinaba y se exponia á los peligros para procurarse algun poder, que para procurar la libertad á sus conciudadanos.

Porque áun tomándolo de más antiguo, á los Cinas, los Marios y Carbones, proponiéndose la patria por premio y por despojo, no les faltó más qué decir á las claras que combatian por la tiranía; pero á Bruto ni sus mismos enemigos le atribuyeron semejante mudanza, y ántes se refiere que muchos oyeron decir á Antonio que de sólo Bruto se creia haber herido á César movido de la belleza y excelencia de la accion, y que los demas fueron impelidos de odio y envidia contra su persona; coligiéndose de lo mismo que nos dejó escrito, que más obró en él la virtud que la ambicion. Escribia, pues, á Atico estando ya próximo al peligro: «Que sus cosas se hallaban en el mejor punto posible de fortuna, porque ó venciendo daria la libertad al pueblo romano, ó vencido quedaria libre de servidumbre; y siéndoles todo lo demas cierto y seguro, una sola cosa era la incierta, si vivirian ó si moririan con libertad. Decia que Marco Antonio llevaria la pena debida á su inconsideracion, pues pudiendo ser contado entre los Brutos, los Casios y los Catones, habia preferido ser una dependencia de Octavio; y si ahora no es vencido con él, no se pasará mucho tiempo sin que éste le derribe.» Pareció que de este modo habiá adivinado acertadamente sobre lo futuro.

En Esmirna propuso que se le diese parte de los caudales que en gran cantidad habia allegado Casio; pues él cuanto tenía lo habia gastado en formar una escuadra con la que iban á ser dueños de todo el mar interior. No lo consentian los amigos de Casio, á quien hablaban de este modo: «No es justo que lo que con tus ahorros y á costa de hacerte odioso has podido juntar, lo recoja ahora aquél para hacer larguezas y recomendarse á los soldados;» pero con todo le dió la tercera parte de todos los fondos. Separáronse de nuevo para atender cada uno á lo que le incumbia; y escogiendo Casio á Rodas, no trató bien á aquellos isleños, sin embargo de que habiéndole saludado á la llegada con los títulos de rey y señor, les respondió:

«Ni rey, ni señor, sino matador y castigador del que aspiraba á serlo.» Bruto pidió á los de Licia caudales y tropa, y como el demagogo Naucrates hubiese persuadido á las ciudades que no le obedeciesen, y hubiesen tomado ciertas alturas para impedir á Bruto el paso, en primer lugar envió contra ellos, miéntras comian los ranchos, alguna caballería que les mató seiscientos hombres; y apoderándose despues del territorio y de las aldeas, los envió á todos libres sin rescate, queriendo atraer con el amor aquellas gentes. Mas ellos eran obstinados, guardaron el enojo por el mal que habian experimentado, y despreciaron la humanidad y buen trato, hasta que persiguiendo á los más belicosos, los encerró en Janto y les puso sitio. Corre por la ciudad un rio, y nadando por debajo del agua conseguian escaparse; pero luégo los cogia poniendo redes que bajaban bien hondas, en cuyos extremos se habian colocado campanillas, y éstas anunciaban al punto que habia caido alguno. Hicieron los Jantios salida contra unas máquinas, y les pegaron fuego; pero los sintieron los Romanos y los obligaron á encerrarse. Hacía á la sazon un fuerte viento, el cual arrojó las llamas sobre las almenas, por donde el fuego se comunicó á las casas vecinas; y temiendo Bruto por la ciudad, dió órden para que lo apagaran y fueran en su auxilio.

Apoderóse repentinamente de los Jantios un furor terrible y cual no es dado explicar, parecido más bien al deseo de morir: así, todos con sus hijos y mujeres, libres, esclavos y de toda edad lanzaban del muro á los enemigos que iban en su auxilio contra el incendio; y recogiendo cañas, leña y todo combustible, atraian hácia la ciudad el fuego, echando en él todo material, y esforzándose por todas maneras á avivarle y mantenerle. Cuando por haber corrido la llama y abarcado toda la ciudad se descubrió terrible desde afuera, afligido Bruto con semejante acontecimiento, andaba á caballo alrededor, deshaciéndose por

darles socorro, y tendiendo las manos á los Jantios les rogaba que tuvieran consideracion y salvaran la ciudad; pero nadie le daba oidos, sino que de mil maneras se mataban todos unos á otros, no sólo los hombres y las mujeres, sino áun los niños pequeños, de los cuales unos con gritería y lamentos se arrojaban al fuego, otros se estrellaban tirándose desde lo alto, y otros se metian por las espadas de sus padres á buscar la muerte, descubriendo el cuello y pidiendo que los pasasen. Vióse, cuando ya estaba asolada la ciudad, una mujer colgada de un cordel, que tenía un niño muerto suspendido del cuello, y que con una hacha encendida se conocia haber dado fuego á su casa. Siendo este un espectáculo tan trágico, no le sufrió á Bruto su corazon el verlo; y como áun el oirlo referir le arrancase lágrimas, ofreció por pregon premio á los soldados por cada uno de los Licios que salvasen, y se refiere que sólo fueron ciento y cincuenta los que no esquivaron este beneficio. Así los Jantios, como si hubiera un período de largo tiempo prefinido por el hado para la destruccion de la ciudad, renovaron entónces con el mayor arrojo la fortuna de sus antepasados, porque tambien éstos en la guerra pérsica se dieron del mismo modo muerte, incendiando la ciudad.

Encontróse despues Bruto con que la ciudad de Patara trataba de hacerle fuerte resistencia, y se detenia en opugnarla por temor de otra locura igual; por tanto, como tuviese en su poder cautivas algunas mujeres, las envió libres sin rescate. Eran éstas hijas y mujeres de varones principales, y haciendo ver á los Patarenses ser Bruto un hombre sumamente moderado y justo, los persuadieron á ceder y hacer entrega de la ciudad, y de resultas se sometieron todos los demas y se pusieron en sus manos, contentos de que les hubiese cabido un caudillo tan justo y benigno; tal, que exigiendo Casio al mismo tiempo de los Rodios cuanto oro y plata tenian, de lo que recogió al-

rededor de ocho mil talentos, y multando á la ciudad sobre éstos en otros quinientos, él no impuso á los Licios más que ciento y cincuenta talentos, y sin causarles ninguna otra vejacion, partió de allí á la Jonia.

Muchos fueron los hechos dignos de memoria que entónces ejecutó, distribuyendo los honores y castigos segun el mérito de cada uno; pero sólo referiré aquel que fué de mayor placer y satisfaccion para él mismo y para todo Romano de buenos sentimientos. Cuando Pompeyo Magno arribó al Egipto y á Pelusio, huyendo de César, despues de haber perdido aquella gran batalla, los tutores del Rey, que todavía era niño, entraron en consejo con otros de sus amigos, y los dictámenes no estaban acordes; porque á unos les parecia que debia darse acogida á Pompeyo y á otros que convenia lanzarle del Egipto. Entónces un tal Teodoto de Quio, que se hallaba en la corte del Rey en calidad de maestro asalariado de retórica, y que á falta de otros hombres buenos habia sido admitido en el consejo, manifestó en su voto que erraban unos y otros, los que opinaban que se le recibiese, y los que decian se le despidiera; pues lo que únicamente convenia era recibirle y darle muerte, añadiendo al terminar su discurso que hombre muerto no muerde. Siguió el conciliábulo este dictámen, y murió Pompeyo Magno, siendo ejemplar de una resolucion increible é inesperada, y víctima de la elocuencia y habilidad de Teodoto, de lo que el mismo sofista se jactaba. Llegó al cabo de poco al Egipto César, y pagando los demas su merecido, perecieron aquellos malvados malamente; pero habiendo podido Teodoto alcanzar de la fortuna algun tiempo para una vida infame, menesterosa y errante, no pudo entónces ocultarse á Bruto miéntras recorria el Asia, sino que descubierto, y recibiendo el condigno castigo, la muerte fué la que le dió nombre, no la vida.

Llamó en esto Bruto á Sardis á Casio, al que á su arribo

salió á recibir con sus amigos; y puesto todo el ejército sobre las armas, á ambos les dió el dictado de emperadores. Sucedió lo que es natural en empresas grandes cuando son muchos los amigos y caudillos, que se suscitaron reconvenciones y sospechas de unos á otros; y ántes de hacer ninguna otra cosa, cerrados en una cámara, sin que hubiese testigos de afuera, primero usaron de quejas y despues de censuras y acusaciones. Como de aquí pasasen á las lágrimas y á palabras fuertes con acaloramiento, admirados los amigos de tan violento y pronto enfado, temian no pasara á más; pero no se resolvian á entrar. Marco Favonio, el que se habia propuesto por modelo á Caton, y que más que con el discurso hacía de filósofo con un calor y un ímpetu casi furioso, intentaba introducirse en la sala, y los esclavos pugnaban por impedírselo; pero era obra contener á Favonio en tomando cualquiera empeño, porque era violento en todo y sumamente resuelto, no haciéndole grande fuerza el ser senador romano; pero muchas veces con lo cínico y libre de su franqueza quitaba á los hechos lo que podian tener de ofensivos, y la importunidad misma solia tomarse á chanza y juego. Atropellando, pues, entónces á fuerza por las puertas, entró pronunciando con voz contrahecha aquellos versos que pone Homero en boca de Nestor:

Oidme: pues que ambos sois más mozos,

y los demas que siguen, á lo que Casio se puso á reir; pero Bruto le echó de allí, llamándolo verdadero can y falso cínico. Mas sin embargo, así tuvo fin por entónces aquella desazon, retirándose sin que pasara adelante. Dió Casio de cenar aquella noche, y Bruto llevó consigo á sus amigos: cuando se habian sentado, se presentó Favonio, que ya iba bañado, y protestando Bruto que acudia sin haberlo convidado, le dijo que pasara á la silla más alta.

pero él penetró por fuerza y tomó asiento en el medio; y el convite no dejó de ser entretenido y ameno.

Al dia siguiente, Bruto notó de infamia por sentencia á un ciudadano romano, buen militar y que le era fiel, llamado Lucio Pela, acusado en juicio de concusion por los Sardianos; y esta determinacion disgustó sobremanera á Casio, que pocos dias ántes se habia contentado con reprender en secreto á dos amigos suyos acusados de los mismos crímenes, absolviéndolos en la sentencia y manteniéndolos á su lado. Culpó, pues, á Bruto de sobradamente recto y justo en un tiempo en que era preciso usar de mucha discrecion y humanidad; pero éste le trajo á la memoria los Idus de Marzo, que fué el dia en que dieron muerte á César, no porque él vejase y molestase á todos los hombres, sino porque otros lo ejecutaban á la sombra de su poder; de manera que si podia haber algun motivo para aflojar en la justicia, ménos malo sería disimular con los amigos de César, que ser indulgentes con los amigos propios que delinquiesen, pues respecto de aquéllos se diria que nos faltaba el valor, cuando respecto de éstos pasaríamos plaza de injustos en momentos en que nos cercan tantos peligros y trabajos. ¡Tal era el modo de pensar de Bruto!

Cuando estaban para pasar del Asia, se dice que á Bruto se le presentó un terrible portento, porque con ser por naturaleza de poco dormir, áun reducia el sueño con las ocupaciones y la templanza á un tiempo más estrecho; así es que nunca se acostaba de dia, y de noche sólo reposaba cuando nada le quedaba que hacer, ni tenía con quién conferenciar, recogidos ya todos. Entónces, instando la guerra, y teniendo sobre sí todo el peso de los negocios de ella; puesta su atencion en el éxito que tendrian, sobre el anochecer despues de la cena descansaba un poco, y luégo todo el tiempo restante lo empleaba en los negocios urgentes. Despachados éstos y arreglados, leia en un libro

hasta la tercera vigilia, que era cuando solian entrar á hablarle los centuriones y tribunos. Estando, pues, para pasar el ejército del Asia, era ya muy avanzada la noche, la tienda tenía luz bastante escasa, el ejército todo estaba en el mayor reposo, y hallándose meditando y echando cuentas entre sí sobre tantos asuntos, le pareció que entraba alguno. Volvióse á mirar á la puerta, y notó la terrible y fiera vision de un cuerpo de extraordinario aspecto que estaba en silencio al lado de su lecho. Tuvo resolucion para hablarle y hacerle esta pregunta: «¿Quién eres tú, seas Dios ú hombre, y á qué has venido aquí?» Y la fantasma le contestó: «Soy, oh Bruto, tu mal Genio, y me verás en Filipos;» á lo que Bruto le repuso sin turbarse: «Bien, te veré.»

Desaparecido que hubo el espectro, llamó á sus criados, que le dijeron no haber oido voz alguna ni notado ninguna vision, y por entónces continuó en su vigilia; pero luégo que se hizo de dia, se fué á ver á Casio y le refirió lo ocurrido. Éste, que se hallaba imbuido en los principios de Epicuro, y en tales disputas solia estar en oposicion con Bruto: «Doctrina nuestra es, le dijo á Bruto, que no es cierto todo lo que padecemos ó vemos, sino que la sensacion es una cosa fugitiva y falaz, siendo todavía la mente más pronta que ella, y dotada de la facultad de mudarla, sin que preceda causa conocida en toda especie ó forma; porque la impresion es semejante á la cera, y el alma del hombre, que tiene en sí lo figurado y lo que figura, tiene el poder de variar y figurar fácilmente por sí una misma cosa; lo que se ve claro en las mudanzas y rarezas de los ensueños miéntras dormimos, volviéndolas y revolviéndolas la fantasía de muy leve principio, y presentándonos toda especie de afectos é imágenes. En su poder está moverse cuando quiera, y su movimiento es ó imaginacion ó conocimiento; y tu cuerpo mortificado tiene pendiente y agitado para estas conversiones tu espíritu. Por lo que hace á

Genios, lo probable es que no los hay, y que, cuando los haya, no tienen forma ni voz de hombre, ni poder ninguno que alcance á nosotros; y por mí yo desearia que estuviéramos confiados, no sólo con tantas armas, tantos caballos y tantas naves, sino tambien con el auxilio de los Dioses, siendo caudillos en tan honesta y santa empresa.» Con estos discursos alentó y consoló Casio á Bruto; y al salir del campamento los soldados, dos águilas se dirigieron con raudo vuelo á las primeras insignias, y marcharon y siguieron hasta Filipos, alimentadas por los mismos soldados, de donde se fueron con igual vuelo un dia ántes de la batalla.

Las naciones que se encontraron al paso en la mayor parte las redujo Bruto á su obediencia; y si se les habia desertado alguna ciudad ó algun potentado, atrayéndolos otra vez á todos, llegaron así hasta el mar de Tasos. Allí, rodeando á las tropas de Norbano, acampado en las llamadas Gargantas y en las inmediaciones de Simbolo, le obligaron á abandonar el puesto, y estuvo en muy poco que se apoderaran de todas aquellas fuerzas, habiéndose quedado atras César por hallarse enfermo; sino que vino en auxilio Antonio con tan maravillosa prontitud, que Bruto mismo no podia persuadírselo. Vino asimismo César á los diez dias, y se acampó en oposicion de Bruto, y en oposicion de Casio, Antonio. Al terreno que quedaba en medio le llaman los Romanos los Campos Filipos, á donde acudieron entónces unos contra otros los mayores ejércitos de los Romanos. En el número no era el de Bruto muy inferior al de César; pero en el brillo y esplendor de las armas comparecia admirable, porque eran de oro sus armas en la mayor parte, y en todas ellas no se habia escaseado la plata, en medio de que en todo lo demas tenía Bruto acostumbrados á los caudillos á usar de sobriedad y parsimonia en los gastos. Mas la riqueza que se trae entre manos y que adorna el cuerpo, creia que comunicaba

cierta altivez á los que son de carácter ambicioso, y que los aficionados al interes se hacian más esforzados cuando en las armas que los rodean ven un caudal.

César hizo dentro del campamento la purificacion de su ejército, repartiendo una pequeña cantidad de trigo y cinco dracmas por hombre para el sacrificio; pero Bruto, condenando su mezquindad y apocamiento, en primer lugar hizo la purificacion en campo raso, como es costumbre, y despues suministrando para gran número de sacrificios por centurias, y dando cincuenta dracmas á cada soldado, en el amor y denuedo del ejército se aventajó mucho á los contrarios. Mas á pesar de esto en la purificacion pareció que Casio tuvo contra sí una señal infausta, y fué que el litor le alargó al reves la corona, y se dice tambien que dias ántes una victoria de oro de Casio se habia caido al suelo en cierta celebridad y pompa, por haber tropezado el que la llevaba. Dejáronse ver además por muchos dias aves carnívoras en gran número sobre el campamento, y se notó que unos enjambres de abejas se posaron dentro del valladar en un solo sitio; el que los agoreros hubieron de hacer excluir de él para remediar una supersticion que al mismo Casio lo sacaba de sus principios de la secta epicúrea, y que tenía enteramente acobardados á los soldados, por lo que no era su ánimo que por entónces se decidiese la guerra, sino que más bien se ganara tiempo, puesto que en cuanto á fondos eran superiores, y en armas y gente les excedian los enemigos. Mas Bruto desde luego habia querido apresurar el éxito, ó para restituir cuanto ántes la libertad á la patria, ó para redimir á todos los hombres del peso de los gastos, bagajes y nuevas demandas con que incesantemente eran molestados, y viendo entónces que su caballería en los encuentros y escaramuzas diarias vencia siempre y llevaba lo mejor, todavía cobró más ánimo. Como hubiese sucedido por otra parte en aquellos dias que algunos se habian pasado á los enemi-

gos, y se hubiesen suscitado rencillas y sospechas de unos contra otros, muchos de los amigos de Casio abrazaron en el consejo de guerra el dictámen de Bruto; pero Atelio, uno de ellos, le contradecia proponiendo que se aguardara hasta el invierno. Preguntóle Bruto qué era en lo que pensaba mejorar al cabo de un año; y él respondió: «Cuando en otra cosa no, habré vivido este tiempo más.» Habiendo incomodado esto sobre manera á Casio, no dejó de ofender á los demas, y quedó determinado que al dia siguiente se habia de dar la batalla.

Bruto ostentó durante la cena las mejores esperanzas, haciendo uso de su instruccion en la filosofía, y se retiró á descansar. De Casio dice Mesala que cenó casi solo, no teniendo á su mesa sino muy pocos de sus más íntimos amigos, y en ella se le vió pensativo y taciturno, no siendo este su carácter; y que concluida la cena, le apretó fuertemente la mano, y sólo le dijo con su acostumbrado afecto en lengua griega: «Te prometo, Mesala, que me sucede lo mismo que á Pompeyo Magno, que es verme precisado á aventurar al lance de una sola batalla la suerte de la patria. Tenemos, no obstante, buen ánimo, poniendo la vista en la fortuna, de la que no es justo desconfiar, aunque no andemos los más acertados en el consejo.» Dicho esto, refiere Mesala que le saludó por última despedida, sin embargo de que él le tenía convidado á cenar para el dia siguiente, que era su cumpleaños. Al amanecer estaba puesta en el campamento de Bruto y en el de Casio la señal de combate, que era la túnica de púrpura. Reuniéronse ambos en medio de los campamentos, y dijo Casio: «¡Ojalá, oh Bruto, alcancemos la victoria, y nos sea dado pasar juntos una vida feliz! Pero pues son inciertas las mayores empresas de los hombres, y si la batalla no se decide segun nuestro buen deseo, no nos ha de ser fácil volvernos á ver, ¿qué opinion tienes acerca de la fuga y de la muerte?» A lo que respondió Bruto: «Cuando yo, oh Casio, era todavía

jóven y sin experiencia de negocios, no sé cómo llegué á proferir una expresion atrevida, porque culpé á Caton de haberse dado muerte, no mirando como obra loable y digna del que haya de ser tenido por hombre, ceder á su mal genio y no recibir con tranquilidad lo que quiera que suceda, sino huir de ello á manera de esclavo fugitivo; pero ahora, puesto en los trances de fortuna, pienso muy de otro modo; y si Dios no ordenase convenientemente las cosas, no me empeñaré en urdir nuevas esperanzas y nuevos preparativos, sino que me despenaré, alabando á mi fortuna de que habiendo consagrado á la patria mi vida en los Idus de Marzo, he vivido en lugar de aquella otra libre y gloriosa.» Casio oyó complacido este discurso, y abrazando á Bruto: «Pensando de este modo, le dijo, marchemos á los enemigos; porque ó vencemos, ó no temeremos á los vencedores.» Trataron en seguida del órden de la formacion á presencia ya de sus amigos, y Bruto pidió á Casio le dejara el mando del ala derecha, que por la edad y la pericia militar creian corresponder á Casio. Otorgóselo, pues, éste, y dispuso que Mesala, que mandaba la más aguerrida de todas las legiones, se colocara en el ala derecha, con lo que Bruto sacó al punto al campo la caballería bellamente adornada, sin tardar tampoco en la formacion de los infantes.

Hallábase entónces ocupado Antonio en correr un foso desde los pantanos, junto á los que estaba acampado hácia la llanura, para interceptar á Casio el camino del mar, y César permanecia sosegado, no digamos él mismo, que se hallaba enfermo, sino su ejército, que no esperaba que los enemigos moviesen pelea, y sí sólo que hiciesen correrías contra sus obras, incomodando con tirar saetas y mover rebatos á los trabajadores. Como no atendiesen, pues, á los que habian tomado formacion contra ellos, se maravillaban de la grande y confusa gritería que oian hácia el foso. Distribuyéronse en esto á los jefes billetes de parte de Bruto,

en que estaba escrita la seña, y él mismo recorria á caballo las filas inspirando aliento; pero fueron muy pocos aquellos á quienes la seña pasó: así la mayor parte sin más aguardar cargaron con ímpetu y algazara á los enemigos. Hubo por esta causa desconcierto y desunion entre las legiones; así es que primero la de Mesala y en seguida las que movieron con ella, flanquearon la izquierda de César, y ofendiendo ligeramente á los de retaguardia con muerte de pocos, pues se contentaron con haberlos flanqueado, vinieron á caer sobre el campamento. César, como lo dice él mismo en sus comentarios, habiendo tenido un ensueño Marco Artorio, uno de sus amigos, en que se le prevenia que César se retirara, saliendo del campamento se habia adelantado un poco llevado en hombros, y se creyó que le habian muerto, porque su litera vacía fué pasada de dardos y lanzas. Dióse muerte en el campamento á los que vinieron á las manos, y dos mil Lacedemonios que acababan de llegar de auxiliares fueron destrozados.

No habiendo envuelto á los soldados de César sino confundiéndose con ellos, fácilmente vencieron á hombres sorprendidos y desordenados, y de este modo desbarataron tres legiones, entrándose con los fugitivos en su campamento, arrebatados del mismo ímpetu de la victoria, y entre ellos se hallaba Bruto; pero lo que los vencedores ignoraban, la ocasion lo reveló á los vencidos, porque dando éstos en la hueste contraria, que se hallaba desguarnecida por habérsele separado su derecha, el centro no lo rechazaron, sino que hubieron de sostener con él un reñido combate; mas rechazaron el ala izquierda por el desórden ocurrido desde el principio, y no saber esta lo que pasaba; y persiguiéndola hasta su propio campamento, empezaron á destrozarlo sin que en esto interviniese ninguno de los dos Emperadores; porque Antonio esquivando al principio el ataque, segun dicen se habia retirado á la laguna, y César no podia comparecer habiéndose salido del

campamento, y áun á Bruto le habian mostrado algunos sus espadas teñidas en sangre para hacerle entender que lo habian muerto, y le decian cuál era su edad y su figura. Tambien el centro habia rechazado á los contrarios con gran mortandad, viéndose bien claro que Bruto habia vencido y que habia sido derrotado Casio; y esto solo fué lo que enteramente los perdió, no habiendo aquél socorrido á Casio por creerle vencedor, y no aguardando éste á Bruto por juzgarle vencido; pues Mesala ponia el término de la victoria en haberle tomado tres águilas y muchas insignias á los enemigos, no habiendo tomado ellos ninguna. Al retirarse Bruto despues de saqueado el campamento de César, se admiró de no ver entre esto el pabellon pretoriano de Casio sobresaliendo, como es de costumbre, ni tampoco las otras tiendas segun el sitio que debian ocupar, pues realmente las más habian sido derribadas y tiradas luego que los enemigos cayeron sobre el campamento. Los que adelantaban más sus observaciones, decian que veian muchos morriones resplandecientes y escudos de plata discurrir por el campamento de Casio, pareciéndoles que ni en el número ni en la clase eran aquellas las armas del piquete de guardia, pero que por otra parte no se descubria el número de cadáveres que era consiguiente si tantas legiones hubiesen sido vencidas de poder á poder. Esto fué lo que dió á Bruto la primera sospecha de lo sucedido, y dejando una guardia en el campamento de los enemigos llamó á los que les seguian el alcance para ir en socorro de Casio.

Lo que á éste ocurrió fué lo siguiente: no habia visto con gusto aquella primera carga de los soldados de Bruto, dada sin seña y sin órden; ni le habia agradado tampoco el que inmediatamente que hicieron ceder á los enemigos, sin pensar en cortarlos y envolverlos, se hubiesen entregado al saqueo y pillaje. Cargóle á él mismo el ala derecha de los enemigos, más bien por cierto cuidado y deteni-

miento de los soldados, que por su ardimiento ó por disposicion de los generales; y al punto su propia caballería dió á huir desordenadamente hácia el mar. Vió que tambien la infantería comenzaba á flaquear, y se esforzó á contenerla y hacerla volver al combate, tanto, que á un alférez que huia le arrebató de las manos la insiguia y la puso fija ante sus piés; mas ya ni áun los que estaban á su lado se mantenian con decision en sus puestos. Traido á este extremo, se retiró con unos pocos á un collado que daba vista á la llanura; pero él no divisó otra cosa sino que su campamento habia sido asolado, porque era corto de vista. Los que consigo tenía vieron que se encaminaban hácia aquel sitio muchos de caballería, los cuales habian sido enviados por Bruto; pero Casio discurrió que eran enemigos que iban en su alcance, y sin embargo envió á Titinio, uno de los que allí se hallaban, para que se informase. Desde luégo fué conocido por aquella tropa, la cual al ver aun su amigo que se mantenia fiel á Casio comenzó á hacer exclamaciones de gozo, y los que le eran más allegados le saludaban y abrazaban con afecto apeándose de los caballos; los demas se le ponian alrededor celebrando su triunfo con desmedida alegría, y con esto causaron un gravísimo mal; porque entendió Casio que en realidad Titinio habia caido en manos de los enemigos; y prorumpiendo en esta expresion: «por nuestro demasiado apego á la vida hemos sufrido que uno de nuestros amigos á nuestra vista haya sido arrebatado por los enemigos,» se retiró á una tienda que estaba vacía, llevando consigo á uno de sus libertos llamado Píndaro, al que desde el infortunio de Craso tenía prepardo para este ministerio. Salóse, pues, de los Partos; pero entónces cubriéndose la cabeza con el manto, y dejando descubierto el cuello, lo alargó al cuchillo, porque se encontró la cabeza separada del cuerpo. A Píndaro nadie volvió á verle despues de esta muerte, con lo que hizo sospechar á algunos que la ejecutó

sin ser mandado. Fueron de allí á un momento conocidos aquellos soldados de Bruto, y Titinio coronado por ellos corria en busca de Casio; pero cuando por el clamor y los lamentos de sus amigos conoció lo sucedido al general y su necedad propia, desenvainó la espada, y culpándose á sí mismo de descuidado y tardo, se pasó con ella.

Bruto, sabedor de la derrota de Casio, se retiró; y estando ya cerca de los reales, tuvo noticia de su muerte. Lloró largamente sobre su cuerpo, y apellidándole el último de los Romanos, porque ya no esperaba que hubiese otro espíritu como aquél, lo envolvió y lo hizo conducir á Tasos para que no se excitase algun levantamiento si allí se le hacía el funeral. Reuniendo luégo sus soldados, trató de darles ánimo, y viendo que habian quedado faltos áun de lo más preciso, les prometió hasta dos mil dracmas por plaza en resarcimiento de lo perdido. Ellos con este discurso recobraron la confianza, admiraron la esplendidez del donativo, y al retirarse le acompañaron con algazara, aplaudiéndole de que entre los cuatro emperadores él sólo se habia conservado invicto. Testificó el hecho cuánta razon tenía para creer que ganaria la batalla, pues que con pocas legiones arrolló á cuantos se le opusieron; y si hubieran entrado en accion todas las tropas, y los más de los que concurrieron á ella no hubieran pasado de largo por los enemigos para ir en busca de sus despojos, parece que ninguna parte de éstos habria quedado en pié.

Murieron de esta parte ocho mil hombres, inclusos los siervos armados, á los que Bruto llamaba *Brigas:* de la otra parte dice Mesala que en su entender murió más del doble. Por lo mismo fué mayor el desaliento que la sobrecogió, hasta que á la caida de la tarde llegó á la tienda de Antonio un esclavo de Casio llamado Demetrio, que al punto recogió del cadáver el manto y la espada; y presentadas estas prendas subió tan de punto su confianza, que

al rayar el dia siguiente sacaron las tropas dispuestas para la batalla. Bruto, como uno y otro campo se hallasen en estado de poca seguridad, porque el suyo estando lleno de prisioneros necesitaba una fuerte y vigilante guardia, y el de Casio no llevaba bien la mudanza de caudillo, habiéndose excitado en los vencidos un poco de envidia y odio contra el ejército vencedor, determinó sí tener dispuestas sus fuerzas, pero evitó el combate. De los prisioneros, á la chusma esclava, que mezclada con hombres armados daba que sospechar, mandó que se le diese muerte; y de los libres dió soltura á algunos, diciendo que más bien habian sido presos por los enemigos, pues allí habia cautivos y esclavos, y en su ejército no más que libres y ciudadanos. Mas como observase que sus amigos y los jefes estaban en este punto inexorables, oculta y reservadamente les daba despues escape. Habia un tal Volumnio, representante, y un tal Saculion, juglar, entre los cautivos, de los que como ninguna cuenta hubiese hecho Bruto, se le presentaron sus amigos, acusándolos de que ni áun entónces cesaban de insultarlos y motejarlos por burla. Calló á esto Bruto, teniendo puesta su atencion en otros cuidados; y Mesala Corvino determinó que despues de haberlos azotado en la tienda, fueran entregados desnudos á los soldados de los enemigos, para que vieran cuáles eran los amigos y camaradas que les convenian, á lo que algunos de los que se hallaban presentes asintieron; pero Publio Casca, el primero que hirió á César, «no parece, dijo, que es buen modo de hacer exequias á Casio en su muerte, ocuparnos en risas y chanzas; y tú, oh Bruto, añadió, mostrarás en qué memoria tienes á este general, castigando ó conservando á unos hombres dispuestos á mofarse y maldecir de él.» Incomodado Bruto al oirlo: «Por qué me preguntais, oh Casca, le replicó, y no haceis lo que os parezca?» Y teniendo esta respuesta por una aprobacion en cuanto á aquellos desventurados, los sacaron de allí, y les dieron muerte.

Repartió despues de esto el donativo á los soldados, y reprendiólos ligeramente por haber marchado en tropel contra los enemigos sin recibir la seña ni guardar la órden; les ofreció que si se portaban bien, les permitiria dos ciudades para el saqueo y para solo su provecho, que eran Tesalónica y Lacedemonia; y este es el único cargo de la vida de Bruto que carece de disculpa, sin que sirva para ella que Antonio y César hubiesen concedido premios de victoria más duros y crueles á sus soldados, habiendo faltado muy poco para lanzar de toda la Italia á sus antiguos habitantes, á fin de que aquéllos ocupasen un territorio y unas ciudades á que ningun derecho tenian; porque al cabo éstos no se proponian otro fin de la guerra que el mandar; pero á Bruto por el concepto que se tenía de su virtud, no le era permitido en la opinion pública ni vencer ni salvarse sino con la honestidad y la justicia, y más despues de muerto Casio, á quien se atribuia que áun al mismo Bruto lo arrastraba á veces á medidas violentas; sino que así como en una navegacion, roto el timon, se buscan y acomodan otros palos, no bien, sino sacando de ellos el partido posible para aquel apuro, de la misma manera Bruto entre tanta gente, y en medio de negocios tan inciertos y escabrosos, no teniendo ya un colega con quien partir el peso, se veia precisado á valerse de los que tenía cerca de sí, y á hacer y decir muchas cosas segun el gusto y deseo de éstos; y deseaban todo cuanto creian podria conducir á hacer mejores los soldados de Casio, porque eran hombres de mal manejo, osados por la anarquía en el campamento, y por la anterior derrota acobardados al frente de los enemigos.

No era mejor el estado de los negocios para César y Antonio, reducidos en cuanto á víveres á lo muy preciso, y amenazados, por el desabrigo del campamento, de un malísimo invierno; porque arrinconados á las lagunas, habiendo sobrevenido despues de la batalla las lluvias del

otoño, se llenaban las tiendas de lodo y agua que luégo se congelaba por el frio. Cuando tal era su situacion, les llegaron nuevas del descalabro que sus soldados habian sufrido en el mar; porque viniéndole á César tropas de Italia en bastante número, las naves de Bruto las habian acometido y destrozado, y los pocos hombres que habian podido salvarse de las manos de los enemigos, acosados del hambre, se mantenian de las velas y las maromas de junco. Oida esta noticia, se apresuraron á hacer que una batalla decidiese, ántes que entendiera Bruto cuánto habia mejorado su suerte, porque en un mismo dia se habian dado ambos combates, el de tierra y el de mar, y más bien por accidente que por maldad de los caudillos de las naves, ignoraba Bruto aquella victoria, sin embargo de mediar ya veinte dias; porque seguramente no se habria arriesgado á la segunda batalla teniendo hechos abundantes acopios de víveres para el ejército, hallándose situado en lo mejor del país, de manera que su campamento estaba al abrigo del invierno, y no podia ser fácilmente forzado por los enemigos; y dándole grandes esperanzas y mucho ánimo el hallarse dueño del mar, y haber vencido por tierra con el ejército de su mando. Sino que siendo ya indispensable la monarquía por no sufrir el estado de las cosas públicas el mando de muchos, Dios, que queria quitar y remover el único estorbo que se oponia al que podia apoderarse de la autoridad, interceptó el camino al conocimiento de aquel próspero suceso, áun faltándole muy poco para llegar á Bruto: porque estando ya decidido al combate, el dia ántes por la tarde se pasó del ejército enemigo un tal Clodio, diciendo que César, noticioso de haber sido derrotada su escuadra, precipitaba la batalla; pero no se dió crédito á este anuncio, ni el que le hacía fué presentado á Bruto, por mirarle todos con desprecio, diciendo que ó lo habria oido mal, ó lo habria inventado para hablarles segun su gusto.

En aquella misma noche se dice haberse vuelto á presentar á Bruto aquel espectro, y que habiéndose aparecido de la misma manera, nada dijo, sino que luégo se retiró; pero Publio Volumnio, hombre dado á la filosofía, y que desde el principio militó con Bruto, no habla de semejante prodigio, aunque dice que la primer águila se llenó de abejas; que el brazo de uno de los guias despidió sin causa conocida olor de esencia de rosa, y aunque se le lavó y limpió muchas veces, nada se adelantó; y que ántes de la misma batalla se combatieron dos águilas en el espacio que mediaba entre las dos huestes, estando toda la llanura en increible silencio, y todos mirándolo; y cedió y se retiró la que estaba á la parte de Bruto. Fué tambien muy sonado entónces lo del Etiope, que abierta la puerta dió de frente con el alférez que conducia la primer águila, y que fué hecho pedazos por los soldados con las espadas para desvanecer el agüero.

Sacó en órden de batalla su hueste, y formándola al frente de los enemigos, se detuvo largo tiempo, porque al revistar el ejército concibió sospechas y se le hicieron denuncias contra algunos; y observó además que los de caballería no estaban muy prontos para dar principio al combate, sino que siempre era su ánimo esperar á ver cuál sería el porte de la infantería. En tanto, uno de los militares más distinguidos, premiado sobresalientemente por su valor, se apea del caballo al lado del mismo Bruto, y se pasa á los enemigos: llamábase Camulato. Mucha pesadumbre recibió Bruto al verlo; y ya con el enojo, ya con el recelo de mayores mudanzas y traiciones, marchó sin más dilacion contra los enemigos, cuando ya el sol tocaba en la hora nona; y por su parte vencia, yendo adelante y cargando él á la izquierda de los enemigos que ciaban, con lo que los de caballería se alentaron, acometiendo juntamente con la infantería á los que empezaban á desordenarse; pero como los caudillos extendiesen la otra ala para que no

fuese envuelta de los enemigos, á los que era inferior en número, quedó con esto descubierto el centro, y siendo más débil, no pudo resistir al choque contrario, sino que fué el primero en dar á huir. Los que lo cortaron, envolvieron al punto al mismo Bruto, que con la mano y el consejo, en medio de lo más crudo de la pelea, hizo las más insignes obras de soldado y de general para alcanzar la victoria; pero le perdió en esta ocasion lo mismo en que tuvo ventaja en la anterior batalla; porque entónces el ala vencida de los enemigos al punto se perdió toda, mas de los soldados de Casio que fueron puestos en fuga, murieron pocos, y los que se salvaron, habiendo quedados tímidos y medrosos con la derrota, comunicaron su desaliento é indisciplina á la mayor parte del ejército. En esta division, Marco, el hijo de Caton, peleando y trabajando entre los jóvenes más ilustres y esforzados, no huyó ni se rindió, sino que obrando con la mano, mostrando quién era, y llamándose á sí mismo con el nombre paterno, cayó muerto entre muchos cadáveres de enemigos. Murieron con él muchos buenos, poniéndose delante en defensa de Bruto.

Habia entre los amigos de éste un tal Lucilio, hombre de la mayor probidad, el cual, viendo que unos soldados de la caballería de los bárbaros no hacian cuenta de los demas, y con empeño seguian á Bruto, se propuso servirles á todo riesgo de estorbo en sus conatos; y hallándose á espaldas de ellos á corta distancia, les dijo que él era Bruto, y se lo hizo creible con rogarles que lo condujeran ante Antonio, por cuanto temia á César, y en aquél confiaba. Celebrando ellos el encuentro, y teniéndolo á la mayor fortuna, le conducian allá, aunque ya era de noche, enviando delante algunos de los mismos que anticiparon á Antonio la noticia. Celebrólo tambien éste, y marchó á encontrarse con los que se le traian. Corrieron allá asimismo cuantos llegaron á entender que traian vivo á Bruto; unos compadeciendo su suerte, y otros creyendo indigno de

tanta gloria á un hombre que por apego á la vida habia venido á ser presa de los bárbaros. Cuando ya estaban cerca, Antonio se paró dudando cómo deberia recibir á Bruto; y Lucilio ya en su presencia con el más confiado ánimo, «á Marco Bruto, oh Antonio, dijo, no lo ha hecho ni lo hará prisionero ningun enemigo; no permita Dios que hasta este punto prevalezca la fortuna sobre la virtud; sino que está vivo, ó si muerto, habrá sido de un modo digno de él. Yo he engañado á tus soldados, y aquí me tienes que no rehuso sufrir por este crímen los más duros tormentos.» Dicho esto por Lucilio, todos se quedaron absortos; y Antonio, puesta la vista en los que le habian conducido, «no será extraño, les dijo, oh camaradas, que lleveis á mal el teneros por burlados con este error; pero es bien sepais que os habeis encontrado con una presa de más precio que la que buscabais, pues buscando un enemigo, es un amigo el que me habeis traido. Con Bruto no sé por los Dioses qué habia de haber hecho si me le hubieran presentado vivo; y me es más grato encontrarme con tales amigos, que no con enemigos.» Esto dicho, abrazó á Lucilio, y por entónces lo encomendó á uno de sus más íntimos, y en adelante constantemente lo encontró siempre uno de los más fieles y seguros amigos que tuvo.

Bruto, habiendo pasado ya de noche un arroyo cuyas orillas eran escarpadas y cubiertas de matas, no fué mucho más adelante, sino que en un sitio despejado en el que habia una piedra grande rodada, se sentó teniendo consigo á muy pocos de los caudillos y de sus amigos, y mirando al cielo poblado de estrellas, pronunció dos versos, de los cuales el uno en esta sentencia nos le refirió Volumnio:

No permitas, oh Jove, se te oculte
De tantos males el autor funesto (1);

(1) Es un verso de Eurípides en la Medea.

y del otro dice que se le habia olvidado. De allí á poco, nombrando á cada uno de sus amigos muertos en la batalla, lloró principalmente sobre la memoria de Flabio y Labeon, de los cuales éste era su legado, y Flabio prefecto de los operarios. En esto, uno de ellos que tenía sed y conoció que Bruto la padecia igualmente, tomando su casco se encaminó al rio. Oyóse entónces ruido por uno de los lados, y Volumnio se adelantó á ver lo que era, y con él el escudero Dárdano. Volvieron de allí á poco, y preguntando por el agua, respondió Bruto á Volumnio con una modesta sonrisa: «Nos la bebimos; pero se traerá otra para vosotros:» y enviado él mismo, estuvo muy expuesto á ser cautivado de los enemigos, y con gran dificultad se salvó herido. Conjeturó Bruto que no habia sido mucha la gente que habia perecido en la batalla, y se ofreció Estatilio á pasar por entre los enemigos, pues de otro modo no era posible llegar al campamento, y levantando en alto un hacha encendida, si lo hallaba salvo, volver otra vez á donde estaban. El hacha bien se levantó, habiendo llegado Estatilio al campamento; pero como al cabo de largo tiempo no volviese, «si Estatilio vive, dijo Bruto, no dejará de venir;» pero lo que ocurrió fué que al regresar dió en los enemigos, y le quitaron la vida.

Siendo ya alta noche, se reclinó allí mismo donde se hallaba sentado, y se puso á conversar con su esclavo Clito. Como Clito nada le respondiese, echándose sólo á llorar, se volvió hácia el escudero Dárdano y le dijo en secreto algunas palabras. Finalmente, recordando en lengua griega á Volumnio los estudios y cuestiones en que juntos se habian ejercitado, le incitaba á que aplicando su mano á la espada, ayudase el golpe. Rehusólo con abominacion Volumnio, y lo mismo todos los demas; y como alguno le dijese que ya no convenia permanecer allí, sino huir, levantándose, «huir, sin duda, repuso, mas no por piés, sino por manos;» y alargándoles la diestra de uno en

uno con el más alegre semblante, les dijo ser grande el placer que tenía en que de sus amigos ninguno se habia desmentido, y sólo debia culpar á la fortuna de los males de la patria; y que se reputaba á sí mismo más feliz que los vencedores, no sólo en lo anterior, sino entónces mismo, por cuanto dejaba una opinion de virtud que nunca alcanzarian éstos, ni á fuerza de armas, ni á fuerza de intereses, no pudiendo desvanecer la idea de que los injustos habian oprimido á los justos, y los malos á los buenos para apoderarse de un mando que no les tocaba. Rogándoles, pues, y exhortándolos á que se salvasen, se retiró á alguna distancia con dos ó tres, de los cuales era uno Estraton, que habia contraido amistad con él con motivo del estudio de la oratoria. Colocóle, pues, á su lado, y afianzando con ambas manos la espada por la empuñadura, arrojándose sobre ella, murió; aunque algunos dicen que fué el mismo Estraton quien á fuerza de ruegos de Bruto, volviendo el rostro, le tuvo firme la espada, y que él arrojándose con ímpetu de pechos se habia atravesado el cuerpo, quedando al golpe muerto.

A este Estraton, Mesala, que era amigo de Bruto, reconciliado con César se lo recomendó cuando tuvo oportunidad, diciéndole no sin llanto: «Este es, oh César, el que á mi Bruto le sirvió, pagándole el último oficio.» Admitióle César, á quien asistió en los trabajos y combates de Accio, entre los apreciables Griegos que tuvo entónces á su lado. De Mesala dicen que César le alabó más adelante, porque habiendo sido denodado en Filipos por Bruto, y mostrádosele despues acérrimo en Accio, le habia dicho: «Yo, César, siempre soy de la autoridad y partido que tiene á su favor la razon y la justicia.» A Bruto le encontró ya muerto Antonio, y dió el mejor de sus mantos de púrpura para que envolvieran el cuerpo; y habiendo sabido despues que habia sido sustraido, hizo dar muerte al que lo sustrajo. Las cenizas las envió á la madre de Bruto, Servilia; y de Por-

cia, mujer del mismo Bruto, refieren el filósofo Nicolao y Valerio Máximo (1) que queriendo darse muerte, y no dejándole lugar ni medio para ello sus amigos, que la observaban y guardaban continuamente, se tragó un ascua encendida, y cerrando y apretando la boca, de este modo pereció. Corre, sin embargo, una carta de Bruto á sus amigos, en la que se quejaba y les echaba en cara que habian abandonado á Porcia y dado lugar á que de enfermedad se dejara morir. Parece, pues, que Nicolao no tenía conocimiento del tiempo, porque de lo ocurrido á Porcia, de su amor y del modo de su muerte, da noticia la misma carta, si acaso es de las legítimas.

---

(1) Díjolo tambien Marcial en un hermoso epigrama, que es el 12 del lib. 1.°, lo que prueba que así lo conservaba la tradicion. El epigrama, aunque imperfectamente, puede traducirse así:

Al oir Porcia de su esposo Bruto
El hado infausto, en su dolor buscaba
Armas que le robara un celo amigo.
Mas ella entónces «¿ignorais, les dice,
Que el impedir la muerte empeño es vano?
¿De mi padre el ejemplo no os lo enseña?»
Dijo; y, cual agua, bebe ardientes brasas.
«Vé ahora y quita á mi resuelta mano,
Turba molesta, el homicida acero.»

COMPARACION DE DION Y BRUTO.

Siendo muchos los bienes de todo género que en estos dos varones se acumularon, el que puede contarse por primero, que es haber llegado á ser grandes de pequeños principios, esto sobresale más en Dion, porque no tuvo quien con él concurriese, como tuvo Bruto á Casio, el cual, aunque en la virtud y en la opinion no le era comparable, en valor, pericia y hazañas no puso para la guerra menor parte; y áun algunos á él es á quien atribuyen el principio de la empresa, diciendo haber sido autor é instigador del pensamiento contra César respecto de Bruto, que por sí á nada se movia. Dion así como las armas, las naves y las tropas, igualmente parece que puso por sí mismo solo, los amigos y los colaboradores de la obra. Ni allegó tampoco Dion como Bruto riqueza y poder de los negocios mismos y de la guerra, sino que impendió en la guerra su riqueza propia, consagrando á la libertad de sus conciudadanos los medios que tuvo para subsistir en su destierro. Además, Bruto y Casio, echados de Roma, no siéndoles dado permanecer en reposo, cuando ya eran perseguidos como reos de pena capital, por necesidad recurrieron á la guerra, y confiando sus personas á las armas, más puede decirse que se expusieron á los peligros por sí mismos, que por sus conciudadanos; pero Dion, pasando en el destierro una vida

más extensa y placentera que el tirano que le desterraba, voluntariamente abrazó el peligro por salvar á la Sicilia.

No era tampoco igual beneficio que redimir á los Siracusanos de Dionisio, el libertar de César á los Romanos, porque aquél ni siquiera negaba que era tirano, y llenaba la Sicilia de infinitos males; pero el imperio de César, si al formarse se hizo sentir á los que se le oponian, para los que ya le habian dado entrada y le estaban sometidos no tenía de tiránico más que el nombre y la idea, sin que se hubiese visto de él obra ninguna de crueldad ó tiranía, y ántes hizo ver que siendo en el estado de las cosas necesaria la monarquía, fué dado por algun buen genio como el médico más suave y benigno. Así es que á César inmediatamente lo echó ménos el pueblo romano, hasta el término de hacerse terrible é irreconciliable á los que le dieron muerte; y por el contrario, para Dion fué un grave cargo ante sus conciudadanos la evasion de Dionisio, y el no haber permitido violar el sepulcro del primer tirano.

En las mismas acciones de guerra Dion se mostró siempre un general irreprensible, dirigiendo perfectamente las que él dispuso, y enmendando y corrigiendo las que otros habian desgraciado; cuando Bruto, áun respecto del último combate en que se aventuró todo, parece que ni se arrojó á él con prudencia, ni encontró enmienda al descalabro; sino que luégo perdió y abandonó toda esperanza, no tratando ni siquiera como Pompeyo de probar fortuna, y esto sin embargo de que áun le quedaban medios de confiar en las mismas armas, y de que con sus naves dominaba seguramente todo el mar. Lo que más se ha reprendido en Bruto, que es el que habiendo debido la vida al favor de César, y salvado á cuantos quiso, siendo uno de sus amigos, preferido en los honores á muchos, hubiese puesto manos en su persona, esto ciertamente no habrá nadie que lo diga de Dion, sino más bien lo contrario; pues siendo deudo de Dionisio, miéntras se mantuvo en su amistad dirigió y

promovió sus intereses; pero despues de ser desterrado de su patria, ofendido en su mujer y privado de su patrimonio, tuvo ya manifiestas causas para una guerra justa y legítima. Pero esto en primer lugar, ¿no puede convertirse y valer en sentido contrario? Porque lo que cede en la mayor alabanza de los hombres, que es el odio á la tiranía y la aversion á toda maldad, esto en nadie se vió más claro ni con mayor pureza que en Bruto; pues no teniendo en particular nada por que quejarse de César, sólo se expuso por la pública libertad; y Dion, á no haber sido personalmente injuriado, no habria hecho la guerra; lo que aparece con mayor claridad de las cartas de Platon, por las que se ve que á Dionisio lo destruyó Dion arrojado de la tiranía, no retirándose él de ella. Mas á Bruto fué el bien público el que le hizo amigo de Pompeyo y enemigo de César, poniendo siempre en sola la justicia el término de su odio ó de su amor; pero Dion hizo muchas cosas en servicio de Dionisio, miéntras éste se puso en sus manos; y cuando desconfió de él, por enojo le movió la guerra. Por lo mismo, no todos sus amigos tuvieron por cierto que no aseguraria y consolidaria para sí el imperio, destruido Dionisio, halagando á los ciudadanos con un nombre más blando de tiranía; cuando en órden á Bruto, áun de boca de sus mismos enemigos se oia que de cuantos conjuraron contra César, él sólo no se propuso desde el principio hasta el fin otro objeto que el de restituir á los Romanos su patrio y legítimo gobierno.

Aun sin esto el combate contra Dionisio no era lo mismo que el combate contra César, porque á Dionisio no habia ninguno áun de sus más íntimos amigos que no lo despreciase, viéndole pasar la mayor parte del tiempo en beber, en el juego y en el trato con mujerzuelas; pero el meditar la ruina de César, y no asustarse del talento, del poder y de la fortuna de aquel cuyo nombre solo no dejaba dormir á los reyes de los Partos y los Indios, era de un alma su-

perior y dotada de tales alientos, que con ella nada pudiera el miedo. Por lo mismo, con sólo aparecerse Dion en la Sicilia, se rebelaron millares de millares contra Dionisio; cuando la gloria de César, áun despues de muerto, erigió á sus amigos, y su nombre al que le tomó, de un jóven sin medios lo elevó al punto á ser el primero de los Romanos, convirtiéndose luégo en una especie de encanto contra la enemistad y el poder de Antonio. Si dijese alguno que Dion no expelió al tirano sino en fuerza de grandes y repetidos combates, habiendo dado Bruto muerte á César desarmado y sin guardias, esto mismo fué obra de una inteligencia suma y de una consumada pericia, sorprender cuando estaba sin armas y sin guardias á un hombre rodeado de tan inmenso poder; pues no le dió muerte súbitamente cayendo sobre él solo ó con pocos, sino habiendo concertado el plan mucho ántes, y tratádolo con muchos, de los cuales ninguno le faltó; porque ó desde luego distinguió quiénes eran los de más probidad, ó con ponerlos en la confianza los hizo virtuosos. Mas Dion, ó por falta de aquel discernimiento se confió á hombres malos, ó con valerse de ellos los tornó malos de buenos que ántes eran; y al varon prudente no está bien le suceda ni lo uno ni lo otro: así Platon le reprendió de haber elegido tales amigos, que al cabo le perdieron.

Finalmente, Dion en su muerte nadie encontró que volviera por él; y á Bruto, de sus enemigos Antonio le sepultó decorosamente, y César le conservó sus honores. Habia una estatua suya de bronce en Milan de la Galia Cisalpina; vióla tiempo despues César, hallando que era muy parecida y de bella ejecucion. Pasó adelante; pero luégo, parándose ante ella, hizo llamar á presencia de muchos á los magistrados, y les dijo habian faltado á las estipulaciones con que tomara su ciudad, teniendo dentro de ella á un enemigo suyo. Negáronlo al principio, como era natural, y despues se miraron unos á otros dudando por

quién lo diria; pero cuando volviéndose César hácia la estatua, y arrugando las cejas, les dijo: «Pues éste, siendo mi enemigo, ¿no está aquí colocado?» entónces todavía se sobrecogieron más, y callaron; y él sonriéndose, celebró á los Galos porque se conservaban fieles á sus amigos sin atender á la fortuna, y mandó que la estatua quedara en su puesto.

ARTAJERGES.

El primer Artajerges, distinguido entre todos por su bondad y magnanimidad, se llamó Longimano, porque tenía la mano derecha más grande que la izquierda: fué hijo de Jerges. El segundo, cuya vida escribimos, se llamó Memnon, y nació de hija de aquél; porque fueron cuatro los hijos de Darío y Parisatis: el mayor Artajerges, despues de éste Ciro, y los más jóvenes Ostades y Oxatres. Ciro tomó del antiguo Ciro el nombre, y aquél se dice que lo tomó del sol, porque los Persas al sol le llamaron Ciro. Artajerges al principio se llamó Arsicas, aunque Dinon dice que se llamó Oartes; pero sin embargo de que Ctesias en lo general hinchió sus libros de fábulas y patrañas vulgares, no es de creer que ignorase el nombre de un rey en cuya corte habitó, siendo su médico, el de su mujer, su madre y sus hijos.

Tuvo Ciro desde su primera edad un carácter altivo é impetuoso, cuando el otro parecia más dulce en todo y de un genio más bondadoso y apacible. Tomó mujer bella y virtuosa por disposicion de sus padres, y la conservó contra la voluntad de éstos; porque habiendo dado muerte el Rey á un hermano de la misma, determinó darla tambien á ella; pero Arsicas se echó á los piés de la madre, y con sus ruegos y lágrimas alcanzó, aunque no sin dificultad,

que ni se la quitara la vida, ni se la separara de su lado. Amó siempre más la madre á Ciro, y queria que éste reinara, por lo cual habiendo caido enfermo el padre, vino llamado desde el mar, y subió muy esperanzado de que la madre habria negociado el que fuese declarado sucesor del trono; porque tenía para esto Parisatis una razon plausible, de la que ya habia ántes hecho uso el antiguo Jerges, instruido por Demarato, pues decia que á Arsicas lo habia dado á luz cuando Darío su esposo no era sino particular, y á Ciro cuando ya reinaba. Mas sin embargo no fué escuchada, y se declaró por rey al primogénito, mudándole su nombre en el de Artajerges, y á Ciro sátrapa de la Lidia y capitan general de las provincias marítimas.

A poco tiempo de haber muerto Darío, pasó el rey á Pasargada con el objeto de recibir la iniciacion régia de los sacerdotes de Persia. Existe allí el templo de una diosa guerrera que puede presumirse sea Minerva, y el que ha de ser iniciado debe entrar en él, y deponiendo la estola propia (1), vestirse la que llevaba Ciro el Mayor ántes de ser rey, comer pan de higos, tragar terebinto y beberse un vaso de leche aceda. Si además de estas cosas tienen que ejecutar algunas otras, no es dado saberlo á los de afuera. Cuando iba Artajerges á cumplir con ellas, llegó á él Tisafernes, trayendo á su presencia á uno de los sacerdotes que habia sido presidente de la educacion dada á Ciro con los otros jóvenes segun las leyes patrias, y le habia enseñado la magia; por lo cual ninguno habia de haber sentido más que no hubiese sido declarado rey, y de ninguno se debia desconfiar ménos para darle crédito, acusando á Ciro. Acusábale, pues, de asechanzas en el templo, y de que tenía meditado miéntras el rey se vestía la estola, acometerle y quitarle la vida. Algunos dicen que en virtud de esta denuncia se le prendió; pero otros sos-

(1) La estola era ropa talar que cubria todo el cuerpo.

tienen que Ciro habia entrado en el templo, y que hallándose escondido, lo descubrió el sacerdote. Cuando ya iba á sufrir la muerte, la madre le tomó en su regazo, le enredó con sus cabellos, juntó con la de él su garganta, y á fuerza de quejas y lamentos le consiguió el perdon, y que fuera enviado otra vez al mar; mas él no contento con aquel mando, ni teniendo en memoria el indulto sino la prision, aspiraba con la ira, más todavía que ántes, á ocupar el reino.

Dicen algunos haberse rebelado al Rey porque lo que le fué dado no le bastaba ni para la cena diaria; pero esto es necedad, pues áun cuando no hubiera otra cosa, estaba la madre, de cuyos bienes podia tomar y disponer cuanto y como quisiese, prestándose la misma á todo. Dan tambien testimonio de su riqueza las muchas tropas que en diferentes puntos mantenia por medio de sus amigos y huéspedes, como dice Jenofonte; pues no los reunia en uno, procurando todavía ocultar sus preparativos, sino que tenía en muchas partes reclutadores bajo diferentes pretextos. Además la madre, que se hallaba en la corte, cuidaba de desvanecer las sospecha del Rey, y el mismo Ciro le escribia respetuosamente, ya para decirle algunas cosas, y ya para darle quejas contra Tisafernes de que tenía emulacion y desavenencias con él. Entraba tambien cierta parte de desidia en el carácter del Rey, que para los más pasaba por bondad; y al principio parece que efectivamente se propuso imitar la mansedumbre del otro Artajerges, su tocayo, mostrándose muy afable en las audiencias, y esmerándose en honrar y hacer gracia á cada uno segun su clase. A los castigos les quitaba todo lo que tenian de infamantes, y en punto á dádivas no ménos placer tenía en hacerlas que en recibirlas, mostrándose en el dar placentero y benigno; y por pequeño que fuese el don, no dejaba de recibirlo con la mejor voluntad: así, habiéndole presentado un tal Omises una granada de extremada mag-

nitud, «¡por Mitra, dijo, que este hombre haria pronto de pequeña grande una ciudad, si se le confiase!»

En un viaje, unos le llevaban unas cosas y otros otras; y como un pobre menestral que no encontraba qué darle corriese al rio y cogiendo agua en las manos se la trajese, le dió tanto gusto á Artajerges, que le envió una ampolla de oro y mil daricos. Euclides Lacedemonio habló insolentemente contra él, y se contentó con intimarle por medio de un tribuno lo siguiente: «A tí te es dado decir de mí cuanto quieras; pero á mí decir y hacer.» En una cacería le avisó Tiribazo de que tenía el sayo descosido, y preguntándole qué haria, le respondió: «Ponerte otro, y darme á mí ese.» Hízolo así Artajerges, diciéndole: «Te le doy; pero no te permito que lo lleves.» Y como él sin hacer caso, porque no era hombre malo, aunque sí algo falto y atolondrado, se hubiese puesto el sayo, adornándose además con dijes de oro mujeriles, que tambien le habia dado el Rey, los cortesanos se mostraron disgustados, porque aquello no debia hacerse; pero el Rey lo tomó á risa, y le dijo: «Te permito llevar los dijes por mujer, y el sayo por loco.» En la mesa del Rey no se sentaban sino su madre y su mujer legítima, colocándose la mujer en el asiento inferior y la madre en el superior; pero Artajerges admitia á su misma mesa á sus dos hermanos Ostanes y Oxatres, que eran los dos más jóvenes. Lo que sobre todo dió á los Persas un espectáculo sumamente grato, fué la carroza de la mujer de Artajerges, Estatira, que siempre iba desnuda de todo cortinaje, dando lugar áun á las mujeres más infelices de saludarla y acercársele, con lo que aquel reinado se ganaba el amor de la muchedumbre.

Mas los hombres inquietos y amigos de novedades se daban á entender que los negocios pedian á Ciro, por ser varon magnánimo y guerrero; y que la extension de tan grande imperio necesitaba un rey que tuviera espíritu y ambicion. Ciro asimismo, confiando no ménos en los de las

provincias altas que en los que tenía cerca de sí, se determinó á la guerra, y escribió á los Lacedemonios implorando su auxilio, y pidiendo le enviasen hombres, á quienes ofrecia dar, si se le presentaban como infantes, caballos; si con caballos, parejas; si tenian campos, aldeas; si aldeas, ciudades; y que á los soldados no se les contaria el prest, sino que se les mediria. Haciendo además jactancia de su persona, decia que su corazon pesaba más que el de su hermano; que filosofaba más que él; que era mejor mago, y podia beber y aguantar más vino; y que éste de miedo en las cacerías no montaba caballo, ni en la guerra se sentaba en carro con trono. Los Lacedemonios, pues, enviaron la correa (1) á Clearco, dándole órden de estar en todo á la disposicion de Ciro: de resulta de lo cual subió éste hácia la corte con un numeroso ejército de bárbaros, y con poco ménos de trece mil Griegos auxiliares, buscando diferentes achaques y pretextos para haber reunido aquellas fuerzas. No consiguió, sin embargo, deslumbrar por mucho tiempo, porque Tisafernes acudió por sí mismo á avisarlo al Rey, y fué grande la turbacion y alboroto que esto causó en palacio, echándose á Parisatis principalmente la culpa de aquella guerra, y moviéndose muchas sospechas y delaciones contra sus amigos. La que hostigó sobre todo á Parisatis, fué Estatira, quejándose amargamente de la guerra, y clamando: «¿Dónde están ahora aquellas seguridades? ¿dónde aquellos ruegos con que libertaste al insidiador de su hermano, y con que has venido á cercarnos de guerra y de males?» Por esta causa Parisatis concibió el más terrible odio contra Estatira; y como fuese de índole rencorosa y propiamente bárbara en sus iras y en su mala intencion, atentó contra su vida. Dinon dice que esta maldad se verificó durante la guerra, y

(1) Modo particular de comunicar órdenes secretas, de que usaban los Lacedemonios, descrito en la vida de Lisandro, tomo III, pág. 28.

Ctesias que despues; y como no parece regular que éste ignorase el tiempo, habiendo presenciado los sucesos, ni se ve causa alguna para que sacase de su propia época este hecho y no lo refiriese como habia pasado (aunque muchas veces le sucede que su narracion, convirtiéndose á lo fabuloso y dramático, se aparta de la verdad), aquí tendrá el lugar que éste le ha dado.

Llegáronle á Ciro en la marcha voces y rumores de que el Rey no pensaba en dar batalla desde luégo, ni en apresurarse á venir á las manos con él, sino permanecer en Persia hasta que le llegaran las tropas pedidas de todas partes, habiendo hecho abrir un foso de diez piés de ancho y otros tantos de hondo, que corria por la llanura hasta cuatrocientos estadios; y áun no hizo alto en que Ciro entrase dentro de él, y llegase hasta no léjos de la misma Babilonia; pero habiendo tenido Tiribazo resolucion para decir el primero que no era razon evitase el combate, ni que retirándose de la Media, de Babilonia y áun de Susa, se encerrara en la Persia quien tenía multiplicadas fuerzas que el enemigo, y diez mil sátrapas y generales que en prudencia y pericia militar valian más que Ciro, se decidió por que se marchara al combate sin más dilacion. Y cuando de pronto se dejó ver con un ejército de novecientos mil hombres bien equipados, asombró y sobresaltó á los enemigos, que por la nimia confianza y desprecio marchaban en desórden y sin armas; de manera que sólo con gran dificultad y mucha gritería y alboroto pudo traerlos Ciro á formacion. Caminando despues el Rey con reposo y concierto, causó con aquel buen órden admiracion á los Griegos, que en tanto gentío no esperaban más que gritería confusa, correrías y grande desórden y dispersion. Dispuso tambien con singular acierto colocar contra los Griegos delante de su hueste los más fuertes de sus carros falcados, para que ántes de venir á las manos les desordenaran las filas con la violencia de su impulso.

Siendo muchos los que han referido esta batalla, entre los cuales Jenofonte la ha descrito de manera que casi la hace ocurrir á nuestra vista, pintando los sucesos, no como pasados sino como si entónces mismo aconteciesen, y haciendo con la viveza de su expresion sentir al que lee los afectos y los peligros; no sería de escritor prudente ponerse ahora á hacer otra narracion que la de aquellas particularidades dignas de memoria que éste hubiese pasado en silencio. El lugar, pues, donde se dió se llama Cunaxa, y dista de Babilonia quinientos estadios. Propuso Clearco á Ciro ántes de la batalla que se colocara á retaguardia de los Griegos, y no expusiera su persona; y se refiere haberle respondido: «¿Qué es lo que dices, Clearco? ¿Me propones que aspirando al reino me muestre indigno de reinar?» Erró sin duda Ciro en arrojarse temerariamente á los peligros, y no guardarse de ellos; pero no fué ménos, si es que no fué más grande, el yerro de Clearco en no querer que los Griegos se opusieran de frente al Rey, y en apoyar su derecha sobre el rio para no ser envuelto; pues al que en todo no buscaba más que la seguridad, y toda su atencion la ponia en no sufrir ni el menor descalabro, le era lo mejor haberse quedado en su casa. Pero haber andado armado diez mil estadios sin que negocios propios lo exigiesen, con sólo el objeto de colocar en el trono real á Ciro, y ponerse despues á examinar el lugar y la formacion más á propósito, no para salvar al caudillo y á aquel en cuyo auxilio era venido, sino para pelear él mismo con menor riesgo é incomodidad, es como si uno por temor de lo presente no hiciera cuenta del objeto principal, ni tuviera en consideracion cuál es el fin de un ejército, pues que ninguno de los soldados del Rey habia de haber aguantado el choque de los Griegos: y que rechazados aquéllos y ahuyentado ó muerto el Rey, se habia de haber logrado que salvo y vencedor reinase Ciro, de los mismos sucesos se deduce con claridad. Por tanto, más de culpar es la

nimia precaucion de Clearco que la temeridad de Ciro, en que con éste todo se hubiese perdido; pues si el mismo Rey se hubiera puesto á pensar dónde colocaria los Griegos para recibir de ellos ménos daño, no hubiera encontrado otro sitio mejor que aquel en que estuviesen más léjos de él mismo y de los que con él peleaban, desde el cual él mismo no percibió que era vencido, y Ciro se anticipó á morir ántes de sacar ninguna ventaja de la victoria de Clearco. Y no porque Ciro no hubiese conocido qué era lo que convenia, disponiendo que Clearco formara allí en el centro; pero éste con decir que dejara á su cuidado el disponer lo mejor, todo lo desbarató y destruyó.

Porque los Griegos arrollaron á los bárbaros como y cuanto quisieron, y persiguiéndolos, corrieron casi toda la llanura; mas contra Ciro, que llevaba un caballo noble, pero duro de boca y de sobrados alientos, llamado Pasaca, segun dice Ctesias, movió el caudillo de los Cadusios Artaguerses, diciendo á grandes voces: «Oh tú que infamas el glorioso nombre de Ciro, el más injusto y más temerario de los hombres, vienes atrayendo en mal hora á los valientes Griegos contra las riquezas de los Persas, con esperanza de dar muerte á tu señor y tu hermano, que tiene millares de millares de esclavos mejores que tú: pero ahora lo verás, pues antes perderás aquí tu cabeza que puedas ver el rostro del Rey.» Dicho esto, le lanzó un dardo, y la coraza resistió firme al golpe, con lo que no llegó á ser herido Ciro, sino sólo conmovido en la silla, porque el golpe fué violento. Al volver Artaguerses el caballo, tiró Ciro contra él, y le acertó, entrando la punta del dardo por el cuello sobre la clavícula. Así casi todos convienen en que Artaguerses fué muerto por Ciro; pero por cuanto de la muerte de éste no habló Jenofonte sino llana y brevemente, como que no la presenció, nada parece que se opone á que expresemos con distincion lo que acerca de ella refieren Dinon y Ctesias.

Dice, pues, Dinon que muerto Artaguerses, Ciro acometió denodadamente á los que protegian al Rey, llegando á herirle á éste el caballo; pero pudo salvarse. Proporcionóle Tiribazo que montase otro caballo, diciéndole: «Acuérdate, oh Rey, de este dia, porque no es de olvidar;» y otra vez Ciro acosó con su caballo á Artajerges, y le derribó. Indignóse sobremanera el Rey al tercer encuentro, y diciendo «más vale morir», lanzó un dardo contra Ciro, que temeraria y ciegamente se metia por las saetas enemigas: tiráronle tambien los que junto al Rey estaban, y cayó Ciro, segun dicen algunos, herido de mano del Rey; segun algunos otros, dándole el golpe mortal uno de Caria, á quien el Rey concedió en premio de esta accion que llevara siempre un gallo de oro sobre una lanza al frente de la hueste en los ejércitos; porque los Persas á los de Caria les llamaban gallos, á causa de los penachos con que adornaban los morriones.

La relacion de Ctesias, procurando abreviar y compendiar mucho en pocas palabras, es como sigue: Ciro, luego que dió muerte á Artaguerses, dirigió su caballo contra el Rey, y éste el suyo contra él, ambos sin hablar palabra. Anticipóse Arico, amigo de Ciro, á tirar contra el Rey, pero no le hirió. El Rey, haciendo entónces tiro con su lanza, no acertó á Ciro, pero alcanzó y dió muerte á Satibarzanes, hombre de valor y leal á Ciro. Tirando éste contra aquél, le pasó la coraza y le hirió en el pecho, hasta penetrar la saeta dos dedos, haciéndole el golpe caer del caballo. Desordenáronse con esto y huyeron los que tenía alrededor de sí; y levantándose con muy pocos, de los cuales era uno Ctesias, tomó una altura inmediata, donde respiró. A Ciro miéntras acosaba á los enemigos, enardecido su caballo lo llevó á gran distancia, venida ya la noche, desconocido de los enemigos y buscado de los suyos. Engreido con la victoria y lleno de ardor y osadía, corrió gritando: «Rendíos, miserables.» Repitiólo en lengua per-

siana mucha veces, y algunos se retiraban adorándole; mas cáesele en esto la tiara de la cabeza, y volviendo contra él un mancebo persa, llamado Mitrídates, le hiere con un dardo en una sien junto al ojo, sin saber quién fuese. Como le corriese mucha sangre de la herida, cayó Ciro desmayado y soporoso, y el caballo dando á huir corria desbocado, cuyos jaeces caidos al suelo recogió el escudero del que hirió á Ciro, bañados todos en sangre. A éste, que con la herida apénas podia dar paso, procuraban unos cuantos eunucos que allí se hallaban subirle en otro caballo y salvarle; mas no estando para ello, y yendo con gran dificultad por su paso, le cogieron por los brazos, y así le llevaban muy pesado ya del cuerpo y cayéndoseles, pero creido de que era vencedor, por oir á los que huian que aclamaban por rey á Ciro y le rogaban los mirase con indulgencia. En esto unos Caunios, hombres de mala vida, miserables, y que por muy poco jornal iban de trabantes en el ejército del Rey, se encontraron mezclados como amigos entre las gentes de Ciro, y no bien hubieron visto las sobrevestas purpúreas, siendo blancas las que usaban todos los del servicio del Rey, conocieron que eran enemigos. Atrevióse, pues, uno de ellos á herir con un dardo á Ciro por la espalda sin conocerle; y rota la vena de la corva cayó Ciro, dando al mismo tiempo con la sien herida sobre una piedra, y falleció. Esta es la narracion de Ctesias, con la que, como con una mala navaja, le va matando poco á poco.

Cuando ya habia muerto, acertó á pasar á caballo Artasuras, especulador del Rey, y conociendo á los eunucos que se lamentaban, preguntó al que tenía entre ellos de más confianza: «Dime, Parsica, ¿á quién lloras aquí sentado?» á lo que respondió: «¿No ves, oh Artasuras, á Ciro muerto?» Maravillado Artasuras procuró consolar al eunuco, encargándole la custodia del muerto, y él corrió á Artajerges. que ya lo daba todo por perdido, y que se hallaba

mal parado de sed y de sus heridas, y le dice con regocijo que ha visto muerto á Ciro. Su primer movimiento fué querer ir á verlo por sí, diciendo á Artasuras que lo llevase al sitio; pero como llegasen contínuas noticias y fuese grande el miedo con motivo de que los Griegos seguian el alcance, y todo lo vencian y avasallaban, se tuvo por más conveniente enviar exploradores en mayor número, y se enviaron treinta con hachones. Estaba el Rey á punto de morir de sed, y el eunuco Satibarzanes corria por todas partes buscando qué bebiese, porque el terreno aquel carecia de agua, y no estaba cerca el campamento; mas al fin á costa de mucha diligencia dió de aquellos Caunios miserables con uno que en un odre ruin tenía de agua podrida y de mala calidad hasta unas ocho cotilas (1). Tomóle, pues, y lo trajo al Rey; y habiéndose bebido éste toda el agua, le preguntó si no le habia sabido mal semejante bebida, y él juró por los Dioses que en su vida habia bebido ni vino más dulce, ni agua más delicada y limpia; tanto, que le añadió: «Al hombre que te la ha dado, si buscándole no puedo yo darle la debida recompensa, pediré á los Dioses que le hagan feliz y rico.»

Llegaron en este punto los treinta regocijados y alegres, anunciándole su inesperada ventura; y empezando además á cobrar ánimo con el gran número de los que volvian á pasarse á él, bajó del collado rodeado de antorchas. Cuando estuvo junto al cadáver, luégo que, segun una ley de los Persas, se le cortó la mano derecha y la cabeza, separándolas del cuerpo, mandó que le trajesen la cabeza; y cogiéndola por los cabellos, que eran espesos y ensortijados, la mostró á los que todavía dudaban y huian. Admirábanse éstos y lo adoraban; de manera que en breve reunió unos setenta mil hombres, que regresaron otra vez á

(1) La cotila se ha dicho que era medida de líquidos de cabida de medio cuartillo y onza y media.—*Vida de Nicias*, tomo III.

los reales, siendo los que habia llevado á la batalla, segun dice Ctesias, sobre cuatrocientos mil; pero Dinon y Jenofonte refieren haber sido muchos más los que entraron en accion. De muertos dice Ctesias que Artajergès le refirió haber sido nueve mil, y que á él le parece que en todo no bajaron los que perecieron de veinte mil. En esto puede haber duda; pero lo que es una insigne impostura de Ctesias, es decir que él mismo fué enviado á los Griegos con Faleno de Zacinto y algunos otros; porque Jenofonte sabia que Ctesias moraba en la corte del Rey, puesto que hace mencion de él, y es claro que tuvo en las manos sus libros; y si hubiera ido y sido intérprete de las conferencias, no habria dejado de nombrarle cuando nombra á Faleno de Zacinto; y es que siendo Ctesias sumamente ambicioso y no ménos apasionado de los Lacedemonios y de Clearco, siempre deja para sí mismo algunos huecos en la narracion, y cuando se ve en ella, dice muchas y grandes proezas de Clearco y de Lacedemonia.

Despues de la batalla envió los más ricos y preciosos dones al hijo de Artaguerses, muerto á manos de Ciro, y honró magníficamente á Ctesias y á todos los demas. Habiendo hallado al Caunio aquel que le dió el odre, de oscuro y pobre lo hizo ilustre y rico. Se notó cierto estudio hasta en los castigos de los que faltaron; porque á un Medo llamado Arsaces que en la batalla huyó á Ciro, y otra vez se le pasó despues de muerto éste, queriendo en él castigar la timidez y cobardía, y no la traicion ni la maldad, le condenó á que tomando en hombros una ramera desnuda, la paseara así un dia entero por la plaza. A otro que sobre haberse pasado se habia atribuido con falsedad haber muerto á dos enemigos, dispuso que le atravesaran la lengua con tres agujas. Creyendo él mismo, y queriendo que todos creyeran y dijeran que él habia sido quien habia muerto á Ciro, á Mitrídates que fué el primero en tirar contra Ciro, le envió magníficos dones, encargando á los que

habian de entregárselos que le dijesen: «Con estas preseas te premia el Rey por haberle presentado los arreos del caballo de Ciro que te encontraste.» Pidiéndole asimismo recompensa aquel de Caria que dió á Ciro en la pierna la herida de que murió, previno á los que se la llevaban le dijesen en la propia forma: «Este regalo te lo hace el Rey por segundas albricias, porque el primero fué Artasuras, y despues de él tú le anunciaste la muerte de Ciro.» Mitrídates, aunque disgustado, recibió su regalo y nada dijo; pero al miserable Cario le sucedió lo que comunmente padecen los necios, porque deslumbrado con los bienes presentes, pensó que podia subirse á mayores, y desdeñando recibir lo que se le daba como albricias, se mostró ofendido, protestando y gritando que ninguno otro que él habia muerto á Ciro, é injustamente se le privaba de aquella gloria. Cuando se lo dijeron al Rey, se irritó sobremanera y mandó que le cortasen la cabeza; pero la madre, que se hallaba presente: «No has de ser tú, oh Rey, le dijo, quien se dé con esto por satisfecho respecto de este abominable Cario, sino que de mí recibirá una recompensa digna de lo que ha tenido el arrojo de decir.» Habiéndoselo otorgado el Rey, dió órden Parisatis á los ejecutores de la justicia para que tomando bajo su poder aquel hombre, lo atormentaran por diez dias, y sacándole despues los ojos, le echaran en los oidos bronce derretido hasta que así falleciese.

Al cabo pereció tambien malamente Mitrídates de allí á poco tiempo por su indiscrecion; pues convidado á un banquete, al que asistieron los eunucos del Rey y de su madre, se presentó en él engalanado con el vestido y alhajas de oro que aquél le habia dado. Cuando ya estaban cenando, le dijo el eunuco de más valimiento entre los de Parisatis: «Bellísimo es, oh Mitrídates, ese vestido que te dió el Rey; bellísimos igualmente los collares y demas adornos; pero más precioso el alfange. ¡Ciertamente que te hizo venturoso y célebre entre todos!» Mitrídates, que ya tenía la ca-

beza caliente: «¿Qué es esto, dijo, oh Esparamixes? Do mayores y más preciosos dones de parte del Rey me hice yo digno en aquel dia.» Entónces Esparamixes, sonriéndose: «Nadie te lo disputa, oh Mitrídates, le contestó; pero pues dicen los Griegos que la verdad es compañera del vino, ¿qué cosa tan grande y tan brillante es, amigo mio, encontrarse en el suelo los arreos de un caballo, é ir despues á presentarlos?» Diciendo esto, no porque ignorase lo que habia pasado, sino para hacer se franquease ante los demas que se hallaban presentes, picaba así la vanidad de Mitrídates, hablador ya y descomedido con el vino. Así es que, no pudiendo contenerse: «Vosotros, repuso, direis todo lo que querais de arreos y tonterías; lo que yo os aseguro sin rodeos, es que Ciro fué muerto por esta mano, porque no tiré como Artaguerses flojamente y en vano, sino que erré poco del ojo, y acertándole en la sien, y pasándosela, lo derribé al suelo, habiendo muerto de aquella herida.» Todos los demas, poniéndose ya en el fin de aquella conversacion, y viendo la desgraciada suerte de Mitrídates, bajaron los ojos á tierra; y el que daba el convite: «Amigo Mitrídates, dijo, bebamos ahora y comamos adorando el genio del Rey, y dejemos á un lado razonamientos que son sobre los que pide un banquete.»

En seguida refiere el eunuco á Parisatis aquella conversacion, y ésta al Rey, el cual se indignó en gran manera, creyéndose desmentido y que se le hacía perder el más precioso y más dulce fruto de la victoria; porque estaba empeñado en hacer entender á todos los bárbaros y á los Griegos que en los encuentros y choques, dando y recibiendo golpes, él habia sido herido, pero habia muerto á Ciro. Mandó, pues, que á Mitrídates se le quitara la vida, haciéndole morir enartesado, lo que es en esta forma: tómanse dos artesas hechas de manera que se ajusten exactamente la una á la otra, y tendiendo en una de ellas supino al que ha de ser penado, traen la otra y la adaptan de

modo que queden fuera la cabeza, las manos y los piés, dejando cubierto todo lo demas del cuerpo; y en esta disposicion le dan de comer. Si no quiere, le precisan punzándole en los ojos; despues de comer le dan á beber miel y leche mezcladas, echándoselas en la boca y derramándolas por la cara: vuélvenle despues contínuamente al sol de modo que le dé en los ojos, y toda la cara se le cubre de una infinidad de moscas. Como dentro no puede ménos de hacer las necesidades de los que comen y beben, de la suciedad y podredumbre de las secreciones se engendran bichos y gusanos que carcomen el cuerpo, tirando á meterse dentro. Porque cuando se ve que el hombre está ya muerto, se quita la artesa de arriba y se halla la carne carcomida, y en las entrañas enjambres de aquellos insectos pegados y cebados en ellas. Consumido de esta manera Mitrídates, apénas falleció al decimosétimo dia.

Quedábale á Parisatis otro blanco, que era Mesabates, aquel eunuco del Rey que cortó á Ciro la cabeza y la mano. No le daba este motivo ni asidero ninguno, y Parisatis discurrió este modo de traerle á sus lazos. Era para todo mujer astuta, y diestra para el juego de los dados, por lo que ántes de la guerra jugaba muchas veces con el Rey, y despues de ella (1), cuando ya se habian reconciliado, no se negaba á las demostraciones del Rey, sino que tomaba parte en sus diversiones y era sabedora de sus amores, terciando en ellos y presenciándolos, con el cuidado sobre todo de que conversara y se llegara á Estatira lo ménos posible, por aborrecerla más que á nadie, y tambien para poder aparentar que ella era la que gozaba del mayor favor. En una ocasion, pues, en que el Rey estaba alegre y sin qué hacer, lo provocó á jugar la suma de mil daricos:

(1) Desde aquí hasta el fin de este período, todo lo demas falta en el texto que se sigue; pero se halla en otras ediciones y códices manuscritos, y hace falta para el sentido.

echaron los dados, y habiéndose dejado ganar, entregó el dinero. Fingió, sin embargo, sentimiento y gana de continuar, proponiendo que se pusiera á jugar de nuevo, y que fuera lo que se jugase un eunuco. Hicieron el convenio de que cada uno exceptuaria cinco, los que tuviese de mayor confianza, y de los demas el vencedor elegiria, y el vencido habria de entregarlo: bajo de estas condiciones se pusieron á jugar. Dió grande atencion al juego, no omitiendo nada de su parte, y como además le fuesen favorables los lances, ganó y se hizo dueña de Mesabates, porque no era de los exceptuados; y ántes que el Rey pudiera tener sospecha ninguna de su intencion, lo entregó á los ejecutores de la justicia con órden de que lo desollaran vivo; el cuerpo puesto de lado lo amarraron en tres cruces, y la piel la tendieron con separacion en otro palo. Hecho esto, el Rey manifestó el mayor pesar, mostrándosele irritado; y ella por burla: «¡Cuán amable y gracioso eres, le decia, si así te dueles por un eunuco viejo y perverso, cuando yo, habiendo perdido mil daricos, callo y aguanto!» Y el Rey, aunque no dejó de sentir el engaño, nada hizo; pero Estatira, que abiertamente la contradecia en todo, hizo tambien con esta ocasion demostraciones de disgusto, no pudiendo sufrir que Parisatis diera muerte injusta y cruel, á causa de Ciro, á los hombres y á los eunucos más fieles al Rey.

Habiendo Tisafernes engañado á Clearco y á los demas caudillos, y puéstolos en prision con quebrantamiento de las capitulaciones confirmadas con juramento, dice Ctesias que Clearco le pidió le proporcionase un peine, y que provisto de él se compuso y ordenó el cabello, quedando muy agradecido á aquel favor, por el que le dió un anillo, prenda de amistad, para sus parientes y deudos en Lacedemonia, siendo lo que tenía grabado una danza de Cariátides. Añade que los víveres enviados á Clearco los sustraian y consumian los soldados presos con él, dando á Clearco una parte

muy pequeña como si á ellos la debiera; y que él puso en esto remedio, negociando que se enviaran más provisiones á Clearco y que se les dieran con separacion á los soldados; y todo esto lo dispuso y ejecutó por favor y con beneplácito de Parisatis. Como entre estas provisiones se enviase todos los dias á Clearco un jamon, le mostró de qué modo podria poner entre la carne un puñal y enviárselo escondido, rogándole lo ejecutase y que no diera lugar á que su fin pendiera de la crueldad del Rey. Mas él no se prestó á semejante propuesta, y habiendo la madre intercedido con el Rey para que no se diese muerte á Clearco, el Rey se lo otorgó bajo juramento; pero vuelto por Estatira, hizo quitar la vida á todos, fuera de Menon. De resulta de esto dice que Parisatis atentó á la vida de Estatira, preparándole un veneno; cosa poco probable en cuanto á la causa, pues no parece que Parisatis habia de emprender accion tan atroz, y exponerse por Clearco á los mayores peligros, arrojándose á dar muerte á la mujer legítima del Rey, madre de los hijos que en comun habian educado para el reino. Pero es bien claro que todo esto está exagerado en obsequio de la memoria de Clearco; porque dice tambien que muertos los caudillos, todos los demas fueron comidos de perros ó de aves, pero que en cuanto al cadáver de Clearco, levantándose un recio huracan que acumuló un monton de tierra, la trajo sobre él y le cubrió, y que habiéndose plantado allí unas palmas, en breve se formó un maravilloso palmar que hizo sombra á aquel sitio, tanto, que el Rey mismo se mostró muy pesaroso de haber dado muerte á un hombre tan amado de los Dioses como Clearco.

Parisatis, que desde el principio habia mirado con aversion y celos á Estatira, viendo que su poder no nacia sino del respeto y honor en que la tenía el Rey, y que el de ésta tomaba sus quilates y su fuerza del amor y de la confianza, se resolvió á armarle asechanzas, aventurándose,

como ella misma lo creia, á todo. Tenía una esclava muy fiel y que gozaba de todo su favor, llamada Gigis, de la cual dice Dinon haber sido quien dispuso el veneno; y Ctesias, que sólo fué sabedora involuntariamente. Al que dió el veneno, éste le llama Belitara, y Dinon, Melanta. A pesar de sus antiguas sospechas y disensiones, habian empezado otra vez á visitarse y á cenar juntas, comiendo, aunque con recelo y precaucion, de los mismos platos preparados por las mismas personas. Hay en Persia una ave pequeña que no hace ninguna secrecion, sino que en lo interior toda es gordura; por lo que se cree que se mantiene del viento y del rocío, y su nombre es *Runtaces*. Dice, pues, Ctesias que Parisatis trinchó una de estas aves con un cuchillo untado por el un lado con el veneno, con lo que quedó untada una parte del ave, y que comió ella la parte intacta y pura, alargando á Estatira la que estaba inficionada. Dinon dice que no fué Parisatis, sino Melanta quien trinchó el ave, poniendo la carne envenenada al lado de Estatira. Como ésta hubiese muerto con grandes dolores y convulsiones, ella misma conoció la maldad, y el Rey no pudo ménos de concebir sospechas contra la madre, mayormente sabiendo su índole feroz é implacable. Por tanto, aplicándose al punto á hacer indagaciones, prendió y atormentó á los sirvientes y superintendentes de la mesa de la madre; y por lo que hace á Gigis, Parisatis la tuvo mucho tiempo consigo en su habitacion, sin querer entregarla al Rey, que la reclamó; pero como más adelante hubiese pedido que la dejara ir una noche á su casa, el Rey lo llegó á entender, puso quien la acechase y prendiese, y la condenó á muerte. La pena que en Persia se da, segun la ley, á los envenenadores es la siguiente: tienen una piedra ancha sobre la que ponen la cabeza del criminal, y con otra piedra se la machacan y muelen hasta quedar deshechas la cara y la cabeza; y esta fué la muerte que tuvo Gigis. A Parisatis no le dijo ó hizo Artajerges otro mal que

enviarla con su voluntad á Babilonia, diciendo que miéntras ésta estuviese allí, no veria aquella ciudad. Tales fueron y así pasaron las cosas domésticas.

Queria el Rey y hacía esfuerzos por apoderarse de todos los Griegos que habian subido á la Persia, como habia vencido á Ciro y habia conservado el reino; pero no habiéndolo conseguido, y ántes habiéndose ellos salvado por sí mismos, puede decirse que desde la corte, no obstante haber perdido á Ciro y todos sus caudillos, lo que éstos hicieron fué descubrir y revelar lo que era el imperio de la Persia y las fuerzas del Rey, reducido todo á mucho oro, lujo y mujeres, y en lo demas orgullo y vanidad; con lo que toda la Grecia se tranquilizó y despreció á los bárbaros, y áun á los Lacedemonios les pareció cosa intolerable no sacar de su servidumbre á los Griegos habitantes del Asia, y no poner término á sus insolencias. Haciéndoles, pues, la guerra, primero bajo el mando de Timbron y despues de Dercilidas, sin hacer nada digno de mentarse, la encargaron al rey Agesilao. Pasó éste con sus naves al Asia, y desplegando al punto singular actividad, alcanzó un ilustre nombre; venció de poder á poder á Tisafermes, y sublevó las ciudades. En vista de esto, meditando Artajerges sobre el modo de hacer la guerra, envió á la Grecia á Hermócrates de Rodas con cantidad de oro y órden de regalar y corromper á los demagogos de más influjo en las ciudades, á fin de llevar la guerra griega sobre Lacedemonia. Hízolo así Hermócrates, logrando que se rebelaran las ciudades más principales; y habiéndose puesto tambien en movimiento el Peloponeso, los magistrados llamaron del Asia á Agesilao. Así se refiere que al retirarse de aquella region, dijo á sus amigos que habia sido expelido del Asia por el Rey con treinta mil arqueros, porque el sello de la moneda persiana es un arquero ó sagitario.

Echó tambien del mar á los Lacedemonios, valiéndose para caudillo de Conon el Ateniense con Farnabazo; por-

que Conon despues del combate naval de Egospótamos se estacionó en Chipre, no para consultar á su seguridad, sino esperando, como en el mar cambio del viénto, así mudanza en los negocios. Viendo, pues, que sus ideas necesitaban de poder, y que el poder del Rey necesitaba de un hombre capaz, envió una carta á éste sobre lo que meditaba, previniendo al portador que la entregara por medio de Zenon de Creta ó de Policrito médico; y si éstos no se hallasen presentes, por medio de Ctesias, tambien médico. Refiérese que Ctesias fué el que recibió la carta, y á lo que Conon escribia añadió, que le enviara á Ctesias porque le sería útil para las empresas de mar; pero Ctesias dice que el Rey de movimiento propio le confió este encargo. Mas como despues de la victoria naval que alcanzó en Gnido por medio de Farnabazo y de Conon, hubiese despojado á los Lacedemonios del imperio del mar, puso de su parte á la Grecia toda, hasta el punto de dictar á los Griegos aquella tan nombrada paz que se llamó la paz de Antalcidas. El esparciata Antalcidas era hijo de Leonte, y trabajando en favor del Rey, negoció que todas las ciudades griegas del Asia y las islas con ella confinantes le serian tributarias, debiendo permitirlo así los Lacedemonios en virtud de la paz ajustada con los Griegos, si es que puede llamarse paz una mengua y traicion que trajo á la Grecia á un estado más ignominioso que el que tuvo jamás por término guerra ninguna.

Por tanto, habiendo abominado siempre Artajerges de todos los Esparciatas, teniéndolos, como dice Dinon, por los hombres más impudentes, á Antalcidas cuando subió á la Persia le hizo los mayores agasajos; y en una ocasion, tomando una corona de flores y mojándola en un ungüento preciosísimo, la envió desde la mesa á Antalcidas, maravillándose todos de tan extraordinario obsequio. Ahora, él era hombre muy sujeto á dejarse corromper del lujo y admitir semejante corona, cuando en Persia habia remedado

por nota á Leonidas y Calicratidas. Y si Agesilao, segun parece, al que dijo: «¡Desdichada Grecia, cuando los Lacecedemonios *medizan!*» le respondió: «Nada de eso, sino cuando los Medos *laconizan*;» la gracia de este chiste no quitó la vergüenza y mengua del hecho, pues ello fué que perdieron el principado por haber combatido mal en Leuctras, y ántes habia sido ya mancillada la gloria de Esparta con aquel tratado. Miéntras Esparta conservó la primacía, tuvo Artajerges á Antalcidas por su huésped, y le llamaba su amigo; pero despues que vencidos en Leuctras decayeron de su altura, y que por falta de medios enviaron á Agesilao al Egipto, subió Antalcidas á la Persia á pedir á Artajerges socorriese á los Lacedemonios; y éste de tal modo lo desdeñó, le desatendió y le arrojó de sí, que hubo de volverse; y afligido con el escarnio de los enemigos y el temor á los Eforos, se dejó morir de hambre. Subieron tambien á solicitar el auxilio del Rey Ismenias y Pelopidas despues que habia vencido en la batalla de Leuctras; pero éste nada hizo que pudiera parecer indecoroso: Ismenias, habiéndosele mandado que adorase, dejó caer el anillo del dedo, y bajándose á cogerlo, pasó por que habia adorado.

A Timagoras Ateniense, que por medio de Beluris, su escribiente, le dirigió un billete reservado, alegre de haberle recibido, le envió diez mil daricos, y porque hallándose enfermo necesitaba tomar leche de vacas, hizo que le siguieran en el viaje ochenta vacas de leche. Mandóle además un lecho con su estrado, y hombres que lo armaran, por creer que los Griegos no sabrian; y portadores que le condujesen en litera hasta el mar, hallándose delicado. Cuando ya hubo arribado, le envió una cena tan suntuosa, que Ostanes, el hermano del Rey, le dijo: «Acuérdate, Timagoras, de esta mesa, porque no se te envia tan magníficamente adornada con ligero motivo;» lo que más era estímulo para una traicion que recuerdo para el agradeci-

miento. En fin, los Atenienses condenaron á muerte á Timagoras por causa de soborno.

En una cosa dió gusto Artajerges á los Griegos por tantas con que los habia mortificado; y fué en dar muerte á Tisafernes, que les era el más enemigo y contrario, y se la dió por sospechas que contra él le hizo concebir Parisatis; pues no le duró mucho al Rey el enojo, sino que luégo se reconcilió con su madre y la envió á llamar, haciéndose cargo de que tenía talento y un ánimo digno del tróno, y de que ya no mediaba causa ninguna por la que hubieran de recelar disgustarse viviendo juntos. Desde entónces, conduciéndose en todo á gusto del Rey, y no mostrándose displicente por nada que hiciese, adquirió con él el mayor poder, alcanzando cuanto queria; y esto mismo la puso en estado de observar que el Rey estaba apasionadamente enamorado de Atosa, una de sus hijas, aunque por respeto á la madre ocultaba y reprimia esta pasion, como dicen algunos, no obstante que tenía ya trato secreto con aquella jóven. No bien lo hubo rastreado Parisatis, cuando empezó á hacerle mayores demostraciones que ántes, y á Artajerges le ponderaba su belleza y sus costumbres como propiamente régias y dignas del más alto lugar. Persuadióle por fin que se casase con aquella doncella y la declarase su legítima mujer, no haciendo caso de las opiniones y leyes de los Griegos, pues para los Persas él habia sido puesto por Dios como ley y norma de lo torpe y de lo honesto. Todavía añaden algunos, de cuyo número es Heráclides de Cumas, que Artajerges se casó tambien con su otra hija Amestris, de la que hablaremos más adelante. A Atosa la amó el padre con tal extremo despues del matrimonio, que habiéndosele plagado el cuerpo de hérpes, no se apartó de su amor por esta causa ni lo más mínimo, y solo hizo plegarias por ella á Juno; la adoró sola entre los Dioses, llegando á tocar con las manos la tierra, é hizo que los sátrapas y sus amigos le enviaran tantas ofrendas, que

el espacio que média entre el templo y el palacio, que es de diez y seis estadios, estaba lleno de oro, plata, púrpura y pedrería.

Habiendo movido guerra á los Egipcios por medio de Farnabazo é Ificrates, le salió desgraciadamente á causa de haberse éstos indispuesto entre sí. A los Cadusios la hizo por sí mismo con trescientos mil infantes y diez mil caballos; pero habiendo invadido un país áspero y nebuloso, falto de los frutos que provienen de la siembra, y que solo da para el sustento peras, manzanas y otras frutas silvestres á unos hombres belicosos é iracundos, no advirtió que iba á verse rodeado de las mayores privaciones y peligros, porque no encontraban nada que comer, ni habia modo de introducirlo de otra parte. Manteníanse solamente con las acémilas, de manera que una cabeza de asno apénas se encontraba por sesenta dracmas. La cena régia desapareció, y eran muy pocos los caballos que quedaban, habiéndose consumido los demas. En esta situacion Tiribazo, que por su valor muchas veces ocupaba el primer lugar, otras muchas era retirado por su vanidad, y entónces se hallaba en desgracia y puesto en olvido, fué el que salvó al Rey y al ejército. Porque siendo dos los reyes de los Cadusios, y estando acampados aparte, se presentó á Artajerges, y dándole parte de lo que pensaba ejecutar, se fué él en persona á ver á uno de los Cadusios, y al otro envió á su hijo. Cada uno engañó al suyo, diciéndole que el otro iba á enviar embajadores á Artajerges para negociar con él paz y alianza; por tanto, que si tenía juicio, le convenia llegar él el primero, para lo que le auxiliaria en todo. Diéronles crédito ambos, y procurando cada cual anticiparse, el uno envió embajadores á Tiribazo y el otro á su hijo. Como hubiese habido alguna detencion, ya se levantaban sospechas y acusaciones contra Tiribazo, y el mismo Rey empezaba á mirarle mal, arrepintiéndose de haberse fiado de él, y dejando campo abierto á sus enemi-

gos para calumniarle. Mas cuando se presentaron, de una parte Tiribazo y de otra su hijo con los Cadusios, y extendiéndose los tratados se asentó la paz con ambos reyes, entónces alcanzó Tiribazo los mayores honores, é hizo la retirada al lado del Rey, el cual hizo ver en esta ocasion á todos que la pusilanimidad y delicadeza no nacen del lujo y del regalo, como cree el vulgo, sino de un natural viciado y pervertido que se deja arrastrar de erradas opiniones. Porque ni el oro, ni la púrpura, ni todo el aparato y magnífico equipaje de doce mil talentos que seguia siempre á la persona del Rey, le preservó de sufrir trabajos é incomodidades como otro cualquiera; sino que con su aljaba colgada, y llevando él mismo su escudo, marchaba el primero por caminos montuosos y ásperos, dejando el caballo, con lo que daba ligereza y aliviaba la fatiga á los demas, viendo su buen ánimo y su aguante; porque cada dia hacía una marcha de doscientos ó más estadios.

Habiendo llegado á un palacio real, que en un país escueto y desnudo de árboles tenía jardines maravillosos y magníficamente adornados, como hiciese frio, permitió á los soldados que cortaran leña en el jardin, echando al suelo árboles, sin perdonar ni al alerce ni al cipres. No se atrevian por su grandor y belleza, y entónces tomando él mismo la segur, cortó el más alto y más hermoso de aquellos árboles. Con esto ya los soldados hicieron leña, y encendiendo muchas lumbradas pasaron bien la noche. Con todo, la vuelta fué perdiendo muchos hombres, y puede decirse que todos los caballos. Pareciéndole que por aquel reves y por haberse desgraciado la expedicion se le tenía en ménos, concibió sospechas contra las personas más principales, y si á muchos quitó la vida por enojo, á muchos más por miedo; porque el temor es muy mortífero en el despotismo, así como no hay nada tan benigno, suave y confiado como el valor. Por tanto, áun en las fieras, las intratables é indómitas son las medrosas y tímidas; pero las nobles y

generosas, siendo más confiadas por su mismo valor, no se hurtan á los halagos.

Siendo ya anciano Artajerges, entendió que sus hijos ante sus amigos y ante los magnates tenian contienda sobre el trono; porque los más juiciosos deseaban que como él mismo habia recibido por primogenitura el reino, así lo dejara á Darío; pero Oco, el menor de todos, que era de espíritu fogoso y violento, tenía en el mismo palacio no pocos partidarios, y esperaba ganar al padre principalmente por Atosa, porque la obsequiaba para tomarla por mujer, y que reinara con él despues de la muerte del padre; y áun corrian rumores de que en vida de éste tenía trato en secreto con ella; pero de esto no supo nada Artajerges. Queriendo, pues, quitar cuanto ántes toda esperanza á Oco, precaver tambien que arrojándose á seguir el ejemplo de Ciro, el reino se envolviese en guerras y contiendas, designó por rey á Darío, que se hallaba en la edad de cincuenta años (1), y le concedió llevar enhiesta la que llamaban *Cidaris*. Era ley de Persia que el designado pedia una gracia, y el designante habia de otorgar la que se pidiese, como fuese posible; y Darío pidió á Aspasia, mujer muy estimada ántes de Ciro, y contada entónces entre las concubinas del Rey. Era Aspasia de Focea en la Jonia, hija de padres libres y educada con particular esmero: presentáronsela á Ciro con otras mujeres estando cenando, y las demas habiendo tomado asiento, como Ciro arrimándose á ellas usase de chanzas y de chistes, no se mostraban desdeñosas; pero aquella se estuvo callada al lado del escaño, y llamándola Ciro no obedeció. Querian los camareros conducirla; pero «tendrá que sentir, dijo ella, cualquiera que venga á echarme mano;» con lo que por los circunstantes fué calificada de ingrata é incivil. Mas Ciro se holgó

(1) Es probable que hay yerro en este número; porque más adelante se llama jóven á Darío; pero se ignora cuál era su verdadera edad.

de ello, y echándose á reir, dijo al que habia presentado aquellas mujeres: «¿Cómo hasta ahora no habias advertido que entre todas ésta sola me traias libre é intacta?» Y desde entónces comenzó á obsequiarla y á preferirla á todas, llamándola sábia. Quedó cautiva, cuando muerto Ciro fué saqueado su campamento.

Con haberla pedido Darío causó disgusto al padre, porque los celos de los bárbaros en lo relativo á placeres son terribles; tanto, que no sólo el que se arrima y toca á una concubina del Rey, sino áun el que se adelanta y pasa cuando es conducida en carruaje, incurre en pena de muerte. Teniendo, pues, á Atosa, á la que arrastrado del amor habia hecho su mujer contra ley, y manteniendo trescientas y setenta concubinas de extremada belleza; sin embargo, á la demanda de ésta respondió que era libre, y dió órden de que la tomase, queriendo ella; pero que contra su voluntad no se la obligase. Llamóse, pues, á Aspasia, y como, contra lo que el Rey esperaba, hubiese preferido á Darío, la dió estrechado de la precision de la ley; pero de allí á poco se la quitó, porque la nombró sacerdotisa de Diana la de Ecbatana, llamada Anaitis, para que viviera en castidad el resto de su vida, creyendo tomar con esto del hijo una venganza no dura y grave, sino llevadera y mezclada en cierto modo con una burla; pero éste no la llevó con serenidad, ó porque estuviese enamorado de Aspasia, ó porque se juzgase afrentado y escarnecido del padre. Percibió esta disposicion suya Tiribazo, y todavía lo exasperó más, juntando con la ofensa de éste las suyas, que eran por este órden. Teniendo el Rey muchas hijas, prometió dar Aspasia por mujer á Farnabazo; Rodoguna á Orontes, y á Tiribazo Amestris. A los otros les dió sus prometidas; pero faltó á la palabra á Tiribazo, casándose él mismo con Amestris, y en su lugar desposó con Tiribazo á Atosa segunda; y como se hubiese casado tambien con ésta, enamorado de ella, del todo se desazonó y

enemistó con él Tiribazo, que ya de suyo no era de índole sosegada, sino inconsecuente y atolondrado. Por tanto, honrado unas veces entre los primeros, y otras perseguido y desechado con ignominia, ninguna de estas mudanzas las llevaba con cordura, sino que en la elevacion era insolente, y cuando se le reprimia, no se mostraba modesto y contenido, sino iracundo y soberbio.

Era, pues, Tiribazo fuego sobre fuego, estando siempre inflamando á aquel jóven con decirle que la Cidaris puesta sobre la cabeza de nada servia á los que la llevaban, si no trabajaban por dar buena direccion á los negocios; y que sería por tanto muy necio, si intentando de una parte prevenirle en ellos el hermano con el favor del serrallo, y teniendo de otra el padre un genio tan caprichudo é inconstante, creyese que le era ya segura y cierta la sucesion; y que no era lo mismo no salir Oco con su intento, que quedar él privado del reino; porque Oco podia muy bien vivir feliz como hombre privado, pero á él, designado ya rey, le era preciso, ó reinar ó no existir. Por lo comun sucede aquello de Sófocles:

La persuasion del mal ligera corre;

porque es muy fácil y en pendiente la marcha á lo que se quiere, y los más de los hombres apetecen lo malo porque no tienen experiencia y conocimiento de lo bueno. Aquí además el esplendor del mando y el temor de Darío á Oco, le dieron un grande asidero á Tiribazo; y quizá no dejó de tener parte de culpa Cipria á causa de lo ocurrido con Aspasia.

Entregóse, pues, enteramente á Tiribazo, y cuando ya eran muchos los rebeldes, un eunuco descubrió al Rey la conjuracion y el modo, estando plenamente informado de que tenian resuelto entrar aquella noche y matarle en el lecho. Oido por Artajerges, le pareció cosa fuerte desaten-

der tan grave peligro, no dando valor á la denuncia; pero áun le pareció más fuerte y terrible el darlo por cierto sin ninguna prueba. Tomó, pues, este partido: al eunuco le mandó que estuviera sobre ellos y los siguiese; y él hizo que en el dormitorio abrieran agujero en la pared que estaba á espaldas del lecho, y poniéndole puertas, cubrió éstas con un tapiz. Llegada la hora, y avisado por el eunuco del momento de la ejecucion, se estuvo en el lecho, y no se levantó de él hasta haber visto los rostros de los agresores y conocídolos bien. Cuando vió que desenvainaban las espadas y se encaminaban en su busca, levantó sin dilacion el tapiz y se retiró á la cámara inmediata cerrando con estrépito las puertas. Vistos por él los matadores sin que hubiesen podido ejecutar su hecho, dieron á huir por la puerta por donde entraron, y decian á Tiribazo que escapara, pues que habian sido descubiertos, y los demas se dispersaron y huyeron; pero Tiribazo iba á ser preso, y dando muerte á muchos de los guardias, con dificultad acabaron con él herido de un dardo arrojado de léjos. Para Darío, que fué preso con sus hijos, convocó Artajerges los jueces régios, no hallándose él presente, sino haciendo que otros le acusaran, y dando órden de que los dependientes escribieran el dictámen de cada uno, y se lo llevaran. Votaron todos con uniformidad, condenándole á muerte, y los ministros lo pasaron á la pieza próxima. Llamado el verdugo, vino prevenido del cuchillo con que se cortaba la cabeza á los sentenciados; pero al ver á Darío se quedó pasmado y se retiró mirando á la puerta, y manifestando que no podia ni se atrevia á poner mano en el Rey: gritábanle y amenazábanle en tanto desde afuera los jueces, con lo que volvió, y tomando á Darío con la otra mano por los cabellos, y acercándolo á sí, con el cuchillo le cortó el cuello. Dicen algunos que estuvo el Rey presente al juicio, y que Darío cuando se vió convencido con las pruebas, postrándose en el suelo, rogó y suplicó: pero

aquél, levantándose encendido en ira, sacó el puñal y lo hirió hasta quitarle la vida. Añaden que despues pasó á palacio, y adorando al sol, dijo: «Retiraos alegres, oh Persas, y anunciad á los demas que el grande Oromaces ha dado el debido castigo á los que habian meditado crímenes tan atroces y nefandos.»

Este fin tuvo aquella conjuracion. Con esto Oco se alentó en sus esperanzas fomentado por Atosa; mas con todo áun le inspiraban miedo, de los legítimos, Ariaspes, que era el que quedaba, y de los espurios, Arsames; porque en cuanto á Ariaspes, deseaban los Persas que reinase, no tanto porque era mayor que Oco, como por su condicion benigna, sencilla y humana; y Arsames, además de tener talento, no se le ocultaba á Oco que gozaba de la predileccion del padre. Insidió, pues, á entrambos, y siendo hombre tan propio para un engaño como para un asesinato, usó de la crueldad de su carácter contra Arsames, y de su maldad y ruindad contra Ariaspes. Envió, pues, á éste varios eunucos y amigos del Rey que contínuamente le estuviesen anunciando amenazas y expresiones terribles del padre, como que tenía resuelto quitarle la vida cruel é ignominiosamente. Dándole, pues, á entender cada dia que le participaban estos secretos, y diciéndole unas veces que el peligro no era próximo, y otras que no faltaba nada para que el Rey pusiera por obra su designio, de tal manera le abatieron, y fué tanto su aburrimiento y su confusion sobre lo que haria, que preparó un veneno mortal, y tomándole, se quitó la vida. Cuando el Rey supo el género de muerte de Ariaspes, le lloró, y sospechó la causa; pero no se resolvió por la vejez á inquirir y proceder sobre ella, y con esto áun se acrecentó su amor á Arsames, notándose que de él principalmente se fiaba, haciéndole su confidente; por lo cual Oco no dilató sus proyectos, sino que echando mano de Harpates, hijo de Tiribazo, por mano de éste le dieron muerte. Eran ya entónces con la vejez

muy pocas las fuerzas de Artajerges, y sobreviniéndole en este estado el pesar de la muerte de Arsames, no pudo ni por momentos tolerarle; sino que al punto de dolor y abatimiento se le apagó lo poco que le quedaba de espíritu, habiendo vivido noventa y cuatro años y reinado sesenta y dos. Contribuyó no poco á que tuviera opinion de benigno y morigerado su hijo Oco, que sobrepujó á todos en fiereza y crueldad.

ARATO.

Temiendo á mi entender, oh Polícrates, el filósofo Crisipo la sensible aplicacion de cierto proverbio antiguo, no lo escribió como él es en sí, sino como á él le parecia que estaria mejor, diciendo:

¿Quién del padre mejor hace el elogio
Que los hijos honrados y dichosos?

Pero Dionisiodoro de Trecene lo censura, y pone el proverbio verdadero, que es así:

¿Quién del padre mejor hace el elogio
Que los astrosos é infelices hijos?

Y dice que el proverbio es hecho para tapar la boca á los que no valiendo nada por sí, se adornan con las virtudes de algunos de sus antepasados, y se dilatan en sus alabanzas. Mas para aquel á quien le cabe una generosa índole adquirida de los padres, segun expresion de Píndaro, como tú que procuras asemejar la vida á los domésticos ejemplos, sería lo más provechoso estar continuamente oyendo ó diciendo algun loor de los hombres ilustres de su linaje; pues no por falta de virtudes propias en-

salza entónces la gloria de las alabanzas ajenas, sino que haciendo un cuerpo de sus hazañas y las de éstos, los celebra como autores de su linaje y de su conducta. Este es el motivo de haberte enviado la Vida que he escrito de Arato, tu conciudadano y tu progenitor, del que tú no desdices, ni en la gloria propia ni en el uso del poder; no porque tú no hayas trabajado desde el principio por conocer con la mayor puntualidad sus hechos, sino con el objeto de que tus hijos Polícrates y Pitocles se formen sobre los ejemplares domésticos, ora oyendo y ora leyendo lo que deben imitar, por cuanto no es de quien ama la virtud, sino de quien está enamorado de sí mismo, el tenerse siempre por mejor que los otros.

La ciudad de Sicione, habiendo perdido su pura y dórica aristocracia, cayó, como cuando la armonía se desconcierta, en las sediciones y competencias de los demagogos, y no dejó de andar doliente é inquieta sin hacer más que mudar de tiranos, hasta que dada muerte á Cleon, eligieron por primeros magistrados á Timóclidas y Clinias, varones los más aventajados en gloria y poder entre aquellos ciudadanos. Cuando parecia que ya el gobierno habia tomado alguna consistencia, murió Timóclidas; y Abántidas, hijo de Paseas, que meditaba usurpar la tiranía, dió muerte á Clinias, y de sus amigos y deudos á unos los desterró y á otros los dió muerte. Hacía asimismo diligencias por quitar la vida á Arato su hijo, que quedaba de edad de siete años; pero este niño, escabulléndose entre los demas que huian y andando por la ciudad errante y medroso, destituido de todo amparo, sin que él supiese cómo, se entró en casa de una mujer, hermana de Abántidas y casada con Profanto, hermano de Clinias, llamada Soso. Esta, naturalmente de índole generosa, y creyendo además que algun Dios habia llevado aquel niño á guarecerse en su casa, lo ocultó en ella, y despues á la noche lo envió cautelosamente á Argos.

Habiéndose de esta manera salvado y evitado el peligro Arato, muy desde luégo se le infundió y fué creciendo en él un odio el más ardiente y violento contra los tiranos. Recibió en Argos de los huéspedes y amigos paternos una educacion liberal; y viendo él mismo que su cuerpo adquiria talla y robustez, se dedicó á los ejercicios de la palestra, de tal modo que habiendo lidiado los cinco certámenes, alcanzó las cinco coronas. Descúbrese en sus mismos retratos un cierto aire atlético, y lo grave y regio de su semblante no alcanza á desmentir que fuese tragon y bebedor. Quizá por esto mismo atendió al estudió de la elocuencia ménos de lo que convenia á un hombre de estado, aunque no dejaba de ser más elegante que lo que han juzgado algunos por los comentarios que de él nos han quedado escritos de priesa y con los nombres vulgares, en medio de los negocios y segun estos ocurrian. Más adelante Dinias y Aristóteles el dialéctico á Abántidas, que acostumbraba asistir en la plaza á sus conferencias, tomando parte en ellas, luégo que le vieron cebado en este estudio, le armaron asechanzas y le quitaron la vida. A Paseas el padre de Abántidas le dió alevosamente muerte Nicocles, y se alzó él mismo con la tiranía. Dícese de él que era en su semblante sumamente parecido á Periandro el hijo de Cipselo, al modo que á Alcmeon el de Anfiarao el persa Orontes, y á Hector un jóven Lacedemonio, de quien refiere Mirsilio que fué pateado y muerto de este modo por la muchedumbre que le estaba viendo, luégo que advirtieron la semejanza.

Tuvo Nicocles cuatro meses de tiranía, en los que habiendo causado á la ciudad infinitos males, estuvo en muy poco que no la perdiese por las asechanzas de los Etolios; y siendo ya mocito Arato, se hizo desde entónces expectable por su ilustre orígen y por su ánimo, que no aparecia apocado ó desidioso, sino ántes resuelto sobre su edad y templado al mismo tiempo con un proceder circunspecto

y seguro. Por tanto, los desterrados, en él principalmente tenian puesta la vista; y el mismo Nicocles no desatendia sus operaciones, sino que se veia bien claro que estaba en acecho y observacion de sus intentos, pero sin temer una determinacion semejante ni una empresa tan arriesgada; y sí solo sospechaba que podia andar en tratos con los reyes que habian sido huéspedes y amigos de su padre. Y en verdad que Arato intentó seguir este camino; pero como Antígono, que le habia hecho ofertas, se descuidase de cumplirlas, dando largas, y las esperanzas del Egipto y de Tolomeo las considerase remotas, se resolvió á destruir por si mismo al tirano.

Los primeros á quienes comunicó su pensamientos fueron Aristómaco y Ecdelo, de los cuales aquél era uno de los desterrados de Sicione, y Ecdelo Arcade de Megalópolis, hombre dado á la filosofía, activo, y que en Atenas habia sido discípulo del académico Arquelao. Habiéndolo estos adoptado con ardor, trató con los demas desterrados, de los cuales sólo algunos, avergonzándose de abandonar la esperanza, se decidieron á tomar parte en la empresa; pero los más procuraron disuadir de ella á Arato, pareciéndoles que su arrojo provenia de inexperiencia en los negocios. Proponiase éste ocupar primero algun punto del país de Sicione, desde donde emprediese hacer la guerra al tirano; pero en esto vino á Argos un Sicionio que se habia fugado de la cárcel, el cual era hermano de Jenocles, uno de los desterrados. Presentado por Jenocles á Arato, le enteró del paraje de la muralla por donde subiendo á ella se habia salvado, diciendo que por adentro casi era llano, aunque pegado á terrenos pedregosos y altos; y que por afuera no era tal que no se alcanzase á él con escalas. Luégo que lo oyó Arato, envió con Jenocles á dos de sus esclavos, Senta y Tecnon, á reconocer la muralla, determinado, si le era posible ejecutarlo por sorpresa y corriendo de una vez el peligro, á aventurarlo todo cuanto ántes,

más bien que de particular contender con una guerra prolongada y continuados combates contra el tirano. Así cuando volvió Jenocles trayendo la medida del muro, aunque le expuso que el sitio por su naturaleza no era en realidad ni inaccesible ni difícil, pero que sería imposible el no ser sentidos á causa de los perros de un hortelano, que aunque pequeños eran extraordinariamente alborotados é implacables, al momento puso manos á la obra.

La adquisicion de armas no ofrecia dificultad cuando todos puede decirse se empleaban en robos y en correrías de unos contra otros. Las escalas las construyó sin reservarse el mecánico Eufranor, no pudiendo inducir sospecha por su profesion, áun cuando era tambien del número de los desterrados. En cuanto á gente, cada uno de sus amigos de la poca que tenía le dió diez hombres, y él mismo armó treinta de sus propios esclavos. Tomó asimismo á sueldo algunos soldados de Jenófilo, capitan de bandoleros, entre los cuales se hizo correr la voz de que aquella salida se hacía al país de Sicione contra las yeguas del Rey; y á los más se les envió delante en partidas á la torre de Polignoto con órden de esperar allí. Envióse del mismo modo á Cafisias con otros cuatro bien armados, y éstos debian dirigirse de noche al hortelano, diciendo que eran pasajeros, y en siendo admitidos, encerrar á éste y á los perros, porque no habia otro punto por donde poder entrar. Las escalas se desarmaban; metiéronse, pues, en ciertas medidas de granos, y puestas en carros se enviaron ocultas delante. A este tiempo se habian aparecido en Argos ciertos espías de Nicocles que decian francamente ser venidos á seguir y observar á Arato; y éste en aquel dia desde muy temprano se presentó públicamente en la plaza, en la que se detuvo tratando con sus amigos. Ungióse despues en el gimnasio, y tomando consigo algunos jóvenes de los de la palestra, con quienes solia beber y pasar el tiempo, se marchó á casa. A poco aparecieron sus

esclavos en la plaza, uno tomando coronas, otro comprando lámparas, y otro hablando con aquellas mujerzuelas que suelen tocar y bailar entre los brindis de los festines; con lo que engañó completamente á los espías, pues al ver estas prevenciones se decian unos á otros: «En verdad que no hay cosa más medrosa que un tirano, pues que Nicocles, estando enseñoreado de una ciudad tan poderosa, y disponiendo de tantas fuerzas, teme á un mozo que consume en placeres y solaces contínuos los recursos que tiene para pasar su destierro.

Engañados de esta manera se retiraron, y Arato despues de comer salió al punto de la ciudad; se reunió junto á la torre de Polignoto con los soldados, y conduciéndolos á Nemea, descubrió allí á la muchedumbre su designio. Hízoles en primer lugar ofertas y exhortaciones, y dándoles por seña *Apolo diestro*, se encaminó á la ciudad, acelerando unas veces y acortando otras el paso, segun que la luna lo permitia, aprovechándose de su luz en el camino; y cuando iba á ponerse llegó al huerto inmediato al muro. Aquí Cafisias le salió al encuentro, no habiendo podido asegurar los perros, porque habian dado á correr, aunque sí habia encerrado al hortelano. Desmayaron con esto los más, y le proponian que desistiese; pero Arato los sosegó, diciéndoles que se retiraria si veian que los perros les oponian un grande estorbo. Despachó delante al mismo tiempo á los que conducian las escalas, al frente de los cuales iban Ecdelo y Mnasiteo; y él seguia á paso lento á tiempo que ya los perros ladraban y perseguian á la partida de Ecdelo; pero estos, sin embargo, llegaron al muro y arrimaron sin inconveniente las escalas. Al subir los primeros, el que hacía la ronda de la madrugada acertó á pasar con la campanilla, y eran muchas las luces y el ruido de los que le acompañaban. Con todo, ellos cosiéndose así como estaban con las escalas, de éstos se ocultaron fácilmente; pero viniendo luégo la otra ronda de la parte opuesta, estuvieron

en el mayor peligro. Mas luégo que ésta tambien pasó y se libraron del riesgo, subieron á la muralla los primeros Mnasiteo y Ecdelo, y tomando por uno y otro lado del muro las calles, enviaron á Tecnon en busca de Arato para prevenirle que acelerara la venida.

Era corta la distancia que habia del huerto á la muralla y á la torre, en la que estaba de centinela un perro grande de los de caza. Éste, pues, no sintió la escalada, bien porque fuese naturalmente tardo de oido, ó bien porque estuviese cansado del dia anterior; pero excitado desde abajo por los perrillos del hortelano, dió al principio unos ladridos sordos y oscuros; arreciólos más cuando pasaron, y al cabo de poco atronaba con sus ladridos toda la comarca; de manera que los de la guardia que estaban á la otra parte preguntaron á gritos al que cuidaba del perro por qué ladraba éste con tanta furia, y si habia ocurrido novedad; pero él respondió desde la torre que nada habia que pudiera dar cuidado, sino que el perro sin duda se habia alborotado con las luces y con el ruido de la campanilla de los que habian hecho la ronda. Dió esto grande aliento á los soldados de Arato, por creer que este hombre les hacía espalda, siendo sabedor de la empresa, y que habria en la ciudad otros muchos que les ayudarian en ella. Mas áun así era bien peligrosa la situacion de los que asaltaban la muralla, y la operacion se dilataba, ora por romperse las escalas si no subian uno á uno, ora porque la oportunidad se pasaba, cantando ya los gallos, y no faltando nada para que vinieran á la plaza los que traian del campo cosas que vender. Por lo tanto, el mismo Arato se apresuró á subir, habiendo sido en todo unos cuarenta los que subieron ántes que él; y esperando á que subieran todavía muy pocos más de los que quedaban abajo, se encaminó á casa del tirano y al principal, porque allí dormian los de tropa extranjera. Cayendo de improviso sobre ellos, y prendiéndolos á todos, sin dar muerte á ninguno, envió al punto á

sus amigos quien los llamara é hiciera venir de sus casas; y acudiendo éstos de todas partes, ya en tanto habia venido el dia y el teatro se hallaba lleno de gentes, pendientes todos de la voz incierta que corria, sin que nadie supiese con seguridad lo que pasaba, hasta que se presentó un heraldo diciendo que Arato, hijo de Clinias, llamaba á los ciudadanos á la libertad.

Entónces, creyendo que era llegado lo que esperaban tanto tiempo habia, corrieron en tropel á las puertas de la casa del tirano para pegarles fuego. Levantóse tan grande llamarada que se dejó ver desde Corinto cuando ya ardió la casa; y admirados los Corintios estuvieron para correr á dar auxilio. Nicocles pudo escapar oculto por ciertas cuevas y salir de la ciudad; y los soldados apagando con los Sicionios el fuego, saquearon la casa, lo que no sólo no estorbó Arato, sino que puso á discrecion de los Sicionios todos los demas bienes de los tiranos. Nadie murió ó salió herido, ni de los invasores ni de los enemigos, sino que la fortuna conservó pura y limpia de sangre vil esta empresa. Restituyó á los desterrados, tanto á los que lo habian sido por Nicocles, que eran ochenta, como á los que lo fueron por los anteriores tiranos, que no bajaban de quinientos, y habian andado por largo tiempo errantes, algunos por cincuenta años. Volviendo los más sumamente pobres, quisieron recobrar los bienes de que ántes habian sido dueños; y echándose sobre sus posesiones y sus casas, pusieron en grande perplejidad á Arato, por ver que á su ciudad de la parte de afuera se le armaban asechanzas y era mirada con envidia de Antígono, á causa de la libertad; y que de la parte de adentro se ardia en disensiones é inquietudes. Así que, tomando el mejor partido que las circunstancias permitian, la unió á la liga de los Aqueos; y como eran Dorios, no repugnaron admitir el nombre y gobierno de éstos, que entónces ni tenian grande esplendor ni mucho poder, pues eran ciudades pequeñas, y no sólo

no poseian un terreno fértil y rico, sino que habitaban además sobre un mar desprovisto de puertos que por lo comun sólo con escollos y rocas tocaba al continente. Aun así éstos hicieron ver con la mayor claridad que el vigoroso poder de la Grecia es invencible, siempre que en ella haya union y concordia, y tenga la felicidad de lograr un prudente caudillo; pues que no siendo, como quien dice, más que una parte muy pequeña de aquellos antiguos Griegos, y no componiendo entre todos las fuerzas de una sola ciudad de consideracion, con la buena direccion y concordia y con sujetarse á no tener envidia al que entre ellos sobresalia en virtud, obedeciéndole y ejecutando sus órdenes, no sólo conservaron su libertad en medio de tantas y tan poderosas ciudades y tiranías, sino áun pudieron libertar y salvar á la mayor parte de los otros Griegos.

Era Arato en todo su porte un perfecto hombre de Estado; magnánimo, más diligente para las cosas públicas que para las suyas propias, implacable enemigo de los tiranos, y tal, por fin, que sólo el bien público decidia de sus odios y de sus amistades. Así, no tanto era amigo diligente y estable, como enemigo indulgente y de benigna condicion, pasando por la república de un estado á otro segun lo pedian las circunstancias; de manera que á una voz decian con entera uniformidad las naciones, las ciudades, las juntas y los teatros no conocérsele otro amor ni otra pasion que la de lo honesto y justo. Para la guerra y los combates no puede dudarse que era irresoluto y desconfiado, así como el más avisado para manejar con reserva los negocios, y para sorprender mañosamente á las ciudades y á los tiranos. De modo que habiendo venido al cabo de muchos intentos que debian tenerse por desesperados, con atreverse á ellos, no fueron ménos al parecer los que siendo posibles dejó de emprender por nimia precaucion. Pues no sólo hay ciertos animales cuya vista obra en lo oscuro, y á la luz del dia se ciega, por la sequedad y delgadez del hu-

mor de sus ojos que no sufre la concurrencia de la luz, sino que entre los hombres hay tambien talentos é ingenios que en las cosas claras, y como quien dice pregonadas, pierden fácilmente la serenidad, y en las empresas reservadas y ocultas proceden con seguridad y decision; siendo causa de esta anomalía la falta de criterio filosófico en aquellas buenas índoles que llevan la virtud como fruto natural y espontáneo sin ciencia ni cultivo, lo que se demostraria mejor con ejemplos.

Arato, despues que incorporó su persona y su ciudad en la liga de los Aqueos, se hizo apreciar de los magistrados, militando en la caballería, por su subordinacion y obediencia; pues con haber puesto en la sociedad partes tan principales como su propia gloria y el poder de su patria, se prestó siempre á servir como cualquiera ciudadano particular bajo las órdenes del que ejercia la autoridad entre los Aqueos, ora fuese Dimeo, ora Tritense, ó de otra ciudad más pequeña. Trajéronle tambien de parte del rey Tolomeo en donativo la cantidad de veinticinco talentos: tomólos el mismo Arato, y en seguida los entregó á sus conciudadanos pobres, ya para otros objetos, ya para rescatar los cautivos.

Estaban los desterrados implacables, incomodando sin cesar á los que poseian sus bienes; y como la ciudad se hallase muy expuesta á una sedicion, no viendo esperanza sino en la amistad y humanidad de Tolomeo, emprendió un viaje de mar para rogar á este rey le facilitase algunas cantidades con que poder conseguir una transaccion. Dió, pues, la vela de Metone sobre Malea, creyendo hacer con suma presteza la travesía; pero cediendo el piloto á un viento recio y al grande oleaje que se levantó en el mar, con dificultad pudo llegar y tomar puerto en Adria, que á la sazon era enemiga, porque estaba dominada de Antígono que tenía en ella guarnicion. Apresuróse, pues, á huir, y dejando la nave se apartó léjos del mar, no llevando con-

sigo más que á uno sólo de sus amigos llamado Timantes. Metiéronse en un sitio rodeado de maleza, donde tuvieron una mala noche, y en tanto ya se habia presentado el comandante de la guardia, buscando á Arato; pero la familia le engañó, estando prevenida que dijese que al punto habia huido embarcándose para la Eubea. Los efectos que conducia la nave y los esclavos los declaró por de enemigos, y la ocupó. No se pasaron muchos dias cuando estando Arato en el mayor apuro, le trajo la suerte una nave romana que fué á dar al sitio donde acudia, unas veces á atalayar, y otras á guarecerse. Hacía esta nave viaje á la Siria, y embarcándose en ella, persuadió al capitan á que lo condujese hasta la Caria. Condújole, y otra vez corrió no pequeños peligros en el mar: de la Caria tuvo una larga navegacion al Egipto, donde se avistó con el Rey, que le miraba con inclinacion por haberle obsequiado con pinturas y tablas de la Grecia, de las que juzgaba Arato con bastante inteligencia; y recogiendo y adquiriendo contínuamente las más acabadas y primorosas, especialmente de mano de Pánfilo y Melanto, se las enviaba.

Porque florecia aún la gloria del primor y de la buena pintura sicionia, como que era la única en que no se habia alterado lo bello; tanto, que aquel tan admirado Apeles se trasladó á Sicione y compró en un talento el poder vivir con aquellos ciudadanos, reconociéndose más bien necesitado de participar de su gloria que de su arte. Por tanto, habiéndo quitado Arato, luégo que libertó á esta ciudad, todos los retratos de los tiranos, en cuanto al de Arístrato, que vivió en la era de Filipo, estuvo indeciso mucho tiempo; porque fué pintado Arístrato por todos los de la escuela de Melanto al lado de un carro que conducia una victoria, habiendo puesto tambien la mano Apeles en aquella pintura, segun refiere el geógrafo Polemon. Era obra muy para mirada, hasta tal punto que el mismo Arato se doblaba ya por consideracion al arte; pero arrebatado

otra vez de su odio á los tiranos, por fin dió órden de que tambien se destruyese. Entónces se cuenta que el pintor Nealces, amigo de Arato, le suplicó y lloró; y como no lo moviese, le dijo que estaba bien hiciera la guerra á los tiranos, pero no á cuanto les tocase: «dejemos, pues, continuó, el carro y la victoria, que en cuanto á Arístrato yo te daré el gusto de que se retire del cuadro.» Dado por Arato el permiso, borró Nealces la figura de Arístrato, y en su lugar solo pintó una palma, sin atreverse á poner ninguna otra cosa; y se refiere que del Arístrato borrado quedaron los piés confundidos bajo el carro. Era, pues, tenido en estimacion Arato por la causa que hemos dicho, y cuando se le conoció de cerca, áun ganó en la intimidad del Rey, de quien recibió el donativo de ciento cincuenta talentos. De éstos trajo consigo desde luégo cuarenta al Peloponeso, y haciendo partidas de los restantes, se los fué enviando despues el Rey poco á poco.

Fué cosa grande, sin duda, proporcionar á los ciudadanos una suma tan crecida de dinero, que una parte pequeña de ella alcanzada de los reyes por otros generales ó demagogos, bastó para impelerlos á cometer injusticias, hacer bajezas y entregar sus patrias; pero fué mucho mayor la transaccion y concordia que por medio de aquel dinero se negoció de los pobres para con los ricos, y la salvacion y seguridad que resultó para todo el pueblo. Mas tambien fué admirable la moderacion de este insigne varon en tan gran poder, porque habiendo sido nombrado árbitro pacificador y dueño él solo para todos los negocios y dependencias de los desterrados, no lo consintió, sino que él mismo se agregó otros quince ciudadanos, con los cuales á costa de gran trabajo y de muchas diligencias consiguió establecer y afirmar entre los ciudadanos la paz y amistad, por los cuales méritos no sólo le tributó los correspondientes honores la universalidad de los ciudadanos, sino que separadamente los desterrados le erigieron una

estatua de bronce, grabando estos versos elegíacos:

Tus consejos, desvelos y trabajos,
Y por la Grecia tus ilustres hechos,
En las columnas de Hércules resuenan.
Nosotros á este suelo restituidos,
Oh Arato, á los Dioses salvadores
Tu bienhechora imágen consagramos,
De tu virtud en grato testimonio,
Porque á tu patria los divinos bienes
De la igualdad y la concordia diste.

Hechos por Arato estos tan señalados servicios, púsose por ellos fuera de la envidia que de sus conciudadanos pudiera venirle; pero el rey Antígono, inquieto á causa de él, y queriendo ó atraerle del todo á su amistad, ó calumniarle en el ánimo de Tolomeo, le hizo otros obsequios que él no admitia gustoso, y habiendo sacrificado á los Dioses en Corinto, envió á Arato parte de las víctimas á Sicione; y en la cena, siendo muchos los convidados, habló de este modo en medio de ellos: «Yo estaba en el concepto de que ese jóven Sicionio sólo era por índole liberal y amante de sus ciudadanos; pero parece que es tambien un excelente juez de la conducta y de los intereses de los reyes, porque ántes me miraba con indiferencia, y poniendo fuera de aquí sus esperanzas, admiraba la riqueza egipcia al oir hablar de elefantes, escuadras y palacios; pero ahora habiendo visto por dentro todas estas cosas, que no son más que farsa y aparato, enteramente se ha unido á mí. Tómole, pues, bajo mi proteccion con resolucion de valerme de él para todo, y deseo que vosotros le tengais por amigo.» Tomando pié de esta conversacion los malignos y los envidiosos, anduvieron á competencia para escribir á Tolomeo mil infamias contra Arato, hasta el punto de que este Rey le envió las quejas. ¡Tal era la envidia y perversidad

que acompañaba á estas amistades tan disputadas y tan parecidas á las competencias amorosas de los reyes y los tiranos!

Elegido por primera vez Arato general de los Aqueos, taló la Locride y la Calidonia vecinas; y habiendo de dar auxilio á los Beocios con diez mil hombres, no llegó á tiempo á la batalla en que éstos fueron junto á Queronea vencidos por los Etolios con muerte del beotarca Abeocrito y de mil Beocios más con él. Siendo general otra vez un año despues, tomó por su cuenta el proyecto del Acrocorinto, no para promover los intereses de los Sicionios ni de los Aqueos, sino con el objeto y la mira de arrojar de allí una tiranía comun á toda la Grecia en la guarnicion que tenian los Macedonios; porque si Cares el Ateniense, habiendo ganado una batalla contra los generales del gran Rey, escribió al pueblo de Atenas que habia alcanzado una victoria hermana de la de Maraton, no andaria errado el que á esta accion la apellidara hermana de la destruccion de la tiranía por Pelópidas Tebano y Trasíbulo Ateniense; y áun se aventaja á esta en no haber sido contra Griegos, sino para desterrar una dominacion dura y extranjera. Porque el istmo que separa los dos mares junta y enlaza en aquel lugar este nuestro continente; pero el Acrocorinto, monte elevado que se levanta del medio de la Grecia, cuando admite guarnicion se interpone y corta todo el país dentro del istmo al trato, al comercio, á las expediciones, y á toda negociacion por tierra y por mar; haciendo dueño único de todo esto al que allí manda, y con su guarnicion domina el territorio. Así parece que no por juego, sino con mucha verdad, llamó Filipo el Jóven á la ciudad de Corinto grillos de la Grecia. Era, por tanto, para todos este lugar objeto de codicia y de disputa; pero más especialmente para los reyes y potentados.

El ánsia, pues, de Antígono por poseerle áun se dejaba atras los amores más furiosos, trayéndole en continua so-

licitud para ver cómo con algun engaño se le arrebataria á los que de él eran dueños, ya que el usar de medios directos estaba fuera de toda esperanza. Muerto, pues, por él mismo con hierbas, segun se cree, Alejandro, que era el que entónces le ocupaba, como Nicea su mujer se hubiese apoderado de los negocios y tuviese en custodia el Acrocorinto, al punto envió á ella solapadamente á su hijo Demetrio, y dándole dulces esperanzas de casar con un rey, y de tener á su lado á un jóven apreciable, siendo ella de más edad, de este modo la sedujo valiéndose del hijo como de un cebo. Mas viendo que no por esto abandonaba aquel importante punto, sino que lo guardaba siempre con cuidado, haciendo como que no le interesaba, sacrificó por sus bodas en Corinto, dió espectáculos, tuvo convites cada dia como pudiera hacerlo el que más relajara su ánimo con juegos y entretenimientos entre placeres y obsequios. Cuando le pareció tiempo, habiendo de cantar Amebeo en el teatro, acompañó él mismo á Nicea, que era conducida al espectáculo en una litera régiamente adornada, alegre y contenta con aquellas honras, y muy distante de lo que iba á suceder. Llegados que fueron al punto donde se toma la vuelta para el monte, le dijo que se adelantasen al teatro, y dejándose de Amebeo y de la celebridad de la boda, se encamina al Acrocorinto más aprisa de lo que su edad requeria; y encontrando cerrada la puerta, la hiere con su vara, mandando que le abran, y los de adentro le abren pasmados y sorprendidos. Apoderado de este modo de aquel puesto, no pudo irse á la mano, sino que con el gozo se puso por juego á beber en los cantones y en la plaza entre las tañedoras, adornado con coronas las sienes; y un hombre ya anciano y tan experimentado en las mudanzas de fortuna se entregó á francachelas, dando la diestra y abrazando á cuantos encontraba: ¡de tal manera conmueve y saca de quicio el ánimo, aún más que el pesar y el temor, la alegría que no es moderada por la razon!

Antígono, apoderado como hemos dicho del Acrocorinto, le custodiaba por medio de aquellos en quienes tenía más confianza, habiendo dado la comandancia á Perseo el filósofo. Arato en vida de Alejandro tenía ya entre manos el ocuparle; pero habiendo hecho los Aqueos alianza con Alejandro, desistió del intento, mas entónces volvió de nuevo á la empresa con esta ocasion. Habia en Corinto cuatro hermanos, Siros de orígen, de los cuales uno llamado Diocles servía á sueldo en la guarnicion. Robaron los otros tres el tesoro del Rey, y pasando á Sicione fueron á dar con el cambista Egias, que era el mismo de quien para sus negocios se valia Arato. Depositaron desde luégo alguna parte de aquel dinero, y lo restante Ergino, uno de ellos, yendo y viniendo lo cambió poco á poco. Hizo de resultas amistad con Egias, y traido por éste á la conversacion de la guardia del Acrocorinto, le dijo que subiendo una vez á ver al hermano á lo más escarpado, habia descubierto una senda oblícua que conducia á un punto donde el muro del fuerte era sumamente bajo. Empezó con esto Egias á chancearse con él y á decirle: «¿Conque, amigo, por tan poco dinero os habeis indispuesto con el Rey, pudiendo ganar en una hora sola inmenso caudal? ¿Pues qué, así los salteadores como los traidores, si son aprehendidos, no tienen que morir una vez?» Rióse Ergino, y sólo contestó por entónces que tantearia á Diocles, porque de los otros hermanos no se fiaba tanto; pero volviendo de allí á pocos dias, convino en que conduciria á Arato á un sitio donde el muro no tenía más que quince piés de alto, y á todo lo demas ayudaria con Diocles.

Prometió Arato darle sesenta talentos si se lograba la empresa; y si ésta se desgraciaba, pero salia con ellos salvo, á cada uno de los dos casa y un talento. Mas siendo preciso depositar el dinero en Egias, y no teniéndolo ni queriendo tomarle á logro, por no dar motivo á otros de comprender su designio, cogió su vajilla de plata y todos

los arreos de oro de su mujer, y los empeñó á Egias por aquella suma. Era tal su magnanimidad, y tan ardiente su amor á las acciones loables, que sabiendo haber sido Timon y Epaminondas de todos los Griegos los que mayor opinion de justos se habian granjeado por haberse negado á admitir grandes dones, y no haber sacrificado al dinero lo honesto, no se detuvo en gastar secretamente en objetos en que él sólo peligraba por todos los ciudadanos, los cuales ni siquiera tenian noticia de lo que emprendia. Porque ¿quién no admirará y no tomará interes áun ahora en la elevacion de ánimo de un hombre que con tan crecida suma compraba el mayor peligro, y empeñaba las que se tienen por más preciosas alhajas para meterse de noche entre los enemigos y poner á riesgo su vida, no teniendo de aquellos á quienes favorecia más prenda que la esperanza de una accion honesta sin ningun otro premio?

La empresa, que de suyo era arriesgada, la hizo más peligrosa todavía una equivocacion que se padeció á los primeros pasos; porque Tecnon el esclavo de Arato fué enviado á que con Diocles se hiciera cargo del sitio, y él nunca ántes se habia visto personalmente con Diocles, sino que habia formado idea de su figura por las señas que Ergino le habia dado, teniéndole por de cabello encrespado, moreno y todavía imberbe. Yendo, pues, al lugar aplazado, esperó á Ergino que habia de acudir con Diocles á las inmediaciones de la ciudad, poco más acá del sitio llamado *Ornis*. En esto el hermano mayor de Ergino y Diocles, llamado Dionisio, que nada sabía de aquel designio, ni era por tanto del secreto, pero que se parecia á Diocles, acertó á pasar casualmente por allí. Tecnon, guiado de la semejanza al conocimiento de las señas, le preguntó si tenía alguna relacion con Ergino; y como respondiese que era hermano, enteramente se persuadió Tecnon de que hablaba con Diocles; y sin preguntarle el nombre ni esperar á más pruebas, le da la diestra, le habla de lo tratado con Ergino, y le

hace preguntas. Él llevando adelante la equivocacion con sagacidad, conviene en todo, y volviendo á la ciudad se lo lleva consigo en conversacion, sin que pudiera caer en sospecha. Cuando ya estaban cerca, y apénas faltaba otra cosa que el que le echaran mano á Tecnon, quiso la buena suerte que se apareciese allí Ergino; y habiéndose penetrado de la equivocacion y del peligro, por señas previno á Tecnon que huyera, y encaminándose ambos á casa de Arato, por piés pudieron salvarse. Mas no por eso cedió éste en sus esperanzas, sino que inmediatamente envió á Ergino con dinero para que lo entregara á Dionisio, y le encargara el secreto. Hízolo así Ergino, y se vino despues á casa de Arato, trayendo á Dionisio consigo. Luégo que allí le tuvieron, ya no le dejaron de la mano, sino que lo aprisionaron y lo pusieron en buena custodia, dedicándose á tomar las convenientes disposiciones para la ejecucion de su proyecto.

Cuando ya todo estuvo á punto, mandó que las demas fuerzas pasaran la noche sobre las armas; y tomando consigo cuatrocientos hombres escogidos, que á excepcion de muy pocos, ignoraban tambien qué era lo que iba á hacerse, los condujo á las puertas de la ciudad por la parte del templo de Juno. Estábase en medio de la estacion del estío y en el plenilunio, y la noche era despejada y clara; de manera que de miedo reservaba lo posible las armas que resplandecian al reflejo de la luna, no fuera que no pudiesen ocultarse á la guardia. Cuando ya los primeros estaban cerca, se levantó del mar una nubecilla, que corriéndose, ocupó la ciudad y los contornos haciendo que quedaran en sombra. Allí los demas se sentaron y quitaron los zapatos, porque los piés desnudos ni hacen mucho ruido, ni se resbalan subiendo por las escalas; y Ergino llevó consigo siete jóvenes vestidos como de camino, y acercándose sin ser visto á la puerta, dió muerte al portero y á los de la guardia. Al mismo tiempo se pusieron las escalas, y dando

priesa Arato á cien hombres para que subiesen, y órden á los demas para que los siguiesen como pudieran, retiró luégo las escalas, y por la ciudad se fué corriendo con aquellos mismos ciento hácia el alcázar, muy alegre con no haber sido sentido, y dándose ya el parabien de la victoria. Estando todavía léjos, vino hácia ellos con luz una ronda de cuatro hombres, de la que no fueron vistos, porque todavía estaban dentro de la sombra de la luna, miéntras ellos la veian acercarse por su frente. Ocultándose, pues, entre algunas paredes y en las esquinas de las calles, se ponen en asechanza contra aquellos hombres; y logran dar muerte á tres de ellos; pero el cuarto, herido de una cuchillada en la cabeza, huyó gritando que estaban dentro los enemigos. De allí á poco hicieron ya señal las trompetas, y toda la ciudad se puso en pié para ver lo que era. Llenáronse los cantones de gente que corria, y se veian brillar muchas luces, unas abajo, y otras tambien á la parte de arriba en el alcázar, discurriendo por todo alrededor una confusa gritería.

En esto Arato, empeñado en su marcha, seguia hácia la eminencia torpemente y con dificultad al principio, no teniendo certeza y andando á tiento por perderse y oscurecerse el sendero entre los derrumbaderos, y por no conducir á la muralla sino por muchos rodeos y revueltas. Fué cosa maravillosa cómo en este momento la luna disipó las nubes, segun se dice, y tomó por su cuenta alumbrar en lo más escabroso del camino, hasta que llegó á la muralla por la parte que convenia, y aquí otra vez se encubrió y oscureció volviendo las nubes. Los soldados de Arato que habian quedado á la puerta junto al templo de Juno, que eran trescientos hombres, luego que penetraron en la ciudad, agitada del mayor tumulto é invadida por todas partes, como no pudiesen encontrar la misma senda ni dar con la huella de la marcha que aquél llevaba, se apiñaron y resguardaron en una revuelta escondida de la roca, y

allí aguantaron llenos de disgusto y cuidado. Porque ofendidos y combatidos Arato y los suyos desde el alcázar, descendia hasta lo bajo aquel rumor de los que pelean, y resonaba la vocería repetida por la repercursion de las montañas, sin que pudiera saberse dónde tenía su orígen. Miéntras así dudaban á qué parte deberian volverse, Arquelao, comandante de las tropas del Rey, que tenía muchos soldados á sus órdenes, subió con gritería y trompetas á acometer á Arato, y pasó más allá de los trescientos. Saliendo éstos entónces como de una emboscada, cargan sobre él y dan muerte á los primeros que alcanzan; y amedrentando á los demas y al mismo Arquelao, los obligan á retirarse y los persiguen hasta que se dispersan y disipan por la ciudad. Cuando éstos acababan de ser vencidos, llegó Ergino de parte de los que arriba combatian, anunciando que Arato estaba en reñida lid con los enemigos, que se defendian con valor, siendo terrible la contienda junto á la muralla, y que necesitaba de pronto auxilio. Pidiéronle ellos que los guiara al punto, y á la llegada con la voz se hicieron conocer, alentando á los amigos miéntras la luna hacía que las armas pareciesen á los enemigos más de los que eran, por lo largo de la marcha, así como lo estrepitoso de la noche hacía pensar que el rumor provenia de mucho mayor número de hombres. Finalmente, combatiendo todos juntos rechazaron á los enemigos, se hicieron dueños del alcázar y tomaron la guarnicion cuando empezaba á rayar el alba, viniendo luégo el sol á ilustrar su obra. De Sicione acudieron las restantes fuerzas de Arato, recibiéndolas en la puerta los Corintios con la mejor voluntad, y aprebendiendo entre unos y otros á los soldados del Rey.

Cuando pareció que todo estaba ya asegurado, bajó del alcázar al teatro, al que acudia inmenso gentío con deseo de verle y de oir el razonamiento que haria á los Corintios. Colocando, pues, á uno y otro lado al tránsito á los

Aqueos, salió al medio de la escena, puesta la corona y muy demudado el semblante con la fatiga y falta de sueño; de manera que la arrogancia y alegría del ánimo quedaban ahogadas bajo el quebranto del cuerpo. Como al presentarse todos se deshiciesen en aplausos, pasando la lanza á la mano derecha, y doblando un poco la rodilla y el cuerpo, permaneció así inclinado largo rato recibiendo los parabienes y las aclamaciones de aquella muchedumbre que alababa su virtud y ponderaba su fortuna. Luégo que cesaron y quedaron tranquilos, rehaciéndose, les tuvo acerca de los Aqueos un discurso muy propio del suceso, persuadiendo á los Corintios que se hicieran Aqueos, y les entregó las llaves de las puertas, entónces por primera vez puestas en sus manos desde el tiempo de Filipo. De los generales de Antígono, á Arquelao que se le sometió lo dejó ir libre; pero quitó la vida á Teofrasto que no quiso rendirse. Perseo, perdido el alcázar, pudo huirse á Cencris, y se refiere que más adelante en una disputa, al que propuso que sólo el sabio le parecia que era general: «A fe, le respondió, que de los dogmas de Zenon éste era el que ántes me agradaba más; pero ahora he mudado de dictámen, adiestrado por un mozuelo de Sicione.» Esto es lo que dicen de Perseo los más de los historiadores.

Arato redujo inmediatamente á su poder el Hereo y el Lesqueo (1), haciéndose además dueño de veinticinco naves de las del Rey y de quinientos caballos; y en almoneda vendió cuatrocientos Siros. Los Aqueos guardaron el Acrocorinto con cuatrocientos infantes y cincuenta perros con otros tantos cazadores que mantenian dentro del fuerte. Los Romanos, admirados, llamaron á Filopemen el último de los Griegos, como si entre éstos nada se hubiese hecho de bueno despues de él; pero yo por mí diria que de las hazañas griegas esta fué la novísima y última, comparable,

(1) El templo de Juno y el puerto.

ora se mire á la osadía, ora á la felicidad del éxito, con las más ilustres y señaladas, como los sucesos no tardaron en comprobarlo. Porque los de Megara, desertando del partido de Antígono, se unieron con Arato; y los de Trecene con los de Epidauro se incorporaron con los Aqueos. Abriendo él la primera salida acometió al Atica, y pasando á Salamina la taló usando de las fuerzas de los Aqueos, como si las hubiera sacado de una cárcel para todo cuanto quería. Restituyó á los Atenienses los hombres libres sin rescate, dándoles este principio y motivo de defeccion. Hizo á Tolomeo aliado de los Aqueos, dándole el mando para la guerra, así por tierra como por mar. Era tan grande su poder entre los Aqueos, que ya que no fuese permitido ser general todos los años, lo elegían un año sin otro, y en la realidad y en la opinion siempre tenía el mando; por ver que ni riqueza, ni gloria, ni la amistad con los reyes, ni el bien particular de su patria, y, en fin, que ninguna otra cosa, anteponía al aumento y prosperidad de la liga de los Aqueos; porque creia que siendo débiles las ciudades cada una de por sí, se salvaban unas con otras enlazadas con el vínculo de la utilidad comun; y al modo que en los cuerpos los miembros viven y respiran por la juntura de unos con otros, y cuando se separan y desunen se sigue la gangrena y la corrupcion, así tambien las ciudades son destruidas y arruinadas por los que dividen sus intereses, y se aumentan y crecen unas con otras cuando siendo partes de un todo grande, es una misma la razon que los gobierna.

Como viese que los pueblos principales entre los circunvecinos gozaban de independencia, incomodado con que los Argivos estuviesen esclavizados, armó asechanzas para quitar del medio á su tirano Aristómaco, queriendo de una parte remunerar á la ciudad con la libertad por la educacion allí recibida, y de otra agregarla á los Aqueos. Encontráronse algunos que se resolvian á ello, al frente de los

cuales se hallaban Esquilo y Carimenes el adivino; pero no tenian espadas, ni cómo adquirirlas, estando impuestas graves penas por el tirano á los tenedores. Dispúsoles, pues, Arato en Corinto algunos alfanges cortos, y escondiéndolos en unas enjalmas, puso éstas á unas acémilas que iban cargadas de efectos de poco valor, y así los envió á Argos. Admitió el adivino Carimenes á un hombre para la empresa; y llevándolo mal Esquilo y los de su bando, quisieron ejecutarla por sí solos, descartándose de Carimenes; pero entendiéndolo éste, llevado de enojo los denunció en el momento de ir á poner manos en el tirano. Por fortuna, los más pudieron aún prevenir la denuncia, y huyendo de la plaza se salvaron en Corinto. Pasado poco tiempo fué muerto Aristómaco por sus esclavos, pero se apresuró á apoderarse de la autoridad Aristipo, tirano más aborrecible todavía que aquél. Arato entónces, echando mano de cuantos Aqueos allí habia en edad proporcionada, fué á toda prisa en socorro de la ciudad, creyendo hallar dispuestos y preparados á los Argivos. Pero estando los más de ellos contentos por la costumbre con la esclavitud, como nadie acudiese á él, se retiró dejando contra los Aqueos el cargo de que en plena paz habian hecho la guerra, sobre lo que se les puso pleito ante los de Mantinea; y no compareciendo Arato, lo ganó Aristipo, adjudicándosele la multa de treinta minas. Odiaba, pues, Aristipo y temia al mismo tiempo á Arato, por lo que le asechaba para quitarle la vida, ayudándole en ello el rey Antígono; y por todas partes hormigueaban los que se prestaban á este infame ministerio, y que espiaban la oportunidad; pero no hay guardia más cierta y segura del hombre que manda que el amor, porque cuando la muchedumbre y los principales se acostumbran á temer, no al caudillo, sino por el caudillo, ve éste con muchos ojos, oye con muchos oidos, y precave lo que va á suceder. Propóngome por tanto cortar aquí la relacion para tratar del método de vida de Aris-

tipo, en que le constituyó la tan apetecible tiranía y el fasto de la monarquía con tantos encomios celebrada.

Porque éste, con tener por su aliado á Antigono, con sustentar á muchos para la seguridad de su persona, y no haber dejado en la ciudad con vida á ninguno de sus enemigos, á pesar de todo esto mandaba que los lanceros y todos los de la guardia se salieran afuera al corredor: á los esclavos, luégo que cenaban, los echaba tambien fuera y cerraba la puerta de en medio; y él con su amiga se retiraba á un pequeño gabinete en alto, cerrado con puerta levadiza, sobre la que ponia el lecho y dormia, como debia dormir quien vivia de aquel modo, con la mayor agitacion y temor. La escalerilla de mano la quitaba la madre de su amiga, y encerrándola en otro cuarto, á la mañana la volvia á poner, llamando á este admirado tirano, que salia como una serpiente de su escondrijo. Mas el otro, que no con las armas y la fuerza, sino legítimamente, como premio de su virtud, se había granjeado un imperio perpétuo con vestir una túnica y un manto como cualquiera otro particular y haberse declarado enemigo comun de todos los tiranos, hasta nuestros dias ha dejado un linaje distinguido y apreciado entre los Griegos: cuando de aquellos que se han apoderado de ciudadelas, que han mantenido lanceros, y que se han encerrado con puertas y cerrojos para poner en seguro sus personas, muy pocos son los que han escapado de morir de golpe como las liebres, y de ninguno de ellos ha quedado casa, linaje ó sepulcro que conserve su memoria.

Desgraciáronsele á Arato diferentes tentativas contra Aristipo, ya secreta, ya abiertamente para apoderarse de Argos. En una ocasion llegó hasta arrimar las escalas al muro, y á subir á él con muy pocos, dando muerte á los de la guardia que acudieron á sostener el puesto. Despues, venido ya el dia, y sobreviniendo el tirano con fuerzas por todas partes, los Argivos, como si aquella batalla no tuvie-

ra por objeto su libertad, sino que se hallaran arbitrando sobre los juegos Nemeos, se estuvieron sosegados, equitativos y justos espectadores de lo que pasaba; pero Arato se defendió valerosamente, y aunque fué herido en un muslo con lanza arrojadiza, se sostuvo en los puntos ocupados sin retirarse hasta la noche, viéndose ya muy molestado de los enemigos. Y si hubiera aguantado todavía la fatiga por aquella noche, no se le habria malogrado la empresa; porque el tirano ya pensaba en la fuga, y habia remitido al mar muchos de sus efectos; pero ahora, no teniendo Arato quien se lo noticiase, faltándole el agua, y no pudiendo valerse de su persona á causa de la herida, hubo de retirarse con sus soldados.

Habiendo resuelto desistir de este medio, invadió abiertamente con ejército la Argólida y se puso á talar el país, donde habiendo tenido con Aristipo una recia batalla junto al rio Cares, se le culpó despues de haber abandonado el combate y haber malogrado la victoria; porque siendo indudablemente vencedoras las otras tropas, y habiendo ido de carrera muy adelante, él no tanto por ser estrechado de los que contra sí tenía, como por desconfiar de la victoria y haberse acobardado, se retiró muy en órden al campamento. Cuando los otros, volviendo de perseguir á los enemigos, se le mostraron disgustados de que habiendo ellos rechazado á los enemigos, y matádoles mucha más gente que la que habian perdido, se consintiese á los vencidos erigir contra ellos un trofeo, avergonzado determinó volver á la contienda por el trofeo; y no dejando pasar más que un dia, sacó otra vez ordenado su ejército; pero en vista de que habian acrecentado su número, y se presentaban más osadas las tropas del tirano, no se atrevió, y recogió por capitulacion los muertos. Cubrió, sin embargo, y compensó este yerro con su inteligencia y afabilidad para el gobierno y para el trato, y áun agregó la ciudad de Cleonas á los Aqueos. Celebró en ella los juegos Nemeos, como

que le eran hereditarios y tenía á ellos preferente derecho. Celebráronlos asimismo los Argivos, y entónces por primera vez sufrió quebranto la inmunidad y seguridad concedida á los contendores, porque á cuantos Aqueos de los que lidiaron pudo aprehender al paso por su territorio, los vendió como enemigos. ¡Tan extremado é implacable era en su odio á los tiranos!

Teniendo de allí á poco noticia de que Aristipo insidiaba á Cleonas, y que le temía viéndole establecido en Corinto, juntó por un bando su ejército y pasó á Cencris, llamando con este engaño á Aristipo para que en su ausencia cayese sobre Cleonas, como así sucedió, porque al punto movió de Argos con bastantes fuerzas. Arato, que ya desde Cencris habia vuelto de noche á Corinto, y tenía tomadas con guardias las avenidas, condujo allá los Aqueos, los cuales le siguieron con tanto órden, prontitud y ardor, que nó sólo miéntras estuvieron en marcha, sino áun despues de haber pasado Cleonas siendo todavía de noche, y de haberse formado para batalla, no tuvo de ello conocimiento ni sospecha Aristipo. Cuando al hacerse de dia se abrieron las puertas, y la trompeta hizo la señal, acometió con velocidad y gritería á los enemigos, y los puso al punto en fuga, siguiéndoles el alcance por donde pensó que principalmente procuraria escapar Aristipo, por tener el terreno muchos senderos. Fuéronlos, pues, persiguiendo hasta Micenas, y el tirano fué alcanzado y muerto, segun dice Dinias, por un Cretense llamado Tragisco; de los demas murieron sobre mil y quinientos. Arato en medio de tanta ventura y de no haber perdido ni un solo hombre, con todo no tomó á Argos ni le dió la libertad, habiéndose introducido con las tropas del rey Agias y Aristomaco el menor, y apoderádose del mando; mas á lo ménos produjo esta accion el efecto de desacreditar los dichos, burlas y bufonadas de los que adulan á los tiranos y les hablan á su gusto, porque decian que al general de los Aqueos se le

descomponia el vientre en las batallas, y le daban congojas y desmayos en el punto que se presentaba el trompetero; y que en habiendo ordenado la hueste y dado la seña, preguntaba á los jefes inmediatos y comandantes de los cuerpos, si era necesaria para algo su presencia, porque ya estaban tirados los dados y se retiraba á aguardar apartado de allí el éxito. Anduvo esto tan válido, que era cuestion entre los filósofos en las escuelas, si el palpitar el corazon y mudarse el color en los peligros provenia de miedo, ó de mala complexion del cuerpo y de cierta frialdad; citando siempre á Arato, que con ser un gran general experimentaba estos accidentes en los combates.

Acabado que hubo con Aristipo, volvió su atencion y sus asechanzas contra Lisiadas Megalopolitano, que tenía tiranizada su misma patria. No era Lisiadas por naturaleza ruin é insensible al honor, ni como los más de los que dominan solos, se habia arrojado por destemplanza ó codicia á esta maldad; sino que llevado del amor de la gloria, todavía jóven, y seducido con las vanas y mentidas alabanzas que se hacen de la tiranía como de cosa feliz y admirable, sin reflexionar hicieron estas especies presa en su ánimo ambicioso; y erigido en tirano, en breve contrajo la arrogancia y orgullo propios de la monarquía. Como con aquellas prendas emulase la dicha de Arato, y temiese sus asechanzas, concibió la idea de la más loable de todas las mudanzas, que fué libertarse primero á sí mismo de ser aborrecido, de temores, de encierros y de guardias, y de constituirse despues el bienhechor de su patria. Llamando, pues, á Arato, abdicó la autoridad é incorporó su ciudad en la liga de los Aqueos, lo que apreciaron éstos sobremanera y le nombraron general. Al punto le vino el deseo de superar en gloria á Arato, para lo que promovió muchas empresas no necesarias, y entre ellas la de denunciar la guerra á los Lacedemonios; y como Arato se le opusiese, parecia que era envidia, y más que fué nombrado se-

gunda vez general Lisiadas, trabajando en contra Arato, y procurando que se diera á otro el mando; porque como hemos dicho era general un año sin otro, y Lisiadas mandó así hasta la tercera vez, elegido tambien alternativamente con Arato; pero cuando ya declaró su enemistad contra éste, acusándole muchas veces ante los Aqueos, no hicieron más caso de él, porque se vió que su competencia en virtud no tuvo un motivo sólido y puro, sino sólo aparente. Y así como dice Esopo que al cuclillo cuando preguntó á las aves menores por qué huian de él, le respondieron éstas que porque habia de venir á ser gavilan; del mismo modo parece que á Lisiadas le acompañaba siempre una sospecha y desconfianza de la sinceridad de su conversion.

Fué tambien Arato muy aplaudido por su conducta en la guerra con los Etolios, cuando intentando acometerles los Aqueos delante de Megara, y llegando á auxiliarles con su ejército el rey Agis, en el momento de dar la batalla se opuso á los deseos de éstos, y aguantando muchos improperios y muchas burlas é insultos acerca de su timidez y cobardía, no sacrificó lo que creyó conveniente á lo que podia parecer una afrenta, sino que permitió á los enemigos pasar impunemente por Gerania hasta entrar en el Peloponeso. Mas cuando despues de haber entrado tomaron repentinamente á Pelene, ya no fué el mismo, ni tuvo paciencia para esperar que se reunieran y juntaran de los diferentes puntos todas las fuerzas, sino que sin dilacion con las que tenía á mano acometió á los enemigos, debilitados con la misma victoria extraordinariamente por su desórden é indisciplina. Porque en el momento mismo de entrar, los soldados se esparcieron por las casas, de las que se expelian unos á otros y armaban pendencias sobre los despojos; y los caudillos y jefes de los cuerpos corriendo las calles, robaban las mujeres y las hijas de los Pelenios, y quitándose los morriones se los ponian á éstas

para que ninguno se las apropiara, sino que por el morrion se viera quién se habia hecho amo de cada una. Estando, pues, en esta disposicion, y siendo este su porte, les llegó repentinamente la noticia del acontecimiento de Arato; y cayendo en ellos el sobresalto que era natural en semejante desórden, ántes que todos supieran el peligro, los primeros dando en los Aqueos huyeron, vencidos ya de antemano; y ahuyentados en tropel llenaron de confusion á los que se iban reuniendo para venir en su socorro.

En este tumulto, una de las cautivas, hija de Epiquetes, varon muy principal, y ella sobresaliente en la belleza y estatura de cuerpo, se hallaba acaso en el templo de Diana, donde la habia colocado el comandante de las tropas escogidas, que la habia elegido para sí poniéndole el morrion con los tres penachos. Corriendo, pues, velozmente al tumulto, luégo que estuvo á la puerta del templo y se puso á mirar desde arriba á los que peleaban teniendo en la cabeza los tres penachos, para sus mismos ciudadanos fué un espectáculo sobrehumano, y á los enemigos, pareciéndoles que tenian delante una vision divina, les causó terror y espanto, sin que pudiera ninguno valerse de las armas. Dicen los mismos Pelenios que á la imágen de la Diosa por lo comun la dejan inmoble; pero cuando movida por la sacerdotisa es llevada en procesion, nadie se atreve á mirarla, y ántes todos apartan la vista; pues no sólo para los hombres es objeto de miedo y espanto, sino que hasta los árboles se hacen infructíferos y se marchitan los frutos en el término por donde pasa. Añaden que en esta ocasion la sacó la sacerdotisa, y volviéndola siempre de frente á los Etolios, se quedaron estúpidos y perdieron la razon; pero Arato nada de esto dice en sus Comentarios, sino solamente que derrotó á los Etolios, y cargando á los que huian hácia la ciudad, los arrojó de ella á viva fuerza, matándoles setecientos hombres. La hazaña fué una de las

más celebradas, y el pintor Timantes hizo un cuadro en el que estaba esta batalla expresada muy al vivo.

Como á este tiempo se levantasen muchas naciones y potentados contra los Aqueos, hizo Arato sin detencion amistad con los Etolios; y valiéndose para el objeto de Pantaleon, que era quien con estos tenía mayor influjo, no solamente paz, sino hasta alianza negoció entre Aqueos y Etolios. Tomó luégo el empeño de libertar á los Atenienses, sobre lo que fué censurado y calumniado por los Aqueos, por cuanto mediando concierto entre ellos y los Macedonios, y estando en treguas, intentó sin embargo tomar el Pireo; pero él lo niega en los Comentarios que nos ha dejado, y echa la culpa á Ergino, aquel con quien se apoderó del Acrocorinto, porque acometiendo por sí privadamente al Pireo, y rompiéndosele la escala, cuando se vió perseguido nombró á Arato, llamándole repetidas veces como si allí se hallara, y con este engaño pudo librarse de los enemigos. Mas parece que esta apología no logró gran crédito, pues ninguna razon habia para que Ergino, que no era más que un particular, y Siro, concibiese por sí semejante propósito, á no haber tenido á Arato por director, y haber recibido de él para la ejecucion las fuerzas y las instrucciones; de lo que dió pruebas el mismo Arato, aspirando como los amantes desairados, no dos veces ó tres, sino muchas, á ocupar el Pireo, no cediendo á los desengañados; sino que por haber estado siempre en muy poco el no haberse cumplido su esperanza, esto mismo le incitaba á confiar de nuevo; y áun una vez se dislocó una pierna huyendo por Triasio, de resultas de lo cual sufrió muchas incisiones en la curacion, y por largo tiempo fué preciso para mandar las acciones que le llevaran en litera.

Muerto Antígono, y sucediéndole en el reino Demetrio, tomó con mayor ardor el pensamiento sobre Atenas, mirando con el mayor desprecio á los Macedonios. Por lo mismo, habiendo sido vencido en la batalla cerca de Fila-

cia por Bites, general de Demetrio, y corriendo voces entre unos de que habia sido preso, y entre otros de que habia muerto, Diógenes, que mandaba la guarnicion del Pireo, envió carta á Corinto, dando órden á los Aqueos de que se desprendieran de aquella ciudad, pues que Arato era muerto; pero hizo la casualidad que el mismo Arato se hallase en Corinto cuando llegó la carta, y siendo objeto de entretenimiento y risa los mensajeros de Diógenes, tuvieron que marcharse. El Rey envió desde Macedonia una nave para que en ella le llevaran atado á Arato; y los Atenienses, poniendo en ejercicio toda la vanidad de su adulacion, pusieron coronas sobre sus cabezas apénas corrió la noticia de que habia muerto. Irritado por tanto, dispuso otra expedicion contra ellos, y llegó hasta la Academia; pero aplacado despues en nada los ofendió, y los Atenienses tomando en consideracion su virtud, como muerto ya Demetrio aspirasen á ser libres, le enviaron á llamar. Arato, sin embargo de que entónces era otro el general, y él guardaba cama por una larga enfermedad, llevado en litera se prestó gustoso á servir á la ciudad, y obtuvo del comandante de la guarnicion, Diógenes, que entregara á los Atenienses el Pireo, Mimiquia, Salamina y Sunio por ciento y cincuenta talentos, de los cuales contribuyó el mismo por sí con veinte. Agregáronse inmediatamente á los Aqueos, los Eginetas y los Hermionios, y se les hizo tributaria la mayor parte de la Arcadia; y como los Macedonios se hallasen implicados en guerras con sus vecinos y comarcanos, y los Etolios fuesen sus aliados, recibió el poder de los Aqueos un grande incremento.

Arato, llevando siempre adelante su antiguo designio, y no pudiendo sufrir la tiranía de Argos que les era tan vecina, envió quien persuadiera á Aristómaco á que proponiéndolo en junta procurase agregar aquella ciudad á los Aqueos, y á que imitando á Lisiadas, quisiera más bien ser general de una nacion de tanta fama, que tirano de una

sola ciudad, temeroso siempre y aborrecido. Conviniendo en ello Aristómaco, y pidiendo que Arato le remitiera cincuenta talentos para pagar y despachar las tropas que le servian, se le alargó efectivamente esta suma; pero Lisiadas, que todavía era general, y ambicionaba hacer suyo este servicio que se dispensaba á los Aqueos, calumnió á Arato ante Aristómaco de que siempre miraba con implacable odio á los tiranos; y alcanzando de éste que dejara por su cuenta la negociacion, le atrajo á unirse con los Aqueos. Mas aquí dieron éstos á Arato la mayor prueba de su amor y de la confianza que en él tenian, porque habiendo él hablado en contra, despidieron á Aristómaco; y cuando despues conviniendo ya el mismo, comenzó á hablar del propio asunto, todo lo decretaron prontamente á su gusto, y admitieron á los Argivos y Fliasios á la comunion de un mismo gobierno, eligiendo general un año despues á Aristómaco. Como éste tuviese el favor de los Aqueos, y quisiese invadir la Laconia, llamó á Arato. Escribióle éste desaprobando la expedicion, por no querer que los Aqueos contendieran con Cleomenes, que era hombre de extraordinario arrojo y habia adquirido maravilloso poder; pero cuando aquél se empeñó en poner por obra su intento, estuvo á sus órdenes y militó á su lado. Por este propio tiempo, resistiendo que Aristómaco trabara combate con Cleomenes que vino á ponérseles delante, fué acusado de Lisiadas; y teniendo á éste por contrario y competidor para el generalato, venció en la eleccion, siendo nombrado general la duodécima vez.

Vencido por Cleomenes durante este mando junto al monte Liceo, huyó; y habiendo andado perdido toda la noche, pareció que habia muerto, y otra vez corrió esta voz entre todos los Griegos; pero salió salvo, y recogiendo sus tropas no creyó que debia retirarse con seguridad, sino que aprovechando la ocasion cuando nadie lo esperaba ni pensaba en semejante cosa, cayó de súbito sobre

los de Mantinea, aliados de Cleomenes, y tomando la ciudad puso en ella guarnicion, y á los de las aldeas inmediatas los hizo ciudadanos, ejecutando con los Aqueos vencidos lo que apénas alcanzan los vencedores. Mas despues cuando los Lacedemonios acometieron á Megalópolis, habiendo de prestarle auxilio, rehusó dar asidero á Cleomenes que provocaba á batalla, y repugnó á los deseos de los Megalopolitanos, no siendo por una parte inclinado de suyo á estas batallas de frente, y teniendo por otra pocas tropas para oponerse á un hombre osado y jóven, cuando ya en él decaian los humos y estaba amortiguada la ambicion; pues creia que si Cleomenes adquiria una gloria nueva á fuerza de arrojo, él debia conservar con cuidado la que ya tenía adquirida.

Mas habiendo acometido las tropas ligeras, y ahuyentado á los Esparciatas hasta el campamento, penetrando en sus tiendas, Arato ni por eso se movió á combatir, sino que poniendo delante un torrente, detuvo á la infantería y no permitió que lo pasase; pero incomodado de esto Lisiadas, y blasfemando de Arato, excitó á los de caballería inspirándoles deseos de auxiliar á los que seguian el alcance para no malograr la victoria, y exhortándolos á que no le abandonasen cuando iba á pelear por la patria. Alentado con que muchos y esforzados se pusieron á su lado, cargó el ala derecha de los enemigos, y habiéndolos puesto en desórden, continuó en su persecucion; pero llevado incautamente de su ardimiento y su ambicion á terrenos ásperos, llenos de maleza y cortados con anchas acequias, volvió allí contra él Cleomenes, y murió despues de haber sostenido el más glorioso de todos los combates á las puertas de su patria. Los demas pudieron huir á la hueste, é introduciendo el desórden en la infantería, hicieron participar á todo el ejército de su derrota, formándose un gran cargo á Arato de haber al parecer abandonado á Lisiadas; así, violentado de los Aqueos, que se retiraban indignados,

hubo de seguirlos á Egio. Celebraron allí junta pública, en la que decretaron no suministrarle fondos ni mantener estipendiarios, sino que él supliera los gastos si queria hacer la guerra.

Mortificado de esta manera, pensaba entregar al instante el sello y renunciar el mando; pero valiéndose de su juicio, sufrió por entónces, y conduciendo los Aqueos contra Orcomeno, presentó batalla á Megístonó, padrastro de Cleomenes, en la que fué vencedor; y habiéndole muerto trescientos hombres, hizo prisionero al mismo Megístono. Hemos dicho que solia ser elegido general cada dos años; pues cuando llegó su turno, como se le llamase, renunció y fué nombrado general Timójeno. Mas pareció que su resentimiento con la muchedumbre sólo era un pretexto poco probable de la renuncia, siendo la verdadera causa el estado que tenian los negocios de los Aqueos; pues que Cleomenes ya no les hacia la guerra tibia y flojamente, ni era contrariado por las autoridades políticas, sino que como despues de haber dado muerte á los Eforos, repartido el territorio y admitido al derecho de ciudadanos á los colonos, tuviese ya una potestad libre, no dejaba respirar á los Aqueos, solicitando el imperio sobre ellos. Por lo tanto, reprenden en Arato que viendo á la república agitada con tan grande fluctuacion y tormenta, se condujese como piloto que se amilana y abandona el timon, cuando hubiera sido justo que áun contra su voluntad salvara la liga, ó si daba ya por perdidos los negocios y el poder de los Aqueos, que cediera á Cleomenes, y no volver á condenar á la barbarie el Peloponeso con las guarniciones de los Macedonios, no llenar el Acrocorinto de armas etolias é ilíricas, ni hacer árbitros de las ciudades bajo el blando nombre de aliados á aquellos mismos á quienes de obra hizo la guerra y procuró debilitar, y de quienes habla contínuamente con desden y vilipendio en sus Comentarios. Y si Cleomenes era (porque así se decia) violento y tiránico, al cabo sus

padres eran Heraclidas, y su patria Esparta, el más oscuro de la cual debia ser preferido para el mando al primero de los Macedonios por los que dieran algun valor á la nobleza de los Griegos. Por otra parte, si Cleomenes pedia el mando de los Aqueos, era para hacerles muchos bienes en recompensa de aquel honor y aquel título; cuando Antígono, declarado general con ilimitadas facultades de tierra y de mar, no se prestó á usar de la autoridad sin que primero le concedieran por premio de su imperio el Acrocorinto, á manera enteramente del cazador de Esopo (1); porque no se puso al frente de los Aqueos que le rogaban y se le sometian por medio de embajadores y de decretos, hasta que los tuvo como enfrénados con la guarnicion y los rehenes. Arato bien alza la voz para defenderse con que fué absolutamente preciso; pero Polibio dice que de antemano, y con prioridad.á semejante necesidad, temiendo Arato la intrepidez de Cleomenes, habia tratado reservadamente con Antígono y habia importunado á los Megalopolitanos para que instasen á los Aqueos á implorar su auxilio, porque éstos eran los más molestados de la guerra, acosándolos mucho Cleomenes. Del mismo modo habla Filarco de estas cosas, al que, á no atestiguarlo tambien Polibio, no deberia darse crédito, porque le saca de tino la pasion en tratándose de Cleomenes; y en la historia, como en un juicio, ya contradice á éste, y ya se pone de parte de aquél y concurre á su defensa.

Perdieron, pues, los Aqueos á Mantinea, volviéndola á tomar Cleomenes; y vencido junto al Hecatombeo en una porfiada batalla, quedaron tan consternados, que al punto enviaron quien propusiera á Cleomenes el mando, llamándole á Argos. Arato luégo que tuvo noticia de que estaba en camino, cuando se hallaria junto á Lerna con su ejérci-

---

(1) En la fábula de *El ciervo y el caballo*, tan graciosamente indicada por Horacio en la epist. 10, lib. I, v. 34.

to, como temiese por sí, le envió una embajada diciéndole que viniendo á sus amigos y aliados, bastaria que trajese trescientos hombres; y que si desconfiaba, tomase rehenes. Manifestó Cleomenes que esto lo tenía por insulto y burla hecha á su persona, por lo que se retiró escribiendo á los Aqueos una carta llena de acusaciones y quejas contra Arato. Escribió éste otras cartas contra Cleomenes, y corrian injurias y dicterios de uno á otro en que se desacreditaban hasta por sus matrimonios y sus mujeres. De resulta de esto, enviando Cleomenes un heraldo que denunciara la guerra á los Aqueos, estuvo en muy poco que no les tomara por traicion á Sicione; y marchando rápidamente de allí, acometió á Pelene; y como hubiese abandonado la ciudad el gobernador puesto por los Aqueos, se hizo dueño de ella. Al cabo de poco tomó tambien á Fénez y á Pentelío, y muy luégo se le pasaron los Argivos; y los Fliasios recibieron de él guarnicion. En fin, con nada de lo agregado podian contar de seguro los Aqueos, sino que repentinamente vino una gran confusion sobre Arato, que veia titubear á todo el Peloponeso y á todas las ciudades puestas en sublevacion por los que querian novedades.

Porque nadie estaba tranquilo ni contento con el estado presente, y áun muchos de los mismos Sicionios y Corintios se habian manifestado inclinados á Cleomenes, siendo mucho ántes sospechosos de que posponian el bien público al deseo de sus propios adelantamientos. Sobre esto se dió á Arato libre facultad, y en Sicione dió muerte á los que halló implicados; en Corinto tentó á inquirir sobre algunos y castigarlos; pero irritó con esto á la muchedumbre viciada ya y mal hallada con el gobierno de los Aqueos. Corriendo, pues, al templo de Apolo, enviaron á llamar á Arato con el objeto de matarle ó prenderle ántes de declarar su defeccion; y él acudió al llamamiento trayendo el caballo del diestro, como si ninguna desconfianza ó sospecha tuviese. Viniéronse muchos para él; y como empezasen

á motejarle y acusarle, mostrándose afable en el semblante y en las palabras, les dijo que se sentasen y no gritasen así en pié desordenadamente, sino que entrasen tambien los que estaban junto á las puertas; y al mismo tiempo que así hablaba, se retiraba poco á poco como si fuese á entregar á alguno el caballo. Apartándose de allí de esta manera, y hablando con serenidad á los Corintios que hallaba al paso, mandándoles que fueran al templo, cuando se vió cerca de la ciudadela montó á caballo, y dando órden á Cleopatro, comandante de la guardia, de que la custodiase con esmero, se encaminó á Sicione siguiéndole treinta soldados, pues los demas le abandonaron ó se fueron escabullendo. Habiendo los Corintios notado de allí á poco su fuga, fueron en su persecucion, y como no le alcanzasen llamaron á Cleomenes, y entregándole la ciudad no le pareció que equivalía lo que se le daba al yerro cometido en haber dejado ir á Arato. Viniéronse además á Cleomenes los habitantes del territorio llamado Acte, y le hicieron entrega de sus ciudades; despues de lo cual circunvaló y sitió con muro el Acrocorinto.

Acudieron á verse con Arato en Sicione no muchos de los Aqueos, y celebrando junta le nombraron general con ilimitada autoridad. Compuso entónces su guardia de solos sus propios ciudadanos un hombre que por treinta y tres años habia mandado á los Aqueos, y que en poder y en gloria habia tenido la primacía entre los Griegos; y en aquel punto abandonado, escaso de medios y quebrantado de fuerzas, como en el naufragio de la patria, era combatido de tantas olas y peligros. Porque los Etolios, habiendo él implorado su auxilio, se le habian negado; y á la ciudad de Atenas que por amor de Arato se mostraba muy dispuesta, Euclides y Micion la retrajeron. Tenía Arato en Corinto bienes y casa; pero Cleomenes no tocó á nada, ni se lo permitió á otro ninguno; ántes haciendo llamar á sus amigos y administradores, les dió órden de que todo lo cui-

daran y guardaran, bajo la inteligencia de que Arato era á quien habrian de dar cuentas; y reservadamente mandó á tratar con éste á Tripulo y á su padrastro Megistono, ofreciéndole, además de otras cosas, doce talentos de pension ánua, excediendo en otra mitad á Tolomeo; porque éste le enviaba seis talentos cada año. Su solicitud era que se le nombrase general de los Aqueos, y custodiar en union con ellos el Acrocorinto; pero respondiéndole Arato que él no dominaba la liga, sino que era de ella dominado, y pareciéndole que esto tenía aire de burla, invadió al punto el territorio de Sicione, talándolo y arrasándolo, y por tres meses estuvo sobre la ciudad, aguantándolo Arato, y estando perplejo sobre si accederia á la proposicion de Antígono de entregarle el Acrocorinto; pues de otro modo no se prestaba á darle auxilio.

Congregándose, pues, los Aqueos en Egio, enviaron á llamar allí á Arato, y la salida era peligrosa teniendo Cleomenes bloqueada la ciudad. Deteníanle de otra parte con ruegos sus conciudadanos, diciéndole que no era razon arriesgara su persona estando tan cerca los enemigos; pendian asimismo de su cuello las mujeres y los niños, abrazándole y llorando como por el padre y salvador de todos. Mas sin embargo, alentandolos y consolándolos, marchó á caballo á la marina con diez de sus amigos y su hijo que aún era mocito, y embarcándose en buques que estaban allí al ancla, le condujeron á Egio á la junta pública, en la que decretaron llamar á Antígono y entregarle el Acrocorinto, sobre lo que le envió Arato su hijo con los demas rehenes. De resulta de esto, llevándolo muy á mal los Corintios, le saquearon cuanto tenía, y de la casa hicieron donacion á Cleomenes.

Cuando ya Antígono se acercaba con su ejército, que era de vente mil infantes macedonios y de mil y cuatrocientos caballos, fué Arato con los empleados por la parte de mar á recibirle á Pegas, sin que lo entendiesen los enemi-

gos, no teniendo sin embargo gran confianza en Antígono ni en los Macedonios, porque traia á la memoria que sus aumentos le habian venido de los males que á éstos habia hecho, y que sus primeros pasos en el gobierno habian tenido por principal base la enemistad contra Antígono el Mayor. Mas estrechado de la inevitable necesidad y del tiempo, al que sirven áun los que parece que mandan, cerró los ojos y se entregó al peligro. Antígono luégo que se le informó de la llegada de Arato, á los demas los saludó con un mediano y comun agasajo; pero á éste desde el primer recibimiento le honró extraordinariamente, y habiéndole experimentado en todo hombre de probidad y juicio, contrajo con él la mayor intimidad, porque realmente era Arato, no sólo útil para los más arduos negocios, sino grato al Rey en los momentos de ocio como el que más. Por tanto, aunque Antígono era jóven, luégo que echó de ver el carácter de Arato, en el que nada habia de áspero para la amistad con un rey, para todo se valia de él, no sólo con preferencia á cualquiera de los Aqueos, sino áun de los Macedonios que tenía cerca de sí. Sobrevino tambien acerca de esto un prodigio, pareciendo que el Dios lo manifestaba en las víctimas; porque se dice que sacrificando Arato poco tiempo ántes, se vieron en un hígado dos hieles envueltas bajo una sola tela, y que el adivino le anunció que en breve se uniria con estrecha amistad con sus mayores contrarios y enemigos. Por entónces no dió valor al anuncio, ni en general prestaba mucho crédito á víctimas y adivinaciones, ateniéndose á su razon; pero mas adelante, yendo prósperamente la guerra, tuvo un banquete Antígono en Corinto, á que concurrieron muchos convidados, y colocó á Arato en asiento superior al suyo. Pidió de allí á poco una ropa con que cubrirse, y preguntando á Arato si le parecia que hacía frio, como respondiese que en verdad estaba helado, le dijo que se acercase más, y habiendo traido los sirvientes un paño, arroparon con él á los

dos. Entónces viniéndosele á Arato á la memoria lo sucedido con la víctima, no pudo ménos de echarse á reir, y refirió al Rey el portento y su explicacion. Pero esto ocurrió algun tiempo despues.

Luégo que en Pegas se afirmaron los convenios con recíprocos juramentos, marcharon al punto contra los enemigos, y eran frecuentes los combates en los términos de Corinto, estando bien fortificado Cleomenes y defendiéndose valerosamente los Corintios. En esto Aristóteles de Argos, que era amigo de Arato, vino secretamente con mensaje para éste, proponiéndole que haria se le pasase aquella ciudad si queria marchar allá con tropas. Dió parte de ello á Antígono, y encaminándose por mar prontamente á Epidauro desde el istmo con mil y quinientos hombres, los Argivos, que ya ántes se habian puesto en rebelion, dieron sobre las tropas de Cleomenes y las encerraron en la ciudadela. Cuando Cleomenes lo supo temió no fuera que ocupando los enemigos á Argos, le cortaran el paso á Esparta, y abandonando el Acrocorinto, en la misma noche marchó en auxilio de aquellas. Anticipóse de este modo á entrar en Argos, y allí consiguió rechazar á los enemigos; pero acudiendo poco despues Arato, y dejándose ver el Rey con el grueso del ejército, se retiró á Mantinea. De resultas volvieron todas las ciudades á unirse á los Aqueos. Antígono ocupó el Acrocorinto, y nombrado Arato general de los Argivos, les persuadió que hicieran donacion á Antígono de los bienes de los tiranos y de los traidores. En Cencris, en tanto, atormentaron y ahogaron á Aristómaco, por lo que padeció mucho la opinion de Arato, diciéndose que con ser éste un hombre de no malas partidas, de quien él mismo se habia valido, y á quien habia persuadido desistiese de la autoridad y que incorporase su ciudad con los Aquecs, á pesar de todo esto habia mirado con indiferencia que se le quitara la vida injustamente.

Culpábasele ya de muchas cosas que sucedian, como de

que hubieran hecho donacion á Antígono de Corinto, como pudieran de una miserable aldea; de que despues de haber saqueado á Orcómeno, le permitieron poner en ella guarnicion macedoniana; de haber decretado que no escribirian ni enviarian embajada á ningun otro rey, si Antígono no queria, y de tener que sustentar y pagar sueldo á los Macedonios. Dispusiéronse sacrificios, libaciones y juegos en honor de Antígono, habiendo sido los primeros los ciudadanos de Arato que le recibieron en la ciudad, dándole éste hospedaje; así todo se lo atribuian, no haciéndose cargo de que habiendo puesto en manos de aquél las riendas, siendo arrastrado del ímpetu de la autoridad real, Arato no era ya dueño sino de sola su voz, que áun corria peligro en la franqueza, y no podia dudarse que habia cosas que le mortificaban, como fué lo de las estatuas. Porque Antígono en Argos levantó la de los tiranos que habian sido echadas por tierra, y derribó por otra parte las de los que tomaron el Acrocorinto, á excepcion de sola la suya; y por más que en cuanto á estas le hizo ruegos, nada pudo alcanzar. Parece tambien que no pudo ser cosa griega lo que los Aqueos ejecutaron con Mantinea, porque apoderándose de ella con las fuerzas de Antígono, á los más distinguidos y principales ciudadanos les quitaron la vida; de los demas á unos los vendieron, y á otros los enviaron aprisionados con grillos á Macedonia; y á los niños y mujeres los esclavizaron. Del dinero que se recogió le dieron la tercera parte, y las dos restantes las distribuyeron á los Macedonios. Mas esto pudo en algun modo excusarse por la ley de la venganza; pues aunque siempre es terrible maltratar así por encono á sus compatriotas y deudos, en la necesidad se hace dulce y no duro, segun Simónides, dando como cierto alivio y desahogo al ánimo doliente é inflamado; pero lo que despues se ejecutó no hay como Arato lo atribuya á ningun motivo, ni honesto, ni de precision; porque recibiendo de Antígono los Argi-

vos en donativo la ciudad, y determinando enviar á ella una colonia, elegido aquél para fundador de ella, y siendo general, decretó que en adelante no se llamara Mantinea, sino Antigonea, que es como se llama hasta el dia de hoy, pareciendo que por él la *amable* (1) Mantinea fué borrada del todo, y que en su lugar permanece una ciudad que lleva el nombre de los que la destruyeron y dieron muerte á sus ciudadanos.

Vencido despues de esto Cleomenes en una gran batalla cerca de Selasia, abandonó á Esparta y se embarçó para el Egipto; y Antígono despues de haber hecho con Arato las mayores demostraciones de gratitud y benevolencia, se retiró á la Macedonia; y habiendo allí caido enfermo, á Filipo, mancebo ya y designado su sucesor en el reino, lo envió al Peloponeso, encargándole que atendiese á Arato sobre todos, y por su medio tratase con las ciudades y se diera á conocer á los Aqueos. Tomóle, pues, Arato bajo su cuidado, y le dirigió de manera que le envió á Macedonia lleno de amor hácia él, y de aficion y emulacion hácia los Griegos.

Muerto Antígono, como los Etolios menospreciasen á los Aqueos por su flojedad, á causa de que acostumbrados á ponerse á salvo por manos ajenas, y sostenidos por las armas de los Macedonios, se habian entregado al ocio y la desidia, se arrojaron á tomar parte en los negocios del Peloponeso, y teniendo por un paseo el saquear á los de Patras y Dime, invadieron el país de Mesena y le talaron; de lo que incomodado Arato, como viese que Timójeno, que á la sazon se hallaba de general de los Aqueos, emperezaba y perdia el tiempo, y le tocase mandar despues de él, se adelantó á entrar en ejercicio cinco dias ántes, con el fin de ir en socorro de los Mesenios. Reunió, pues, á los Aqueos, faltos ya del uso y cobardes para la guerra, y su-

(1) Así la apellida Homero, *Ilíada*, libro segundo, v. 607.

frió una derrota junto á Cafias. Pareció que entónces habia procedido con sobrado arrojo y encono; mas para eso luégo de tal manera se entorpeció y dió de mano á los negocios y á las esperanzas, que con ofrecerle muchas veces oportunidad los Etolios, sufrió y llevó con indiferencia que estuvieran como banqueteando en el Peloponeso con la mayor osadía y desvergüenza. Tendiendo, por tanto, otra vez las manos á la Macedonia, atrajeron y mezclaron en los asuntos de la Grecia á Filipo, no siendo la menor parte para ello su amor y confianza hácia Arato, pues esperaban que para todo le hallarian dócil y pronto.

Entónces por la primera vez Apeles y Megaleo con otros palaciegos empezaron á cizañear contra Arato, y seducido el Rey, se puso en la junta electoral de parte de la faccion contraria, procurando que los Aqueos nombraran general á Eperato; pero como luégo le despreciasen completamente, y separado de los négocios Arato nada saliese bien, conoció Filipo su yerro, decidióse otra vez por Arato haciéndose todo suyo; y yendo prósperamente los negocios para su poder y su gloria, se entregó enteramente á él, como que le debia su esplendor y sus aumentos. Parecia, pues, á todos que Arato no sólo era un provechoso preceptor para la democracia, sino que para la monarquía tambien; porque su conducta y sus costumbres aparecian como un color particular en cuanto el Rey hacía. Así la blandura de este jóven para con los Lacedemonios que le habian ofendido; su afable trato con los Cretenses, con el que en pocos dias se atrajo toda la isla; y su expedicion contra los Etolios, que fué sumamente pronta y activa, si á Filipo le adquirieron la gloria de la docilidad, á Arato le conciliaron la de la buena direccion. Creció por lo mismo la envidia en la familia del Rey, y viendo que nada adelantaban con sus calumnias ocultas, abiertamente le escarnecian é insultaban en los festines con el mayor descaro é insolencia, y áun en una ocasion le persiguieron á pedra-

das hasta su pabellon; de lo que irritado Filipo, por lo pronto los multó en veinte talentos; mas despues, como le pareciese que le malograban los negocios y que excitaban alborotos, les quitó la vida.

Engreido más adelante con verse demasiado favorecido de la fortuna, manifestó ya muchos y desmedidos deseos; y la maldad ingénita, desenvolviéndose y penetrando por entre los mentidos velos, poco á poco descubrió y puso de manifiesto su verdadera índole. En primer lugar, ofendia á Arato el Menor en el honor conyugal, lo que por mucho tiempo estuvo oculto, por vivir juntos, siendo su huésped. Hízose despues despreciable para el trato en los negocios, y se echaba de ver que queria apartar de sí á Arato. Dieron el primer orígen á esta sospecha las ocurrencias con los Mesenios, porque habiendo sediciones entre ellos, Arato se atrasó un poco en acudir á apaciguarlos, y Filipo, que sólo se anticipó un dia en llegar á la ciudad, se apresuró á encender más la discordia entre aquellos habitantes, preguntando por separado á los magistrados de los Mesenios, si no tenian leyes contra la muchedumbre; y por separado tambien á los prohombres del pueblo, si no tenian manos contra sus tiranos. Cobrando ánimo con esto, los magistrados quisieron prender á los demagogos; y acudiendo éstos con la muchedumbre, dieron muerte á los magistrados y á algunos otros ciudadanos, que apénas bajaron de doscientos.

Ejecutada tan abominable accion por Filipo, que áun continuaba exasperando más á los Mesenios unos contra otros, sobrevino Arato; y no sólo se notaba que le habia sido muy sensible, sino que al hijo que sobre ello reprendia á Filipo, haciéndole ásperas reconvenciones, no lo contuvo. Se creia que aquel jóven amaba á Filipo, y entónces entre otras cosas le dijo, que ya ni siquiera le parecia bello en su aspecto, ejecutando tales hechos, sino el más horrible del mundo. Filipo nada le replicó, sin embargo de

que se le observaba airado, y de que estuvo refunfuñando miéntras aquél hablaba; y áun á Arato el Mayor, para dar á entender que no se habia irritado por lo que se le habia dicho, y que era de carácter benigno y urbano, le levantó del teatro tomándole la diestra, y le llevó consigo á Itome para ofrecer sacrificio á Júpiter y reconocer aquel punto, porque no es ménos fuerte que el Acrocorinto, y en poniendo guarnicion puede hacerse tan molesto, como es inexpugnable á los del país. Subió, pues, y en el acto del sacrificio, cuando el adivino le trajo las entrañas del buey, tomándolas con entrambas manos, las mostró á Arato y Demetrio Fario, inclinándose ora al uno y ora al otro, y preguntándoles qué veian en la víctima acerca de si se apoderaria de aquella eminencia, ó la restituiria á los Mesenios. Sonriéndose, pues, Demetrio, «si tuvieres, le dijo, el alma de un adivino, dejarias intacto el sitio; mas si la tuvieres de rey, asirías el buey por los dos cuernos, queriendo designar el Peloponeso, y que si juntaba á Itome con el Acrocorinto, enteramente le tendria sumiso y humillado.» Arato estuvo bastante tiempo en silencio; pero instándole Filipo que manifestase lo que observaba, «la Creta, oh Filipo, tiene muchos y grandes montes, y son muchas las eminencias que la naturaleza ha puesto en la tierra de los Beocios y Focenses. Son asimismo muchos en la Acarnania, ya tierra adentro, y ya en la marina, los lugares que tienen una maravillosa fortaleza; y sin embargo de que ninguno de estos puntos has tomado, todos hacen voluntariamente lo que tú dispones: porque los ladrones son los que se pegan á las rocas y se guarecen en los vericuetos; pero para un rey nada es más fuerte ó más defendido que la confianza y el amor. Estos te han abierto el mar de Creta, y estos el Peloponeso; y habiéndolos tenido por principios de tus operaciones, por ellos todavía tan jóven, de unos te has constituido general, y de otros señor.» Sin dejarle concluir entregó Filipo las entrañas al adivino,

y volviendo á tomar de la mano á Arato, «volvamos, le dijo, por el mismo camino,» como que le habia convencido y le habia quitado de la mano aquella ciudadela.

Arato, que iba retirándose de palacio y cortando poco á poco la amistad é íntimo trato con Filipo, cuando al bajar éste al Epiro le pidió que le acompañase en aquella expedicion, se negó á complacerle y permaneció en quietud, temeroso de que sus operaciones le hiciesen incurrir en mala nota y opinion. Mas despues que en combate con los Romanos perdió ignominiosamente las naves, y saliéndole mal todas sus empresas se restituyó al Peloponeso, é intentó de nuevo engañar á los Mesenios, y ya no á escondidas, sino abiertamente los maltrataba, talándoles el país; entónces Arato enteramente se apartó y se puso en oposicion con él, habiendo ya llegado á entender el agravio que en el honor le hacía, y llevándolo él mismo dentro de sí con grande pesar, sin descubrirlo al hijo; porque sobraba saber la afrenta á quien no podia vengarla. Se veia, pues, que Filipo habia hecho una grande y extraña mudanza, convirtiéndose, de un rey benigno y de un jóven contenido, en un varon desenfrenado y en un tirano odioso; aunque esto no fué mudanza de índole, sino manifestacion en la seguridad de una maldad que el miedo habia tenido oculta largo tiempo.

Porque haber sido mezclado de vergüenza y miedo el afecto hácia Arato en que desde el principio fué criado, lo manifestó bien en la conducta que contra él tuvo; pues como desease quitarle del medio por pensar que miéntras viviese no podria ser libre, no ya como tirano, pero ni como rey, aunque nada intentó á fuerza abierta, á Taurico, uno de sus generales y amigos, le dió el encargo de que lo ejecutase de un modo oculto, y más particularmente por medio de un veneno cuando él estuviera ausente. Hízose, pues, amigo de Arato, y le dió un veneno, no pronto y violento, sino de aquellos que causan al principio en el cuerpo

un calor lento con tos, y de este modo llevan poco á poco á la muerte. No se le ocultó esto á Arato, sino que como nada aprovechaba el quejarse, soportó su mal en silencio y tranquilamente como si fuera una de las enfermedades comunes y frecuentes. Sólo en una ocasion habiéndole visitado un amigo, como en su presencia arrojase un esputo sanguinolento, y aquél mostrase maravillarse de ello: «Estos, oh Cefalon, le dijo, son los premios de la amistad con reyes.»

Muerto Arato de esta manera en Egio en su decimoséptimo generalato, deseaban los Aqueos que allí fuese sepultado, y que se le erigiesen los monumentos correspondientes á sus hazañas; y los de Sicione miraban como una calamidad el que el cuerpo no pudiera ser entre ellos depositado, pues aunque habian alcanzado de los Aqueos que se lo permitieran, habia una ley que prohibia que nadie fuera sepultado dentro de los muros; y como sobre la observancia de esta ley hubiese una poderosa supersticion, enviaron á Delfos á consultar á la Pitia sobre este objeto, y la Pitia les dió este oráculo:

¿Consultas, oh Sicíone, qué premio
Por tu salud dispensarás á Arato,
Y qué honores y exequias funerales
Harás al héroe que sin vida yace?
Quien á honrarle se oponga será impío
Contra el cielo extendido el mar y tierra.

Traido el oráculo se alegraron todos los Aqueos, y con especialidad los Sicionios; y convirtiendo el duelo en fiesta, al punto trasladaron el cadáver, coronados de flores y vestidos de blanco, con cánticos de regocijo y con coros, de Egio á la ciudad; y habiendo designado un lugar expectable, le hicieron el entierro que correspondia á su fundador y salvador. El sitio llámase hasta ahora *Aracio*, y se le ha-

cian sacrificios, uno el dia en que los libró de la tiranía, que es el quinto del mes Desio, llamado de los Atenienses Antesterion, dando á este sacrificio el nombre de *Soteria*; y otro el dia en que hacen conmemoracion de su nacimiento. Al primero presidia el sacerdote de Júpiter Salvador, y al segundo el de Arato, llevando una venda no del todo blanca, sino entretejida con púrpura. Cantábanse á la cítara himnos por los actores del teatro, y conducia el gimnasiarca la pompa de los muchachos y mancebos, siguiéndose luégo el consejo coronado, y de los ciudadanos el que queria. De todo esto conservan algunas leves muestras para celebrar aquellos dias; pero la mayor parte de los honores referidos, con el tiempo y la serie de otros sucesos han caido en desuso.

Por lo que hace, pues, á Arato el Mayor, esta se dice haber sido su vida, y su índole la que se ha manifestado: en cuanto á su hijo, siendo Filipo malvado por carácter, é injusto con crueldad, no le dió veneno mortal, sino uno de aquellos que trastornan la razon, consiguiendo precipitarle en manías terribles y extrañas, con las que intentaba acciones disparatadas, y mostraba deseos vergonzosos y abominables; de modo que la muerte, en medio de ser jóven y hallarse en estado floreciente, no fué para él una desgracia, sino salvacion y redencion de males. Mas Filipo no dejó de pagar en vida á Júpiter *Hospital* y *Amigo* las penas de tan horrible maldad; porque vencido de los Romanos, se les rindió á discrecion, y despojado de toda otra autoridad, entregando todas las naves, fuera de cinco, ofreciéndose á pagar mil talentos, y dando en rehenes su propio hijo, por compasion le dejaron la Macedonia y provincias de ella dependientes. Dando despues muerte á los mejores y más ilustres de sus súbditos, llenó todo el reino de horror y odio contra sí; y de un solo bien que tenía, que era un hijo de sobresaliente virtud, se privó por su mano, haciéndole morir de envidia y celos por la distin-

con que le trataban los Romanos; y dió el reino á
ɔo, otro de ellos, que no era legítimo segun dicen,
arrimadizo, tenido en una costurera llamada Gnate-.
De este triunfó Emilio, y aquí tuvo fin la sucesion en
ino de Antígono, cuando el linaje de Arato se conserva
ı nuestro tiempo en Sicione y Pelene.

GALBA.

Ificrates Ateniense deseaba que el soldado estipendiario fuera codicioso y amigo de placeres, para que buscando dar cebo y satisfaccion á sus apetitos, peleara con mayor arrojo; pero los más lo que desean es que el cuerpo del soldado, aunque robusto y fuerte, no use nunca de impulso propio, sino que se mueva con el impulso del general. Así se dice de Paulo Emilio, que habiendo encontrado el ejército romano de Macedonia lleno de charlatanería y curiosidad, metiéndose todos á echarla de generales, les previno que de lo que debia cuidar cada uno era de tener la mano pronta y la espada afilada, y lo demas dejarlo de su cuenta. Platon, que no veia que un emperador ó general pudiera hacer nada provechoso si el ejército no era moderado y de sus mismos sentimientos, y que pensaba que la virtud obediente no exigia ménos que la virtud regente una índole generosa y una educacion filosófica, que con lo benigno y humano templara lo iracundo é impetuoso, tiene en otros muchos hechos, y en lo ocurrido á los Romanos despues de la muerte de Neron, testimonios y ejemplos de que nada hay más temible en el imperio que las fuerzas militares, cuando faltas de disciplina se arrojan á hechos desordenados y temerarios. Porque Demades, muerto Alejandro, comparaba el ejército de los

Macedonios, al ver sus extraños é insanos movimientos, al Cíclope despues que le cegaron; y al imperio romano le acometieron agitaciones y accidentes como los de los Titanes, partiéndose en fracciones y volviéndose contra sí mismo en diferentes partes, no tanto por la ambicion de los que eran nombrados y saludados emperadores, como por el ánsia de enriquecer de la soldadesca; que como sucede con los clavos, hacía que los caudillos se expelieran mutuamente unos á otros. Y si Dionisio á Polifron de Feres, que rigió diez meses á los Tesalianos y despues fué muerto, le llamaba tirano de tragedia, aludiendo con chiste á lo breve de la mudanza, en más corto tiempo recibió el palacio, residencia de los Césares, á cuatro emperadores, introduciendo ahora á uno como en la escena, y expeliéndolo al cabo de poco. Un consuelo siquiera tenian en esto los que sufrian, y era que no habia necesidad de otra venganza contra los autores, sino que los veian muertos los unos á manos de los otros, y el primero justísimamente aquel que cebó y enseñó á esperar de la mudanza de un César, tanto como era lo que él habia prometido, desacreditando la obra más laudable, y haciendo que mereciera ser de traicion calificada, por el precio que intervino, la sublevacion contra Neron.

Porque siendo Ninfidio Sabino prefecto del pretorio, como hemos dicho (1), con Tigelino, en el momento que vió del todo perdidas las cosas de Neron, teniéndose por cierto que éste iba á huir al Egipto, persuadió á los de la guardia, como si hubiese huido ya y no estuviese todavía presente, que proclamaran emperador á Galba, prometiendo á cada uno de donativo, á los de las cohortes llamadas pretorias y urbanas siete mil quinientas dracmas,

(1) Esta expresion indica que á ella precedia algo que se ha perdido. Opinan algunos que Plutarco debió de escribir las vidas de los Césares, de las que en tal caso son fragmentos esto que queda de la de Galba y la siguiente de Oton.

y á los de afuera mil doscientas cincuenta, cantidad que no era posible juntar sin causar á todos los hombres seiscientas mil veces más males que los que Neron habia causado: así es que esto al punto perdió á Neron, y de allí á muy poco al mismo Galba, porque al uno le desampararon con la esperanza de recibir, y al otro le quitan la vida porque no recibieron; y despues, buscando quien les diera otro tanto, se consumieron en apostasías y traiciones ántes de conseguir lo que esperaban. El referir individualmente y con puntualidad estos sucesos es propio de la exactitud de la historia; pero lo que ocurrió digno de saberse en los hechos y casos de cada uno de los Césares, ni áun á mí me sería permitido pasarlo en silencio.

Es cosa sabida que Sulpicio Galba era el más rico de todos, cuando de particular pasó á la casa de los Césares; y con ser así que les daba grande opinion de nobleza el pertenecer á la casa de los Servios, él se preciaba principalmente de su parentesco con Cátulo, varon que en virtud y gloria tenía el primer lugar entre los de su edad, si en cuanto al poder cedia á los demas muy de su grado. Tenía asimismo Galba alguna relacion de parentesco con Livia, la mujer de César, y por esta razon del palacio salió cónsul á esfuerzos de la misma Livia. Dícese tambien que se condujo con acierto en el mando del ejército de Germania; y creado procónsul de Africa, fué uno de los pocos que merecieron elogios. La sencillez de su tenor de vida, y su parsimonia y moderacion en los gastos, dieron motivo á que hecho emperador se le tachara de pusilánime, ó cuando más á que se le atribuyera la gloria poco codiciada de arreglo y frugalidad. Fué por Neron enviado de gobernador á España, ántes que este príncipe hubiese tomado la maña de tener á los ciudadanos colocados en las grandes dignidades; y á Galba que por naturaleza era benigno, la vejez le añadia la opinion de ser próvido y precavido.

Administraban los procuradores las provincias con cruel-

dad y dureza; y aunque no tenía otro medio ninguno para socorrerlas que el manifestarse vejado y ofendido con ellas, esto servía de algun alivio y consuelo á los agraviados é injuriados. Compusiéronse contra Neron varios poemas, y aunque por muchas partes corrian y se cantaban, no lo estorbaba, ni acompañaba á los procuradores en el encono que mostraban, por lo que era cada dia más estimado; pues se habia hecho como uno de aquellos naturales, siendo ya el octavo año de su gobierno aquel en que Vindex se levantó contra Neron, hallándose de pretor en la Galia. Dícese, pues, que ántes de aparecer la rebelion le llegaron cartas de parte de Vindex, á las que no dió crédito, ni las denunció ó manifestó detestarlas como otros jefes, que enviaron á Neron las cartas á ellos escritas, y en cuanto estuvo de su parte desbarataron un proyecto en el que se apresuraron despues á decir que habian tenido parte, reconociéndose por traidores no ménos de sí mismos que de aquél. Pero cuando más adelante, declarando Vindex abiertamente la guerra, escribió á Galba exhortándole á admitir el imperio y condescender con un cuerpo robusto que buscaba una cabeza, esto es, con las Galias, donde habia cien mil hombres armados y podian armarse muchos más; entónces ya consultó sobre este negocio con sus amigos, de los cuales unos eran de opinion que se mantuviera pasivo á ver qué movimiento hacía Roma, y cómo recibia aquellas novedades; pero Tito Vinio, jefe de una de las legiones, «¿qué es lo que consultas, le dijo, oh Galba? porque el inquirir si permaneceremos fieles á Neron, es de gentes que ya han dejado de serlo; con que es preguntar, en el supuesto de ser ya Neron nuestro enemigo, ¿si desecharemos la amistad de Vindex, y áun le acusaremos al punto y le haremos la guerra, porque quiere más tenerte á tí por emperador de Roma, que á Neron por tirano?»

Inmediatamente despues señaló Galba por edicto el dia

en que daria individualmente la libertad á los que la pidiesen; y como la fama y el rumor hubiesen atraido mucha gente preparada y dispuesta para la novedad que se intentaba, no bien se habia dejado ver en el tribunal, cuando todos á una voz le proclamaron emperador; pero él por lo pronto no admitió este título, sino que acusando á Neron, y lamentándose de los varones más ilustres, entre tantos como eran aquellos á quienes habia quitado la vida, protestó que consagraria á la patria todos sus talentos, no César ni emperador, sino con sólo el dictado de general del Senado y del pueblo romano. Que Vindex procedió con acierto en excitar á Galba á admitir el imperio, se confirmó con el testimonio del mismo Neron; porque habiendo manifestado que despreciaba á Vindex, y no le daban ningun cuidado los movimientos de las Galias, cuando se le notició lo de Galba, que fué estando comiendo despues de haberse bañado, tiró al suelo la mesa. Sin embargo, habiendo el Senado declarado por enemigo á Galba, quiso disimular y hacer del gracioso con sus amigos, y por tanto, les dijo que hallándose escaso de dinero, no era mala la cuenta que estaba echando; pues de una parte cuando se sometiese á los Galos, se tomarian por presa sus bienes, y de otra la hacienda que existia de Galba, declarado ya enemigo, podia desde luégo ocuparla y venderla: así fué que dió órden para que los bienes de Galba se vendiesen, y éste cuando lo supo sacó á subasta cuanto á Neron pertenecia en España, y encontró muchos y muy decididos postores.

Siendo ya en gran número los que iban abandonando á Neron, todos se inclinaban por lo regular á Galba; solamente Clodio Macro en Africa, y Verginio Rufo, que en la Galia estaba al frente del ejército germánico, obraban por sí mismos separadamente, aunque no con la misma idea; porque Clodio, dado á rapiñas y muertes, por su crueldad y su avaricia se veia que ni se determinaba á tomar ni á dejar el imperio; y Verginio, que mandaba las legiones más

fuertes y poderosas, por las que muchas veces habia sido saludado emperador, y estrechado á serlo, decia que ni tomaria el imperio, ni permitiria que se diese á otro, fuera de aquel á quien el Senado eligiese. Turbó desde luégo este incidente los planes de Galba; mas despues que las legiones de Verginio y Vindex forzaron á éstos como á conductores de carros que no pueden refrenar los caballos, á un gran combate, y que Vindex, despues de muertos veinte mil Galos, se quitó á sí mismo la vida; como corriese la voz de que alcanzada tan señalada victoria la voluntad general era que Verginio tomara el imperio, ó volvieran á reconocer á Neron, entónces del todo llegó á intimidarse Galba, y escribió á Verginio, exhortándole á obrar de acuerdo y conservar al pueblo romano el imperio y la libertad; y con todo, retirándose otra vez con sus amigos á Clunia, ciudad de España, más pasó el tiempo en arrepentirse de lo hecho y en desear su genial y amado reposo, que en ejecutar nada de lo que el tiempo pedia.

Era la estacion del estío, y poco ántes de anochecer llegó de Roma el liberto Sicelo en siete dias; supo que Galba se estaba tranquilo en su casa, y se fué corriendo á su habitacion; y abriéndola é introduciéndose, á pesar de la oposicion del camarero, refirió que viviendo todavía Neron, aunque no comparecia en público, primero el ejército y despues el pueblo y el Senado habian proclamado á Galba emperador, y que de allí á bien poco se dijo que Neron era muerto; y no queriendo creer á los que le dieron la noticia, habia ido donde estaba el cadáver, y viéndole tendido, entónces se habia puesto en camino. Dilatóse grandemente el ánimo de Galba con esta narracion; y acudiendo á la casa en el momento un gran gentío, lo tranquilizó sobre lo ocurrido, á pesar de que la celeridad del viaje parecia increible; pero á los dos dias vino con otros de los reales Tito Vinio, que anunció punto por punto lo decretado por el Senado. Este fué en el acto promovido á un órden supe-

rior; al liberto le confirió los anillos de oro (1); y llamándose desde entónces Marciano Vicelo, fué entre los libertos el que gozó de mayor poder.

En Roma Ninfidio Sabino, trayendo á sí todos los negocios, no suavemente y poco á poco, sino de golpe, se alzó solo con ellos con motivo de la vejez de Galba, de quien se creia que con dificultad podria llegar á Roma conducido en litera, porque tenía ya setenta y tres años. Las tropas allí existentes, que ya ántes miraban á Ninfidio con aficion, entónces en él solo ponian la vista, teniéndole por su bienhechor á causa del donativo, y á Galba sólo por su deudor. Al momento, pues, intimó á Tigelino su colega que depusiera la espada. Daba banquetes, teniendo de mesa á los varones consulares y que habian mandado ejércitos, y haciéndoles el convite en nombre de Galba. En el ejército negoció que muchos dijeran ser cosa de enviar mensajeros á Galba para pedirle que nombrara á Ninfidio prefecto perpétuo, sin colega. Las demostraciones que en su honor y para aumentar su poder hizo el Senado, llamándole bienhechor, frecuentando diariamente su casa, y haciendo que todo acuerdo se tomara á propuesta suya, como si sólo lo confirmarse, llevaron mucho más adelante su osadía; de modo que al cabo de muy poco tiempo, no sólo se hizo fastidioso, sino temible á los que tanto le obsequiaban. Como los cónsules hubiesen nombrado los siervos públicos que habian de llevar los decretos del Senado al emperador, y les hubiesen entregado los diplomas ó despachos sellados, en cuya virtud los magistrados de las ciudades en la mudanza de carruajes aceleran la marcha de los correos, se irritó en gran manera porque no se habia puesto su sello á los pliegos y no le habian pedido para este encargo sus soldados; y áun se dice que estuvo deliberando sobre la venganza que tomaria de los cónsules, y

(1) Es equivalente á decir que lo hizo del órden ecuestre.

sólo se templó porque le dieron excusas é interpusieron ruegos. Para congraciarse con el pueblo no impidió que arrastraran de los amigos de Neron á los que se les ponian delante, y al gladiator Espicilo lo tendieron en la plaza debajo de las estatuas de Neron derribadas al suelo, y así le mataron. A un tal Aponio, del número de los delatores, lo echaron al suelo é hicieron que pasaran por encima de él unas carretas que acarreaban piedra, y á otros muchos los despedazaron, á algunos sin la menor culpa; de tal manera que Maurisco, varon excelente en sí, y tenido por tal, dijo al Senado: «Me temo que en breve habeis de buscar á Neron.»

Adelantando de este modo Ninfidio en sus esperanzas, no rehusó que se le llamara hijo de Cayo César el que imperó despues de Tiberio; porque Cayo, segun parece, siendo todavía jóven, tuvo trato con la que le dió á luz, que era bien parecida é hija de una costurera por jornal, y de un liberto del César llamado Calisto; pero el trato de ésta con Cayo, á mi entender, fué posterior al nacimiento de Ninfidio. Lo que se creia era ser su padre el gladiator Marciano, de quien por su fama se habia enamorado Ninfidia; y á éste era al que más se parecia en la figura. Ello es que reconociendo por madre á Ninfidia, y atribuyéndose á sí mismo únicamente la ruina de Neron, no creia haber cogido un premio suficiente en los honores, en las riquezas, y en dormir con Esporo el de Neron, al que tomó desde la misma hoguera cuando todavía ardia el cadáver, teniéndolo en lugar de esposa, y llamándole Popeo; y por tanto aspiraba á ingerirse en la sucesion del imperio. Para esto daba reservadamente pasos en Roma por medio de sus amigos, de ciertas mujeres y de algunos senadores, habiendo enviado á España á Geliano, uno de los primeros..... (1), y á examinar lo que allí pasaba.

(1) Aquí hay una laguna que parece ser sólo de algun breve

Sucedíale todo bien á Galba despues de la muerte de Neron, y sólo le daba algun cuidado Verginio Rufo, todavía dudoso, no fuera que juntando á un tiempo hallarse al frente de numerosas tropas de las más belicosas, haber vencido á Vindex, y haber sujetado una parte muy principal de la dominacion romana, que era toda la Galia, agitada todavía con las olas de la sedicion, le hiciera todo esto dar oidos á los que le provocaban á apoderarse del mando; porque ninguno tenía tanto nombre ni habia adquirido una gloria igual á la de Verginio, que con gran presteza habia librado al Imperio romano de dos plagas á un tiempo, de una tiranía insoportable, y de las guerras de las Galias. Él, sin embargo, atenido siempre á la opinion manifestada desde el principio, dejó al Senado la eleccion de emperador, á pesar de que publicada la muerte de Neron la muchedumbre volvió á importunarle, y uno de los tribunos en su mismo pabellon, sacando la espada le intimó que admitiera el imperio ó el hierro. Mas despues que Fabio Valente, comandante de una legion, juró el primero por Galba, y llegaron cartas de Roma expresando lo acordado por el Senado, aunque con dificultad y trabajo, persuadió á los soldados á proclamar á Galba emperador; y habiéndole nombrado por sucesor á Flaco Hordeonio, lo reconoció y le entregó el mando, y saliendo á recibir á Galba que pasaba á corta distancia, regresó con él sin participar conocidamente ni de honor ni de ira. De lo segundo fué causa el mismo Galba, porque le miraba con respeto; y de lo primero sus amigos, y más especialmente Tito Vinio, el cual, creyendo por envidia mortificar á Verginio, sin pensarlo, ayudó al buen Genio de éste; que de las guerras y males que alcanzaron en aquella época á los

---

inciso; pero en general en esta Vida y la siguente se nota ménos correccion que en las demas, defecto nacido sin duda de los vicios del manuscrito que sirvió de original.

demas generales, lo sacó á una vida tranquila y á una vejez llena de paz y de reposo.

Encontraron á Galba los embajadores enviados por el Senado en Narbona, ciudad de las Galias; y saludándole, le rogaron se apresurara á mostrarse al pueblo, que deseaba verle. Recibiólos y tratólos en todo con la mayor dulzura y humanidad; y como para los convites hallase dispuesto el aparato y servicio regio correspondiente, enviado con anticipacion por Ninfidio del que perteneció á Neron, no haciendo uso de ninguna de estas cosas, sino solamente del servicio de mesa que ántes tenía, ganó crédito y concepto entre todos, siendo tenido por magnánimo y superior á las delicadezas del lujo; pero al cabo de bien poco, haciéndole ver Vinio que aquellas disposiciones generosas, modestas y sencillas eran una afectacion de popularidad y una inelegancia que desdecia de su grandeza, lo convenció de que debia usar de las preciosidades de Neron, y no rehusar para los banquetes la magnificencia real. En fin, poco á poco fué dando á conocer el buen anciano que sería dominado por Vinio.

Era Vinio el hombre más poseido y dominado de la avaricia, y sujeto además á la pasion y vicio de las mujeres; porque siendo todavía mancebo, y haciendo sus primeras campañas bajo Calvisio Sabino, se llevó por la noche al campamento vestida de soldado á la mujer del general, que no tenía nada de modesta, y abusó de ella en el principal, al que los Romanos llaman *principia*. Por este atentado le puso Cayo César en prision; pero habiendo muerto éste, su fortuna le dió la libertad. Cenando en casa de Claudio César quitó una pieza de plata, y habiéndolo sabido el César le volvió á convidar el dia siguiente, y cuando vió que habia acudido, dió órden á los que le servian que no le pusieran nada de plata, sino todo el servicio de barro; pero esto por la bondad de Claudio, que degeneraba en cómica, no parecia digno de ira, sino de risa; mas lo que despues,

siendo dueño del ánimo de Galba y quien todo lo mandaba, ejecutó en esta materia de intereses, para unos fué causa y para otros pretexto de sucesos trágicos y de grandes desventuras.

Porque Ninfidio, luégo que volvió Geliano, el que en cierta manera habia enviado de explorador de Galba, al oir que habia sido designado prefecto del pretorio Cornelio Lacon, y que todo el poder y el influjo era de Vinio, no habiéndosele á él permitido ni arrimarse á Galba, ni hablarle á solas, porque le espiaban y observaban continuamente, entró en gran cuidado; y reuniendo á todos los jefes de las cohortes, les dijo que Galba por sí era un anciano de rectitud y bondad, pero que no se gobernaba por su propio juicio, sino que haciéndose todo á gusto de Vinio y de Lacon, los negocios iban mal; por tanto, que para no dar lugar á que éstos adquiriesen en ellos el gran valimiento que tuvo Tigelino, convenia enviar mensajeros al emperador de parte del ejército, para que le advirtiesen que apartando de su lado á solos aquellos dos, sería de todos recibido con más gusto y con mayores aplausos. Mas como no fué esto bien admitido, y ántes pareciese cosa extraña y repugnante que á un emperador anciano se le previniese como á un mozuelo que empezara á gustar del poder, de cuáles amigos habia de valerse y de cuáles no; tomando otro camino, escribió á Galba asustándole, ya con que en Roma habia mucho mal y mucho de qué recelar, y ya con que Clodio Macro en Africa detenia los granos; y otras veces con que habia inquietudes en las legiones germánicas, y otro tanto se decia de los ejércitos de la Siria y la Judea. Viendo que Galba tampoco daba á esto grande atencion, ni lo creia, determinó ya adelantarse y emplear las manos, á lo que Clodio Celso Antioqueno, varon prudente y su amigo fiel, se le opuso, diciendo que no creia que hubiera de Roma ni siquiera una casa que proclamara César á Ninfidio; pero por el contrario, muchos se vieron de este parecer,

y Mitrídates Póntico, haciendo una maligna alusion á la calvicie y las arrugas de Galba: «Ahora, dijo, le tienen los Romanos en algo; pero luégo que le vean, les parecerá que es la mengua de estos dias en que se llama César.»

Resolvióse, pues, que constituyendo á la media noche á Ninfidio ante banderas, le aclamarian emperador; pero el primero de los tribunos, Antonio Honorato, congregando á los soldados que estaban á sus órdenes, empezó á reprender la conducta de Ninfidio y la de ellos mismos, que en breve tiempo habian causado tantas mudanzas, sin idea ninguna ni eleccion para mejorar, sino conduciéndolos algun mal Genio de una traicion en otra. «Y para lo primero, les decia, habia alguna disculpa en los crímenes de Neron; pero ahora para hacer traicion á Galba, ¿qué muerte de su madre le achacareis, ó qué asesinato de su mujer, ó de qué escena ó tragedia del emperador os mostrareis avergonzados? Y ni siquiera aguardamos á desampararle despues de esto, sino que nos hizo creer Ninfidio que primero nos habia él desamparado y habia huido al Egipto. ¿Qué será, pues, lo que haremos? ¿sacrificaremos á Galba á los manes de Neron, y eligiendo por César al hijo de Ninfidia, quitaremos del medio al de Livia, como ya dimos muerte al de Agripina? ¿ó imponiendo á éste el condigno castigo por sus maldades, nos acreditaremos de vengadores de Neron y de guardias fieles y celosos de Galba?» Dicho esto por el tribuno, asintieron todos sus soldados y exhortaban á los demas que les venian á mano á permanecer fieles al emperador, á lo que atrajeron á los más. Levantóse en esto grande gritería, y era que Ninfidio, ó creyendo, como dicen algunos, que los soldados le llamaban ya, ó queriendo precipitar la empresa para disipar tumultos y desvanecer dudas, venía con muchas luces, trayendo en un cuaderno un discurso escrito por Cingonio Varron, el que se proponia pronunciar á los soldados. Mas viendo cerradas las puertas del principal, y á muchos armados en su recinto,

concibió temor; y acercándose á ellos les preguntó qué querian y con órden de quién habian tomado las armas. Salióle al encuentro una sola voz de todos, que reconocian á Galba por emperador; y él entónces, acercándose más, aclamó tambien, mandando hacer otro tanto á los que traia consigo. Permitiéndole á esta sazon los de la puerta entrar con unos cuantos, le tiraron con una lanza, cuyo golpe paró delante de él Septimio con su escudo; pero sobreviniendo muchos con las espadas desnudas, dió á huir, y alcanzándole le dieron muerte en el dormitorio de un soldado. Sacáronle luégo al medio, y poniéndole entre canceles, le presentaron al dia siguiente en espectáculo á los que quisieron verle.

Muerto Ninfidio de esta manera, como Galba, luégo que lo supo, diese órden de que quitaran la vida á cuantos habiendo sido de los conjurados no se hubiesen anticipado á quitársela á sí mismos, de cuyo número eran Cingonio el que escribió el discurso, y Mitrídates Póntico, pareció que no se habia procedido legítimamente, por más que fuese con justicia, en hacer morir sin juicio precedente á ciudadanos no de ínfima clase. Porque todos esperaban otro órden de gobierno, engañados con los anuncios que suelen hacerse en los principios. Fué mayor todavía el descontento con haberse dado órden de que muriera Petronio Turpiliano, varon consular que se habia mantenido fiel á Neron; porque para haber ejecutado otro tanto con Macron en Africa por medio de Treboniano, y en Germania con Fronteyo por medio de Valente, habia la excusa de que se hallaban con las armas en la mano y en los ejércitos; pero nada podia oponerse á que se dejara hablar en su defensa á Turpiliano, viejo y desarmado, si se pensaba en hacer ver por las obras la moderacion de que tanto se hablaba: tales eran las quejas que habia ya con este motivo. Sucedió despues que siguiendo en su viaje, cuando estuvo á unos veinticinco estadios de Roma, se encontró con un al-

boroto y desórden extraordinario causado por los Clasiarios, ó de la armada, que por todas partes tenian ocupado y obstruido el camino. Estos eran los que habian sido escogidos por Neron para formar una legion, y declarados del ejército; y queriendo hacer que por fuerza se les confirmara esta gracia, no daban lugar á que el emperador fuera visto de los que acudian, ni á que se oyeran las aclamaciones; sino que movian una grande gritería, pidiendo insignias y sitio para su legion. Remitiendo el emperador el negocio á otro tiempo, y mandando que le hablasen otra vez, tuvieron la dilacion por repulsa, y se mostraron indignados, insistiendo en su demanda y continuando en sus gritos y alborotos; y como algunos desenvanaisen las espadas, dió Galba órden de que les acometiese la caballería, cuyo choque no sostuvo ninguno de ellos, sino que unos fueron muertos en el momento de dar á huir, y otros en la fuga; lo que no fué de fausto y feliz agüero para Galba, que hizo su entrada en medio de tanta carnicería y por entre tantos cadáveres; sino que si ántes algunos le miraban con poco aprecio por su debilidad y su vejez, entónces apareció formidable y terrible á todos.

Queriendo dar idea de una gran mudanza en cuanto á lo desmedido y lujoso de los donativos de Neron, parece que se apartó bastante del blanco del decoro; porque habiendo ido á tañer á palacio durante la cena el flautista Cano, cuya habilidad era entónces muy apreciada, y habiéndolo alabado y ponderado mucho, hizo que le trajeran el bolsillo y le dió algunos áureos, diciendo que del caudal propio y no del público le daba aquella propina. Dió una órden ejecutiva para recoger las donaciones que Neron habia hecho á la gente del teatro y de la palestra, á excepcion de la décima parte; y como fuese muy poco y de ninguna entidad lo que le traian, porque los más, que eran hombres desperdiciados y de los que no piensan sino en el dia presente, habian consumido lo que recibieron, mandó hacer

pesquisa de los que se lo habian comprado ó adquirido en otra forma, y de ellos pretendia recobrarlo. No tenía esto fin y se extendia muy léjos, comprendiendo á una infinidad; y si semejante conducta perjudicaba á su gloria, la envidia y el odio recaian sobre Vinio, diciéndose de él que haciendo para los demas escaso y mezquino al Emperador, en tanto se aprovechaba sin término, ocupándolo y vendiéndolo todo. Porque máxima es de Hesiodoro (1):

Al principio y al fin de la tinaja
La sed debe saciar el cosechero;

mas Vinio, viendo á Galba delicado y viejo, se apresuraba á gozar de la fortuna que á un tiempo empezaba y concluia.

No se hacía justicia en várias maneras á este buen anciano, porque unas cosas desde luégo eran mal administradas por Vinio, y las que aquél disponia bien por sí mismo, éste las torcia ó las estorbaba, como fué lo relativo á los castigos de los Neronianos, porque hizo quitar la vida á los malos, en cuyo número se contaron Elio, Policlito, Petino y Patrobio; y cuando los llevaban por la plaza al suplicio, el pueblo aplaudia y gritaba que aquella era una procesion bellísima y muy acepta á los Dioses, pero que los Dioses y los hombres estaban reclamando al maestro y ayo de la tiranía Tigelino, mas éste como diestro habia sabido ganarse sobre buenas prendas á Vinio. Despues sucedió que Turpiliano, aborrecido sólo porque no aborreció é hizo traicion al Emperador siendo cual era, sin que pudiese culpársele de ningun otro crímen, por aquello sólo perdió la vida; y el que habia hecho á Neron digno de muerte, y siendo tal por él, le abandonó y le fué traidor, éste quedó para ser una convincente prueba de que con

(1) *Obras y dias*, v. 336.

Vinio nada habia que no fuese venal, ni nada de que debieran desesperar los que diesen. Pues cuando no podia haber espectáculo en que más se hubiera complacido el pueblo romano que el ver á Tigelino puesto en un patíbulo, y cuando por ello clamaba y lo pedia en todos los teatros y circos, se quedó sorprendido con un edicto del Emperador, en que decia que Tigelino ya no podia vivir largo tiempo. hallándose afligido de la tísis, y que les pedia no le agitaran ni quisieran hacer tiránica la potestad imperial. El pueblo bien se irritó; pero riéndose ellos de su enojo, Tigelino hizo el sacrificio que se llamaba de salvacion, y dispuso un opíparo banquete; y Vinio, levantándose en la cena de la mesa del Emperador, marchó á la francachela de aquél, llevando consigo á su hija, que se hallaba viuda. Brindó Tigelino por ella en doscientos cincuenta mil sextercios, y mandó á la principal de sus concubinas que se quitara un collar precioso que llevaba, y se lo pusiera á aquélla, diciéndole que el valor del collar era ciento cincuenta mil sextercios.

Por lo tanto, áun las cosas en que brillaba la benignidad eran mal interpretadas, como sucedió en el asunto de los Galos sublevados con Vindex; porque se creyó que la exencion de contribuciones y el derecho de ciudad no lo debieron á la bondad del Emperador, sino que los compraron de Vinio. Esto tenía á la muchedumbre disgustada del gobierno; y por lo que hace á los soldados, á quienes no se entregaba el donativo, al principio los consolaba la esperanza de que si no fuese tanto como se habia prometido, les daria lo que habia dado Neron; pero despues que enterado de su descontento pronunció aquella sentencia digna de un grande general, que estaba acostumbrado á escoger y no á comprar los soldados, cuando tal oyeron, concibieron un violento y fiero odio contra él, porque les pareció que no se contentaba con privarlos por su parte, sino que se erigia en legislador y maestro para los emperadores

que vinieran en pos de él. Mas el movimiento en Roma era todavía sordo, y un cierto respeto á Galba presente embotaba y reprimia el deseo de novedades; y al mismo tiempo el no descubrirse principio ninguno de mudanza, los contenia tambien y les hacía disimular su descontento. A los que ántes estuvieron á las órdenes de Verginio, y ahora á las de Flaco, como, teniéndose por dignos de grandes premios por la batalla reñida contra Vindex, nada hubiesen alcanzado, no podian aquietarlos sus jefes; y del mismo Flaco, que atacado de una terrible gota no podia valerse de su persona, y que no tenía experiencia de negocios, absolutamente no hacian cuenta para nada. Hubo en una ocasion espectáculos, y al pronunciar los tribunos y centuriones la plegaria usada entre los Romanos de prosperidad, se alborotó y tumultuó la muchedumbre, y despues, insistiendo aquellos en la plegaria, lo que respondieron fué: *si lo merece.*

Repitiéndose muchas veces iguales ó semejantes insultos de parte de los soldados de Tigelino, los procuradores dieron ya parte á Galba; y recelando éste que quizá no era mirado con desden solamente por su vejez, sino tambien por no tener hijos, empezó á pensar en adoptar á uno de los mancebos ilustres, y en declararle sucesor del imperio. Habia un Marco Oton, varon no oscuro en linaje, pero muy desde luégo conocido y señalado entre los jóvenes romanos por su lujo y por su disipacion; y así como Homero nombra muchas veces á Alejandro Páris

De Helena esposo la de rubias trenzas,

no teniendo ninguna otra prenda por donde debiera ser alabado; igualmente éste tuvo nombre en Roma por su matrimonio con Popea, de la que Neron se enamoró estando casada con Crispino; y como aún respetase á su mujer y temiese á la madre, echó por tercero á Oton para que

sedujese á Popea. Era Oton su amigo y camarada por su vida disoluta; y muchas veces cuando éste se chanceaba con él y se burlaba de su mezquindad y tacañería, mostraba holgarse de ello. Dícese que una vez usando Neron de un ungüento de los preciosos, y salpicando con él á Oton, éste al dia siguiente le recibió en su casa teniendo dispuestos por muchas partes tubos de oro y plata que arrojaban y esparcian ungüento como agua. Disfrutó de Popea ántes que Neron, y habiéndola seducido bajo las lisonjeras esperanzas de éste, la persuadió á que se divorciara de su marido. Pasado que hubo á su poder como mujer legítima, no tanto se complacia con gozar de ella, como le incomodaba la participacion, viendo con gusto estos celos, segun se dice, la misma Popea. Porque se refiere asimismo que daba con la puerta en los ojos á Neron, no hallándose Oton presente, bien fuese por preservarse de los inconvenientes del fastidio, ó bien porque le fuese molesto el consorcio con César, aunque no rehusase admitirle como amante, por su propension á la lascivia. Corrió, pues, Oton gran peligro de perecer, y áun se tuvo por cosa muy extraordinaria el que habiendo Neron dado muerte á la que era su mujer y hermana por casarse con Popea, dejase á Oton salvo.

Gozaba Oton del favor de Séneca, y á persuasion y excitacion de éste fué por Neron enviado de propretor á la Lusitania que termina en el Océano, y le experimentaron aquellos súbditos no áspero ó molesto, por saber que aquel mando se le habia dado como colorido y velo de un verdadero destierro. Cuando se rebeló Galba, fué el primero de los generales que se le unió; y llevándole cuanto oro y plata tenía en utensilios y mesas, se lo entregó para convertirlo en moneda, haciéndole al mismo tiempo el obsequio de los esclavos que tenía diestros y ejercitados en el servicio doméstico de un emperador. Mostrósele en todo fiel, y en lo que ocurrió dió pruebas de que á nadie era in-

ferior en el conocimiento y manejo de los negocios. De camino hizo todo el viaje por muchos dias en la misma silla, y durante este no se descuidó en hacer la corte á Vinio, ya en el trato y ya con sus larguezas; pero más todavía con reconocerle el primer lugar: así por parte de éste tuvo seguro el ser quien de más influjo gozaba despues de él.

Aventajábale empero en estar fuera de envidia, por ser hombre que servia gratuitamente á los que de él se valian, y que se mostraba afable y benigno con todos. Principalmente daba la mano á los militares, y á muchos los promovió á los mandos, unas veces empeñándose con el Emperador, y otras interponiendo la mediacion del mismo Vinio, ó de los libertos Sicelo y Asiático; porque éstos eran los que tenian el mayor poder en palacio. Cuando tenía á cenar á Galba, hacía siempre un regalo á la cohorte que estaba de guardia, dando un áureo á cada soldado; con lo que le contraminaba en aquello mismo que parecia hecho en su honor, atrayéndose la tropa.

Consultado, pues, Galba sobre sucesor, Vinio le propuso á Oton, y no de balde tampoco, sino mediante el casamiento de su hija, que habia de tomar por mujer Oton despues de adoptado por hijo y declarado sucesor en el imperio; pero Galba era hombre de quien no se podia dudar que antepondria el bien público al suyo privado, y que procuraria, no lo que más le lisonjease á él mismo, sino lo que hubiera de ser más útil á los Romanos; bien que áun cuando quisiera atender á sus propios intereses, parecia que no elegiria á Oton por heredero constándole que era desarreglado disipador, y que se hallaba abarrancado con deudas hasta en cantidad de cinco cuentos de sextercios. Así es que habiendo oido á Vinio tranquila y sosegadamente, suspendió su resolucion; mas con todo, como despues lo hubiese designado cónsul, y por colega al mismo Vinio, se tenía por cierto que á principio de año le nom-

braria sucesor. La tropa era seguro que veria con más gusto nombrado á Oton que á cualquier otro.

Cogióle todavía entre consultas y dudas el rompimiento de Germania, porque en general la soldadesca aborrecia á Galba por no darles el donativo; y aquellos pretextaban como motivos particulares el que se tuviese ignominiosamente arrinconado á Verginio Rufo; que se hubiesen hecho gracias á los Galos que contra ellos pelearon, y que hubiesen sido castigados cuantos no se unieron á Vindex, que era el único á quien Galba se mostraba agradecido, y á quien honraba despues de muerto, haciendo libaciones públicas en su memoria, dando á entender que á él le debia haber sido proclamado emperador de los Romanos. Siendo estas las conversaciones que sin ninguna reserva se tenian en el campamento, vino el dia primero del primer mes, al que los Romanos llaman las calendas de Enero, y congregándolos Flaco para el juramento que es costumbre hacer al emperador, al paso echaron al suelo las imágenes de Galba, y las pisaron; y jurando por el Senado y pueblo romano, se disolvió la reunion. En esto empezaron los jefes á temer como rebelion aquel estado de anarquía, y uno de ellos dijo: «¿En qué pensamos, oh camaradas, no nombrando otro emperador, ni defendiendo al que lo es, como si nuestro intento fuese, no el negar la obediencia á Galba, sino en general no querer emperador ni ser mandados? A Hordeonio Flaco, que no es más que una sombra é imágen de Galba, es preciso dejarlo á un lado; pero á un dia de camino de aquí está el caudillo de la otra Germania, Vitelio, hijo de un padre que fué censor, cónsul tres veces, y en cierta manera colega de Claudio César en el imperio, y que por sí tiene una señal cierta de bondad y grandeza de ánimo en la misma pobreza, por que es de algunos escarnecido. Ea pues, eligiendo á éste, hagamos ver á todos los hombres que valemos más que los Españoles y Lusitanos para nombrar un emperador.»

Miéntras unos convienen y otros lo rehusan, se salió de entre ellos un porta-insignia, y se fué en aquella noche á dar parte á Vitelio, que tenía consigo muchos á la mesa. Corrió la voz por las divisiones, y el primero Fabio Valente, tribuno de una legion, poniéndose á la mañana siguiente al frente de un gran piquete de caballería, proclamó á Vitelio emperador. Los dias anteriores habia éste manifestado que lo repugnaba y resistia, teniendo el imperio por grave carga; pero entónces repleto, dicen, del vino y la comida meridiana, salió y se mostró pronto, admitiendo el sobrenombre que le dieron de Germánico, y rehusando el de César. Al momento tambien el otro ejército de Flaco, olvidando sus bellos y democráticos juramentos al Senado, juró al emperador Vitelio para obedecerle en cuanto mandase.

De este modo fué Vitelio proclamado emperador en Germania; y habiendo llegado á los oidos de Galba las novedades allí ocurridas, ya no dilató más la adopcion; pero sabiendo que de sus amigos algunos intercederian por Dolabela, y los más por Oton, ninguno de los cuales merecia su aprecio, sin decir nada á nadie envió á llamar á Pison, hijo de Craso y Escribonia, á quienes Neron habia hecho dar muerte, y jóven en quien con la mejor disposicion natural para toda virtud se descubria una gran modestia y austeridad; y bajando al campamento, le declaró César y su sucesor. Acompañaron á este acto desde los primeros pasos grandes señales del cielo, porque habiendo empezado en el campamento á decir unas cosas y leer otras, tronó y relampagueó tantas veces, y vino tal lluvia y oscuridad sobre el campamento y sobre la ciudad, que fué bien manifiesto no aprobar ni confirmar el cielo aquella adopcion, que parecia por tanto no ser para bien. La disposicion de los soldados por otra parte era sospechosa y ceñuda, no habiéndoseles hecho tampoco entónces ningun donativo. Maravilláronse de Pison los que se hallaron pre-

sentes, conociendo en su voz y en su semblante que aquel favor no le habia conmovido, aunque tampoco lo habia recibido con insensibilidad; así como, por el contrario, en la cara de Oton se advertian muchas señales de que le dolia y lo irritaba el verse frustrado de la esperanza; pues que habiéndosele creido digno de ella ántes que á otro, y estando ya próximo á realizarla, el ser entónces excluido lo hacía indicio de aversion y mala voluntad de Galba contra él. De aquí es que entró en miedo áun para lo venidero, y y temiendo de Pison, desechado por Galba, y no estando satisfecho de Vinio, se retiró con el corazon agitado de diferentes pasiones, porque tampoco le permitian desesperar y desconfiar del todo los adivinos y caldeos que tenía siempre cerca de sí, especialmente Tolomeo, que le hacía gran fuerza con haberle anunciado repetidas veces que no le quitaria la vida Neron; que éste moriria ántes, y que él sobreviviria é imperaria á los Romanos; pues haciéndole presente que aquello habia salido cierto, insistia sobre que no desesperara tampoco de esto. Agregábanse los muchos que á solas se quejaban y lamentaban con él del injusto chasco que le habian dado, y los muchos más de los partidarios de Tigelino y Ninfidio, que habiendo hecho ántes un gran papel, arrinconados y maltratados entónces, contribuian á aumentar su disgusto y su encono.

Eran de este número Veturio y Barbio, *especulador* aquél y éste *teserario*: así llaman á los que hacen el servicio de mensajeros y exploradores; con los que el liberto de Oton Onomasto iba y venía para seducir y corromper, ora con dinero, ora con esperanzas, á los que ya estaban picados y no necesitaban más que un ligero achaque; pues el pervertir á toda una columna de tropa que hubiera estado entera y sana, no habria sido obra de solo cuatro dias, que fueron los que mediaron entre la adopcion y el asesinato; porque se les dió la muerte al sexto dia, que fué en la cuenta romana el dia 18 ántes de las calendas de Febrero.

En él muy de mañana sacrificaba Galba en el palacio á presencia de sus allegados, y el sacrificador Umbricio, al punto mismo de tomar en sus manos las entrañas de la víctima, exclamó que veia, no por enigmas, sino con la mayor claridad, en la cabeza del hígado señales de gran turbacion, y un inminente peligro que amenazaba al Emperador; pues no le faltaba al Dios más que entregar á Oton, tomándole por la mano. Hallábase éste presente á espaldas de Galba, y estaba muy atento á lo que Umbricio decia y anunciaba; y como se asustase y tuviese con el miedo muchas alteraciones en el color, el liberto Onomasto, que estaba á su lado, le dijo que le buscaban y le estaban aguardando en casa los arquitectos; porque esta era la seña convenida del momento en que debia presentarse á los soldados. Añadiendo, pues, él mismo, que habiendo comprado una casa vieja queria mostrar á los destajeros aquellas piezas que necesitaban reparos, se marchó, y bajando por la casa llamada de Tiberio, fué á la plaza al sitio donde está la columna de oro, en que van á rematar todas las carreteras principales de la Italia.

Los primeros que allí le recibieron y proclamaron emperador, se dice que no pasaban de veintitres; por lo cual, aunque no era débil de ánimo en proporcion de lo muelle y afeminado de su cuerpo, sino más bien sereno y arriscado para los peligros, llegó á temer y querer desistir; pero los soldados que rodeaban la litera no se lo permitian, por más que él clamaba que lo habian perdido, y daba priesa á los mozos; porque algunos lo oyeron, y más bien que conmoverse se admiraron del corto número de los que á tal se atrevian. Cuando así le conducian por la plaza, vinieron otros tantos, á los que despues se fueron reuniendo más, de tres en tres y de cuatro en cuatro, y luégo se volvieron todos con él aclamándole César, y protegiéndole con las espadas desenvainadas. El tribuno Marcial, que era el que se hallaba de guardia, aunque no estaba en el secreto,

aturdido con lo inesperado del suceso, por temor le dejó entrar; y cuando estuvo dentro, ya nadie se opuso, porque los que no estaban en lo que pasaba, confundidos con los que de antemano lo sabian, al principio se llegaban separados de uno en uno ó de dos en dos, y despues enterados y atraidos seguian á los otros. Al punto se refirió á Galba en el palacio lo sucedido, presente el sacrificador, y teniendo todavía en sus manos las entrañas de la víctima; de manera que áun los que dan poco crédito é importancia á estas cosas, ahora se quedaron maravillados del prodigio. Como acudiese de la plaza gran gentío, Vinio, Lacon y algunos libertos se pusieron con las espadas desnudas á protegerle, y acudiendo Pison fué á asegurarse de la guardia del palacio. Hallándose la legion Ilírica en el pórtico llamado de Vipsanio, fué asimismo Mario Celso, varon de probidad y confianza, enviado á prevenirla.

Queria Galba salir, y Vinio no le dejaba; pero Celso y Lacon le excitaban oponiéndose vigorosamente á Vinio; y en esto corrió muy válida la voz de que á Oton lo habian muerto en el campamento, y de allí á poco se vió á Julio Aticio, varon no de oscura calidad que militaba entre los lanceros de la guardia, venir corriendo con la espada desenvainada, y diciendo á gritos que habia muerto al enemigo de César; y penetrando por entre los que tenía delante, mostró á Galba su espada ensangrentada. Volvióse éste á mirarle, y «¿quién te lo ha mandado?» le preguntó: como respondiese que su lealtad y el juramento que tenía prestado, la muchedumbre gritó que muy bien dicho, y aplaudió con palmadas, y Galba se metió en la litera, queriendo ir á sacrificar á Júpiter y á mostrarse á los ciudadanos. Cuando entraba en la plaza, como una mudanza de viento súbita vino el rumor contrario de que Oton se habia hecho dueño del campamento; y cuando, como es natural en tan numerosa muchedumbre, unos gritaban que se volviese, otros que continuara, éstos que no desmayara, aquéllos

que debia desconfiar, y la litera en medio de semejante borrasca era traida y llevada de acá para allá, estando para volcarse muchas veces; aparecieron primero los de á caballo, y luégo la infantería por la parte de la basílica de Paulo, gritando á una voz: «¡Fuera el que ya no es más que un ciudadano particular!» Dió entónces á correr todo aquel gentío, no para dispersarse en fuga, sino para ocupar los pórticos, balcones y corredores de la plaza como en un espectáculo. Derribó al suelo Atilio Vergilion la estatua de Galba, y tomándolo por principio de la guerra, empezaron á tirar dardos contra la litera; y como no le acertasen, marcharon hácia ella con las espadas desenvainadas, sin que nadie le defendiese ó se mantuviese quedo, á excepcion de un solo hombre, único que vió el sol entre tantos millares digno del imperio de los Romanos. Era este el centurion Sempronio Denso, el cual no habiendo recibido beneficio ninguno de Galba, sólo para tomar la defensa de lo justo y de lo honesto se puso al lado de la litera; y al principio levantando en alto la vara con que los centuriones castigan á los que han caido en falta, gritaba á los que se acercaban, intimándoles que respetaran al Emperador: despues como embistiesen con él, sacando la espada se defendió largo tiempo, hasta que herido en las piernas, cayó.

Volcóse la litera junto al lago llamado de Curcio, y arrastrándose Galba por el suelo con la corona puesta, corrieron á herirle. Él, alargando el cuello: «Acabad vuestra obra, les decia, si así conviene al pueblo romano.» Recibió, pues, muchos golpes en las piernas y los brazos, y le decapitó, como dicen los más, un tal Camurio, de la legion décimaquinta. Algunos refieren haber sido Terencio, otros Arcadio, y otros Fabio Fábulo, de quien se cuenta asimismo que ocultando la cabeza, la llevaba envuelta en la ropa, no habiendo, por tan calvo como era, de dónde asirla. Despues no permitiéndole tenerla escondida los que con él se halla-

ban, sino hacer manifiesta á todos su hazaña, clavó y fijó en la lanza el venerable rostro de un anciano, de un emperador modesto, de un pontífice máximo, y de un cónsul, y corrió por la ciudad como los Bacantes, volviéndose á cada paso á una parte y á otra, y blandiendo la lanza teñida en sangre. Dícese que Oton cuando le presentaron la cabeza, exclamó: «Esto no vale nada, oh soldados: mostradme la cabeza de Pison;» y de allí á poco se la trajeron tambien, porque herido aquel jóven huyó, y perseguido por un tal Marco, fué igualmente decapitado delante del templo de Vesta. La misma suerte tuvo Vinio, confesando que habia tenido parte en la conjuracion contra Galba, porque clamaba que le hacian morir contra la intencion de Oton; y cortando asimismo la cabeza de Vinio y la de Lacon, las llevaron al nuevo emperador, exigiendo donativos. Pues á la manera de aquello de Arquíloco:

Siete los muertos son que en tierra yacen
Alcanzados por piés uno por uno;
¡Y ya los matadores somos ciento!

Así entónces, muchos que ni de mil leguas se habian acercado, tiñendo las manos y las espadas en sangre, las enseñaban y pedian el premio, dando á Oton memoriales. Halláronse más adelante los de ciento y veinte, á todos los que hizo buscar Vitelio y les quitó la vida. Llegó en aquella sazon al campamento Mario Celso, á quien acusaban muchos de que había exhortado á los soldados á acudir en defensa de Galba; y pidiendo la turba su muerte, Oton no vino en ello; pero temiendo contradecirles, expresó que no habia de quitarle la vida con aquella prontitud, porque habia cosas de que convenia informarse de él. Mandó, pues, que se le pusieran prisiones y se le tuviera en buena custodia, entregándolo á aquellos que eran más de su confianza.

Congregóse al punto el Senado, y como si fuesen otros

hombres ó tuviesen otros Dioses, prestaron por Oton un juramento que no habia guardado aquel por quien se juraba, y le aclamaron César y Augusto cuando todavía yacian arrojados en la plaza los cadáveres adornados de las ropas consulares. Cuando de las cabezas no tuvieron ya ningun uso que hacer, entregaron la de Vinio á su hija por dos mil quinientas dracmas: la de Pison la pidió y recogió su mujer de Veranio; y la de Galba fué dada de regalo á los esclavos de Patrobio y Vitelio. Tomáronla éstos, y despues de haber hecho con ella toda especie de escarnios é ignominias, la arrojaron en el lugar donde son sepultados los ajusticiados por los Césares, llamado *Sestercio*. El cuerpo de Galba lo recogió Helvidio Prisco con permiso de Oton, y á la noche le dió sepultura Argio su liberto.

Lo que se deja dicho es lo que hemos tenido que referir acerca de Galba, varon á quien no hubo muchos entre los Romanos que le aventajaran ni en linaje ni en riqueza, y que fué en ambas cosas el primero entre todos los de su edad, habiendo vivido con honor y con gloria durante el mando de cinco emperadores; tanto, que habiendo destruido la tiranía de Neron más bien con su gloria que con su poder, á los que con él concurrieron entónces nadie los juzgó merecedores del imperio, aunque algunos se reputaron dignos ellos mismos; pero Galba apellidado emperador, y no oponiéndose á que por tal se le aclamara, con prestar su nombre al arrojo de Vindex hizo que la rebelion de éste, templada con los nombres de movimiento y novedad, fuese una verdadera guerra civil á causa del varon imperial que tuvo al frente. Por tanto, estando él mismo en la inteligencia de que no tanto se encargaba del gobierno, como el gobierno mismo se ponia en sus manos, se propuso mandar á unos soldados viciados por Tigelino y Ninfidio, al modo que Escipion, Fabricio y Camilo mandaron á los de su tiempo. Debilitado por la vejez, en lo relativo á armas y ejércitos fué un emperador íntegro y á la antigua; pero en

cuanto á los negocios, entregado enteramente á Vinio, Lacon y los libertos, que todo lo vendian, como lo habia estado Neron á los hombres más insaciables, no dejó ninguno que echara ménos su mando, aunque sí muchos que se lastimaran de su muerte.

OTON.

Al dia siguiente de mañana, subiendo el nuevo emperador al Capitolio, ofreció en él sacrificio, y haciendo llamar á Mario Celso, lo abrazó y le habló con la mayor benignidad, exhortándole á que pudiera más cuidado en borrar de la memoria la causa de su detencion, que en retener el beneficio de la soltura. Respondióle Celso no sin dignidad ni sin reconocimiento, porque le dijo que su modo de pensar lo manifestaba el delito mismo; habiendo sido su culpa mantenerse leal á Galba, á quien ningun beneficio debia; con lo que quedaron muy complacidos de ambos los que se hallaron presentes, y las tropas los aplaudieron. En el Senado cuanto dijo fué muy popular y humano; para el tiempo que le restaba de su consulado nombró á Verginio Rufo; á los designados por Neron y Galba, á todos les guardó sus consulados; con los sacerdocios honró á los más ancianos ó á los de mayor opinion; y á los senadores desterrados por Neron que habian vuelto en tiempo de Galba, les restituyó cuanto estaba por vender de los bienes de cada uno. Con esto los más principales y honrados ciudadanos, que al principio se habian horrorizado, pareciéndoles que no era un hombre sino un castigo ó un mal Genio el que de repente les habia venido, empezaron á dar

entrada á lisonjeras esperanzas en cuanto á aquel reinado que así se les sonreia.

Mas nada fué de tanto placer para todos ni le ganó tanto las voluntades, como lo ejecutado con Tigelino, pues nadie se hacía cargo de que estaba suficientemente castigado con el medio mismo de un castigo que la ciudad estaba exigiendo contínuamente como una deuda pública, y con insufribles enfermedades que padecia. Los hombres de juicio además tenian en él por el último suplicio, equivalente á muchas muertes, sus torpezas y liviandades abominables con inmundas ramerillas á que todavía le arrastraba su disolucion y desarreglo; pero con todo, á la muchedumbre le era siempre de sumo disgusto que todavía viese el sol un hombre despues de tantos como por él no lo veian. Envió, pues, un comisionado contra él á sus campos de Sinuesa, donde entónces residia con barcos prevenidos para retirarse más léjos. Intentó no obstante corromper á fuerza de oro al enviado; y no habiéndolo conseguido, no por eso dejó de hacerle presentes, rogándole que esperara miéntras se hacia la barba; y tomando la navaja, se cortó á sí mismo el cuello.

Habiendo dado al pueblo este justo placer el nuevo César, jamás por sí mismo se acordó de vengar sus ofensas particulares, y mostrándose afable y benigno á todos, al principio no rehusó el que en los teatros le apellidaran Neron, y habiendo algunos colocado en sitios públicos estatuas de Neron no lo prohibió ó se opuso á ello; y áun refiere Calvisio Rufo que á España se enviaron despachos de los que se dan á los correos en los que el nombre de *divo Neron* estaba añadido al de Oton. Mas como llegase á entender que los hombres de juicio y de opinion se disgustaban de ello, lo dejó enteramente. Con ser esta la ordenacion que se propuso de gobierno, los pretorianos se le hacian molestos, previniéndole continuamente que no se fiase, que se guardase, y apartase de sí á los hombres de cierto cré-

dito, bien fuera porque al afecto les hiciese temer, ó bien porque se valiesen de este pretexto para alborotar y mover disension. En ocasion, pues, en que enviaba á Crispino á traer de Ostia la cohorte decimasétima, como Crispino tomase sus disposiciones todavía de noche y pusiese las armas en unos carros, los más osados empezaron á gritar que Crispino no tenía sana intencion, y que maquinando el Senado novedades, aquellas armas se llevaban contra el César, no en su favor. Corrió esta voz, y sirviendo de incentivo, unos se arrojaron sobre los carros, y otros dieron muerte á dos centuriones que quisieron contenerlos, y al mismo Crispino. Todos ellos se armaron, y excitándose unos á otros á ir en socorro del César, entraron en Roma, é informados de que tenía á cenar ochenta del Senado, corrieron al palacio, diciendo que aquel era el momento oportuno de acabar con todos los enemigos del César. La ciudad, como si fuese en aquel punto á ser saqueada, se conmovió toda, y en el palacio mismo todo se volvia confusion y carreras, viéndose Oton en la mayor perplejidad; porque miéntras temia por los Senadores, él mismo les era temible y los veia que tenian en él fijos los ojos, estando inmobles y sobrecogidos de temor: algunos de ellos habian llevado sus mujeres consigo. Envió, pues, á los prefectos quien les diera la órden de que hablaran á los soldados y los sosegaran; y al mismo tiempo haciendo levantar de la mesa á los convidados, los despidió por otra puerta, siendo muy poco lo que con la fuga se anticiparon á los pretorianos, que penetraron ya en el cenador preguntando qué se habian hecho los enemigos del César. Entónces puesto de pié delante de su escaño, les habló largamente para tranquilizarlos, y á fuerza de ruegos y áun de lágrimas consiguió por fin, aunque no sin dificultad, que se retirasen. Hízoles al dia siguiente el donativo de mil doscientas cincuenta dracmas por plaza, y entrando en el campamento se manifestó complacido del amor y

buena voluntad que en general le tenian; y diciendo que solo se ocultaban allí unos pocos mal intencionados que desacreditaban su moderacion y la buena disposicion de los demas, les rogaba que lo sintieran con él y le ayudaran á castigarlos. Aplaudiendo todos, é inflamándole se prendió sólo á dos, cuyo castigo no habia de ser sentido de nadie, y con él se dió por satisfecho.

Los que desde luégo le eran aficionados y tenian confianza en él, hablaban admirados de esta mudanza; pero otros no veian en estas cosas más que una política necesaria en el momento, á fin de adquirir popularidad para la guerra. Porque ya se sabía de positivo que Vitelio habia tomado la dignidad y el poder de emperador, y contínuamente llegaban correos con noticia de que se le agregaba alguna fuerza más. Para eso otros anunciaban que los ejércitos de la Panonia, la Dalmacia y la Misia con sus generales habian elegido á Oton; y al cabo de poco vinieron cartas favorables de Muciano y Vespasiano, que tenian poderosos ejércitos, aquél en la Siria y éste en la Judea. Engreido de ánimo con estas nuevas, escribió á Vitelio amonestándole á que sólo pensara en su regalo, proponiéndole que le daria bienes y una ciudad donde pudiera con reposo vivir cómoda y alegremente. Contestóle éste por el mismo estilo con cierta burla, al principio templadamente; pero irritados despues se escribieron mil insolencias y dicterios, no con falta de verdad, pero sí con falta de juicio, y de un modo que daba que reir, cuando el uno motejaba al otro de vicios que eran comunes á ambos. Porque en cuanto á desarreglo, molicie, impericia en las cosas de la guerra, pobreza ántes é inmensas deudas despues, sería bien difícil discernir cuál de los dos estaba ménos tiznado de estos vicios. Dícese que ocurrieron señales y apariciones; pero fuera de las siguientes, las demas se fundaban en relaciones ambiguas ó que no tienen autor cierto. En el Capitolio habia una victoria que regía un carro, y todos vieron las

riendas aflojadas de las manos, como que no podia tenerlas. En la isla que hay en medio del rio, la estatua de Cayo César, sin preceder ni terremoto ni viento, se volvió del Occidente al Oriente, lo que dicen sucedió en aquellos dias en que Vespasiano se apoderó ya abiertamente de la autoridad. Tambien lo ocurrido con el Tiber se tuvo comunmente por señal infausta, pues aunque era el tiempo en que los rios tomaban más agua, nunca ántes habia subido tanto ni causado tantas ruinas y destrozos, extendiéndose é inundando una gran parte de la ciudad, especialmente la plaza donde venden el trigo; de tal manera, que por muchos dias hubo grande escasez.

Cuando ya se anunció que Cecina y Valente, generales de Vitelio, ocupaban los Alpes, en Roma Dolabela, uno de los patricios, dió sospechas á los pretorianos de que pensaba en novedades. Contentóse, pues, fuese por temerle á él ó á otro, con enviarle la ciudad de Aquino, inspirándole por lo demas confianza. Eligiendo entre los magistrados los que habian de ir con él á campaña, nombró por uno de ellos á Lucio, hermano de Vitelio, sin quitar ni añadir nada á los honores con que se hallaba condecorado. Tomó especial cuidado de la madre y la mujer de Vitelio, haciéndoles entender que nada tenian que recelar. Nombró prefecto de la ciudad á Flavio Sabino, hermano de Vespasiano, ya lo hiciese en honor de Neron, porque de éste habia recibido Sabino este cargo que despues le quitó Galba, ó ya quisiese dar pruebas á Vespasiano de su afecto y confianza, adelantando á Sabino; y él se quedó en Brischelo, ciudad de la Italia sobre el Pó. De generales de los ejércitos envió á Mario Celso y Suetonio Paulino, y además de éstos á Galo y Espurina, varones muy principales, pero que no podian en los negocios obrar segun su propio dictámen, como lo habia creido, por la insubordinacion é insolencia de los soldados, que se desdeñaban de obedecer á otros, estando engreidos con que á ellos les debia el Emperador su auto-

ridad. No era tampoco del todo sano el estado de los soldados enemigos, ni éstos más dóciles y obedientes á sus caudillos, sino atrevidos y soberbios por la misma causa; pero siquiera tenian experiencia de la guerra, y no huian del trabajo, estando acostumbrados á él; cuando éstos por el ocio y por su vida pacífica eran muelles, habiendo por lo más pasado el tiempo en teatros y fiestas, y llenos de orgullo y altanería afectaban desdeñar el servicio, porque no les estaba bien, y no porque no pudieran sufrirle. Espurina, que quiso obligarlos á él, estuvo muy expuesto á que le quitaran del medio; por de contado no hubo insulto é insolencia á que no se propasasen, llamándole traidor y destructor de los intereses y negocios del César; y algunos poseidos del vino se presentaron de noche en su tienda, pidiéndole la paga de marcha, porque tenian que ir donde estaba el César para acusarle.

Sirvió mucho para los negocios y para Espurina el insulto hecho á este mismo tiempo á sus soldados en Plasencia; porque los de Vitelio, llegándose á las murallas, motejaban á los de Oton de que se resguardaban con las fortificaciones, llamándolos gente de teatro y pantomima, espectadores de juegos Píticos y Olímpicos, pero inexpertos en la guerra y la milicia, de las que no tenian idea, estando muy ufanos con haber cortado la cabeza á un anciano desarmado, diciéndolo por Galba, pero sin tener ánimo para presentarse á combatir y pelear con hombres á cuerpo descubierto. Porque fué tanto lo que con estos baldones se irritaron é inflamaron, que corrieron á Espurina, rogándole que dispusiera de ellos y les mandara lo que gustase, pues que no habria peligro ó trabajo á que se negasen. Trabóse, pues, un reñido combate mural, y aunque se arrimaron muchas máquinas, vencieron los de Espurina, rechazando con gran matanza á los contrarios, y conservaron con gloria una ciudad tan floreciente como la que más de Italia. Eran de otra parte, así para las ciu-

dades como para los particulares, ménos molestos los generales de Oton que los de Vitelio; porque de éstos Cecina ni en el idioma ni en el traje tenía nada de Romano, sino que chocaba hasta con su desmedida estatura, vestido á lo Galo, con bragas y mangotes, para tratar con alféreces y caudillos romanos. Su mujer le seguia escoltada de caballería escogida, yendo á caballo sumamente adornada y compuesta. Fabio Valente, el otro general, era tan dado á atesorar, que ni los saqueos de los enemigos, ni los robos y cohechos de los aliados, habian bastado á saciar su codicia; y áun parecia que por esta causa marchaba lentamente y se habia atrasado en términos de no haber podido hallarse en la primera accion, aunque otros culpan á Cecina de que por apresurarse á hacer suya la victoria ántes que aquél llegase, además de otros menores yerros en que incurrió, dió fuera de tiempo la batalla, y peleando flojamente en ella, estuvo en muy poco que no lo perdiese todo.

Como rechazado Cecina de Plasencia fuese á acometer á Cremona, otra ciudad grande y opulenta, el primero que acudió á Plasencia en auxilio de Espurina fué Anio Galo; pero habiendo sabido en el camino que los Plasentinos habian quedado victoriosos, y que los que estaban en riesgo eran los de Cremona, partió allá con sus tropas y puso su campo muy cerca de los enemigos, y además cada uno de los otros caudillos procuró socorrer al general. Emboscó Cecina gran parte de su infantería en terrenos quebrados y frondosos, dando órden á la caballería de que avanzase, y cuando le acometiesen los enemigos se retirase poco á poco, simulando fuga, hasta que atraidos de esta manera les metiesen en la celada; pero unos pasados lo revelaron á Celso, y saliendo al encuentro á aquéllos con sus mejores caballos, con hacer la persecucion cautelosamente desconcertó y rodeó á los de la emboscada, llamando entónces de los reales á su infantería; y si esta

hubiese acudido á tiempo, parece que no habria quedado ninguno de los enemigos, sino que todo el ejército de Cecina hubiera sido deshecho y arruinado, á haber concurrido aquella al alcance; cuando ahora habiendo auxiliado Paulino tarde y lentamente, incurrió en la censura de no haberse portado como su fama lo exigia, por sobrada circunspeccion. La turba de los soldados hasta de traicion le acusaba, y ensoberbecidos irritaban á Oton, porque habiendo ellos vencido en cuanto estaba de su parte, la victoria se habia malogrado por maldad de los jefes. Oton no tanto les daba crédito, como queria dar á entender que no se la negaba. Envió, pues, á los ejércitos á su hermano Ticiano y al prefecto Proclo, que era el que en realidad tenía todas las facultades, teniendo Ticiano la apariencia. Celso y Paulino por otra parte llevaban el nombre de amigos y consejeros, sin tener en los negocios ninguna autoridad ni poder. Andaban tambien revueltas en tanto las cosas entre los enemigos, con especialidad en el ejército de Valente; y recibida la noticia de la batalla de la emboscada, se quejaban sus soldados de no haberse hallado en ella y defendido á los suyos, de los que tantos murieron. Con dificultad los aplacó y retrajo del intento de apedrearle; y levantando el campo, los llevó á unirse con los de Cecina.

Oton pasó al campamento establecido en Bebriaco, que es una aldea inmediata á Cremona, y deliberaba sobre la batalla; acerca de la cual á Proclo y Ticiano les parecia que estando tan animadas las tropas con la reciente victoria, se combatiera desde luégo sin dar lugar á que con la inaccion se embotara el vigor del ejército, ni aguardar á que el mismo Vitelio llegara de las Galias. Mas Paulino decia que los enemigos tenian ya para la contienda todo cuanto podian juntar, sin que les quedase nada más; cuando Oton podia esperar de la Misia y Panonia otras tantas fuerzas como las que allí tenía, si queria aprovechar su oportunidad propia y no favorecer la de los enemigos; porque

no estarian ménos prontos los que con los pocos se arriscaban cuando les llegara mayor número de combatientes, sino que pelearian con mayor confianza; fuera de esto, que la dilacion les era favorable estando abundantes de todo, cuando el tiempo habia de acarrear penuria y escasez de lo más necesario á los de Vitelio, que se hallaban en país enemigo. A este parecer de Paulino accedió Mario Celso; Anio Galo no asistió al consejo, porque estaba curándose de una caida del caballo; pero habiéndole escrito Oton, le aconsejó que no convenia apresurarse, sino esperar las tropas de la Misia que estaban ya en camino. Mas no fué esto lo que adoptó, sino que prevalecieron los que incitaban á la batalla.

Aléganse por otros para esta determinacion otras muchas causas. Por de contado los llamados pretorianos que constituian la guardia, probando entónces lo que era la milicia, y echando ménos aquellas diversiones y aquella vida de Roma, exenta de los trabajos de la guerra y pasada on espectáculos y fiestas, no podian contenerse; y todo se les iba en dar priesa para la batalla, creidos de que habian de llevarse de calle á los enemigos. El mismo Oton parece que no estaba muy á prueba de incertidumbres, ni sabía, por la falta de uso y por su vida muelle, aguantar la consideracion repetida de los peligros; por lo que oprimido del cuidado se apresuraba á despeñarse á ojos cerrados como de un precipicio á lo que quisiera hacer la suerte, explicándolo de esta misma manera Segundo el retórico, que era su secretario de cartas. Otros cuentan que muchas veces estuvieron tentados ambos ejércitos para juntarse, y de comun acuerdo elegir el mejor entre los caudillos que allí tenian; y si esto no podia ser, convocando al Senado, dejarle la eleccion. Y no es inverosímil que no teniendo opinion ninguno de los dos proclamados emperadores, á los soldados de buena índole, ejercitados y prudentes, les ocurriese el pensamiento de que era muy

duro y vergonzoso que lo que en otro tiempo, primero por Sila y Mario, y despues por César y Pompeyo, afligió á los ciudadanos hasta atraerse la compasion, causando y recibiendo males unos de otros, esto mismo lo repitieran y aguantaran ahora para hacer que el imperio fuera pábulo, ó de la glotonería y borrachera de Vitelio, ó de la prodigalidad y liviandades de Oton. Sospechaban, pues, que habiendo Celso tenido conocimiento de estos tratados, daba largas con la esperanza de que las cosas se arreglarian sin batalla y sin nuevas calamidades; y que por el contrario Oton, temiendo estas resultas, aceleraba la batalla.

Regresó otra vez á Brischelo, cometiendo un nuevo error, no sólo en quitar á los combatientes la vergüenza y la emulacion consiguientes al haber de pelear ante sus ojos, sino tambien en llevarse consigo para la guardia de su persona los soldados más valientes y más entusiasmados, no ménos de caballería que infantería, como quien hace trozos el cuerpo del ejército. Ocurrió tambien en aquellos mismos dias el trabarse un combate en el Pó, intentando Cecina echar un puente para pasarlo, y peleando los de Oton por estorbárselo. Cuando vieron que nada adelantaban, pusieron en unos barcos hachones cubiertos de azufre y pez, y levantándose viento miéntras hacen la travesía, arrojó aquellos preparativos á la parte de los enemigos. Empezó primero á salir humo y despues á alzarse una gran llamarada, con lo que sobresaltados se echaron al rio, volcando los barcos, no sin risa de los enemigos, y quedando á discrecion de éstos sus personas. Los Germanos, trabando pelea en una isleta del rio con los gladiatores de Oton, los vencieron, con muerte de no pocos.

En vista de estos sucesos, como los soldados de Oton que se hallaban en Bebriaco ardiesen en ira por correr á la batalla, los sacó de allí Proclo, y los acampó á cincuenta estadios, tan necia y ridículamente, que siendo la estacion de la primavera, y habiendo alrededor muchos lugares

con abundantes fuentes y rios perennes, eran fatigados de la falta de agua. Queriendo al dia siguiente llevarlos á los enemigos, camino nada ménos que de cien estadios, no se lo permitió Paulino, por parecerle que era preciso dar tiempo y no entrar en accion fatigados, ni en seguida del viaje venir á las manos con unos hombres armados y puestos en formacion á su vagar, miéntras ellos hacian tan larga marcha mezclados con el bagaje y los trabantes. Miéntras los generales estaban en esta disputa, llegó de parte de Oton un soldado de caballería de los llamados Númidas, portador de una carta en que mandaba que no se anduviese en largas, ni se esperase más, sino que marcharan al punto sobre los enemigos. Levantando, pues, el campo, fueron á cumplir con lo que se les prevenia; y Cecina al saber su venida se sobrecogió, y abandonando á toda priesa las obras y el rio, se encaminó al campamento. Armados ya en la mayor parte, y recibida la seña de Valente, miéntras se sorteaba el órden de las legiones, adelantaron lo más escogido de su caballería.

Concibieron los de la vanguardia de Oton, sin saberse por qué causa, la idea de que iban á pasárseles los generales de Vitelio; así apénas estuvieron cerca, los saludaron amistosamente dándoles el nombre de camaradas. Mas como ellos, léjos de recibir afectuosamente la salutacion, respondiesen con enfado y con expresiones propias de enemigos, sobre los que habian saludado cayó gran desaliento, y sobre los otros recelo contra éstos de que su saludo era una traicion; y esto fué lo primero que á todos los trastornó cuando ya estaban encima los enemigos. En todo lo demas hubo asimismo confusion y desórden, porque el bagaje fué de grande estorbo para los que tenian que pelear, y el terreno mismo obligaba á perder continuamente la formacion, estando cortado con acequias y hoyos; pues para salvarlos les era forzoso venir con los enemigos á las manos desordenadamente y por pelotones.

Solas dos legiones (porque este es el nombre que dan los Romanos á los regimientos), de Vitelio la *Rapaz*, y de Oton la *Auxiliadora*, habiendo salido á un terreno despejado y abierto, emprendieron un combate en toda regla y pelearon en batalla por largo tiempo. Los soldados de Oton eran hombres robustos y fuertes, pero entónces por la primera vez hacian experiencia de la guerra y de lo que era una batalla; y los de Vitelio ejercitados en muchos combates, veteranos ya y en la declinacion del vigor. Embistiéndolos, pues, los de Oton, los rechazaron y les tomaron un águila, con muerte de casi todos los de primera fila; pero rehaciéndose, cayeron llenos de vergüenza y de ira sobre aquéllos, mataron al legado de la legion, Orfidio, y les tomaron muchas insignias. Contra los gladiatores, que eran tenidos por diestros y osados para las refriegas, colocó Alfeno Varo á los llamados Batavos. Son éstos los mejores soldados de á caballo de los Germanos, habitantes de una isla que rodea el Rhin. A éstos muy pocos de los gladiatores les hicieron frente; los demas huyendo hácia el rio dieron con las cohortes enemigas allí situadas, á cuyas manos en reñida lid perecieron todos. Los que más cobarde é ignominiosamente se condujeron fueron los Pretorianos, pues dando á huir, sin aguardar siquiera á tener los contrarios delante, esparcieron ya el miedo y el desórden en los que se conservaban no vencidos, atravesando por en medio de ellos. Con todo, muchos de los de Oton, que por su parte vencieron á los que les estaban contrapuestos, se abrieron paso á viva fuerza por entre los enemigos vencedores, y penetraron á su campamento.

De los generales, Proclo y Paulino no se atrevieron ni siquiera á acercarse, sino que más bien se retiraron por temor de los soldados, que desde luégo empezaron á echar la culpa á los jefes. Anio Galo dentro de la ciudad reunia y procuraba alentar á los que á ella se habian retirado de la batalla, con decirles que esta casi habia sido

igual, pues habia habido divisiones que habian vencido á los enemigos; pero Mario Celso, congregando á los que ejercian cargos, los exhortaba á que miraran por lo que á la patria convenia, pues que en semejante desventura y en tal pérdida de ciudadanos no podia ser que ni el mismo Oton quisiese, si era buen Romano, que otra vez se probase fortuna, cuando á Caton y á Escipion, que despues de la batalla de Farsalia no quisieron ceder á César, se les hacía cargo de las muertes de tantos excelentes varones como sin necesidad fueron sacrificados en el Africa, sin embargo de que entónces combatian por la libertad de Roma. Porque la fortuna, que en lo demas trata con igualdad á todos, una sola cosa no quita á los buenos, que es el discurrir con acierto, áun cuando hayan sufrido algun descalabro, sobre los sucesos públicos. Persuadió con este discurso á todos los caudillos, y luego que despues de algunas pruebas y tanteos vieron que los soldados suspiraban por la paz, y que Ticiano se prestaba á que se hiciera legacion para tratar de concordia, les pareció que los enviados fuesen Celso y Galo para entablar tratos con Cecina y Valente. En el camino se encontraron con los centuriones, quienes les dijeron que ya tenian en movimiento las tropas para marchar contra Bebriaco; pero que los generales los habian mandado á hablarles de conciertos. Alabando Celso la determinacion, les propuso que se volviesen para ir juntos todos á tratar con Cecina. Cuando ya estuvieron cerca, se vió Celso en gran peligro, porque hacía la casualidad que se hubiesen adelantado los de caballería de la emboscada; y apénas vieron á Celso, que iba el primero, se arrojaron á él con grande gritería. Pusiéronse los centuriones de por medio para contenerlos, y gritándoles los demas cabos que respetaran á Celso, Cecina que lo supo acudió prontamente, reprimió al punto la demasía de aquellos soldados, y saludando á Celso con la mayor afabilidad, se fué con ellos para Bebriaco. En tanto Ticia-

no, que fué quien mandó los mensajeros, habia mandado de propósito, y á los más resueltos de los soldados los habia colocado sobre las murallas, excitando á los demas á prestar su auxilio; pero aguijando Cecina con su caballo, y alargando la diestra, nadie hizo resistencia, sino que los unos saludaron desde el muro á sus soldados, y los otros abriendo las puertas, salieron á incorporarse con los que venian. Nadie hizo la menor ofensa, sino que todo era parabienes y abrazos; y al fin todos juraron á Vitelio y se pasaron á su partido.

Así es como refieren haber pasado los sucesos de esta batalla los que en ella se encontraron, reconociendo que no estaban instruidos en las particularidades de cuanto ocurrió, por el mismo desórden y por lo extraño del éxito. Caminando yo al cabo de tiempo por el sitio, Mestrio Floro, varon consulàr, me mostró á uno, anciano ya entónces, que habia sido del número de los jóvenes que, no por su voluntad, sino por fuerza, acompañaron á Oton; el cual nos refirió que yendo allá despues de la batalla, vió un monton de muertos, tan alto que igualaba á los que desde el suelo se ponian enfrente. Inquiriendo sobre la causa, decia que no la habia encontrado, ni quien se la declarase; pues si bien en las guerras civiles cuando llega el momento de una derrota es preciso que mueran muchos más, por no hacerse cautivos, porque no hay para qué guardar á los que se cogen, para aquel amontonamiento y hacinamiento no hay ninguna causa racional y probable.

A Oton al principio, como ordinariamente sucede, no le llegaba noticia ninguna segura de tamaños acontecimientos; pero despues que se presentaron algunos heridos y los refirieron, no es muy de admirar que los amigos no le dejasen abatirse, sino que le dieran ánimo y confianza; mas lo que excede todo crédito fué lo que pasó con los soldados, porque ninguno se desertó ni se pasó á los vencedores; no se les vió tratar de su propio interes, deses-

das ya las cosas de su caudillo; sino que todos sin pcion fueron á su puerta, y acercándose le daban pre el título de emperador; se deshacian por él, le ban las manos entre voces y lamentos, se le presen- 1, lloraban, y le pedian que no los desemparase ni ra de ellos ántes de tiempo entrega á los enemigos, que empleara sus ánimos y sus cuerpos hasta que por eran el último suspiro. Esto le rogaban todos á una y uno de los más desconocidos, presentando la espa- :sabe, oh César, le dijo, que por tí todos estamos á modo prontos y dispuestos;» y se pasó con ella. Mas de esto bastó para doblar el ánimo de Oton, el cual, éndose para todas partes con rostro sereno y placen- «Este dia, les dijo, oh camaradas, es para mí mucho feliz que aquél en que por primera vez me saludas- emperador, viéndoos ahora cuales os veo, y siendo vosotros objeto de tales demostraciones; pero no me ıis de la mayor satisfaccion y honor, que es el morir osamente por tantos y tan apreciables ciudadanos. Si do digno del imperio, corresponde que dé la vida por tria: sé que la victoria no es cierta ni segura para los ıigos; dícese que nuestro ejército de la Misia se halla :as jornadas, habiendo bajado al Adriático el Asia, la , el Egipto: los ejércitos que hacen la guerra á la Ju- están con nosotros, y en nuestro poder el senado y ijos y mujeres de nuestros contrarios; pero esta guerra s contra Aníbal, contra Pirro ó los Cimbros por la pose- de la Italia, sino de Romanos contra Romanos, y unos os, vencedores y vencidos, somos injustos contra la a, porque el bien del vencedor es para ella una cala- d. Creed que es mucho más hacedero morir con glo- jue imperar; porque no veo que pueda ser de tanta ad á los Romanos quedando vencedor, como sacrifi- ome ahora por la paz y la concordia, y por que la Ita-) vuelva á ver otro dia como éste.»

Dicho esto, se enfervorizó contra los que todavía insistian y le rogaban, y á los amigos les encargó que vieran de ganar la gracia de Vitelio, y lo mismo á los senadores que allí se hallaban. A los ausentes y á las ciudades les escribió para que abrazaran aquel partido con honor y seguridad. Hizo llamar á su sobrino Coceyano, jovencillo todavía, y lo exhortó á tener buen ánimo y no temer á Vitelio, pues que él habia salvado á la madre de éste, sus hijos y su mujer, cuidando de ellos como si fueran sus deudos. Decíale que siendo su ánimo prohijarle, por esto mismo lo habia dejado para más adelante; y que tuviera presente que siendo ya César, habia dilatado la adopcion para que imperara con él, si era vencedor, y no se malograse si fuese vencido. «Te prevengo, hijo mio, añadió, por último encargo, que ni enteramente olvides ni te acuerdes demasiado de que has tenido un tio César.» Acabado esto, de allí á bien poco oyó alboroto y gritería á la puerta, y era que los soldados á los senadores que iban á salir les hacian amenazas de muerte si no se estaban quietos, y si abandonando al emperador pensaban en retirarse. Salió, pues, otra vez temiendo por ellos; y ya no con blandura ni en aire de ruego, sino con enojo é ira, miró á los soldados, especialmente á los alborotadores, mandándoles marcharse de allí; y ellos callaron y obedecieron.

Era ya entrada la noche, y como tuviese sed, bebió un poco de agua: tomó luégo en la mano dos espadas, y habiendo estado examinando sus filos largo rato, volvió la una de ellas, y la otra se la guardó debajo del brazo. Hizo llamar á sus esclavos, y habiéndoles hablado con el mayor cariño, repartió entre ellos el caudal que tenía, á cuál más y á cuál ménos, no como quien es liberal con lo ajeno, sino atendiendo cuidadosamente al mérito y á la proporcion de él. Despidiólos y reposó lo que restaba de la noche, en términos que sus camareros le sintieron dormir profundamente. Al amanecer, llamando al liberto por quien

habia corrido el cuidado de los senadores, le dió órden de que se informase sobre ellos; y volviendo con la respuesta de que al marchar á cada uno se le habia asistido con lo que habia menester: «pues vete tú tambien, le dijo, y haz de modo que te vean los soldados, si no quieres recibir de ellos la muerte, porque piensen que has cooperado á la mia.» Luégo que el liberto salió, puso recta la espada, teniéndola con ambas manos; y dejándose caer sobre ella, no sintió más dolor que cuanto suspiró una sola vez, dando á los de la parte de afuera indicio del suceso. Levantaron gran lamento los de su familia, y al punto se hizo el lloro general en el campamento y en toda la ciudad, y los soldados corrieron con gritería á la casa haciendo exclamaciones, y prorumpiendo en quejas y acriminaciones contra sí mismos, porque no habian sabido guardar á su emperador, ni impedirle que muriera por ellos. Ninguno de los que se habian quedado con él desertó con estar tan cerca los enemigos; sino que adornando el cuerpo, y levantando una pira, le llevaron á ella armados, mostrándose muy gozosos los que pudieron adelantarse á poner el hombro y alzar el féretro. De los demas, unos se arrojaban sobre el cadáver, y besaban la herida; otros le cogian las manos, y otros le veneraban de léjos. Algunos hubo que dejando las antorchas sobre la hoguera, se quitaron la vida sin que se supiese que habian recibido del muerto algun beneficio, ó que tenian motivo para temer algun grave mal del vencedor; de modo que, á lo que se ve, jamás hubo tirano ó rey de quien se apoderase un tan violento y furioso amor de mandar, como el que aquellos soldados tenian de ser mandados y de obedecer á Oton; pues que ni despues de muerto los desamparó el sentimiento de su pérdida, que paró en un odio intolerable contra Vitelio.

Lo demas de este caso tiene su tiempo propio en que habrá de referirse: cubriendo, pues, bajo de tierra los despojos de Oton, no le hicieron un sepulcro que pudiera ser

envidiado ó por su mole ó por lo arrogante de la inscripcion. Vi hallándome en Brischelo un monumento sencillo y una inscripcion, que traducida es en esta forma: «A la falta de Marco Oton. Murió á los treinta y siete años de edad, y á los tres meses de imperio, dejando escritores que celebrasen su muerte, no inferiores ni en número ni en autoridad á los que reprenden su vida; porque en esta no fué mejor en nada que Neron, y su muerte fué más noble y generosa.» Los soldados, como Polion el otro prefecto les diese órden de que jurasen á Vitelio, lo rehusaron; mas sabiendo que se hallaban allí algunos del Senado, á los demas los dejaron en paz, y sólo pusieron en apuro á Verginio Rufo, yendo armados á su casa, excitándole y exhortándole de nuevo á que tomase el imperio ó fuese á interceder por ellos; pero teniendo á locura tomar el imperio de unos vencidos, cuando lo habia rehusado de los mismos siendo vencedores; y temiendo el ir de legado á los Germanos, que se quejaban de que los habia forzado á hacer muchas cosas contra su voluntad, sin que se tuviera de ello noticia, se marcho por otra puerta. Cuando los soldados se vieron así burlados, se prestaron á los juramentos y se unieron á los de Cecina, habiendo obtenido ántes el perdon.

FIN DE LAS VIDAS PARALELAS.

ÍNDICE.